PAT CASALÀ

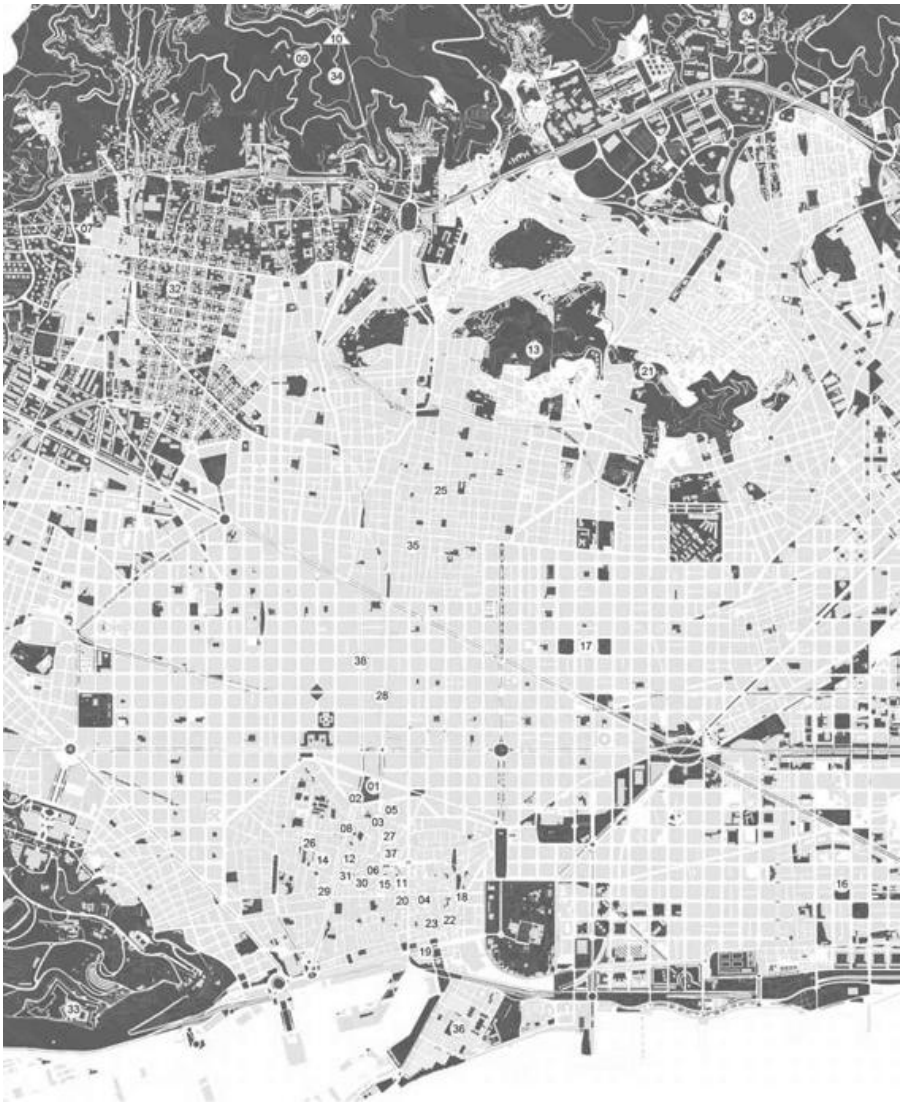
La ciudad de tus ojos

Rocaeditorial •

PAT CASALÀ

LA CIUDAD DE TUS OJOS

Rocaeditorial


10
09
34
24
07
32
13
21
25
35
17
38
28
01
02
05
03
08
27
26
14
12
37
06
31
30
15
11
29
20
04
18
23
22
19
16
33
36

Dedicado a Barcelona, mi ciudad,
a todos sus rincones,
a su historia,
a mis momentos felices en ella

1

Plaza de Catalunya

Stan

Releo por cuarta vez el e-mail que he recibido hace apenas cinco minutos y que ahora ocupa la pantalla de mi móvil. No tengo muy claro cómo reaccionar a él, pero me atrae con intensidad, como si al posar mi mirada en las palabras levantara de una manera implacable mis labios y los enarcara en una sonrisa radiante, de esas cargadas de ilusión, y pudiera traspasar la frontera de la rutina para internarme en un mundo de nuevas posibilidades.

Llevaba mucho tiempo sin sentir una conexión semejante con alguien sin conocerlo, y menos con una chica con el arrojo que destila el tono desenfadado del correo electrónico o cómo enfoca las cuestiones más importantes, aunque, por lo que deduzco de sus palabras, es bastante despreocupada. Y descarada; nadie con poca seguridad en sí misma solicitaría algo parecido con esa naturalidad, como si con solo chasquear los dedos pudiera conseguir cada uno de sus deseos.

Y eso es tan alentador, tan refrescante, tan prometedor…

De: Lara Ortiga
Para: Stan Harrison
Asunto: Regálame tus ojos

Querido Stan, dueño de *La Barcelona desconocida*:

He visto tu web y me he quedado flipada. *¡Joer!* Cada una de las fotos que has colgado de tus tours es impresionante y las sonrisas de los turistas reflejan tu magnífico trabajo. ¿Cómo un tío con tu nombre —no puedes ser español, aunque cosas más extrañas se han visto— sabe tantísimo de Barcelona? Para mí

es una ciudad llena de luz, color y misterios de un pasado que estoy babeando por desvelar. Necesito desesperadamente absorber conocimientos, descubrir los rincones más inéditos, sus historias, el pasado de la Barcelona mágica, la recóndita, la desconocida. Y no es solo un interés pasajero, es un deseo presente y futuro. ¿Te cuento un secreto? Quiero volar, descubrir, vibrar, crear. Y cuando digo crear, me refiero a que me he fijado un propósito: escribir un libro basado en los enigmas que esconde esta ciudad. Como estoy tan decidida, lo haré en un tiempo récord, ¿y sabes qué pasará después? ¡Pues que Planeta o Random House me lo publicarán! Fijo. Y de ahí a que Netflix me compre los derechos para convertirla en una miniserie de éxito solo hay un pequeño paso de nada… Así que, como te decía en el asunto de este mensaje, regálame tus ojos. Y tus labios, claro; si no escucho tu voz, apenas avanzaré. Porque quieres estar en mis agradecimientos, ¿verdad? ¡Dejar escapar esta oportunidad sería una locura! Aunque… no tengo mucho dinero para pagarte los tours… Llevo años ahorrando, he conseguido un trabajo de camarera y solo tengo doce meses para vivir esta aventura. ¿Quedamos para hablarlo? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¡No me hagas esperar, que eso de la paciencia no es lo mío!

Con deseos de recibir un sí cuanto antes,

Lara

P. D.: Considero la plaza de Catalunya un lugar perfecto para conocernos, ¿te parece esta misma tarde a las 19:00? No veo el momento de empezar mi investigación. Y casi puedo imaginarme tus ojitos haciendo chiribitas con las ganas que tienes de conocerme. ¿A que sí?

La vida se compone de pequeños instantes, de decisiones efímeras que marcan un camino y dejan atrás otras posibilidades. Hace años decidí no preguntarme qué habría sucedido si mi sendero hubiera sido otro, porque cada elección que tomamos conforma nuestro destino y debemos seguir el rumbo trazado sin mirar atrás. Esta chica tiene un punto descarado y destila entusiasmo en el escrito, como si su manera de transitar los días se llenara de chispas, de emociones, de espontaneidad; quizá por eso me atrae la idea de conocerla, de ponerle cara, de descubrir su sonrisa.

«Regálame tus ojos»… Mis labios se curvan hacia arriba al repetir esta frase para mis adentros. Mis ojos han contemplado la ciudad desde muchos ángulos tras mi llegada a Barcelona, la han leído,

descifrado, desentrañado a través de sus piedras, de sus monumentos, de sus calles, de ciertos lugares perdidos en la memoria y colmados de historias ocultas, de sus colores… Recorrer esos mismos rincones acompañado de un grupo diferente cada vez consigue ofrecerme un matiz nuevo, una luz distinta, un detalle que jamás había percibido. Hacía tiempo que no encontraba a alguien con esta capacidad de sorprenderme y no quiero perder la oportunidad de escuchar su voz mientras observo si sus pupilas chispean como se intuye en su e-mail, así que tecleo una respuesta a la altura y la convoco en el centro de la plaza a las siete en punto.

Camino con rapidez rumbo a uno de los hoteles del paseo de Gràcia para encontrarme con una numerosa familia del norte de España deseosa de adentrarse en los secretos de la Ciutat Vella. Suelo adaptar mis tours a las preferencias de los clientes, para eso está el cuestionario previo de la web, y como los de hoy se han declarado unos auténticos forofos de lo paranormal, les he preparado una ruta por la parte más mística de Barcelona, donde las historias se nutren de leyendas.

La mañana se me pasa volando. Estamos a principios de junio, el calor es muy sofocante y las preguntas impertinentes de la abuela del grupo están a punto de desquiciarme en varios puntos del recorrido, pero las aguanto como un campeón. Después me doy un homenaje en casa a base de tortilla de patatas, pan con tomate, una copa de vino blanco fresquito y un sorbete de limón, con la tele encendida de fondo. No me fijo demasiado en ella, solo la tengo como compañera de piso.

El teléfono anuncia una videollamada compartida con tres puntos de Filadelfia a las cuatro en punto, como cada viernes, y no tardo ni cinco segundos en unirme. Mis padres y mis dos hermanas aparecen en las ventanitas correspondientes para charlar durante los cuarenta minutos semanales de rigor. Atesoro nuestras conversaciones, saber de ellos, sentirme como si nunca me hubiera ido y siguiera viviendo cerca de mi familia. A veces me pregunto cómo podían sobrevivir nuestros padres sin la bendita tecnología que nos permite una conexión a tiempo real con la cercanía del vídeo, como si estuviéramos a un solo

paso de distancia y no a miles de kilómetros.

Cuando salgo para acudir a mi cita con Lara estoy feliz y relajado. El tiempo compartido con los míos tiene ese efecto, suele alegrarme el día. El bochorno sigue apretando y la ciudad hierve; la calle se llena de turistas y residentes que han salido a dar una vuelta por el casco antiguo. Me interno en la vorágine de transeúntes hasta alcanzar justo el centro de una de las plazas más emblemáticas de Barcelona. Las palomas sobrevuelan el lugar y se posan en el suelo, donde una mujer les lanza migas de pan; hay niños correteando tras ellas y sus risas restallan en el caos propio de este emplazamiento donde nunca hay quietud y el jolgorio inunda el silencio.

¡Y pensar que esas aves están colonizando la plaza gracias a un plan de Manuel Ribi Labarta, jefe de la Guardia Urbana, con motivo de la Exposición Universal de 1929! Querían imitar otras plazas europeas, como la de San Marcos o San Pedro, y fue el policía quien ordenó a un agente llamado Félix Torrubia que las trajera aquí. La tradición popular cuenta que las palomas solo lo seguían si iba vestido de uniforme, así que se lo calzó, las llevó a la plaza y después salió de allí vestido de paisano, dejándolas atrás. Ahora se han convertido en una plaga.

No tardo en ubicar a Lara de pie, justo en el centro, con su sombra proyectada sobre el mosaico central de la plaza, ese que esconde tanto simbolismo. Me ha mandado una foto, así que la reconozco con facilidad. Pelo moreno, ojos marrones, sonrisa perenne… De estatura media, con un cuerpo esbelto bajo un vestido de tirantes ajustado de punto gris clarito, muy corto y poco recatado. Lleva el pelo sujeto en la coronilla con una pinza enorme que desampara muchos mechones sueltos y la presenta un poco desaliñada. Sus ojos recorren el lugar con expectación. Esta chica transmite ilusión, es como si vibrara de verdad y fuera la reencarnación de sus palabras, de ese arrebato contagioso que destila de ellas. De repente su sonrisa se ensancha, abre los brazos en cruz y se pone a rotar sobre sí misma cada vez más rápido, riendo con ganas. Me acerco sin cesar de mirarla, impresionado por su comportamiento. Se detiene, se coloca las manos en las piernas y resuella con un mohín feliz, como si acabara de

realizar una travesura y se sintiera orgullosa de ella.

—Acabas de girar sobre uno de los anagramas más interesantes de esta plaza —comento con mi perfecto catalán—. Soy Stan y estaré encantado de ayudarte a escribir ese libro.

—¡No tienes acento! —Levanta la mirada hasta posarla en mis ojos y leo ilusión en sus pupilas, a juego con una sonrisa capaz de iluminar una ciudad entera—. ¿Cómo es posible con ese nombre? ¡Cuéntame tu historia! —Parpadea con emoción—. Soy toda oídos y muy cotilla, ya te lo aviso.

Desprende una energía vital que me despierta deseos insanos de reír, como si bastara con su presencia para dejarme seducir por la impulsividad del momento, aunque solo me permito un pequeño alzamiento de las comisuras de los labios, sin llegar a sonreír del todo.

—Mi idioma materno es el catalán —explico—. Tengo raíces en Barcelona.

—¡He alucinado con eso en tu web! —Frunce un poco la boca y sus ojos destellan interés—. ¿De verdad hablas catalán, español, inglés, alemán, francés, chino mandarín, ruso, árabe y japonés? Cuando he visto la cantidad de opciones de idioma para tus tours, me he quedado bastante pillada. ¿Cómo es posible?

—Tengo facilidad para aprender y un padre muy interesado en que sus hijos estudiáramos lenguas desde muy pequeños —respondo sin muchas ganas de ahondar en ello.

Suelta unas cuantas carcajadas, como si acabara de decir algo muy gracioso, aunque me cuesta averiguar qué exactamente.

—¡Mi padre le daba más importancia a que supiéramos limpiar, alimentar y cuidar al ganado de nuestra granja que a los estudios! —exclama sin abandonar las risas—. Y también quería expertas en el huerto. Los idiomas le importaban más bien poco si no le ayudaban a entenderse con los animales.

—El mío no tiene nada de granjero —comento con intención de zanjar el tema.

—¿Y a qué se dedica? —me interroga cuando ahoga las risas—. ¿Era de aquí? ¿Qué hay de tu madre? ¿De dónde es? ¿A qué se dedica? Los míos son de mi pueblo, uno pequeñito que está en la provincia de

Lérida. Tenemos una explotación ganadera, como ya habrás deducido. Yo trabajaba con ellos hasta hace muy poquito.

Me abruma la cantidad de preguntas e información que puede soltar en medio minuto. Me quedo unos instantes en silencio para procesarlo todo y decidir hasta dónde quiero contarle. No soy muy dado a compartir mi vida privada y menos con desconocidos, por muy extrovertidos que se muestren.

—Mis raíces catalanas se las debo a mi abuela materna —explico en un tono monocorde, sin ganas de profundizar—. Mis padres son estadounidenses, como yo, y trabajan como catedráticos en la Universidad de Pensilvania.

—¡Padres catedráticos! ¡Vaya! —Silba para enfatizar su admiración —. Ahora no me puedes dejar en ascuas, ¿alguno de ellos ha inventado algo chulo? ¿En qué departamento están? ¿Son unos cerebritos?

—Él está en el de Lingüística, y ella, en el de Biología Genética —expongo con disgusto. Me callo que tanto mis hermanas como yo también formamos parte de esa tradición familiar, como la mayoría de los Harrison. Bueno, ahora ya no pertenezco a ese grupo selecto… Suspiro, no me gusta recordar esa parte de mi vida—. Mi padre es terapeuta especializado en el desarrollo lingüístico de los niños. Ideó un método bastante revolucionario para ayudar a retener los idiomas. —Me guardo la otra parte, pero mi mente la repite sin problemas: «Tiene un montón de artículos publicados, un doctorado, muchísimos premios, reconocimiento tanto científico como popular, las escuelas que ha fundado con su técnica siempre están abarrotadas y ni te imaginas cómo se llenan sus clases en la universidad. ¡Es el rey de las aulas! Todo el mundo lo adora».

Su rostro demuda y se llena de curiosidad.

—¡Flipante! —Me observa con los ojos muy abiertos, con un interés claro y directo—. Quiero conocer el método de tu padre, a ver si avanzo. Porque a mí los idiomas como que no se me quedan. Odiaba el inglés en el colegio, ¡no daba ni una! —Suelta una carcajada mientras chapurrea una palabra ininteligible en mi lengua paterna—. Así que si tienes una forma infalible para conseguir que mi cerebro lo

procese y lo hable con soltura en poco tiempo, te la compro. —Exhibe una expresión radiante con una chispa de perspicacia en su mirada—. Aunque pondríamos un precio bajito, ¿vale? Boyante, lo que se dice boyante, no voy, la verdad.

Mis labios quieren volver a esbozar una sonrisa, pero solo les permito curvarse de medio lado y refreno la carcajada. Sus expresiones, el tono pícaro de su voz, esa forma descarada de pedir las cosas… Es una mujer refrescante, jamás me había encontrado con alguien como ella.

—Es un hombre generoso —contesto sin tener nada claro por qué estoy hablándole de mi familia—. Tiene tendencia a ayudar a los demás. Seguro que te lo rebaja un poquito.

—¿Y quién eres tú? ¿Qué buscas en la vida? ¿Qué te trajo a Barcelona?

Estas simples preguntas me agitan. Sé quién era —o, más bien, debería decir quién creía ser—, pero todavía no he averiguado quién soy ahora mismo.

—Estoy buscando una respuesta —reconozco con sinceridad.

—¡Tu historia familiar mola! —Su expresión entusiasmada es como una oleada de ilusión—. ¿Puedo tomarla prestada para mi libro? ¿Me la explicas con mil detalles?

—Cuéntame tu idea para ese libro. —Cambio de tema con un suspiro silencioso de alivio y echo a andar sin rumbo para moverme un poco.

—Bueeeeeeno. —Suelta una risita y me sigue—. Todavía la he de definir. Ni siquiera sé qué género literario quiero tocar. —Mi estupefacción debe ser patente porque enseguida añade la coletilla—: Pero va a ser un éxito. ¡La gente hará cola en la calle para que se lo firme! Un día estaré sentada en la Casa del Libro de la rambla de Catalunya tras una presentación multitudinaria, y mis lectores acudirán con adoración en la mirada porque la novela levantará pasiones. Ya lo verás.

Vuelvo a sentir unas ganas indómitas de reír, pero en vez de sucumbir a ellas me centro y arrincono las cuestiones personales. Le señalo con el dedo la estrella envuelta en un círculo que conforma el

compuesto central de la plaza, dispuesto a explicarle una historia interesante, a ver si le despierto un interés capaz de fijar el tema para su libro. Para mí es bastante inconcebible esta forma de trabajar. ¿Cómo puede alguien empezar una historia sin saber sobre qué quiere escribir?

—Ese mosaico lo ideó Ildefons Cerdà a finales del siglo XIX, pero hasta la década de 1950 no se colocó ahí, en plena dictadura fascista. —Ella se detiene para observar las baldosas con verdadera fascinación, como si pudiera sentir la misma conexión que yo con el pasado al observar una de sus huellas—. ¿Y sabes a qué hace referencia? —Niega con la cabeza, con una sonrisa y las pupilas atentas a mis palabras—. Fue el primer símbolo del Rotary Club, el brazo financiero de la francmasonería. —Describo el círculo con un dedo—. Si te fijas bien, en todo el mundo encontrarás fachadas de hoteles que exhiben el emblema actual: una rueda dentada. Sirve para indicar donde se reúnen los miembros de esa sociedad, que todavía existe hoy en día.

—¡Qué fuerte! —exclama con un gesto exagerado de las manos y señalando el suelo de la plaza—. ¿Y Franco no sabía lo que puso aquí? —Le respondo con un amago de sonrisa taimada—. ¡Increíble!

—Como curiosidad, te diré que se puede apreciar una circunferencia perfecta si lo miramos en un ángulo de treinta y tres grados desde un determinado edificio de la plaza de Catalunya.

Corre hasta el centro y vuelve a abrir los brazos para girar de nuevo sobre sí misma, pero en vez de carcajadas ahora suelta una retahíla de palabras emocionadas, a cuál más loca. Y me sacude un cálido estremecimiento, como si su efusividad despertara un aleteo en mi vientre y me alentara a acompañarla. Pero no lo hago, me quedo a un lado, con la atención puesta en ella y la boca tentada a dejarse llevar por la inercia de una sonrisa.

—¡Estoy pisando un emblema escondido incluso durante la dictadura franquista! —Se detiene y me lanza una mirada emocionada —. Por eso te escribí, para que ilumines mis ojos y me descubras la Barcelona oculta. ¿Qué más puedes contarme de este lugar?

—Mira esa escultura. —Caminamos en dirección a El Corte Inglés y

la detengo frente a una de las columnas para señalársela—. Ese hombre lleva una Moreneta en la mano; es la patrona de Cataluña, la Virgen de Montserrat. Por eso los católicos venían aquí a orar durante la Guerra Civil. Fue de las únicas estatuitas de la patrona que sobrevivieron al expolio.

—Pero si rezaban ahí, ¿cómo no se dieron cuenta los republicanos?

Un gesto sagaz acude a mis labios. Es una mujer inteligente, acaba de plantear una de las cuestiones más interesantes de la anécdota.

—Porque eran listos los puñeteros católicos. —Le guiño un ojo—. Nunca rezaron de cara a la Moreneta, sino de espaldas a ella y con disimulo.

—¡Uala! ¡Qué tíos! —Suelta una de sus carcajadas—. Se lo montaron bien, ¿eh? Y mira, ahora han conseguido interesarme.

—Hay muchas historias ocultas en esta ciudad, pero también existen en cualquier otro lugar del mundo. El pasado siempre está presente en las piedras, es parte de su encanto. —Le señalo el final de la plaza, en dirección al famoso café Zúrich—. ¿Te apetece una cerveza? Podemos charlar un poco acerca de tu necesidad de absorber conocimientos y de cómo lo vamos a hacer.

Contesta con una sonrisa ladina.

—Casi prefiero un chocolate con melindros. —Empieza a caminar rumbo al bar—. La cerveza me da grima. ¡Lo siento! —Levanta las manos ante mi gesto de desdén al escucharla—. Pero soy adicta a un buen chocolate. —Se relame los labios—. ¡Nunca puedo resistirme a uno! Además —baja la voz—, ¿conoces el dicho de que es sustituto del sexo? —Se acerca a mi oído—. El placer de saborearlo me convierte en una Meg Ryan apasionada. ¡Imito a la perfección la escena de *Cuando Harry encontró a Sally*! —Muestra una sonrisa socarrona cuando se separa de mí y me dedica un mohín muy revelador—. Aunque, en mi caso, de fingido tiene poco.

—Vamos. —No puedo evitar reírme, aunque consigo que sea un gesto muy poco elocuente—. Te invito a ese chocolate y así descubro en directo tu actuación. ¿Te gustan las películas antiguas?

—¡Adoro el cine! —Gesticula con los brazos para enfatizar sus palabras—. Soy una enciclopedia viviente de frases de todo tipo de

filmes. ¿Quieres probar? —Su sonrisa debería persuadirme para negarme, pero actúo contra el sentido común y acepto el reto con un asentimiento de cabeza—. Vale, ahí va. Voy a empezar con una facilonga, así que como no la adivines…

—Venga, lánzate.

—Tú lo has querido: «Puede que no sea muy listo, pero sé lo que es el amor».

No me cuesta demasiado dar con la respuesta porque, tal como ha asegurado Lara, esta es sencilla. La miro a los ojos cuando llegamos frente al café abarrotado.

—*Forrest Gump*. —Ella aplaude ante mi acierto—. «Mamá dice que tonto es el que hace tonterías» —parafraseo otra oración de esa película tan mítica para mí.

—A ver esta…

2

Café Zúrich

Lara

La terraza del bar está muy concurrida, los turistas y residentes copan la calle mientras pasean por este lugar tan emblemático de la ciudad para concederle su esencia. Escucho los variopintos sonidos de la tarde. Siempre me ha gustado descubrir cómo llenan el silencio, la forma en que los diversos idiomas flotan en el ambiente, entre risas, en conversaciones alocadas, otras más tímidas y un sinfín de palabras de personas anónimas con mundos propios que me gustaría conocer. La vivacidad de Barcelona me entusiasma, por eso llevo años fantaseando con la idea de escribir acerca de ella, de dotarla de palabras, de hacerla vibrar en manos de un lector. Necesito traspasar al público mis sensaciones, dejar constancia de ellas, lograr que los conmuevan tanto como a mí.

Conseguimos una mesa tras una pequeña espera junto a la terraza y observamos a la gente sin abandonar nuestro deseo de compartir una charla animada en la que yo suelto alguna frase célebre de una película y Stan se devana los sesos para adivinar el título. Juego con ventaja, porque se las recito en catalán o en castellano y él las ha escuchado en inglés en la mayoría de los casos. En demasiados momentos el movimiento de su boca me parece fascinante, cómo lucha por retener las sonrisas y sus intentos de permanecer inmutable ante mis esfuerzos por contagiarle el entusiasmo. Sus ojos marrones brillan ante los desafíos, busca la respuesta con el ceño un poco fruncido y suele acertarlas casi todas. Tenemos un gusto cinematográfico muy similar.

Es muy guapo, rezuma atractivo por cada uno de sus rasgos. Pelo castaño claro, ondulado, lo suficientemente largo para enmarcar esa barba y ese bigote de cuatro días muy cuidados alrededor de unos

labios finos, piel morena; viste su cuerpo de metro ochenta y cinco con unas bermudas y una camiseta bastante ceñida, capaz de marcar unos músculos definidos. Y me encantan sus alpargatas de esparto típicas de Cataluña, compradas sin duda en alguna tiendecita cercana a la playa.

—«¿De qué sirve confesarme si no me arrepiento?» —suelto con una sonrisita taimada—. Es de una de mis pelis preferidas.

—¡Y chupada! —Su tono casi rozando la hilaridad se escucha por encima del barullo de la terraza. Estoy tentada de reírme a carcajadas, a ver si se suelta y me acompaña, con el deseo impertinente de revelar el tono exacto de sus risas—. Estás hablando con uno de los mayores forofos de *El Padrino*. Esa frase es de la tercera película.

—¡Bingo! —Aplaudo con efusividad y junto los labios para dedicarle un beso fugaz, en busca de una reacción que no aflora—. Lo has clavado.

—Tengo una para ti. —Me lanza una miradita intensa, de esas que avecinan un reto, y hasta distingo chispas en sus pupilas, como si hiciera demasiado tiempo que no se relaja lo suficiente para disfrutar del momento—. ¿Preparada?

—Soy toda oídos —lo aliento con deseos de romper su coraza. Algo en mi interior me insta a provocarlo.

—«Un hombre sin miedo es un hombre sin esperanzas».

—*¡Daredevil!* —Vuelvo a juntar las palmas para enfatizar mi emoción, sin moderar ni un ápice la exaltación innata que suele acompañarme siempre. Stan la aviva con su presencia, la empuja a mostrarse en todo su esplendor—. Ahora te toca definirte: ¿Marvel o DC? De tu respuesta depende mi futura decisión acerca de si me caes bien o mal. Porque te lo advierto, con los superhéroes no se juega.

Otra vez observo cómo contiene su reacción, sus ganas de explosionar en unas carcajadas naturales, frescas, joviales. Lleva reprimiéndose desde nuestro encuentro en el centro de la plaza, como si necesitara mantener el control y no se sintiera cómodo amoldándose a la inercia del momento. Las comisuras de sus labios tiran hacia arriba y todo mi cuerpo vibra de anticipación, pero Stan sofoca el gesto y se queda en una sonrisa torcida; enseguida frunce el ceño.

—Acabo de confiarte mi elección, ¿no crees? —anuncia. Suspiro con frustración y el hormigueo todavía me recorre la piel. Ansío ser una espectadora de excepción de un arrebato suyo y deleitarme con su regocijo.

—Bueeeeeeno. —Me obligo a rebajar mis absurdas expectativas. Lo acabo de conocer, apenas sé nada de él, ¿por qué quiero romper su coraza?—. Podrías haberme dado gato por liebre. No todos juegan limpio cuando se trata de decidir entre las dos grandes editoras de cómic.

—¿Sabes que Warner y Disney aprovecharon la rivalidad de los cómics para forrarse con las películas? —pregunta sin perder la expresión de regodeo en su rostro y ese gesto, por nimio que sea, me alegra al instante; provoca una corriente cálida en mi cuerpo, lo eleva —. Son la Coca-Cola y la Pepsi de los cómics. —Me guiña un ojo.

—¡Coca-Cola a muerte! —defiendo mi bebida preferida con una enorme sonrisa—. ¿Dónde vas a parar? La otra es una copia con un sabor que no le llega ni a la suela de los zapatos.

—Si te fijas en la historia de Marvel y de DC, te darás cuenta de que han crecido gracias a esa premisa, la de copiarse mutuamente. Cuando una sacaba un superhéroe muy popular, la otra buscaba crear un homónimo a la altura. La gente, cuando piensa en DC, lo hace en términos de oscuridad por culpa de Batman, pero Marvel también tiene ese punto. Y DC cuenta con Wonder Woman, Superman, la Liga de la Justicia…

—¡Eh! —lo detengo con indignación en la voz—. ¡Es mil veces mejor Spiderman! Por no nombrar a los Vengadores, los X-Men o Hulk. ¡O a los demás superhéroes de Marvel!

Su sonrisa se descontrola un segundo. Parece como si mi efusividad a la hora de defender mis cómics preferidos lo divirtiera lo suficiente para dejarse llevar, aunque de forma fugaz. Se me encoge el estómago y aguanto la respiración a la espera de su estallido, pero la camarera viene con nuestras consumiciones y desinfla la burbuja de Stan para devolverlo de golpe a la realidad. Regresa su expresión controlada, aunque las pupilas emiten centellas y hasta puedo sentir cómo la risa se filtra por sus poros en busca de una grieta por la que desatarse.

—¿Conoces la historia de este lugar? —dice señalando el local interior—. Se fundó el día de Sant Joan en 1862 como la taberna de la estación del tranvía que subía por la calle de Balmes. La llamaron La Catalana y funcionó de narices durante muchos años. Los indianos volvían a Barcelona y se necesitaban locales nuevos…

—¿Los indianos? —pregunto, interrumpiéndolo. Le doy un pequeño sorbo al chocolate y arrugo la cara al quemarme la punta de la lengua. Él vuelve a componer ese mohín tan suyo con los labios rectos, obligándolos a no mostrar un atisbo de sonrisa, pero esta vez le cuesta demasiado y las muecas lo traicionan.

—Así se llamaba a los españoles que durante el siglo XIX, o a principios del XX, emigraron a América —aclara mi duda cuando su expresión cede al fin y me muestra un atisbo de sonrisa. Es alucinante. Le cambia el rostro, lo matiza, lo convierte en más sereno y atractivo —, sobre todo a Centroamérica y al Caribe. ¿Nunca te habías preguntado por qué algunas casas tienen palmeras? Las más antiguas que todavía sobreviven en Barcelona datan del siglo XIX y se encuentran próximas al litoral y a las rondas.

Niego con la cabeza, fascinada por sus conocimientos, los gestos de sus manos, sus pequeños mohines y su tono entusiasta. Mi imaginación viaja atrás en el tiempo, como si fuera una de esas indianas afortunadas, capaces de traer esas plantas para que arraiguen en el jardín. Cierro los ojos un segundo, hipnotizada por el sonido de su voz, y lo acompaño a Sitges, a Begur y a otros lugares de la Costa Brava donde muchos jardines exhiben unas palmeras más altas que sus muros.

—Nos hemos quedado en que los indianos volvían a Barcelona y necesitaban locales… —susurro cuando se calla de repente.

—Durante la primera década de 1900, el Café Doré y el paseo de Gràcia estaban de moda, al igual que los tranvías eran una gran atracción. —Mientras lo escucho hablar del pasado, no puedo evitar mantener los ojos puestos en el movimiento de su boca, concentrada en los matices de su voz—. En 1911, el propietario de este local, un tal Serra, decidió darle un giro al negocio y lo convirtió en una chocolatería. Como había vivido en Suiza, la bautizó Zúrich.

—Así que he pedido justo lo que debía. —Me meto una cucharada de chocolate en la boca y cierro los ojos con un gemido extasiado al degustar la octava maravilla de mi mundo—. Al menos alguien le vio el valor…

—Incluso tuvo éxito durante la Primera Guerra Mundial. Los barceloneses venían aquí a conocer los avances de las tropas en un mapa de Europa donde se pintaban con bastante puntualidad.

—Pero ahora sirven otras cosas…

—Serra vendió el Zúrich en 1920 a un comerciante de Olesa, que más tarde fue un directivo del FC Barcelona: Andreu Valldeperas. Y su hijo lo convirtió en una cervecería.

—Y desde entonces, así se ha quedado hasta ahora.

—Con varias anécdotas y cambios, pero sí, este local es una insignia de Barcelona.

Asiento un par de veces con la mente enredada en los datos.

—Pero no hay ningún secreto escondido en él. —Chasco la lengua y sonrío con descaro—. Creo que para mi libro quiero centrarme en el simbolismo oculto en la ciudad, en la capacidad de las personas de interpretar la historia de manera parcial y sesgada por nuestras percepciones, en todo aquello que me incite a soñar lo suficiente como para contarlo al mundo.

—¿Ya has decidido el género, la idea o el título?

—¡Qué va! —Sonrío—. La magia de crear está en abandonarse a la inspiración. Me he traído mi portátil, unos cascos de esos que aíslan todo el ruido, mi ilusión y mi deseo de escribir. ¡Lo demás vendrá solo! Voy a ser una escritora de brújula. Odio los mapas, te lo digo desde ya. —Me acerco mucho a él para susurrarle al oído y se me corta el aire. Huele a campos de trigo, a lavanda, a una tarde de verano paseando por los alrededores de la granja—. Me pierdo siempre, tengo una orientación pésima y lo de leer los mapas… —Me separo de él con la respiración agitada, casi al mismo ritmo que mi corazón. Las notas de su aroma se han quedado impregnadas en mí—. ¡Si hasta me lío con el GPS y giro siempre antes de tiempo!

De repente, un torrente de risas estalla en su boca y lo llena todo. Es como si la contención de su presa emocional acabara de saltar en mil

pedazos y me ofreciera una parte de él muy íntima. Me quedo absorta con el movimiento de su mandíbula, con cómo echa un poco la cabeza hacia atrás, con la fluidez de sus rizos al seguir la cadencia de las carcajadas.

—Como mínimo deberías saber qué vas a escribir, tener una idea —insiste.

—Los secretos de la Barcelona oculta, esos que me vas a explicar tú en nuestras rutas… —Apenas me sale la voz. Me he quedado asida a la melodía de su risa.

Me observa un par de segundos en silencio sin perder la expresión jocosa y, al final, mueve la cabeza arriba y abajo varias veces y recupera la máscara imperturbable de hace unos instantes.

—Debes definir los personajes, preparar un esquema, decidir la extensión, el número de palabras, la cantidad de capítulos, el tipo de narrador, un principio, un nudo, un final, un título…

—¡Eh! ¡Corta ya! —lo detengo, agobiada por sus palabras tras reponerme de mi momento de adoración—. Tío, ¡suéltate el pelo! Todo eso suena superaburrido. La vida se mide en sueños, en la capacidad de dejarse llevar por ellos, en la ilusión que pones al buscar la forma de alcanzarlos. No puedes atraparlos en una cajita y diseñarles un croquis, eso les quita emoción.

Niega varias veces con la cabeza con una sonrisa torcida que me hipnotiza otra vez.

—Los sueños solo son eso: sueños —argumenta—. Has de ser consciente del suelo que pisas en todo momento, saber hasta dónde puedes llegar y definir metas coherentes con tu situación. Solo así puedes ser feliz. Si quieres abarcar demasiado y solo te riges por las ilusiones, acabas sufriendo.

Resoplo y lo miro de hito en hito. Me alucina esa manera tan cuadriculada de pensar, como si antes de actuar fuera imperativo valorar tus opciones. La forma de ser de Stan me ha quedado clarísima. Es uno de esos planificadores natos. ¡No me extrañaría encontrar llenito de colores el Google Calendar en su móvil!

—¿Y qué hay de la aventura? —rebato—. ¿De la excitación de descubrir la vida a medida que la experimentamos? ¿De aprender de

las equivocaciones tras levantarse de un revés? —Inspiro y suelto el aire con una sonora exhalación—. Mi máxima es: «Nunca dejes de soñar». Si algún día pasa, si se marchitan mis ilusiones, mi vida estará acabada.

Le da un sorbo a su cerveza con la mirada un poco perdida, como si estuviera dándoles vueltas a mis palabras. Yo le dedico toda la atención al chocolate a la taza para rebajar el peso de mis reacciones. A pesar del calor tórrido de este principio de junio, me encanta que casi queme, el olor que desprende el vapor, la explosión en mis papilas gustativas cuando lo saboreo, la consistencia que me llena el paladar y me acompaña mientras lo degusto.

—¿Qué buscas exactamente en mí? —inquiere Stan de repente.

—Más información como la de antes. —Me lamo los restos de chocolate de las comisuras de los labios—. Es fascinante todo lo referente al Rotary Club, cómo alguien escondió un símbolo en medio de esa plaza. —La señalo—. ¡Y lo de la Moreneta! No soy católica ni cristiana ni mucho menos practicante, pero la historia de los rezos me ha parecido interesantísima. ¡Quiero saber más! Descubrir todo aquello escondido en las piedras de la ciudad. Soñar en ese pasado recóndito que poco a poco clareará a través de tus ojos.

Y otra vez las carcajadas irrumpen en él. Su cuerpo se agita a su ritmo, al igual que los rizos y su boca. Me quedo mirándolos un instante con un estremecimiento extraño, como si ese sonido me llenara el cuerpo de cosquillas y su boca me llamara. Sacudo la cabeza para deshacerme de esas sensaciones.

—Y no tienes demasiado dinero para aportar al trato… —susurra, recordando sin duda mi e-mail.

—Nop —corroboro, ya más recuperada—. Solo mi sonrisa, mi energía, mi presencia y unos cuantos euros. ¿Te vale?

Pongo mi mejor cara de tierno corderito, esa que ablanda a mis padres con facilidad. Él vuelve a coartar sus carcajadas, pero una enorme sonrisa le curva los labios y asiente.

—Podría dedicarte algunos ratitos libres —acepta—. Incluso invitarte a venir con mis grupos en calidad de ayudante.

—Solo hay un pequeño problema. —Le muestro el pulgar y el índice

bastante juntos para enfatizar la palabra «pequeño». Él me anima a continuar con su mohín interrogante—. Para pagar con soltura el alquiler, la comida, este chocolate y mis caprichos, tengo que cubrir muchos turnos en la cafetería. Y… no quiero perder mis visitas a casa. Echo en falta a mis padres… Además, está mi necesidad de ejercitarme cada mañana. Voy a correr, ¿sabes? ¡El *gym* es demasiado caro para mi precaria economía! Y el *running* es perfecto para mantener mi cuerpo en forma. No quiero abandonarlo.

—Es decir, tienes poco tiempo.

Me muerdo el labio, suelto un suspiro, cierro los ojos y muevo la cabeza arriba y abajo.

—Eso mismo —afirmo—. Pero soy una alumna ejemplar y voy a dedicarte todos y cada uno de mis segundos libres. —Subo el hombro derecho hasta juntarlo con mi mejilla—. Bueeeeeeno, en realidad, todos no, porque preciso tiempo para escribir mi best seller.

—¿Y eso nos deja con…? —Me lanza una mirada suspicaz—. Es para planear un poco nuestras salidas de una forma coherente.

—Coherente… —Rechazo esa palabra con rapidez. Es extraña para mí, yo soy más de ir sobre la marcha—. ¡Tío, relájate! —Suelto una carcajada—. Pareces cuadriculado. A ver, no es necesario planificarlo todo, basta con ir hablando y ver dónde y cuándo encajamos los horarios. Sin presión. Sin agobios. Sin obligaciones.

—Bien, tienes un horario de trabajo, ¿no? —Lo noto un poco confundido con mi forma de funcionar. Asiento para tranquilizarlo—. Pues esto es lo mismo. —Y, como si mis pensamientos de hace un momento cobraran vida, me muestra su Google Calendar, cómo no, lleno de colores—. Te compartiré mis salidas en grupo, así puedes apuntarte a la que te vaya bien como mi becaria. Necesito saberlo como mínimo con un día de antelación.

Resoplo.

—No me gusta programar las cosas tan a largo plazo, prefiero elegir al instante, esperar a ver hacia dónde sopla el viento. —Me fijo enseguida en su mueca de disgusto, como si mi discurso atentara contra su paciencia—. ¿Y si me apunto y me surge la inspiración? Dicen que es caprichosa… ¿No puedo aparecer si me va bien? Sin

ataduras ni nada.

—Un día no es a largo plazo —se queja—. ¡Solo son veinticuatro horas!

—Mira, hoy hemos improvisado y no ha estado tan mal. —Hago un puchero—. Vengaaaaaa, di que sí. Me compartes ese calendario multicolor y yo me acoplo a las salidas cuando pueda. Si algo soy es puntual. Así que, si me sumo a tu grupo, lo sabrás al llegar. —Levanto el meñique para encajarlo con el suyo, aunque él no da muestras de entender mi gesto. Resoplo, le cojo la mano derecha, le agarro el dedo, lo alargo y lo entrelazo con el mío. Primero, aprieta los labios, pero cuando se encuentra con mi mueca divertida no le queda otro remedio y los eleva con timidez—. Prometo ser la mejor becaria de tu vida.

—De acuerdo —acepta—. Vamos a probarlo. Sin embargo, si no funciona, vas a seguir mi método.

—¡Así me gusta! —Aplaudo para celebrarlo—. ¡Vamos a descubrir la Barcelona oculta para escribir el mejor libro de la historia de los libros! —Me acerco a su oído—. No descarto ganar el Nobel de Literatura.

No entiendo por qué, pero cuando se desata su risa de nuevo, mi cuerpo arde.

3

Portal de l'Àngel

Stan

Han pasado doce días desde nuestra despedida frente a la boca del metro de la plaza de Catalunya tras más de tres horas charlando sin descanso en la terraza del Zúrich. La recuerdo mirándome con esos ojos marrones cargados de expectativas, como si quisieran dejar patente su deseo de volver a encontrarnos pronto. Le dije adiós con un tono ronco, con ganas de posar mis labios en los suyos, pero sin rendirme a la tentación. Me limité a levantar la mano, pronunciar un «nos llamamos» y darme la vuelta para caminar hasta mi casa.

Desde entonces no he parado de recordarla en instantes extraños, de contestar con emoción a sus constantes retos en forma de mensaje con una frase de una película célebre, de repasar mis conocimientos de filmografía para acertar el título, de escuchar su voz minutos después al recibir su llamada para explicarme por qué ha elegido esa y de alargar nuestras conversaciones hasta el infinito sumando temas, ideas, momentos.

El móvil me vibra en el bolsillo de las bermudas cuando llego frente a la puerta de una pensión del barrio Gòtic, muy cerca de la mayoría de las calles capaces de mostrarnos esa historia perdida en el olvido y que mis ojos captan con una simple mirada, preparado para pasar mucho calor mientras guío a cinco chicas noruegas. Se me enciende la emoción al encontrarme con un mensaje de Lara: «Solo hay una persona que puede decidir lo que voy a hacer, y soy yo mismo». Me paso la mano por el pelo mientras pienso en la respuesta.

—*Ciudadano Kane* —anuncia su voz. Y entonces la veo a mi espalda, con la sonrisa intacta, vestida igual de provocativa que la otra vez, con el pelo mal recogido en un moño desaliñado, un toque de carmín rojo pasión como único maquillaje y esa expresión socarrona que me

seca la boca—. Es una alusión a mi aparición. Ya que querías seguir una programación… —Levanta las cejas un par de veces en un gesto juguetón—. Este grupo promete mucho.

—Kane fue bastante desgraciado —comento—. No logró ni el puesto político por el que luchaba ni al amor de su vida.

—El tópico de: «El dinero no da la felicidad». —Chasca la lengua—. Cierto y mentira a la vez. —Su sonrisa eclipsa el lugar—. A ver, si bien es innegable que estar forrado no te garantiza nada, te aseguro que si yo fuera una millonetis, otro gallo cantaría. ¡Soñaría a lo grande!

—Cuéntame esos sueños. —Me apoyo en la pared de al lado de la puerta de entrada a la pensión y la invito a acompañarme. Hablar con ella es revitalizante, como si sus palabras contuvieran el secreto de la desvergüenza, de la ilusión y de una felicidad impensable para mí. Y me calienta el alma de una manera preciosa, como si pudiera acceder a ella para proporcionarle ilusión—. Imagina que ganas la lotería y tienes unos cuantos millones en el banco. ¿Qué harías?

—¡Viajar! —Lo dice sin detenerse ni un segundo a pensar—. Cogería una mochila y recorrería el mundo para descubrir todos sus secretos. Ese es mi mayor deseo. —Suspira con la mirada cargada de nostalgia —. Si no tuviera a mi familia, me pasaría varios años como una nómada, siempre de aquí para allá. Trabajaría de lo que fuera en mis destinos, no escatimaría ni un segundo en planear las cosas, me dejaría mecer por la brisa, por los instantes, por los giros inesperados de cada viaje. ¡Que sea el lugar quien me elija! ¡No yo a él! —Suelta otra exhalación—. Pero de momento será solo una quimera por la que lucharé hasta que mis labios esbocen su última sonrisa. —El gesto de su boca es pura pasión—. Quizá mi libro sea una puerta para obtener la riqueza suficiente para viajar. ¡Y las nuevas tecnologías podrían arreglar lo de mis padres! A mi hermana ya la veo solo a través de una pantalla y funciona.

—Eres incorregible. —Me rindo a una sutil sonrisa al encontrarme con sus mohines, todos ellos muy expresivos y capaces de transmitir sus sentimientos entusiastas—. ¿Ya has empezado a escribir? —Se crispa un segundo—. Ya veo, sigues en dique seco.

—Bueeeeeeno. —Se pasa la mano por la barbilla—. Es más difícil de

lo que esperaba. —Su sonrisa se ensancha—. Pero no me preocupa, ya vendrá.

Suspiro casi de forma imperceptible y le doy forma a una sonrisa real, de esas que desearía mantener para siempre.

—Yo también soñaba con viajar —admito—. Sin responsabilidades por un tiempo, solo siguiendo mi instinto. —Exhalo con profundidad —. Lo intenté al venirme aquí, pero no estoy hecho para una vida errante, necesito un mínimo de estabilidad, no sufrir por la falta de ingresos o por no prever qué sucederá mañana. Odio la incertidumbre. —Esta vez resoplo con un poco más de fuerza de la requerida—. Aunque me he acostumbrado a esta vida, a no esperar un sueldo regular, a llenar la agenda con tours sin agobiarme por la cantidad que recibiré a final de mes…

Ella suelta una carcajada y todo su cuerpo se sacude con las siguientes. Sus ojos centellean con regocijo mientras se posan en mis pupilas. Y siento un vuelco en el estómago, uno discordante en este instante. Mi mirada toma la iniciativa y recorre sus labios carnosos, los sigue cuando empieza a hablar, sin perderme ninguno de sus gestos ni cómo la punta de su lengua los humedece…

—¡Como si lo viera! —Levanta el índice de la mano derecha y me apunta con él—. ¡Eres uno de esos adoradores de Excel! Estoy convencida de que, aparte de ese calendario coloreado que has compartido conmigo, tu PC está lleno de hojas de cálculo donde presupuestas hasta el último euro para controlar tus gastos futuros.

—Culpable —respondo con una enorme sonrisa—. En mi defensa diré que no se puede vivir tan al día. Sería una irresponsabilidad.

—Pues sé irresponsable alguna vez. —Me guiña un ojo y se muerde el labio de forma coqueta. Me la quedo mirando de nuevo con esa cosquilleante sensación en el vientre—. Deberías probarlo. Sienta bien.

Antes de darme tiempo a contestar, las chicas del tour llegan envueltas en una conversación entretenida. Son todas rubias, guapas y muy simpáticas. Enseguida se ocupan de las presentaciones, nos saludan y nos informan de lo emocionadas que están por participar en esta ruta. Mi «becaria» se agencia una app de traducción simultánea

para no perderse ni una de las palabras de las noruegas, y la respuesta de ellas es explosiva. Parecen un poco alborotadas. Quizá solo es fruto de su juventud y la emoción de viajar por su cuenta.

Durante una hora recorremos muchos lugares interesantes. Lara no ceja en su empeño de charlar con ellas, de bromear, incluso de intentar cazar alguna palabra en su idioma. Ellas explotan en carcajadas cuando mi acompañante pronuncia las traducciones que se le van ocurriendo y la experiencia es más amena que de costumbre. Terminamos en el Portal de l'Àngel, justo en el lugar donde siglos atrás había una figura de un ángel colocada en la capilla abierta de las murallas de la ciudad. Como en cada visita, puedo hasta vislumbrar ese pasado, cuando este rincón era un referente para muchas de las celebraciones de los barceloneses.

—Era una de las entradas a la ciudad a través de las murallas. En el siglo XV se instaló aquí una figura representativa de un hecho histórico —cuento en inglés, muy cerca de Lara para que su teléfono capte mis palabras y ella tenga su traducción instantánea. Su aroma a cítricos me envuelve. No es una mujer de un solo perfume, suele variarlos según el día, su estado de ánimo y sus emociones. En una de nuestras largas conversaciones me contó su tendencia a comprar fragancias de todos los precios y esencias, de coleccionarlas en el baño, de decidirse por una de ellas por impulso—. San Vicente Ferrer regresó de una de sus rutas de predicador por el Vallés, lo acompañaba una multitud. El santo vio un ángel encima de él. —Mi voz adopta un aire misterioso —. Portaba una espada y, cuando Ferrer le preguntó quién era y qué hacía ahí, el ángel contestó que estaba custodiando la ciudad.

Hago una pausa dramática. Mis oyentes permanecen atentas, encandiladas, atraídas por esa leyenda cargada de simbolismo. Mis ojos se desvían a los de Lara, abiertos, interesados, chispeantes… Siento un vuelco en el estómago y un hormigueo se propaga por mis venas hasta ahogar mi respiración un segundo. Inspiro antes de seguir con la historia sin perder el misticismo en mi tono ni en sus pupilas llameantes.

—No muchos años después —prosigo con un tono más ronco—, en medio de una epidemia difícil de erradicar por parte de las

autoridades, decidieron echar mano de esa historia y pedirle auxilio al ángel. Le prometieron construir una capilla en el lugar de su aparición si los ayudaba a combatir la peste y, cuando esta remitió, los consejeros decidieron hacer justicia a su promesa y erigieron la capilla, donde colocaron una figura en su representación y pintaron una escena que contaba la tradición. El lugar adoptó su nombre: el Portal de l'Àngel.

—¿Y dónde está ahora la figurilla? —pregunta Lara sin apartar su mirada de la mía. Lo pronuncia bajito, casi sin voz, pero enseguida abre mucho los párpados y me muestra una de esas sonrisas tan suyas, tan mágicas, tan ilusionantes—. ¡Me encanta esa fábula! Es como si de verdad los ángeles fueran capaces de curar… Aunque nadie nos asegura que la aparición fuera uno de ellos, ¿no? ¡En realidad, hasta se podría tratar de un extraterrestre con poderes sobrenaturales! —Las chicas estallan en risas y ella las sigue. Su boca se abre, el pelo se le mueve al son de las carcajadas, las pupilas centellean y todo su cuerpo parece envuelto en una nube de felicidad—. ¿Os lo imagináis? Aquí los ciudadanos adorando a un querubín y en realidad es un ser del espacio exterior con el corazón bondadoso.

Durante un rato las jóvenes que me acompañan sueltan las teorías más disparatadas acerca de la aparición a san Vicente Ferrer. Disfruto más de lo imaginado escuchándolas porque sus argumentos son originales, diferentes, entusiastas… Me siento atraído por el movimiento de los labios de Lara al hablar, por cómo se enarcan en sus momentos de silencio, por el brillo en su mirada. Cuando al final se les agotan las ideas, vuelven a preguntarme por la figurita del ángel.

—Las murallas se derribaron a mediados del siglo XIX y se perdió esa parte de la historia —contesto—. La escultura se trasladó a Santa Anna y poco después a Sant Àngel Custodi, en Sants, donde permaneció hasta comienzos de la Guerra Civil.

—¿Y nos quedamos sin ángel en su sitio? —Una de las noruegas lo comenta con tristeza—. ¿Lo cambiaron de lugar? ¿Sigue ahí? ¡Es horrible que se lo llevaran!

Asiento e imito su expresión.

—La original fue destruida en la Guerra Civil —relato—. En la capilla de Hostafrancs hay una reproducción. Y un escultor madrileño llamado Ángel Ferrant Vázquez le regaló a la ciudad, en la que se había refugiado durante la refriega, una escultura de un ángel, que colocaron en la fachada del Banco de España en 1955 como símbolo de la figura original, donde sigue presidiendo y protegiendo a los barceloneses. —Sonrío—. Si miráis hacia arriba, seguro que la veis iluminada durante la noche, para salvaguardar la ciudad. Está en el lateral que da al Portal de l'Àngel.

—Es bonita la historia —apostilla Lara con la voz tomada por la emoción—. Pensar que la peste podía irse gracias a la presencia divina me parece tan tierno… —Tuerce un poquito el gesto, levanta la mirada y dedica toda su atención a mis pupilas—. A ver, no digo que la religión me motive demasiado, ya os he expuesto mi teoría del extraterrestre, pero la idea en sí es muy romántica.

Las chicas se unen al suspiro de Lara, quien se lleva las manos al corazón y contempla una capilla inexistente, como si tanto la estatua como el mural pudieran traspasar la línea del tiempo para presentarse ante nosotros. Pero como todo instante mágico, llega a su fin cuando una de las noruegas mira la hora en el móvil y lanza una exclamación.

—¡Se nos ha hecho tardísimo! —anuncia—. Hemos quedado con unos chicos para tomar algo en la playa. —Las cinco levantan la mano para decir un adiós precipitado y con unas expresiones capaces de revelar qué esperan de este encuentro—. Te etiquetaremos en las redes, ¡ha sido increíble! Gracias, Stan.

Y tan pronto como lo dice, se va corriendo acompañada de sus amigas. Lara suelta una carcajada y luego esboza una sonrisa radiante.

—Tiene razón, eres la caña. —Vuelve a exhibir su habitual gesto de dar vueltas sobre sí misma sin importarle la muchedumbre que a esta hora abarrota la calle, sin dejar de reír ni de lanzar palabras de ilusión al viento. Cuando se detiene, se aproxima, enlaza su brazo con el mío y se acerca a mi oído—. Necesito comer o me desmayaré —susurra produciéndome un cosquilleo insano en el cuerpo—. ¿Me llevas a algún restaurante baratito? Quiero comentar contigo las impresiones de esta magnífica ruta.

Mis labios se alzan peligrosamente por inercia, contagiados por su entusiasmo. Su voz me acaricia la piel, su olor me despierta las feromonas, su tono alienta mi sonrisa.

—Conozco el sitio perfecto —anuncio con deseos de seguir compartiendo nuestro tiempo—. ¿Te apetecen unas tapas en un bar de toda la vida? Te advierto que está siempre a rebosar, apenas tiene sitio para sentarse y hay ruido de ambiente, pero sirven las mejores anchoas de la ciudad. Tiene historia, tradición y está en una zona llena de pasado.

—¡Con esa descripción debería negarme en redondo! —El corazón me da un vuelco ante su nueva carcajada. Es un sonido embriagador, se cuela por mi cuerpo hasta alentar a ese ente que vive entre mis piernas, lo endurece y llena mi mente de imágenes, a cuál más impura. Reprimo un gemido cuando se pasa la lengua por los labios antes de mirarme con mucha intensidad—. Sin embargo, no soy para nada una mujer convencional, así que… ¿A qué estamos esperando?

Tira de mi brazo para echar a andar, aunque en dirección contraria a la que debemos dirigirnos.

—Por aquí. —La redirijo acomodándome a mis risas. No soltaba tantas con esta asiduidad desde la adolescencia. Lara me las provoca sin proponérselo—. Vamos.

Bajamos dirección a la plaza de la Catedral mientras ella se inventa una historia para cada una de las noruegas. Me tatúo una sonrisa perenne, aporto granitos de arena a algunas de sus ideas disparatadas y acabamos metidos de lleno en unas vidas paralelas que bien servirían de base para iniciar su tan anhelado libro.

—Ahora entiendo por qué quieres escribir. —Me arrimo a ella para darle un pequeño empujón con el hombro. Ella lo recibe con una carcajada—. Tu cerebro es fantasía en movimiento. No has tardado ni dos minutos en imaginar sus vidas. —Le lanzo una mirada pícara—. Aunque son difíciles de creer.

—¡Venga ya! —Deja escapar otra serie de risas y se acerca mucho a mí. Estamos bajando por Via Laietana, donde la circulación es muy intensa—. ¿Sabes la cantidad de cosas flipantes que pasan cada día? A veces me alucina la capacidad del destino para sorprendernos. No

podemos tachar nada de imposible, Stan. Somos nosotros quienes ponemos limitaciones a las posibilidades con nuestra obtusa manera de pensar, con reglas impuestas, con unas miras cortas. ¡Hay que soñar! Ya te lo he dicho.

Nos detenemos en el semáforo en rojo para enfilar la calle de la Princesa al otro lado de la vía. Mastico sus palabras con la consideración merecida. Es la primera vez que camino por esta zona sin prestar atención a los detalles, porque mis ojos solo se pierden en ella. Estoy demasiado inmerso en las connotaciones de su discurso, esas que empiezan a filtrarse por mis grietas para despertar un runrún interno y van matando con demasiada facilidad mis miedos.

—Deberías escribir una novela de aventuras y sentimientos —sentencio cuando el semáforo cambia a verde y cruzamos la calle muy juntos. Ella apoya la cabeza en mi brazo y mi cuerpo reacciona con una rapidez pasmosa—. Tienes el don de la palabra, de emocionar, de conseguir la atención de la gente. Si lo logras traspasar al papel, tendrás esas colas con las que sueñas.

4

Esquina de las calles de Mirallers y Carassa

Lara

Descendemos por la calle de la Princesa hasta llegar a la calle de Montcada, donde se encuentran el famoso Museo Picasso, palacetes antiguos y algunas galerías de arte bastante conocidas. No soy una gran entusiasta de las pinturas, las esculturas ni nada similar; prefiero la belleza al natural, capaz de percibirla con todos mis sentidos. Porque se requiere oler, tocar, saborear y escuchar mientras los ojos captan la vivacidad del lugar. Sin ser consciente de cada sensación, es imposible darle una consistencia real en mi mente.

He paseado por las callejuelas del Born en muchas de mis visitas a la ciudad. Es una zona repleta de tiendecitas diferentes, de tradición, de restaurantes y bares con un aroma especial. Incluso he pasado aquí algunas noches de juerga con mi hermana, bebiendo y riendo hasta el amanecer, mecidas por la vitalidad de este reducto de Barcelona. Pero, a través de los ojos de Stan, parece como si jamás la hubiera pisado.

—Hay controversia respecto a esta calle —me cuenta señalando los muchos palacios medievales, renacentistas y barrocos, ubicados muy cerca unos de otros—. La historia la ha retratado siempre como un enclave principal y noble donde muchas familias influyentes se establecieron. Pero hace unos años el arquitecto e historiador Albert García Espuche generó mucha polémica con sus afirmaciones en dos volúmenes llamados *La gente de la calle Montcada*, en los que describe la Barcelona del siglo XIII al XVIII. En ellos discrepa de la versión oficial, analiza cada uno de los edificios, a quién pertenecieron, a qué se dedicaban y sus anécdotas, y tilda los malentendidos palacios como casas grandes. —Me mira con una sonrisa genuina que alienta a mis labios a imitarlo y eso precipita que una cálida sensación me recorra el cuerpo—. Lo más impactante de sus deducciones se resume en una

cita: «La calle Montcada era muy céntrica, vía de comunicación del comercio de la ciudad, no es lógico que allí viviera la nobleza de la ciudad». Para él, aquí se establecieron las ramas secundarias de la aristocracia, artesanos que habían hecho fortuna y querían vivir cerca de sus negocios, pero los nobles y los caballeros vivían en la zona de la catedral, por eso nombra a esta calle como la «etapa intermedia», desmontando así las creencias de siempre.

Nos detenemos frente a un local con unas puertas de carpintería de madera. Bajo el cartel donde anuncia su nombre, El Xampanyet, cuelgan unas cuantas patas de jamón y un letrero que reza: «Hay cerveza fresca de barril». Se escucha el bullicio del interior a través de una de las puertas abiertas y los olores de una cocina a pleno rendimiento nos envuelven. Entramos en un mundo cargado hasta lo indecible de pasado, de voces extranjeras, de gente, de risas y jolgorio. Hay una barra de mármol con surtidores de cerveza, una vitrina para exponer las tapas y dos estantes repletos de botellas. Los camareros trabajan a destajo. Nos abrimos paso entre la marabunta de comensales hasta localizar una mesa con inquilinos que se preparan para irse. La sonrisa de Stan muestra que no imaginaba tener esta suerte y corre para conquistarla antes de que otras de las personas avizoras del lugar se la apropien.

—¡Qué bien! —exclama una vez aposentamos nuestros traseros en unos taburetes bajos tras un momento tenso con un par de parejas que también han luchado por apresar la mesa—. Es dificilísimo llegar y sentarse. —La decoración tiene tintes de anticuario, con las mesas marmoladas, las paredes alicatadas hasta la mitad con un mosaico de tonos azules y ocres. Los afiches, muchos de ellos realizados con azulejos, están enmarcados en la zona pintada con las largas estanterías de madera encima colmadas de botellas… El conjunto es una obra de arte en sí—. Vamos a pedir la bebida que le da nombre al bar, ¿vale? Es un vino blanco espumoso.

—Una idea magnífica. —Sonrío—. Este lugar es increíble.

—Tiene su historia, no te creas. —Stan tarda cinco segundos en compartir conmigo una parte de su extensa sabiduría—. En 1872 esto era una bodega, por eso conserva algunos elementos de esa época. En

1920 se la quedó la familia Esteva y lo bautizó como Ca l'Esteva, pero popularmente se conocía como El Xampanyet, así que se le quedó el nombre.

Durante unos minutos solo me deleito con las sensaciones que me provoca este bar, escucho las lenguas extranjeras a todo volumen y las risas, huelo los aromas de la cocina, la fuerza del ayer que se desprende de cada rincón. Y mientras Stan se dedica a elegir varios manjares, cada uno más sabroso que el anterior, mis labios se levantan hasta iluminar cada recoveco de emoción.

—Anchoas aliñadas, aceitunas, berberechos —enumera levantando los dedos a medida que va pronunciando los nombres de unos platos que parecen buenísimos—, embutidos ibéricos, tortilla de patatas, calamares, boquerones y una ración abundante de pan con tomate.

—¡Anotado! —El camarero se dirige hacia la barra.

—¡Has pedido demasiado! —Me carcajeo—. Pero como dicen en una peli que deberías adivinar con los ojos cerrados: «Después de todo, mañana será otro día». Y me lo comeré todo con la intención de bajar de peso con una carrera bien larga.

Me dedica una mirada sagaz y su rostro se crispa un poco con una expresión de concentración. Mi orgullo se ensalza. He de admitir que me he pasado estos últimos días consultando todo tipo de webs donde exponen las frases más célebres de las películas solo para sorprenderlo. Y funciona.

—No tengo ni idea de qué película es —admite al final con un mohín frustrado—. Pero me parece una afirmación interesante.

—Ahí va una pista: «Tara es mi hogar, iré a casa, idearé algo para hacerlo volver… Después de todo, mañana será otro día». —Le guiño un ojo—. ¿Ya lo tienes?

—Scarlett fue tonta al dejar escapar a Rhett. —Sonríe con satisfacción—. No se puede renegar así del amor. Al final se queda sola.

—*Lo que el viento se llevó* es una obra maestra —afirmo—. ¡La he visto un montón de veces! Y nunca me canso. En cuanto a Scarlett… Soy una fiel defensora de las relaciones esporádicas, porque el amor es una jaula. Cuando quieres vivir sin ataduras, sin dar explicaciones a

nadie y metida de lleno en la anarquía, las parejas solo son pasajeras.

Noto enseguida su incomodidad.

—Pero ¿qué sucede si encuentras a la persona ideal para ti? ¿Si encajáis? ¿Si es capaz de darte la libertad necesaria para ser feliz? —Le da un sorbo al *xampanyet* que acaban de traernos—. ¿No valdría la pena entonces arriesgarse?

—Quizá —digo, no muy convencida—. Depende de quién seas y qué busques. Yo solo he tenido un novio de verdad y era muy cría. Después todo han sido relaciones ocasionales. Sin planear un futuro ni poner etiquetas. —Me doy cuenta de que está pensativo, como si la conversación le tocara una fibra sensible—. Porque necesito una agenda limpia, vacía, preparada para llenarse con decisiones impulsivas. ¡Ya hay demasiado orden en los horarios de trabajo! Para el resto del tiempo hay que dejarse llevar por el viento. Como si estuviéramos en una barca, izáramos las velas y zarpáramos sin poner rumbo.

—Prefiero ir a motor y con un GPS —bromea—. Con tu plan de embarque acabaría estresadísimo. —Me mira con mayor intensidad—. Además, esa visión no casa con tu idea de vida porque negarse a tener una relación o a enamorarse choca de frente con la libertad que pregonas.

Rehúso contestar porque sus argumentos son sólidos, pero también lo es mi decisión de no coartar mi capacidad de elección en todo momento para emprender el vuelo.

Cuando media hora después salimos del local, callejeamos un poco. Comentamos los escaparates, los portales, los transeúntes que se cruzan en nuestro camino y algunos detalles de los edificios. De repente veo una cara de piedra en la intersección entre la calle Flassaders y la de les Mosques —la calle de las moscas—, y me llama lo suficiente la atención como para detenerme a admirarla.

—Se llama Papamosques y es una *carassa*, la más conocida de esta zona —explica Stan acercándose mucho a mí—. Son figuras de piedra que representaban a sátiros, demonios, mujeres o rostros inciertos de pecadores. —Su voz cada vez es más susurrante, me recorre la mejilla con su aliento y mi respiración parece inmersa en una implacable

carrera contrarreloj—. Indicaban un prostíbulo y eran la representación de la lujuria que reinaba en el interior de las casas donde se colocaban. Durante los siglos xvii y xviii no existían las luces de neón para anunciar este tipo de establecimientos y, teniendo en cuenta que sus mejores clientes eran marineros analfabetos, necesitaban un señuelo fácil de reconocer. —Se arrima todavía más a mí y me quedo sin aire en los pulmones—. Por eso los burdeles se distinguían pintando los portales de rojo y con las *carasses*. —Hace un gesto con la cabeza hacia la figura sin dejar de observarme—. Esta representa a una mujer divirtiéndose mucho. Fíjate en su expresión facial.

—Interesante —susurro apenas con un hilo de voz, sin dedicarle ni una sola mirada a la escultura. Suelto una exhalación para desprenderme de todo el aire que retenía y me separo dando un paso al lado y señalando con el dedo esa escultura sostenida en la pared.

—¿Y aquí había una casa de pecado? —pregunto.

—Hay muchas *carasses* por Barcelona. La zona donde abundaban era el Born, ya que es el barrio más cercano al puerto y los clientes más asiduos eran los marineros. —Se repite, algo extraño en él—. Si quieres, un día de estos te llevo a recorrerlas todas.

—Suena bien.

Pasamos un par de minutos andando en un incómodo silencio. Stan suspira al final y apunta con un ademán hacia las placas de las calles.

—La esquina entre la calle de Mirallers y la de Carassa marca una de las más conocidas del barrio del Born, enclave donde se celebraban las justas y los juegos florales. —Otra vez le da vueltas a lo mismo—. ¿Sabes por qué se llama Mirallers? —pregunta con más energía, como si al fin hubiera retomado el hilo de unos pensamientos coherentes. Niego con la cabeza—. Porque aquí construían espejos. Era una de las zonas del Born dedicada a un oficio, estaba llena de artesanos con buenas manos para elaborarlos. En 1492 el gremio ya era conocido por ese nombre, ya que en catalán *mirall* significa «espejo».

—1492. Cuando Colón descubrió América… —No entiendo mi agitación ni esta manera de hablar.

Él se limita a asentir y se le escapa otro suspiro.

—También se considera una calle llena de fantasmas —murmura con la voz ahogada—. Jacint Verdaguer, el gran poeta catalán, se convirtió en sacerdote en 1870 y empezó a codearse con místicos, psíquicos, clérigos exorcistas… —Inspira con profundidad, se muerde el labio inferior y suelta el aire con mucha lentitud mientras avanza casi sin darse cuenta hasta rozarme—. Un poco después empezó a realizar él mismo los exorcismos en el número 7 de esta misma calle, en la llamada casa de l'Oració, y desde entonces se cree que los espíritus la habitan.

—Fantasmas —musito con la cabeza ausente. Permanezco quieta, con la atención en él, la respiración convertida casi en una locomotora a toda potencia y el corazón ya descarriado—. ¿Crees en ellos?

—«Necesito creer que algo extraordinario es posible» —susurra.

—No me vas a pillar. —Me cuesta enchufar mis conexiones neuronales lo suficiente como para dar un paso atrás, curvar los labios en una sonrisa y acertar—. *Una mente maravillosa*. Nash y su capacidad para descifrar códigos —recito buscando la manera de recomponerme —. Un gran matemático. Una persona con esquizofrenia. Una historia de superación y genialidad. —Empiezo a andar con rumbo incierto. Miro el móvil por hacer algo y entonces veo la hora—. ¡Debería volver a casa! Se ha hecho muy tarde y tengo turno en un par de horas.

—Vuelve a aparecer en un tour —solicita él con la voz ronca—. Me ha gustado tener una becaria tan intensa.

—Cuenta con ello. —Me quedo más tiempo de lo normal mirándolo, sin deseos de terminar esta «cita». Quizá por eso mis palabras buscan alargar el momento al máximo—. ¿Me ayudas a encontrar la boca del metro? Hemos dado tantas vueltas que no tengo ni idea de dónde está.

—Te acompaño —anuncia con un brillo intenso en la mirada—. Me pilla de paso y no queda lejos.

Señala en una dirección y me indica con gestos que lo siga. Le echo un rápido vistazo. Su sonrisa torcida es casi una bomba nuclear en mi cuerpo. Lo enciende y se propaga como una onda expansiva. No tengo ni idea de por qué Stan me despierta una atracción tan feroz.

Cuando llegamos a la entrada del metro nos detenemos un instante. Leo ansia en sus ojos, una idéntica a la mía. Se pasa la mano por el

pelo y no me cuesta distinguir cómo aprieta el otro puño y agita los dedos de la mano tras tocarse el cabello, una muestra inequívoca de su deseo de acariciarme. Mi sonrisa va por libre, se aposenta en mi boca con una ilusión primaria. Se aproxima a mí con lentitud, conteniendo el aire. Yo también he dejado de respirar y lo observo anhelante. Sus labios carnosos, llenos y magnéticos se detienen en mi mejilla. Y ahí mi impulsividad se apropia de la situación, explosiona, se entromete. Cuando se aparta, lo agarro por un brazo y uno nuestras bocas un segundo en un roce, en una caricia rápida, y después me acerco a su oído para susurrarle: «Te escribo». Stan no reacciona, se queda inmóvil, rígido; escucho su respiración acelerada y veo sus ojos velados por la avidez cuando me separo de él con las constantes disparadas, un cosquilleo insano en el cuerpo y una sensación eléctrica en la piel.

Levanto la mano y la agito frente a su rostro estupefacto antes de darme la vuelta para adentrarme en las profundidades de la ciudad con pasos vertiginosos, ansiosos, inquietos. Mis pensamientos vuelan, se internan en una vorágine de sensaciones, de agitaciones, de ansiedades. ¿Y si lo beso de verdad la próxima vez? ¿Y si entonces se convierte en el ancla capaz de varar mi libertad?

5

Calle de Estruc

Stan

Esta noche es la hoguera de Sant Joan, uno de los rituales más interesantes de esta tierra. Me recuerda a la fiesta que mi abuela solía organizar en el patio de su casa en Filadelfia cada noche del solsticio de verano, la del 23 al 24 de junio. Era una mujer muy vital, enérgica, decidida y con la tradición arraigada en sus venas. Solía recordar cada festividad celebrada en su Cataluña natal y las reproducía en casa, animando al resto de la familia a formar parte de ellas. Mi abuelo se dejaba arrastrar por su efusividad, siempre con esa sonrisa de ilusión en la expresión de su rostro y la mirada de absoluta veneración hacia ella. Su historia fue una de las más bonitas que me han contado, quizá hasta la he idealizado.

Como cada año desde mi incursión en el mundo de los guías turísticos, organizo un tour bilingüe —en inglés y español— por los lugares místicos y esotéricos del casco antiguo de Barcelona y abro las inscripciones con mucha antelación. Es bonito compartir esta tarde con un grupo variopinto de personas que anhelan descubrir lugares cargados de magia y de un simbolismo de tradiciones paganas mientras escuchan sus historias. Así evito la tentación de contactar con mi familia y verlos interactuar con nuestros inseparables amigos y con Susan. Es curioso que estas últimas semanas haya vuelto a pensar en ella, pero desde un ángulo distinto, como si tras cuatro años el peso de lo sucedido ya fuera liviano. Me he sentido desligado de sus garras y me he preparado para dar el salto de nuevo para olvidar todo cuanto quedó atrás. Porque ese pequeño gesto de Lara, la caricia de sus labios, sentirla tan cerca…

Apenas hemos vuelto a escribirnos desde ese día, solo hemos intercambiado frases de películas, a las que se han sumado series de

televisión, con alguna que otra pista para continuar con ese juego de las adivinanzas, pero sin volver a conversar. Y estoy de los nervios con esta situación, porque tampoco ha aparecido en ningún tour ni ha dado demasiadas muestras de interés en continuar ese gesto sutil de nuestro último encuentro. Me quedé en blanco, respirando a mil por hora, con el corazón acelerado, un deseo abrupto de ahondar en la caricia y a la vez muerto de miedo. No he pasado ni un día de esta semana sin arrepentirme de no haberla abrazado, acercado a mí o besado como anhelaba.

Hoy se han apuntado quince personas a la actividad; es un buen número, la verdad, me irán bien los eurillos… He quedado con ellos en el lugar más interesante de este recorrido: la calle de Estruc, cuna del esoterismo y la brujería de la ciudad. Un callejón de apenas doscientos metros de longitud cargado de símbolos arcanos, fantásticos y mágicos que solo se revelan ante las personas con deseos de ver más allá de lo evidente. Me apetece un montón sumergirme en la época medieval mientras escuchan mis palabras y prepararnos juntos para la noche, cuando las hogueras purificarán las almas, desafiarán a la primavera para traernos la calidez del verano y nos darán la potestad de bailar frente a las llamas con la felicidad como compañera.

Mi teléfono vibra con la llegada de un mensaje. Reproduce el sonido que le asigné hace unas semanas a Lara y todo mi cuerpo entra en tensión. Lo leo con rapidez, ansia, impaciencia. «Ahí va la de una serie española muy famosa en los últimos tiempos: “Lo que no vemos es también lo que más nos obsesiona porque cuando han empezado las dudas, no es fácil detenerlas”».

Miro un par de veces el móvil frente a la entrada de la calle de Estruc en la esquina con Fontanella, muy cerca del Portal de l’Àngel, como instándolo a recibir más palabras, cualquiera capaz de volver a conectarme con ella. Mi latido se descontrola. Debo encontrar el título cuanto antes, enviárselo, llamarla, invitarla a esta salida. Desafiando las normas no escritas de nuestro juego, pongo la frase en el buscador de Google para apelar a su sabiduría.

—¡Tramposo! —La voz de Lara me sobresalta. Separo el móvil de

mí, como si eso pudiera evitar que me descubriera, y la observo con una expectación desbordante. Hoy se ha vestido para matar. Unos vaqueros hipercortos con el dobladillo deshilachado, un crop top blanco de tirantes que termina justo debajo de los pechos y unas sandalias que muestran sus uñas pintadas de colores diferentes—. ¿Te crees capaz de engañarme? —Su sonrisa prende mi cuerpo como si acabara de encender una cerilla junto a un bidón de gasolina. Las llamas escalan a mi rostro para encenderlo y bajan hasta mi entrepierna, que me aprieta contra la cremallera de las bermudas—. No vale buscar en san Google. —Me guiña un ojo con un deje de ansiedad, como si ella también notara la corriente densa de tensión que embota la atmósfera—. Es más divertido si disparas preguntas directas para que te resuelva el misterio. Ahí va la primera pista y la más reveladora que te puedo ofrecer: los protagonistas son una banda de ladrones de lo más interesantes.

No puedo concentrarme en nada más que en su boca, en sus mejillas un poco sonrojadas, en cómo la lengua lame el inicio del labio inferior…

—¡Eh! —Suelta una carcajada un poco forzada—. ¡No frunzas el ceño! Que no la reconozcas es un claro indicio de que no la has visto, y eso lo vamos a arreglar en las próximas semanas, ya te lo aviso. Porque es una serie de culto buenísima y no te la puedes perder por nada del mundo.

—Si me dices el título…

—*La casa de papel* —anuncia. Se muerde el labio inferior y suelta el aire con mucha lentitud mientras avanza casi sin darse cuenta hasta acercarse a mi oído—. Me gustó un montón por la tensión, las habilidades de cada uno de los miembros de la banda, el robo a la Fábrica de Moneda y Timbre, las escenas, la ambientación… Mi personaje preferido es el Profesor. Tiene una mente privilegiada, me flipa.

—He oído hablar de ella, pero no me he animado a verla todavía. —Me cuesta respirar con normalidad. Me arde el cuerpo.

—Pues ya estás tardando… —Se separa de mí con lentitud y sus ojos escrutan la acera. De repente, se abren con emoción como si

acabara de encontrar el Santo Grial, y la tensión de hace un segundo se disuelve al instante—. ¡Mira! —Da un par de pasos, se agacha y me enseña una moneda de un céntimo antes de besarla y guardársela en un bolsillo—. ¡Qué bien! Este céntimo me dará suerte durante un tiempo. —Su voz suena tan sensual al final…—. La necesito, quiero seguir soñando.

Las comisuras de mis labios tiran hacia arriba al enfrentarme a la efusividad de su tono y al significado de sus afirmaciones.

—Has encontrado a *penny* —comento—. ¿Eres de esas locas de la suerte? Porque hay una historia en Estados Unidos tras esa idea de que toparse con un centavo de dólar es símbolo de buen augurio. Un *penny* es esa pequeña moneda de cobre que en 1792 tenía la imagen de una mujer esperando su libertad. —Le dedico una sonrisa pícara y recito la frase típica de mi país—: *«Find a penny, pick it up. All day long, you'll have good luck»*.

—O sea… —Parece muy interesada en mi explicación y se ha perdido con el inglés, como siempre. Esta chica tiene cero oído para los idiomas.

—«Encuentra un *penny*, recógelo. Durante todo el día, tendrás buena suerte».

—No me mola —afirma con contundencia—. Prefiero mi versión: «Recógelo, pide un deseo, bésalo, guárdalo y se te concederá». ¡Un solo día es muy poco!

Es uno de los mejores rasgos de Lara, su capacidad de emocionarse con las pequeñas cosas.

—¿Sabes? En Estados Unidos el 23 de mayo celebramos el Día Nacional del *Lucky Penny*. ¡Hay un montón de tradiciones asociadas a su suerte! —Sonríe con un mohín expectante para alentarme a contárselas—. Hace tiempo, cuando el cobre era muy preciado, si alguien se encontraba una moneda de un centavo, se consideraba tan afortunado que creía haber hallado la suerte para ese día. En la antigüedad se veneraba el metal como un regalo de los dioses a los hombres para protegerse contra el mal. —Sus ojos se agrandan con mucho interés—. Esto también explica las tradiciones de colgar una herradura en el marco de la puerta para resguardar la casa, de llevar

monedas de la buena suerte o de lucir pulseras con dijes. —Su total rendición a mis palabras me da alas para continuar enumerando mis conocimientos de las supersticiones antiguas—: En muchas partes del mundo hay tradiciones parejas, aunque las frases difieren e incluso hay quienes aseguran que si encuentras el centavo cara arriba es símbolo de buena suerte, pero si está boca abajo es justo lo contrario. En Irlanda y en el norte de Europa creen que estas monedas pertenecen a las criaturas pequeñas, como los duendes y las hadas, y afirman que las has de arrojar a los arbustos para devolvérselas y que ellos te concedan la buena suerte.

—Interesante… —susurra—. Flipo, eres como una enciclopedia viviente. ¡Sabes de todo!

—Me apasiona la historia —admito—. Llevo desde muy pequeño estudiando y leyendo acerca de mil cosas para aprender un poquito más cada día. Suelo diseccionar algunas partes bastante turbias, dudar de ellas e indagar desde todos los ángulos para no dejarme influir por una sola versión de lo sucedido.

—Toda vivencia es diferente según quien la narra —sentencia, y consigue despertar mi admiración por interpretar con tanto acierto mi alegato. Agarra una L de brillantitos que cuelga de su cuello y la desliza en la cadena, atrayendo mi mirada a su escote—. Es lo mismo que cuando alguien te habla de un libro, una peli o una serie. Te dará una opinión u otra dependiendo de su estado de ánimo en el momento en que lo leyó o la vio. Si eso lo traspasamos a los hechos pasados, todavía se magnifica más. Quizá al escribir una crónica no solo se buscaba la verdad, sino que podía haber intereses políticos, económicos, religiosos…

—Es un resumen muy conciso de mi manera de ver los datos históricos de los que disponemos —comento—. Cuando era profesor, solía alentar a mis alumnos a cuestionarlos todos hasta encontrar lo más cercano a la verdad entre ellos…

—¿En serio? —me corta—. ¿Eras profe? ¿Por qué no me lo habías dicho?

Su manera de mirarme, como si acabara de desvelarle uno de los misterios mejor escondidos del Pentágono, me produce una sacudida

en el corazón.

—No es ningún un secreto —garantizo.

—Vaaaaaale. —Alarga mucho la A mientras su cara se transfigura y se muestra a punto de lanzar una tanda larguísima de preguntas de las suyas—. ¿Dónde enseñabas? ¿Qué materia? ¿Qué edad tenían los chicos o niños a los que dabas clase? ¿Te gustaba? ¿Eras de esos profes repelentes o empatizabas con tus alumnos? ¿Les mandabas muchos deberes? ¿Eras cruel en los exámenes? —Se detiene solo un segundo para coger aire y prepararse para el último sablazo—. ¿Por qué lo dejaste?

Inspiro aire despacio. Ha dado en el clavo con un par de sus cuestiones y necesito un instante para ordenar mis ideas.

—Era profesor titular del departamento de Historia en la Universidad de Pensilvania.

—¡Anda! ¡Trabajabas en la misma facultad que tus padres! —Aplaude con una emoción palpable—. ¡Deberían dedicaros un monumento!

—Y que mis hermanas… —me aventuro a compartir con ella.

Suelta una de sus carcajadas y, a pesar de la tensión que me agarrota los músculos, mis labios parecen decididos a alzarse.

—Venga, cerebrito, dime si hasta tienes tesis doctoral y todo. ¿Tengo que llamarte doctor?

—Más bien *PhD* —admito en un susurro.

—¿Qué nota sacaste para ese P lo que sea? —Levanta el dedo índice para apuntalarme con él en el estómago, que lo recibe con un ahogo. Me vuelve a palpitar el corazón en demasiadas partes del cuerpo, con avidez—. ¿Y sobre qué iba tu tesis?

Cierro un segundo los ojos. Evoco el tiempo que pasé enterrado en libros, en investigaciones, en hemerotecas, en la red, deambulando por pueblecitos acompañado de Susan, tratando de recopilar toda esa información para escribir artículos con un interés genuino en el pasado, con suficiente emoción como para llenarme las venas de efervescencia; se revela como feliz. Y me reconcilio un poco con ese Stan que abandoné en Filadelfia.

—Estudié la historia de los indios lenape y cómo influyó la

conquista de los europeos en sus tribus. —Espiro despacio—. Desde niño me interesan las raíces indígenas de mi país natal; me avergüenza pensar en cómo nuestros antepasados masacraron a las tribus que eran las legítimas dueñas del territorio. —Suspiro y regreso a Barcelona, a mi ahora, a los chispeantes ojos oscuros que me miran con interés—. Fue una experiencia inmejorable.

—Como si lo viera. —Se coloca las manos sobre el corazón; su expresión es puro magnetismo y atrapa la mía, la absorbe, la llama—. Obtuviste un *cumen* como se llame, ¿verdad?

—*Cum laude* —la corrijo casi titubeante.

—¡Pues eso! —Otra vez sus palmas se unen sin tregua, pero ahora las acompaña con saltitos y exclamaciones—. ¡Eres doctor! —Su boca esboza una sonrisa enorme—. ¿Sabes? Cuando la gente se pone nerviosa en las pelis y grita: «¿Hay un doctor por aquí?», yo siempre pienso en lo desacertado de la pregunta porque ¿y si tienes una tesis, pero no sabes de medicina? ¡Deberían pedir un médico!

—Tienes razón —concedo con mis labios insurrectos alzados.

Sofoca sus risas y me escruta con interés.

—¿Por qué te fuiste? —Lo suelta con naturalidad, como si no acabara de repetir la única parte de su ataque frontal a mi intimidad que no quiero abordar—. Todos los miembros de tu familia trabajan ahí, como una tradición, y se te ve muy cómodo enseñando historia…

—Yo…

Me quedo un instante en silencio, sin ganas de contestar, porque revelaría demasiado de mí mismo, del pasado, de Susan, de cómo a veces los reveses tienen una doble cara, de algo que, aunque intente evitarlo, todavía me afecta… Ella da un paso en dirección a mí, alarga el brazo y me acaricia el mentón sin despegar sus ojos de los míos. Acerco la cara en un movimiento lento, hambriento, codicioso.

—¿Stan Harrison? —inquiere un chico acompañado de tres jóvenes más—. Somos el grupo de Granada.

Me alejo de Lara con rapidez y me dedico a darles la bienvenida en un intento desesperado de calmar mi pulso desbocado. El resto de los participantes de la ruta no tarda en aparecer. Presento a Lara como mi becaria y nadie pone pegas a su compañía mientras nos adentramos en

el callejón más mágico de la ciudad.

—La historia de la calle de Estruc nos lleva a la época medieval —empiezo a contar a mi audiencia, primero en inglés y luego en castellano, evitando a toda costa mirarla para no volver a caer en su embrujo, aunque es tan difícil…—. Era uno de los suburbios de extramuros que se agrupaban cerca de los monasterios. En el siglo XIV entraron en las nuevas murallas para formar parte de la ciudad. Fue cuando la habitó Astruc Sacanera, a quien las crónicas tildan de brujo que usaba la piedra *escurçonera* con finalidades curativas, sobre todo contra la rabia y la mordedura de la serpiente, aunque nuestro hechicero también quitaba el mal de ojo y de muelas y arreglaba los huesos. Seguramente Sacanera tenía conocimientos de medicina superiores a la media y era más fácil llamarlo «brujo» que pensar en sus capacidades para sanar como algo menos místico.

—¡Era la Claire Fraser de Barcelona! —exclama Lara muy emocionada—. «Sí, te creo, Sassenach. Pero hubiera sido mucho más fácil si solo hubieras sido una bruja» —declama con una mano encima del pecho—. ¡Ains! Esa serie de libros me robó el corazón, y ni te digo cuando la llevaron a la pantalla, me pasé horas pegada al televisor. ¡Mi Jamie es lo más!

Durante unos instantes, el resto de los participantes en el tour aportan su granito de arena charlando acerca de los protagonistas de *Outlander* en una mezcolanza de idiomas y me intereso por sus opiniones como un fan absoluto del mundo creado por la gran historiadora y novelista Diana Gabaldón. Me he leído los libros, pero he de reconocer que todavía no he visto su adaptación a la televisión.

—La palabra «estruc», que viene de la catalana *astruc* —prosigo con mi explicación cuando la conversación llega a su fin—, significa «buen astro» y se usa para designar a personas con buena suerte. También es una hierba curativa. —Me detengo frente al número 22 de la calle y señalo la placa que hay colgada en la pared—. A finales del siglo pasado, Ricardo Bru, hipnoterapeuta, parapsicólogo e investigador, consiguió los permisos necesarios para celebrar la historia de esta calle con números decorados de una forma muy específica y placas conmemorativas como esta que nos indican dónde estaba la tienda de

Astruc Sacanera. —Todos observan las palabras escritas en ella—. «Aquí se vendía la piedra *escurçonera*» —traduzco.

—¿Qué es la piedra *escurçonera*? —pregunta uno de los granadinos.

—Era negrizca, estaba hecha a partir de los huesos de una serpiente y se consideraba un antídoto contra sus picaduras y las del escorpión, así como contra la rabia. —Seguimos caminando entre mis explicaciones mientras contemplamos los números decorados, las placas, cada rincón que evoca la magia de este callejón, y me sorprendo mirando a Lara demasiado a menudo—. En el medievo las técnicas curativas distaban mucho de lo que fueron más tarde y se nutrían de la botánica, la supuesta magia y la astrología. A los curanderos se los llamaba brujos, pero sin la connotación peyorativa de los siglos posteriores; solo eran personas con conocimientos médicos.

Me lanzan algunas preguntas para acabar de llenar sus lagunas hasta que nos detenemos frente al número 14.

—Si os fijáis bien, veréis que todos los números de la calle están rodeados de textos del rey Salomón. Se dice que si los lees todos, encuentras la buena suerte —informo y señalo la pared con el índice —. Fijaos en esta placa; hay muchos símbolos esotéricos, con dibujos de animales fantásticos y esqueletos de los cuales sabemos muy poca cosa. Y la casa donde vivió Estruc ahora está repleta de simbología masónica.

Hay murmullos de interés, algunos comentarios y mucha imaginación que intenta darles una explicación a los dibujos. Sigo adelante sin dejar de señalar los números, las placas, los textos y también relato por encima el horrendo crimen que, en 1909, azotó el número 30, aunque solo lo hago de pasada y sin ahondar en los hachazos que pusieron fin a la vida de una familia. Al llegar al número 2, casi a la salida de la calle, me detengo frente a la placa con unas palabras en relieve escritas en catalán.

—«A primeros del siglo XV la gente llamaba a esta calle Astruc Sacanera, o sea, del astrólogo o brujo de Sacanera. Astruc es una hierba curativa y una palabra antigua aplicada a astrólogos o brujos. Aquí se vendía la *pedra escurçonera*, poseedora de virtudes contra la

rabia y las picaduras» —traduzco para mi audiencia y, tras la consiguiente deliberación de mis clientes de hoy, continúo la ruta por otros lugares menos místicos en cuanto a realidad histórica se refiere, pero con un gran halo de misterio ya instaurado entre el grupo, atento a todas y cada una de mis palabras como si les estuviera descubriendo un pasado cargado de ilusión, instantes y secretos escondidos en esta ciudad tan carismática.

6

Plaza de Felip Neri

Lara

Hoy me ha pasado una cosa muy extraña y no me apetece analizarla todavía. En vez de disfrutar de la ruta e intervenir con mi entusiasmo habitual, me he quedado bastante callada, con la atención puesta en cada uno de los gestos de Stan, en cómo sus ojos centellean cuando desgranan una parte del pasado colocada en una pared, en el suelo, en una piedra, en cualquier lugar… Suelen fijarse en cada detalle mientras su voz desentraña su origen con una tonalidad magnética que me atrapa y parece llevarme a un momento histórico, lejano e inalcanzable. Y ni te digo cómo su boca crea una curva ascendente en algunas partes de su explicación, o esa sonrisa torcida cuando alguien hace una pregunta inteligente. Esos labios deberían estar prohibidos por provocativos; apenas soy capaz de resistirme a ellos y los observo con demasiada asiduidad, como si fueran un manjar delicioso. Cada vez que intenta reprimir un movimiento hacia arriba para ceder a esa sonrisa escondida que quiere iluminar su rostro, me dan ganas de lanzarme a devorarlos. No tengo ni puñetera idea de si estoy bajo los efectos de una droga o qué, este comportamiento es del todo inapropiado en mí. Y peligroso. Y absurdo. Y ni de coña lógico.

Llevo los últimos ocho días recordando nuestro último encuentro, la suavidad de sus labios, sus jadeos sordos mientras los rozaba, sus pupilas llameantes, el deseo centelleando en sus iris oscurecidos. Mi instinto aventurero me invita a besarlo, a quemar mi avidez, a dejarme llevar por la cresta de la ola. Pero hay una vocecita en mi mente bastante insidiosa que me advierte de las consecuencias, me recuerda quién soy, qué quiero, cómo voy a encajar a Stan en mi vida. De alguna manera presiento que con él no sería algo pasajero. Por eso me he mantenido alejada. Pero las ganas de verlo de nuevo me han

podido, y aquí estoy, observándolo cada cinco segundos, fijándome en sus expresiones, en sus gestos, en cuántas veces me busca su mirada …

Tras una hora y media caminando al son de sus explicaciones, nos detenemos frente a una casa para nada interesante, pero cómo no, Stan tarda un milisegundo en revelar un simbolismo oculto en los pomos de la puerta.

—Fijaos bien en los tiradores de la entrada. —Los señala. Yo me quedo más absorta en sus ojos llameantes que en ellos, pero lo escucho—. Son dos indígenas e indican que el propietario de la casa era un esclavista. —Hay un murmullo generalizado al que no me uno —. En esta zona los habitantes explicaban a qué se dedicaban con estas manijas. Un león significa que la casa pertenecía a un político, las frutas eran señal de riqueza e indicaban a qué tipo de cultivo se dedicaba el señor del lugar…

Volvemos a ponernos en marcha hasta entrar en la plaza de Felip Neri. Está rodeada de casas renacentistas y se cree que antiguamente albergaba los gremios de caldereros y zapateros, por eso en el número 5 se estableció el Museo del Calzado de Barcelona entre 1970 y 2015. Los edificios actuales datan de 1929 y las pocas fotos que se conservan de antes lo muestran vacío. Stan camina en dirección a la fuente hexagonal que preside el centro de la plaza y todos lo seguimos en silencio, escuchando sus explicaciones. Me imagino cómo sería presenciar una de sus clases en directo y enseguida me transporto al aula de una universidad antigua, con porte, de esas cargadas hasta los topes de madera noble y el silencio sacro del lugar. Y entonces veo asomar al profesor Harrison con una imitación de sonrisa, luchando contra la inercia para no esbozarla. Mi corazón se convierte en un tambor que retumba en el bullicio de la selva para reclamar su atención. Pero en vez de ceder a mis deseos, poso la vista en las edificaciones.

—La plaza se construyó sobre un cementerio medieval llamado Montjuic del Obispo y fue destruido durante la guerra civil española —expone con voz grave, erudita, sensual…—. Pero las desgracias no terminan aquí, porque durante el mismo conflicto bélico un bombardeo mató a cuarenta y dos personas en esta misma plaza, la

mayoría de ellos niños. —Señala los boquetes en las paredes de enfrente con una mueca contrita. Un chiquillo cruza la plaza acompañado de risas y perseguido por un par más; hablan en un idioma extranjero. Veo a sus padres no muy lejos, vigilándolos con una sonrisa, y me sumerjo en este mundo agridulce en el que la tragedia se esconde bajo el progreso y el paso del tiempo—. Fue el 30 de enero de 1938, en un ataque de la Aviación Legionaria Italiana, aliada de Franco. —Su dedo sigue apuntando al edificio con los signos inequívocos del ataque—. La gente se refugiaba justo ahí, en la iglesia de Sant Felip Neri, donde cayó una de las bombas.

Unas exclamaciones horrorizadas brotan entre el grupo de personas que nos acompañan y la buena sintonía del tour parece apagarse durante unos instantes mientras procesan las connotaciones de lo sucedido en ese pasado que nos acaba de relatar nuestro apuesto guía. Mi naturaleza rebelde, esa a la que le apasiona disfrutar de la vida, necesita soltar una tontería para aligerar el ambiente, así que busco entre mi arsenal de frases célebres una para endulzar el momento.

—«Que no te dé penita, yo lloro todo el tiempo cuando pienso en mi abuelita o cuando pienso en gatitos o en mi abuelita besando un gatito o en la abuelita de los gatitos». —Mis compañeros me miran un poco desubicados. Muchos de ellos no dominan el castellano, otros no acaban de entender mi arrebato, pero al final los granadinos comprenden la referencia y sueltan un par de carcajadas mientras una pareja de Bilbao cae en la cuenta y los sigue, dándole voz a mi frase en inglés. Entonces el resto del grupo se une a las risas.

—*Shrek* —sentencia uno de los chicos—. Una gran película de animación.

—No la he visto —asegura Stan con una mueca entre divertida y censuradora—. Pero después de oír esas palabras, no sé si tengo ganas de atreverme.

—¡Pues deberías! —Lo agarro del brazo y un chispazo nos recorre a ambos—. Es una peli de esas imprescindibles. ¡*Shrek* es la bomba!

—¿Sabéis que han grabado varias películas en esta plaza? —pregunta, y se separa un poco de mí con rapidez, como si quisiera escapar de algo—. *Vicky Cristina Barcelona* y *El perfume*, entre ellas. —

Parece muy alterado, y debo admitir que lo sigo a la zaga, ya que me hormiguea la mano con la que lo he tocado hace un momento—. También se rodó aquí el videoclip de la canción «My Immortal», del grupo Evanescence.

Hay un estallido de conversaciones entre nuestros acompañantes, a cuál más estridente. Pero Stan y yo permanecemos bastante ajenos a sus más que numerosas exclamaciones, búsquedas en internet para ver las imágenes filmadas en este lugar y los corrillos para visualizarlas. Nos hemos quedado enganchados en la mirada del otro, como si todo lo demás se hubiera desvanecido. Siento el cuerpo revuelto con un ardor imposible, como si miles de llamas crepitaran en él produciéndole calor y agitación a la vez. Suelto un jadeo cuando no soy capaz de retener por más tiempo el aire en los pulmones e intento con todas mis fuerzas apartar la vista de sus pupilas. Él también da muestras de tratar de recuperar la cordura y es el primero en lograrlo.

—Y aquí acaba el recorrido, señores —anuncia en un tono demasiado exaltado—. Espero haber estado a la altura de vuestras expectativas y ver mañana muchas recomendaciones en la web y en Tripadvisor.

Nuestros compañeros aplauden, vitorean y lo felicitan asegurando que sus reseñas serán positivas. Se van despidiendo con sonrisas para recorrer el camino rumbo a sus diferentes celebraciones de una noche mágica como esta. A mí siempre me han gustado las hogueras de Sant Joan; en ellas he quemado un montón de cosas significativas durante años para deshacerme de su influencia o dejarlas atrás. Es uno de mis gestos más característicos, carbonizar aquello a lo que no quiero aferrarme.

—¿Sabes de dónde viene la tradición de encender una hoguera esta noche? —suelta Stan cuando nos quedamos solos, como si buscara una manera de romper la tensión imperante entre ambos desde esa última mirada. Niego con la cabeza sin perderme ni una de sus expresiones—. Era un rito pagano de cuando en algunas antiguas leyendas se contaba que la noche del 21 al 22 de junio era la más corta del año porque el Sol, enamorado de la Tierra, se negaba a abandonarla. —Da un paso en mi dirección—. Los celtas celebraban el Alban Heruin, una fiesta

que consistía en encender hogueras para celebrar la llegada del buen tiempo y pedirle al Sol que no abandonara el cielo. Con la llegada de los cristianos, se estableció que fue san Zacarías quien pidió encender la hoguera para anunciar el nacimiento de su hijo, san Juan Bautista, y entonces se cambió el día de celebración, ya que el santo había nacido el 24.

—Interesante —susurro con dificultad. Está demasiado cerca, casi puedo notar su aliento en la cara y el deseo de besarlo es intenso, tanto que acabo dándome la vuelta para caminar hacia un lugar incierto.

—¿Vas a ir a alguna fiesta? —pregunta al llegar a mi altura—. Porque he pensado que quizá quieras acompañarme a la rambla del Raval, donde habrá una hoguera esta noche. Podríamos tomar algo, pasear un poco, celebrar esta fiesta juntos. A mí lo de los petardos y demás nunca me ha gustado demasiado, pero la fogata era una tradición para mi abuela y me la contagió. Ella siempre decía que el fuego purifica el alma.

Sigo avanzando, con sus palabras danzando en mi mente.

—¿Te apuntas o no? —insiste, lo que me obliga a regresar al presente.

—De acuerdo —acepto—. Pero no quiero planificar dónde cenamos. ¿Qué tal si bajamos a ver el mar y tomamos algo de subida en alguna terraza con buena pinta? Ese era mi plan para la noche. Y después nos vamos a la hoguera.

—Pues te lo compro. —Empieza a guiarme con destino a la costa con las manos en los bolsillos de sus bermudas y una sonrisa de esas torcidas que intentan retener una mayor.

Llegamos al paseo de Colón y me propone ir hasta la estatua para cruzar el puente que nos llevará a una de las galerías comerciales de la ciudad: el Maremagnum, desde donde pretende deambular por el puerto, entre los barcos amarrados allí. Es perfecto improvisar y pisar ese puente que se abre cuando pasan navíos. Paseamos envueltos en una conversación bastante entusiasta acerca de cómo sería el yate de nuestros sueños si ganáramos la lotería y pudiéramos permitirnos uno. Me ha costado un poco interesarlo en el juego, pero ha acabado siendo

un alumno avezado porque sus ideas incluso se podrían tachar de locas. Nos reímos bastante y, cuando al fin llegamos a la mole donde se asienta la entrada a las galerías comerciales, las dejamos a nuestra espalda para observar el mar desde los bancos colocados estratégicamente para ello. Hay un par de barcos entrando en el puerto.

—¿Te subirías a uno de esos sin conocer el destino? —pregunta de repente.

—Durante años he estado condicionada por la granja, por la inteligencia de mi hermana, por las obligaciones de haber nacido en el seno de una familia de ganaderos sin excesivos recursos. —Sonrío con nostalgia—. Lo entendí y lo acepté, ella debía explorar hasta dónde llegaba. Y para darle esa posibilidad, yo debía quedarme para ayudar en la parte económica.

—Pero no era lo que querías —deduce.

—Ni por asomo. —Los recuerdos de mis propósitos de cuando solo era una estudiante de instituto con la cabeza llena de pajarillos me sobrevienen como si quisieran despertar esa añoranza de mi otra vida, una en la que podía aspirar a cualquier cosa y que aparqué hasta el momento justo—. En la adolescencia mi idea de futuro era muy diferente a la realidad que viví después. Tenía tres amigos inseparables: Sandra, Núria y Arnau. ¡Trazamos tantos planes! —Siento la misma punzada en el pecho de siempre al rememorar las muchas horas que dedicamos a diseñar un futuro repleto hasta los topes de adrenalina, viajes, emoción compartida, aventuras, ilusiones, risas—. Pero ellos no tenían cargas familiares y siguieron su rumbo sin mí, tal como lo habíamos imaginado, mientras yo me quedaba atrás, trabajando con mis padres y con una envidia muy poco sana de ellos. —Intento rebajar el impacto de esta confesión con unas cuantas carcajadas, pero Stan me detiene cogiéndome por el brazo y me obliga a mirarlo.

—¿Por qué no te fuiste con ellos?

—Nunca hemos ido boyantes y mi hermana se fue a Cambridge a estudiar con una beca que cubría una parte importante de su estancia, pero no toda. Era una universidad privada de renombre y se graduó la

primera de su promoción. —Aparto la mirada de él—. Eso le brindó la posibilidad de irse a tu país a cursar un máster en la prestigiosa Harvard. Y ahora tiene un trabajo alucinante en una corporación multinacional con sede en la mismísima ciudad de Nueva York. Vive en Manhattan, viaja mucho, nos viene a ver con bastante regularidad y manda dinero a casa. Por eso al fin he podido tomar las riendas de mi vida. —Vuelvo a recorrer la distancia hasta sus ojos y siento un vuelco en los pulmones—. Hice un trato con ella. Me quedaría en la granja mientras se posicionaba y, después, sería mi hermana quien se ocuparía de ayudar a mis padres mientras yo perseguía mis sueños.

No quiero continuar con esta conversación, es personal, íntima y difícil. El día que abandoné mi pueblo para vivir mi primera aventura, la de pasar un año sabático en Barcelona mientras escribía mi libro, fue uno de los más felices de toda mi existencia. Canté, bailé, reí, me emocioné y me pasé la noche de juerga por el pisito enano que he alquilado en la zona del Eixample, cerca del local donde trabajo de camarera. Quiero aferrarme solo a esa imagen, a la ilusión, a la buena suerte de haber logrado dar el primer paso hacia mi destino.

Se escuchan unos petardos no demasiado lejos, junto a las risas de unos chicos y sus posteriores correteos. El cielo se empieza a teñir de negro para avisar de la inminencia de las fogatas en muchísimos lugares de la ciudad. El murmullo de los transeúntes que pasean a nuestro alrededor nos llega con claridad, junto con el motor de algún barco que arriba a puerto. Nosotros nos sumimos unos instantes en el silencio.

—¿Vamos a buscar algo de comer y a la hoguera? —Tiro de él para ponernos en movimiento, sin ahondar más en temas trascendentales. No vale la pena, es mil veces mejor avanzar con una sonrisa sincera y emocionarse con las pequeñas cosas—. ¡Muero por un mojito con mucho azúcar!

Su expresión se nubla un segundo con decepción. Sin embargo, no opone resistencia y me sigue cambiando de tema.

—«Siempre nos quedará Barcelona» —declama, y mis carcajadas consiguen aligerar la tensión con rapidez—. ¿Verdad?

—¡Tramposo! —Me trago la parte oculta en esa frase, las

connotaciones clarísimas de haberla elegido tras mi confidencia, y decido quedarme solo con la divertida, esa con la que puedo bromear —. ¡Es «Siempre nos quedará París»! —Suelto un profundo suspiro—. *Casablanca*, ¡qué gran película! Aunque ese final es triste de narices.

—Para cambiarlo solo hay que desearlo.

Ignoro con maestría su clara insinuación y nos dirigimos hacia un local decente para cenar. En cuanto nos sentamos a una mesa en una terraza, retomamos el juego de las películas y las series, de la imaginación a la hora de pintar un mundo perfecto, de charlar sobre cualquier tema carente de la profundidad sin mostrar nuestros corazones al desnudo. Pedimos una botella de vino blanco fresquito para tomárnosla entre risas y terminamos nuestro festín con un par de chupitos de limoncello.

La hoguera del Raval reúne a un montón de personas entre risas, música, ilusión. Disfrutamos del espectáculo durante más de una hora mientras nos tomamos unos cuantos cócteles buenísimos que preparan en una barra cercana junto a unos nuevos amigos con los que charlamos con mucha diversión. Son afrutados, frescos, dulces… Y están cargaditos. Nuestros dedos se entrelazan cuando seguimos al grupo hasta una discoteca de música latina donde nuestros cuerpos se mueven al ritmo rápido de la música, perreando a veces, sintiendo el fuego del baile arder en nuestros roces. El alcohol corre por mis venas, me desinhibe por completo, me lleva a reír sin descanso, a moverme, a deleitarme. Quizá por eso sigo consumiendo una copa tras otra. Y entonces suena una lenta para indicar la hora de cierre. Nos arrimamos poco a poco sin despegar las pupilas del otro. Suelto un suspiro cuando sus brazos me rodean la cintura. Le correspondo, me aproximo y coloco mi cabeza en su pecho con los ojos cerrados, cediendo al deseo acumulado en mi cuerpo. Huelo su aroma embriagador, escucho el latido desbocado de su corazón.

Durante una eternidad, mi mente ebria me manda imágenes subidas de tono, ideas tórridas, sensaciones ardientes. Despego la mejilla de su pecho entre resuellos. La discoteca da vueltas a mi alrededor, mi tasa de alcohol en sangre es elevada. Levanto un poco la cabeza a la vez que él baja la suya. Nos conectamos con la mirada durante unos

segundos. Él pega la frente a la mía y me acerca más a su cuerpo. Estoy en llamas, siento cada pedazo de piel unida a él a través de la ropa. Me muerdo el labio, lo humedezco con la lengua y obligo a mi corazón a no palpitar al son de una taquicardia aguda. El anhelo es potente, feroz, descontrolado. Avanzo hacia su boca con ansiedad, con un latido persistente en la garganta, entre resuellos. Y, cuando nuestros labios se rozan, el mareo se descontrola y mi cuerpo lucha por sacar del organismo la cantidad insana de copas con las que lo he castigado.

—¿Estás bien? —Se separa con rapidez al escuchar las arcadas impertinentes que se ocupan de llenarme de un sabor agrio el paladar.

Niego con la cabeza y echo a correr a los baños. Me arrodillo frente a la taza del váter y Stan me aguanta la cabeza mientras la vergüenza riega el momento más embarazoso de mi vida. La noche termina una hora después, tras despedirme de él en la puerta de casa, cerrarla y estirarme en mi cama para perder el conocimiento a los pocos segundos.

7

Monasterio de Pedralbes

Stan

Apenas he logrado mantener una conversación de medio minuto con Lara desde que la acompañé a su casa el día de Sant Joan hace catorce días. Esa noche algo cambió entre los dos, fue como si por primera vez admitiéramos la atracción existente y ella se permitiera sentirlo solo unos segundos para después echarse atrás. Es curioso cómo alguien tan impulsivo se retrae a la hora de iniciar una relación, cómo le aterra avanzar en esa dirección, su necesidad de conservar las alas para volar a destinos inciertos. La he llamado, le he escrito, incluso le he insinuado la posibilidad de acompañarme en varios de mis últimos tours, pero ella se ha cerrado en banda y apenas ha interactuado conmigo.

Pasé el 4 de julio conectado con mi familia hasta altas horas de la noche por culpa de la diferencia horaria. Como cada año desde que cambié de país, vi con ellos los fuegos artificiales y deseé formar parte del grupo reunido en la casa donde crecí para celebrar el Día de la Independencia. Mis hermanas estaban allí, junto a los hijos de Regina, la mayor, y Henry, su marido. Presencié la barbacoa que mi padre preparó junto a Amery y Ronald, sus inseparables amigos de toda la vida, y el resto de mi familia. Mientras ellos doraban las hamburguesas en el jardín, yo me preparaba la mía en la sartén, con la pantalla de la tablet replicando mis movimientos al otro lado del océano y la añoranza palpable en mis gestos y expresiones. Los echo en falta, su calor, las charlas hasta tarde sentados en el porche de casa, los domingos familiares, incluso sus interrogatorios incómodos acerca de mi futuro. Aunque también me molestó la presencia de Susan desde Harvard, en esa otra ventana pequeña que se abría en la pantalla.

Mi madre dejó caer la temida pregunta en el momento justo, tras

despedirnos de los demás y quedarnos los dos a solas. La suelta una vez al año, en la conmemoración de la Independencia americana, tras pasar unas horas conectados gracias al wifi, a las tecnologías y a los aparatos capaces de acortar las distancias entre los dos continentes: «¿Cuándo volverás a casa?». No tengo claro si todavía siento Filadelfia como mi hogar. Antes lo era todo para mí. Tenía muchos planes y todos comenzaban y se acababan con Susan —en lo que ella quería y esperaba de mí: ser profesor de la Universidad de Pensilvania, conseguir una cátedra, investigar, vivir en una casa como la de mis padres en el barrio de la Old City…—. Pero ahora ya no lo siento así. Y una parte de mis expectativas de futuro se enfocan en ahondar más en Lara.

Mi respuesta de ese día fue sincera. Y la cara de mi madre sufrió un descalabro porque notó la fuerza en ella, la huella de cómo poco a poco el cambio va calando en mí y me arrastra a un terreno pantanoso muy alejado de mi antigua manera de vivir. «No sé si volveré algún día», sentencié. Nos despedimos con la promesa de una visita familiar a principios de septiembre, un par de semanas antes de mi cumpleaños. Ante mi negativa de volver a pisar Filadelfia, han reservado un viaje para todos y se reunirán conmigo en Barcelona, donde pasaremos cinco días juntos para después acompañarlos en un pequeño recorrido por algunas ciudades europeas y acabar celebrando mis treinta y cinco años por todo lo alto de regreso a la Ciutat Comtal. Será mi regalo y lo estoy deseando.

El calor no ha remitido cuando salgo a la calle. El mes de julio no parece dispuesto a darnos una tregua y a las diez y media de la mañana empieza a apretar, pero eso no me disuade de subirme a una de las bicis eléctricas de alquiler que ofrece la ciudad y recorrer la distancia hasta la parte alta para reunirme con mi grupo de hoy, unos compatriotas míos de Los Ángeles con los que ya hice un recorrido por el casco antiguo hace un par de días e insistieron en conocer el monasterio de Pedralbes y sus alrededores. Pagan bien, son divertidos, ruidosos y muy intensos.

Aparco la bici en una de las paradas destinadas a ellas, me guardo el casco en la bandolera y camino en dirección a la calle de Bosch i

Gimpera, justo en el número 5, donde he quedado para iniciar esta nueva visita y llevarlos a Can Canet de la Riera, una finca agraria de la época gótica que ahora acoge las instalaciones del Reial Club de Tennis Barcelona, institución que reformó la masía. Solo vamos a verla desde fuera, pero me gusta empezar aquí las rutas de esta parte de Barcelona para descubrirles a mis clientes la avenida de Pedralbes, las casas en esta zona más residencial y cómo era la vida aquí hace años.

—¡Sorpresa! —Veo a Lara apoyada en la puerta de entrada con una sonrisa forzada y los ojos colmados de chispas por la ansiedad—. ¡No me podía perder esta ruta! Un menhir prehistórico… ¡Guauuuuuu! Es el sueño de cualquier escritora en busca de ideas. Podría ser algo similar a las piedras de Claire y llevarnos a los siglos pasados…

Me acerco a ella con la tensión empañando el ambiente y la indecisión como acompañante. Ella mantiene una expresión renuente, como si no estuviera segura de estar aquí. Su mirada se desluce un poco cuando rozo su mejilla para depositar un beso suave en ella. Gime bajito, cierra los ojos y se separa de mí con lentitud.

—¿Por qué no me has avisado de que venías a este tour? —inquiero con la voz ronca.

—Vamos a ver, lumbreras. —Intenta adoptar un tono guasón, pero apenas logra mantener la atención en mis pupilas y hablar en un susurro—. ¿Cómo iba a darte una sorpresa si te lo decía? Hubiera sido un chasco. —Rebusca en su bolso, nerviosa, y cuando encuentra lo que busca, me lo tiende con un gesto tímido—. Toma, yanki.

Es una pequeña bandera americana. Nuestros dedos entran en contacto cuando la cojo y me sobreviene un chispazo. Ella exhala un jadeo; yo la imito. Nuestras pupilas se quedan unidas unos segundos y un magnetismo intenso nos atenaza.

—Esto de recorrer un buen trecho a pie a las once de la mañana de un día soleado de principios de julio es una tortura —musita apartándose.

—Mi grupo se marcha esta tarde —explico—. Tienen el tiempo justo; este era el mejor horario para ellos y estaban muy decididos a recorrer esta ruta.

Se queda unos segundos mirándome en silencio.

—Stan —pronuncia mi nombre con un rictus angustiado—. Yo… —Suspira—. Mira, sé que siempre hablo de subirse a la cresta de la ola, de dejarse llevar, de no pensar y actuar. Sin embargo… —Se pasa la mano por el pelo, agitada—. Me gustas. Pero en estos momentos de mi vida no quiero ataduras ni perderte como amigo. Y… —Cierra los ojos en busca de fortaleza para continuar hablando—. Tengo planes, en unos meses me iré a recorrer el mundo, a disfrutar de mis aventuras, de mi libertad. No puedo enredarme en una relación en este momento y tampoco pretendo jugar contigo ni permitir que esto vaya a más. Somos amigos, nos entendemos bien, ¿podemos continuar así?

Duele. Escucharla darle voz a esa petición me produce una sacudida en el estómago. Se interna en mi cuerpo para agrietar un poco mi corazón, pero asiento al darme cuenta de que yo también aspiro a conservar nuestra amistad. Aunque quizá todavía queda una pequeña esperanza de convencerla, de intentarlo, de besarla…

Mi grupo aparece justo en este instante, cuando estoy a punto de responder y admitir que a mí también me gusta. Sus ruidosas voces me devuelven la cordura. Sacudo la cabeza y me retiro un paso atrás para saludarlos y realizar las presentaciones. Tiemblo, las cosquillas en la piel no han disminuido, ni el ritmo de mis latidos.

Inicio el tour de la manera más profesional posible. Por suerte, la audiencia es muy receptiva, su charla animada enmascara con maestría mi estado ansioso y me voy calmando mientras ascendemos por la avenida de Pedralbes. El monasterio asoma por fin ante nuestros ojos. Lara utiliza la aplicación de traducción simultánea para entender mis explicaciones y los corrillos entre los californianos. Se integra enseguida entre las cuatro parejas que han decidido pasar sus vacaciones recorriendo algunos enclaves de Europa, pero no se muestra tan relajada como siempre. Ambos permanecemos un poco atacados por las circunstancias.

Les cuento la historia fácil. La fundación del monasterio de Pedralbes en 1327 por parte de Elisenda de Montcada, esposa de Jaume II, para las monjas clarisas, la lucha de la reina para conseguir que el monasterio quedara bajo la protección de la corona y del

Consell de Cent, los aspectos arquitectónicos, cómo le afectaron los cambios geopolíticos del siglo XVI, las guerras… En el pasado de todos los edificios, monumentos y obras de arte hay un sinfín de hechos que influyen para que estos evolucionen hacia un lado u otro. En 1931 este monasterio se declaró monumento histórico-artístico y sobrevivió a la Guerra Civil, donde se prestó a diversos usos.

—El nombre de Pedralbes procede del latín *petras albas*, traducido como «piedras albas» —explico después de recorrer el interior—. Había una pedrera contigua al conjunto gótico de donde proceden algunas de las piedras con las que lo construyeron, pero también se utilizaron para adoquinar la ciudad y para edificios públicos.

Tras responder a un par de preguntas, los llevo a la entrada por la calle de Montevideo para el toque final. Mientras mantengo la atención en mi trabajo, mi mente se evade de Lara, de mis deseos de abordar de nuevo sus palabras, de mi anhelo por convencerla… La mayoría de los componentes de mi grupo de hoy están muy interesados en los misterios de Barcelona, así que me detengo frente a la piedra clavada en el suelo, una que jamás se ha quitado y entorpece el acceso al conjunto monumental.

—No es una simple roca —explico tras señalarla con el índice. Ellos se colocan en círculo a su alrededor. Lara profiere una exclamación, junto a sus característicos aplausos apasionados, aunque se notan tan tensos…—. Es la punta de un menhir. El resto está enterrado, pero los constructores del monasterio conservaron esta parte por las propiedades telúricas que se atribuían a esta clase de monumentos megalíticos.

—¿Qué se sabe de su magia? —pregunta el más místico de mis clientes de hoy—. Porque ha de haber una historia detrás de él.

—Existe una leyenda —anuncio—. Se llama el menhir de l'Àngel y se supone que en la época megalítica señalaba un sitio sagrado. —Adopto un tono profundo para terminar con la exposición—. Circula la creencia popular de que si alguien se golpea la cabeza contra él, escuchará cantar a los ángeles en su interior.

Enseguida asisto a la reacción natural y compruebo si mis acompañantes tienen un gran sentido del humor. Se acercan a la

piedra para pegar el oído en ella, juguetean a empujarse en broma para descubrir si de verdad existe algún sonido en el interior y lanzan algunas cuestiones interesantes. Mi atención se centra en Lara. Ella se ha quedado a un lado, con la vista posada en la roca. Dispara una foto y luego observa, como si esperara algo. Me coloco a su lado, atraído por sus gestos.

—Interesante, ¿verdad? —digo para romper su mutismo.

—¿Te imaginas que fuera verdad? —inquiere con un aire melancólico y emocionado a la vez—. Si las piedras cantaran, si de verdad pudiéramos viajar al pasado a través de ellas, si la posibilidad de vivir la historia fuera real para algunos privilegiados… —Suspira —. Me encantaría, ¿sabes? —Mueve las pupilas hasta llegar a las mías. Lanzan chispas de expectación, como si estuviera en pleno proceso de imaginarse viajando en el tiempo para aterrizar en los periodos antiguos y experimentarlos—. Diana Gabaldón creó un mundo mágico. No es solo la historia de amor entre Jamie y Claire, que también, pero lo importante para mí es la idea de traspasar el velo de los siglos a través del canto de unos menhires. —Sonríe y suelta una larga exhalación—. Me cautivaría encontrar una idea análoga para mi libro, algo tan grande como el pasado.

—Sería increíble —susurro sin perderme ni una de sus expresiones faciales.

Tardamos unos instantes en ponernos en marcha. Nos vamos al santuario de Santa Maria Reina, una de las iglesias más bonitas de la ciudad. A medida que avanzo noto que me cuesta regresar a mi piel, la intensa necesidad de mis ojos de observarla demasiado a menudo, la excitación propia de un quinceañero y no de alguien bien entrado en la treintena. Mientras caminamos hasta los jardines de la Torre Girona, contemplo sus mohines ilusionados, la forma en la que comparte su entusiasmo con el resto del grupo, cómo es capaz de integrarse en él con esa fuerza energética que la envuelve, aunque no tenga ni idea de inglés.

Dejamos atrás la antigua finca privada del banquero Manuel Girona y visitamos los pabellones Güell para acabar entrando a los jardines del parque de Pedralbes, dispuestos a descubrir el Palacio Real y a

pasear por sus exuberantes alrededores un rato. El recorrido nunca me había parecido tan auténtico, tan místico, tan cargado de emociones como hoy. Y la única razón es Lara. La forma en que muestra su arrebato por algunas de mis explicaciones, cómo sus ojos brillan al descubrir retazos de la historia pasada en esos lugares, la manera en que la imagina y le da color, cómo pinta a sus habitantes y la colma de un arcoíris brillante.

El grupo de californianos se despide con muestras reales de haber conseguido su objetivo de pasar un buen rato mientras se nutrían de historia, nos dan sus teléfonos y prometen escribirme comentarios de cinco estrellas en varias páginas web. Abrazan muy fuerte a Lara, como si en estas dos horas de recorrido hubieran creado lazos imperecederos. La invitan a Los Ángeles, incluso le prometen unas cuantas clases de surf si algún día se decide a emprender ese viaje sin rumbo con el que ella sueña, errando por el mundo, armada con una mochila y su sonrisa magnética. Lara les promete mantenerse en contacto y visitarlos algún día.

Me dedica una mirada inquieta cuando los vemos alejarse hacia la avenida Diagonal para conseguir un taxi. Suelta un larguísimo suspiro sin separarse ni un ápice.

—Me ha encantado —comenta con un tono expectante, como si se resistiera a irse y a la vez quisiera despedirse—. No tenía ni idea de que los surfistas podían ser así. Los imaginaba más nómadas del mar, personas a las que solo les interesan las olas. ¡Y fíjate! A estos incluso les va la historia.

—No se puede encasillar a la gente. —Me sale la voz ronca. El bochorno llena el ambiente, pero ella me hace arder.

—Queda clarísimo. —Se aleja con un movimiento brusco y emite un jadeo casi sordo—. Gracias por este tour. —Se da la vuelta para marcharse—. Nos vemos pronto.

—¡Espera! —La agarro por el brazo con suavidad—. ¿Qué planes tienes para hoy? Podríamos… No sé, dar una vuelta, comer juntos…

—Me voy a la playa. —Se levanta un poco la camiseta para mostrarme un biquini fucsia—. El calor es infernal y me apetece un poco de mar, sol y tranquilidad.

—Me uno a ese plan. —La sonrisa invade mis labios sin pedir permiso—. Iremos en metro hasta plaza de Catalunya y bajaremos las Ramblas andando, ¿te apetece? Puedo explicarte un par de anécdotas interesantes mientras nos mezclamos con los turistas. Y luego nos perdemos en la Barceloneta para comer paella y pasar la tarde en la playa.

—Vale —susurra.

8

Las Ramblas

Lara

No tengo ni idea de qué me está pasando, pero debo erradicarlo desde ya. Es mirar a Stan y sonreír como una boba mientras me cosquillea todo el cuerpo… No debería estar aquí ni haber aceptado su propuesta. Tras varios días angustiada por la situación, algo muy nuevo para mí, esta mañana me he levantado decidida a clarificarla, pero pasar horas a su lado las desdibuja. Y todo cuanto le he dicho es cierto, no es un buen momento para ahondar en la atracción mutua que demostramos tener; necesito gozar de mi libertad para elegir mis pasos a cada momento, sin impedimentos ni dependencias.

Suelto un suspiro y me separo de él para mirar por la ventanilla del vagón de metro. Como circulamos bajo la ciudad, todo está oscuro, incluso el cristal destella mi cara y la de él tras de mí, con las pupilas puestas en mi reflejo. Me fijo en sus pestañas, largas, negras, un poco rizadas. En esos labios que se mantienen separados con una expresión de puro fuego y esa lengua maldita que los humedece… Más aleteos, calor, cosquillas, sensación de excitación…

—«Mi casa… Teléfono…» —dejo escapar esta frase para intentar bajar mis pulsaciones, enfriarme con la risa que estalla en mi boca, aplacar la extraña sensación pegada a la boca de mi estómago y que desciende hasta humedecerme en una zona muy sensible.

—*E. T.* —musita casi sin entonación. Me encantaría escucharlo reír, aunque no fuera de forma escandalosa, saber que he logrado romper esa contención de serie de Stan, descubrir su ilusión a través del reflejo de la ventana. Pero sus pupilas están puestas en mis labios y mantiene una expresión ceñuda—. Era muy fácil.

Me vuelvo despacio en una lucha encarnizada entre mis ansias por mirarlo de frente para justificarme y la necesidad de mantenerme a

distancia. Nos quedamos unos instantes mirándonos. Mi respiración es casi un tornado, se agita, se convulsiona, se precipita. Desciendo con las pupilas hacia su boca, donde descubro un jadeo largo y profundo para luego sumirse en una serie de agitados resuellos. Su lengua asoma un instante, se toca el labio superior con la punta. Me humedezco los míos. Observo con demasiado detalle sus iris. Negros, oscuros, con motitas amarillas en algunos puntos. Luego desciendo de nuevo la mirada por su nariz, su boca, la barba y el bigote de dos días recortados como si quisieran mostrarse desenfadados… Mi cabeza avanza por inercia, sin pensar, sin razonar, sin ser consciente de la cercanía entre nuestros alientos.

Llegamos a una estación, el tren frena de golpe y me sacude; hay movimiento dentro del vagón, personas caminando en dirección a la puerta, conversaciones, ruidos, risas… Mis labios han rozado un segundo los suyos, no debería haberlo permitido, pero ha sido tan electrizante… Mi atención se deriva al exterior, donde las letras que anuncian la estación clarean en el andén: catalunya. Y, de repente, me rehago al darme cuenta de que debemos ponernos en marcha. Todo vuelve a su lugar, excepto el anhelo que sigue asido a mí. Hemos cogido la línea 3 del metro, han pasado casi quince minutos desde el inicio del recorrido y me han parecido dos segundos. Reacciono, me pongo en pie y lo apremio para salir del tren. Nuestros movimientos son más lentos de lo habitual, ambos estamos atrapados en un millar de sensaciones capaces de ralentizarnos, pero alcanzamos la estación sin pronunciar ni una sola palabra.

Caminamos hacia la salida sin hablar. El calor es sofocante, la cantidad de gente que deambula a nuestro lado aumenta por segundos. Hay vivacidad, ilusión, risas, gritos, exclamaciones… Pero yo solo escucho mi corazón bombear a toda máquina y percibo sus latidos en mil partes de mi cuerpo. El sol nos saluda al emerger en la plaza de Catalunya. Me asaltan los recuerdos de nuestro primer encuentro. No puedo evitar ladear la cabeza con lentitud hacia él, observarlo, ruborizarme cuando se detiene un segundo para corresponderme, y volvemos a quedarnos quietos en mitad del gentío con las pupilas conectadas, abrumados por todo lo que sentimos y con

un deseo demasiado intenso para no percibirlo.

—Vamos —digo haciendo un esfuerzo para rebajar la densidad que tensa el ambiente—. Tengo ganas de descubrir algún misterio de las Ramblas.

La comisura derecha de sus labios se alza un poco, asiente y me agarra de la mano para empezar a avanzar de nuevo. Su tacto es cálido, me reconforta de una manera desquiciante, me incita a pegarme a él, a tocarlo, a profundizar en el gesto. Exhalo una bocanada de aire.

—Te presento la fuente de Canaletes, cuyo nombre proviene de la época romana, cuando el agua fresca procedente de Collserola entraba por esta zona de las Ramblas —susurra despertándome del trance. Nos detenemos al principio de una de las calles más emblemáticas de Barcelona junto a una fuente mítica, donde los seguidores del Barça se reúnen para celebrar sus victorias. Es antigua, de bronce, con el escudo de la ciudad. Stan señala la placa y recita su inscripción—: «Si bebéis agua de la fuente de Canaletes, os enamoraréis de Barcelona. Y por muy lejos que os marchéis, siempre volveréis». —Levanta la mirada hasta posarla en la mía—. Es una leyenda tan famosa como la de tirar monedas a la Fontana di Trevi. —Se aboca para beber un poco, sin soltarme—. Por si acaso algún día me voy y necesito encontrar una razón para regresar.

Lo imito. Dejo correr el agua, acerco la boca a ella y doy un par de sorbos. Al colocarme de nuevo a su lado me seco la barbilla y casi me atraganto al reconocer el hambre en su mirada velada, oscurecida, codiciosa. Tiro de su mano para ponernos en marcha de nuevo. Si seguimos así, no llegaremos a la Barceloneta ni por la noche.

—Cuéntame algo de historia de este lugar —solicito en busca de una vía de escape a la tentación.

—No es una calle, sino cinco —anuncia, todavía inmerso en una voz ronca—. Rambla de Canaletes, dels Estudis, de Sant Josep, dels Caputxins y del Mar. Están divididas según las actividades que se llevaban a cabo en ellas en la antigüedad. Por eso se llama «las Ramblas» y no «la Rambla». —Me mira un segundo y devuelve su atención a la calle—. ¿Sabes de dónde vienen esos plataneros? —

Señala los árboles colocados en los laterales y me habla en un tono un poco áspero—. De Gerona. —Emito un pequeño sonido porque soy incapaz de articular palabra. Él continúa lanzando datos sin detenerse, salta de uno a otro con facilidad, casi disparando las palabras, como si fuera presa de un nerviosismo extremo—. Hubo una época durante la que en las Ramblas existía la concentración más grande de conventos de Barcelona, aunque acabaron todos quemados en la Semana Trágica. ¿Te imaginas quién se estableció aquí durante la Guerra Civil? —Contesto con un sutil encogimiento de hombros—. ¡George Orwell!

A medida que descendemos, acompañados por la marabunta de turistas que abarrotan la calle, me va contando anécdotas, me señala lugares, me pone al día del pasado, pero yo no presto atención. Me quedo enganchada al movimiento de sus labios, al sonido de su voz, al calor de sus dedos entrelazados con los míos, a su cercanía. Cuando se detiene de repente, espiro con mucha intensidad.

—Mira. —Su dedo señala enfrente, a un restaurante llamado Amaya —. Durante muchos años aquí, entre los portales 22 y 24, había cuatro agujeros en el mármol. —Sus ojos cambian el foco para centrarse en mis pupilas centellantes—. Eran taconeos de prostitutas, de cuando se concentraban en esta parte de la ciudad y los marineros las buscaban. —Da un paso para aproximarse a mí y me estremezco—. No hace mucho hubo un debate entre los vecinos para decidir si los conservaban o los arrancaban, y acabaron colgados en la entrada del restaurante como símbolo de la historia del lugar, pero abandonaron el suelo que los había visto nacer.

Levanta un brazo a cámara lenta, respira cada vez más rápido, como yo. Alcanza mi mejilla derecha y sus dedos la recorren con delicadeza.

—«La vida es un regalo y no pienso desperdiciarla. Nunca se sabe qué cartas repartirá la próxima vez». —Inicio el movimiento para llegar cuanto antes a un restaurante donde una mesa nos aleje lo suficiente para recuperar la cordura, esa que se ha diluido en un deseo absurdo.

—*Titanic* —acierta con un tono entre el cabreo y el desengaño.

No cuenta nada de esa película, como suele proceder cuando jugamos, ni siquiera vuelve a darme la mano ni a hablar para llenar el

tenso silencio instaurado entre los dos. Llegamos a la Barceloneta acalorados, mudos y con una intranquilidad creciente. Stan me lleva por las callejuelas hasta llegar al litoral, bajamos las escaleras de acceso a la playa y alcanzamos el paseo donde se sitúan una cantidad bastante interesante de restaurantes con terraza. Entra en un local sin consultarme y, mientras pregunta a uno de los camareros la disponibilidad para comer, yo me quedo al lado de la puerta. Está a rebosar, me llega un aroma a paella de pescado y el jolgorio propio del verano. Sin embargo, apenas soy capaz de procesarlo; estoy anclada en los últimos acontecimientos, en mi incapacidad para frenarlos.

—Hay veinte minutos de espera —informa Stan con un suspiro—. ¿Quieres dar un paseo?

—Casi prefiero darme un baño rápido. —Demasiado calor y excesivos nervios, el mar es la mejor manera de lidiar con todo—. ¿Vienes o me esperas? —Señalo la orilla.

—No llevo bañador —admite—. Ve tú, después de comer iré a mi casa a buscar lo necesario para quedarnos en la playa por la tarde. No vivo lejos de aquí.

A pocos metros distingo una tienda. Una idea me ronda la cabeza.

—Mira. —Señalo el chiringuito repleto de género—. Podrías comprarte el bañador ahí.

—Pero serán horrorosos… —Su rostro se contrae en microexpresiones de rechazo.

—¡No seas remilgado! —Lo agarro de la mano y tiro de ella para no permitirle caer en su rutina de planearlo todo al dedillo, pero la suelto enseguida al sentir el cosquilleo insano de su tacto—. Solo es para bañarte. ¿Qué más da si es bonito o feo mientras cumpla su función?

—Mucho —admite—. Me tiene que quedar bien, he de estar cómodo, ha de ser bonito…

—¡Anda ya! —lo corto, me detengo un segundo y le lanzo una mirada inquieta—. Solo necesitas que sea funcional. En esta playa no te conoce ni Dios, ¿qué más da cómo sea el bañador? ¡Mientras puedas disfrutar de un baño, todo vale!

Durante unos segundos noto su indecisión, cómo disecciona mis

afirmaciones. Al final fuerza una sonrisa nada convencida, asiente y nos encaminamos juntos a dejarnos seducir por el momento. Cinco minutos después, nos adentramos en el agua dispuestos a refrescarnos bajo los rayos de sol. Lo observo con un ahogo en el pecho; sus músculos parecen sacados de una de esas novelas que lee mi hermana sobre *highlanders* o tíos cachas capaces de enamorar a cualquiera. Tiene un cuerpo increíble, seguro que le dedica muchas horas al *gym*. Los pectorales marcaditos, abdominales trabajados, esa uve que se adentra en las bermudas… Gimo. Suerte que estoy dentro del agua fresquita del Mediterráneo o el calor me habría derretido. Stan es guapo a rabiar. Su mirada chispeante, ese hoyuelo que se intuye en su barbilla bajo la barba, la mano que sube hasta pasearse por los rizos rebeldes para recogérselos en una coleta…

Jugamos a salpicarnos, a hacernos ahogadillas, a disfrutar del momento. Y mi cabeza se replantea una vez más mi decisión, las ganas de acercarme a sus labios, de acariciarlos, de no contenerme, de ser espontánea en esto también. Pero ¿y si entonces pierdo mis sueños? Me aparto de él para salir del agua, me envuelvo en un pareo para secar un poco mi cuerpo y después me pongo un vestido playero que llevo en el bolso.

—¿Siempre acarreas muchas cosas a lo Mary Poppins? —pregunta. Me ha seguido. Le tiendo el pareo para que pueda secarse y ponerse su camiseta—. Nunca entenderé la necesidad de las mujeres de llenar así los bolsos.

—Solo llevo lo básico. —Uso las manos para retorcerme los mechones de pelo empapados y escurrir el agua en la arena—. Todos los «por si acaso» y las cosas necesarias para pasar el día.

—¿Los «por si acaso»?

Sonrío. Es una pregunta legítima, Stan es lo opuesto a mí en muchas cosas. Imagino que suele prepararse la bolsa que lleva a las rutas con una planificación perfecta. Nunca coge nada de más y el concepto de pensar en situaciones inesperadas lo descoloca. Es de esa clase de personas que programan cada instante de su vida, analizan las posibles contingencias y se preparan para ellas. Pero nada de abrazar ideas locas de forma espontánea.

—¿Y si mientras doy un paseo por Barcelona me apetece darme un baño? —inquiero intentando no fijarme en las gotas de agua que le resbalan desde el cabello por la cara y se pierden en su boca—. ¡Pues en verano llevo siempre un biquini «por si acaso»! Y también un pareo, gomas de pelo, un jersey finito para combatir los aires acondicionados, unos calcetines, el cepillo de dientes, desodorante, perfume, un cargador de móvil… ¡Bueno! Ya te lo puedes imaginar, ¿no?

Mi voz se apaga cuando nos quedamos mirándonos a los ojos. Los míos se desplazan a su boca, a esas gotas que su lengua atrapa…

«¡Bésame!».

Empalidezco de repente. ¿De verdad acabo de pensar eso? ¿De desearlo hasta ese punto? ¿Fantasear con que podría descubrir su sabor? ¿Sentirlo? ¿Tenerlo? Mis tripas rugen y entonces Stan reacciona.

—Ya han pasado los veinte minutos —anuncia señalando el restaurante—. Vamos a tomarnos la paella más alucinante de tu vida.

Tardamos todavía un cuarto de hora más en conseguir la mesa. Lo hacemos en un incómodo silencio en el que mis palabras de esta mañana pesan demasiado. Mientras esperamos me lo quedo mirando con unas cosquillas inquietantes en el estómago, un aleteo muy cálido en el corazón y una voz insidiosa en mi cabeza. Susurra una verdad imposible…

—¿Por qué crees que el amor es una jaula? —pregunta. Su voz está cargada de frustración y avidez—. Cuando hablas de tu familia, parece bien avenida, feliz. Tus padres han tenido un matrimonio largo y sin problemas… ¿Alguien te rompió el corazón?

—No es eso. —Suelto una carcajada ansiosa para disimular que me molesta hablar de este tema, la situación, las ganas de mirarlo de nuevo y perderme en sus labios. Prefiero reír a aceptarlo—. Nunca he llegado a tanto con un hombre para que pueda dejarme huella. Soy más bien de relaciones superficiales, físicas y cortas.

—No lo entiendo —insiste avanzando hasta quedarse con la barbilla pegada a mi hombro. Me habla al oído, con un tono susurrante—: Si no has vivido nada traumático, ¿qué te impide disfrutar de

enamorarte?

—Todo —admito con inquietud. Me separo de él con ansiedad—. El amor requiere compromiso y yo soy demasiado independiente para encadenarme a alguien. —Decido ir a por todas, con la munición completa para no ocultarle quién soy de verdad y poner la barrera necesaria entre los dos para no enredarnos en una historia imposible —. Ya he cedido mi libertad durante mucho tiempo y ahora quiero viajar, decidir mi vida a medida que sucede, no depender de contentar a otra persona, solo dejarme mecer por el viento.

—Pero si te niegas a tener una relación, a pesar de desearla, ¿no estás incumpliendo la premisa básica de la libertad? —suelta. Esa afirmación me zarandea—. Seguir tus impulsos también debería incluir el amor. Permitírtelo. No lo contengas.

Por suerte, la camarera viene a mi rescate y nos acompaña a la mesa. Una vez sentados, cambio el rumbo de nuestra conversación por una liviana sin rastros del pasado, de nuestros sentimientos ni de nada que nos pueda acercar de una manera trascendental, y la comida se escurre entre algunas risas, palabras huecas y una tensión creciente entre los dos, forjada a base de instantes, de miradas, de exhalaciones, de descubrimientos, de magnetismo.

9

Parque de Collserola

Stan

El mes de julio ha pasado como una exhalación, los turistas copan la ciudad y llenan mis horas sin concederme ni un segundo libre ni demasiados instantes para descansar y recordar la despedida abrupta de Lara ese día en la playa, cómo se marchó al terminar la comida casi sin decir adiós. No ha dado señales de vida desde entonces. Llevo cuatro semanas bastante molesto con la situación. Sus palabras, que se negara en redondo a hablarlo de nuevo, que desde entonces haya estado desaparecida, la manera en que mis sentimientos se amotinaron y expusieron demasiado claramente que aquella chica me estaba llegando al corazón. Lara se ha convertido en la única protagonista de mis sueños, y no son para nada sosegados. No me puedo quitar de la cabeza la imagen de las gotas resbalando por su piel aquel mediodía al salir del agua, descendiendo por su vientre hasta perderse en la parte de abajo del biquini sobre un cuerpo tonificado, bronceado, perfecto. Y luego están sus ojos centelleantes, capaces de exhibir sus sentimientos sin barreras.

Miro mi teléfono al llegar frente a la parada del Tramvia Blau, una de las atracciones más interesantes de Barcelona por su historia. Está en servicio desde 1901 y tenía muchas ganas de subirme a él otra vez. Con Lara. Suelto un profundo y desgarbado suspiro al comprobar la ausencia de respuesta a mi mensaje de anoche. Llevo una semana planeando este día, lo he dejado en blanco en mi Google Calendar a propósito para sorprenderla por una vez, preparar una pequeña salida los dos solos y conseguir al fin que se me dé una oportunidad: Collserola, el Tibidabo, naturaleza, atracciones, un misterio… Echo de menos tenerla delante, perderme en sus expresiones, en esa ilusión capaz de colarse por mis grietas para llenarlas con sus mil matices de

color. Quiero explorar mis emociones, llevarlas al límite, permitirles estallar, eclosionar, evolucionar… Despejar la incertidumbre. Convencerla de que vale la pena. Alcanzar la plenitud. No volver a sentir que una relación me ancla a un Stan apagado, vulnerable, rendido a los deseos de la otra persona.

Hay un bar enfrente de la estación. Entro para tomar un café, es uno de mis vicios más arraigados, uno capaz de serenar mi estresado corazón, mis nervios desbocados, esa ansia frenética que me impulsa a consultar el móvil cada cinco segundos para saber si ha respondido. Anoche aparecieron los dos vistos en azul en mi último y desesperado intento de atraerla a mi lado de nuevo, y, después, la nada invadió mi insomnio y cada instante. Pido un café solo, negro, potente, cargado, aromático… Cuando me lo sirven, lo huelo, como suelo hacer para calibrar su valía. Si algo aprendí de mi abuela fue a valorar la textura de esta infusión a través de su olor. Y este no tiene nada de especial. Prefiero los que compro en tiendas selectas, pero tampoco se puede tener todo en esta vida.

—¡Vaya! —La voz de Lara me tira de la comisura derecha hacia arriba cuando siento la euforia arrasar con mi cordura. ¡Está aquí! ¡Ha venido! Al fin puedo abandonar la espera ansiosa. Mi corazón se expande y dispara fuegos artificiales en mi pecho cuando la miro—. Pareces un loco del café. —Señala la taza, pero yo me he quedado absorto en su risa, en el lunar que tiene al lado de uno de sus ojos, en el carmín de sus labios, en las motitas esmeraldas de sus iris de un tono amarronado que tira a pardo. Llevo tanto tiempo esperando esto que ahora no reacciono de forma coherente; el corazón se me dispara, se me escapa la sonrisa y temo exponer partes de mí demasiado profundas—. ¿Te habla?

—Mi abuela me enseñó a descubrir su sabor a través del olfato —contesto en tono afectado, con palabras fuera de lugar, de esas que jamás hubiera dejado escapar en circunstancias normales cuando pienso y actúo con lógica—. Era una mujer muy peculiar. Artista, anárquica, opuesta a mi abuelo y, sin embargo, se entendían a las mil maravillas. —Me percato de repente de las similitudes entre las historias que mi abuela me contaba y mi relación con Lara. ¿Acaso me

siento atraído por ella por cómo se asemeja su forma de ser a una de las personas que más han influido en mí? ¿Una que me permitía ser yo mismo y me alentaba a encontrar mi verdadera esencia? ¿Por qué estoy pensando en esto justo ahora?—. Era especial.

Me coge la taza, la huele con una sonrisa, le da un sorbo y arruga la cara en un gesto de asco.

—¡Puaj! —exclama—. ¡Es café solo! ¡Negro! ¡Sin azúcar!

—Si no lo bebes así, no te gusta el café.

—Vale, pues soy culpable de no adorarlo. —Levanta el brazo para atraer la atención del camarero y pedirle un chocolate caliente con nata—. Prefiero un millón de veces mi elección. No soy nada de café ni de té. ¡A mí dame chocolate! Lo demás no me interesa.

Bebo un trago de mi infusión, la degusto y, aunque no es un diez, me ayuda a centrarme un poco. Nos pasamos unos instantes en silencio. Entre nosotros se cuela una tensión creciente, como si nos diéramos cuenta de que esta vez estamos aquí por decisión de los dos, como una cita planeada y no una irrupción de Lara en uno de mis tours. Y eso deja fuera de juego sus palabras, sus intenciones… Nos ha costado dos meses llegar a esto. Y todavía noto la indecisión en ella, su ansiedad, cómo las dudas la asaltan. También queda un poco de eso en mí, una agitación fruto de mi pasado con Susan, pero estoy más que dispuesto a lanzarme al vacío. Han pasado más de cuatro años, ya es hora de recomponerme y no permitirle dominar mi vida desde la distancia. Quiero intentarlo con Lara y el recuerdo de cómo me trató mi exmujer no lo impedirá.

Es una joven impulsiva, suele dejarse atrapar por el momento y no pensar en el después. ¿Por qué conmigo es diferente? ¿Qué la ha frenado hasta ahora? ¿Por qué ha tardado tanto en aceptar pasar un día a solas conmigo? «A solas»… Esas dos palabras se repiten en mi mente como si tuvieran eco. La he deseado en cada una de nuestras conversaciones. Cuando releo alguna de sus frases para que la adivine. Al mandarle yo otra de mi cosecha. En los instantes breves en los que he ido más allá de la superficialidad para contar algo de mi pasado. El suyo apenas tiene secretos para mí. Me ha relatado muchas anécdotas sin escatimar en palabras, aunque hay algo más, lo sé, una parte que

le duele y no quiere expresar sobre esos amigos que un día lejano mencionó. De sus sueños. De cómo espera encarar el futuro por culpa de un pasado concreto. La he añorado tanto estas últimas semanas…

Nunca se me ha dado bien hablar acerca de mí. Lo hago solo con las personas de confianza y en momentos puntuales. Mi madre me lo ha recriminado desde la infancia. Pero solo fui capaz de abrirme con mi abuela y fue gracias a su creatividad a la hora de sonsacarme las palabras, a esa conexión más allá de la razón que teníamos, a su efusividad, a su visión entusiasta de la vida. Como la de Lara…

—Te pareces a ella —admito sin saber de dónde viene esa afirmación ni cómo es posible que mi boca la haya pronunciado—. A mi abuela.

—¿Ah, sí? —Abre mucho los ojos, llenos de centellas de emoción—. ¿Cómo era? ¿A qué se dedicaba? ¿Por qué te recuerdo a ella? —Agarra su consumición y se la lleva a los labios—. ¡Cuéntamelo!

Miro la hora en el móvil. El tranvía[1] no tardará en llegar y, si queremos aprovechar el día, debemos apresurarnos.

—Te lo explico en el trayecto. —Le pago a una camarera, me termino el café de un trago y le pido que ponga el chocolate de Lara en un vaso para llevar—. Te he hecho madrugar para exprimir cada instante. ¡Tenemos mucho que ver!

Sonríe. Es un gesto cálido, brillante, increíble. Se cuela por mis pupilas hasta alcanzar mi sistema nervioso y alterarlo todavía más. La reacción de ese ente con vida propia que mora entre mis piernas es instantánea, viene acompañada con un jadeo sordo y una precipitación de mis latidos en demasiadas partes de mi anatomía. Exhalo de forma ruidosa mientras salimos del local para destensarme, pero es inútil. Lara se ha puesto un perfume floral que evoca cada uno de nuestros encuentros, la emoción de sentirme acompañado por un verdadero fenómeno natural más allá de los tornados capaz de arrasar hasta con la más pequeña mota de indecisión de alguien. Lara es luz, electricidad, efusión, energía, alto voltaje. Y me arrastra con esas cualidades, me sumerge en una vivacidad cargada hasta los topes de luminiscencia, me desborda la capacidad de soñar.

—Vale —contesta a mis palabras, aunque ahora mismo no tengo ni

idea de cuáles han sido, me he perdido en divagaciones—. Ahí va la frase de una de mis series preferidas: «Soy como la heroína andante, muy adictiva. Nunca termina bien». —Frunzo el ceño, aturdido por la intensidad de mis sensaciones—. Buenoooooo, veo que estás perdidísimo… Una más de la misma serie: «De eso se trata, ¿sabes? No deberías tener que cambiar por nadie. Y yo tampoco». —Sigo sin tener ni la más remota idea, pero tampoco consigo poner en funcionamiento mi mente lo suficiente como para indagar en serio. Ella perfila uno de sus gestos más atrayentes. Se ríe a carcajadas, me toca el brazo y me lanza un beso con los labios—. La última pista, pero estoy a punto de tacharte como inútil total, ya te lo digo: «El Diablo se quema con el fuego. ¿Podría ser esto más irónico?».

El tranvía llega en este instante. Subimos, pagamos nuestros billetes y nos sentamos para subir hasta el funicular entre las casas modernistas de la avenida Tibidabo. Mil doscientos setenta y seis metros de ascensión en el transporte más antiguo de Barcelona. Y no puedo apartar la vista de ella. Apenas me dejo seducir por un exterior que suele apasionarme ni concentrarme en el significado de sus palabras. Lara es más interesante, más atrapante, más magnética. Me atrae el sonido de su voz, su expresión, sus labios… ¡Dios! ¡Cómo deseo sus labios!

—*Lucifer* —anuncia.

—¿Qué? —inquiero sin entender esa mención al demonio. Ella estalla en carcajadas ante mi desconcierto, se acerca a mí, me besa en la mejilla y se separa con rapidez, como si también sintiera esa copiosa red de hormigueos en el cuerpo, el golpe en el estómago, las alas de millones de insectos voladores en su vientre.

—Es el nombre de la serie —susurra casi ahogándose, como si le costara hablar.

—Ah —contesto sin mucho entusiasmo, inmerso en demasiadas emociones.

Pasamos el trayecto mirándonos. Sin más. Solo nos contemplamos en silencio, como si no hubiera nada a nuestro alrededor. En mi imaginación un foco la ilumina solo a ella, la muestra con un aura brillante a su alrededor, la imanta con mis ojos, la une a mí de una

manera implacable. Bajamos del tranvía por inercia, siguiendo a los demás. Ella me da la mano, entrelaza sus dedos con los míos y noto un chispazo real. En mi mano, en mi piel, en mi corazón, a nuestro alrededor. Una densa electricidad crepita entre los dos y nos arranca un gemido a ambos. Es todo tan intenso… Nos adentramos en la parada del funicular para comprar un billete. Al llegar frente a la garita, por fin reacciono y me hago cargo de la situación. Lara ha de soltarme la mano para que pueda coger la tarjeta de crédito y, al retirarla, me deja helado, como si pudiera sentir la pérdida de su calor con un estremecimiento real.

—En diez minutos podremos subir —anuncio, aunque es absurdo, ya que ella ha escuchado a la perfección cómo el taquillero nos daba esa información. Pero al caminar con ella hacia la vía necesito decir algo, desembarazarme de la necesidad acuciante de abrazarla.

El tren está parado abajo. Tras enseñar los billetes, procedemos a ocupar el interior de la cabina de la Cuca de Llum, el nuevo e impactante funicular que pretende ser una experiencia única para los viajeros, aparte de mostrar su sostenibilidad. Al llegar con tiempo nos situamos de pie en el morro, todo construido de cristal.

—Háblame de tu abuela —solicita ella. Se arrima a mí y vuelve a enredar nuestros dedos, como si fuera un gesto natural—. Tengo mucha curiosidad.

—Nació a finales de los años treinta en una de las mejores zonas de Barcelona —relato con mis sentidos trasladándome al pasado, cuando era su voz la que me lo narraba—. Su familia era muy rica y se codeaba con gente importante; eran los dueños de una fábrica textil de mucho éxito. Siempre adoró a sus hermanos, pero hablaba con rencor de sus padres y de sus ideas retrógradas. Eran muy estrictos, demasiado. Y eso los distanció. Ella quería explorar su creatividad; ellos, casarla bien.

—¡Eso no recuerda en nada a mi vida!

—Lo sé. —Asiento y escudriño la profundidad de sus pupilas—. No se trata de vuestro pasado, sino de tu forma de ser. —No adivino qué extraño hechizo se apodera de mí, porque de repente me dejo llevar, sin censura, sin pensar, sin valorar mis palabras, y me desnudo ante

ella—. Tu entusiasmo por la vida, tu felicidad casi palpable, tu ilusión por descubrir, por vivir, por soñar… ¡Ella era igual! No se amedrentaba por nada, emitía destellos de alegría, un arcoíris que pintaba cualquier pena de color. Era mi tótem, mi ancla a la vida, mi puerto seguro. Y la adoraba.

Gira la cara despacio, a pesar de que el funicular ha empezado a subir y el paisaje es fabuloso. Nuestros ojos se encuentran, se unen, se magnetizan.

—La querías mucho —susurra.

—Era mi persona favorita en el mundo. —«Era…». Hasta hace muy poco, a pesar de su muerte, mi frase sonaba tan diferente… «Siempre será».

El tiempo parece detenerse, solo quiero besarla. Nada se siente más importante. Nada me atrae como esos labios pintados de rojo. Nada me impide avanzar hacia ella, rozar su boca, escuchar su jadeo, oler su perfume… Hasta que un frenazo nos separa con la fuerza de la gravedad. Ella me suelta la mano, se aparta de mí, se aleja, se comporta con ansiedad y la burbuja donde vivíamos hace un instante se rompe.

Salimos en la cima, al pie del parque de atracciones. Le señalo la carretera porque mi intención es llevarla primero a la parte más interesante del parque de Collserola para luego pasar el día entre las atracciones. Me irá bien distraerme con una pequeña caminata a esta hora en la que aún no aprieta el calor. Justo debajo del Tibidabo, en la carretera de la Rabassada, hay un desvío donde se encuentra una roca de granito con más de cuatro mil años de antigüedad. Llegamos hasta ella en un mutismo absoluto, separados por unos metros de distancia, inquietos, con el corazón a mil por hora.

—Es una de las curiosidades más interesantes del lugar —anuncio tras detenerme frente a ella—. Los historiadores creen que es una piedra megalítica que los antiguos pobladores de la zona usaban en algún tipo de ritual. Si te fijas bien, hay una red de cavidades cóncavas, muchas de ellas conectadas entre sí.

—¡Parecen puñetazos! —exclama con una voz bastante aguda, como si no se le hubieran pasado del todo los efectos de nuestro pequeño

momento.

—Lo más curioso es que, a pesar de saber que fueron hechas por el hombre, no hay nada que indique cuál era su finalidad. —Después de evitarlo durante un rato, no puedo prescindir de volver a mirarla—. Este es uno de tus misterios por resolver.

—Podían servir para sacrificios humanos. Quizá usaban los conductos para drenar la sangre de sus víctimas. ¡Lo he visto en mil pelis! —aventura con emoción—. Incluso sus creadores podrían haberla perforado para los rituales de las brujas ¡o para personas como Claire! ¡Viajeros del tiempo! ¿Te imaginas? —Se acerca para colocar el oído en la piedra—. ¿Y si cantan? ¿Y si son un portal? ¿Y si…?

No puedo aguantar la carcajada. Sale de mí como un torrente, sin presas que la contengan, como si me hubiera rendido al fin a las emociones del día. Después de aguantarla durante el último mes, la risa ahora se desborda y soy incapaz de dejarla atrás, me estalla en la boca, en el cuerpo, en el corazón. Su entusiasmo, esos ojos lanzando las chiribitas que anunciaba en su primer e-mail, los destellos de sus pupilas, sus ideas locas… ¡Es pura felicidad! ¡Y yo quiero nutrirme de ella! Me lanza una mirada traviesa antes de acompañarme en la risa desbocada, como si nos hubiéramos convertido en una manada de caballos salvajes corriendo por una pradera ancha, despejada, verde, luminosa, extensa… Todo su cuerpo se agita al son de sus carcajadas y empieza a decir más animaladas, a cuál más alocada, como si todo se redujera a inventarnos un pasado, un presente o un futuro.

De repente nos callamos a la vez, sin más. Y la corriente magnética que hace meses se instauró entre los dos se vuelve palpable, densa, compacta. Nuestras miradas se unen, se llaman, conectadas más allá de los límites de la normalidad. Lanzan destellos de pura avidez, de sentimientos álgidos, profundos, intensos. Se ansían. Mi cuerpo se rebela contra cualquier intento de mantenerme alejado de ella. Es como si el vacío acabara de tragarse mi estómago para precipitarlo a un abismo donde no queda más que ansiedad, necesidad, deseo.

Doy un paso para aproximarme a ella. Lara avanza un poco, como si el magnetismo la atrajera sin remedio. Gimo. Fuerte, vivo, urgente. Entrecierro un segundo los ojos. Y utilizo la punta de la lengua para

humedecerme los labios anhelantes mientras exhalo un jadeo desesperado.

Pumpum, pumpum, pumpum…

Los latidos acelerados de mi corazón rompen el silencio en mis oídos.

Hummm…

Los resuellos sordos se escapan de mi boca en forma de deseo. Apenas escucho nada más. Su respiración acelerada, la mía a punto de entrar en barrena, la sangre en las venas fluyendo a toda velocidad, las palpitaciones en los oídos. El rugido de un deseo cercano a la locura.

Nuestros cuerpos entran en contacto, se rozan, se calientan, arden. Soy consciente de cada pedacito de ella, de su olor, de su tacto, del sonido de sus jadeos, de las centellas de sus ojos oscurecidos por la misma necesidad que los míos. Siento en tecnicolor, como si mi capacidad emocional acabara de experimentar un pico de hipersensibilidad. Ella. Todo. El universo. Mi principio y mi fin.

Levanto un brazo a una velocidad demasiado lenta, pesada, aletargada por mi avidez. Quiero, ansío, preciso, requiero… Lara, sus labios, las pupilas dilatadas, los ruiditos de su boca, la firmeza de su cercanía, mi destino. Le rozo la mejilla con el lateral de mi mano y las chispas de electricidad estática se apoderan del gesto, estallan, nos llenan las cuerdas vocales de unos gemidos nada comedidos. Sus párpados bajan un segundo para precipitarse y mostrar su emoción en las pupilas unos segundos después. Hablan demasiado. Cuentan, relatan, transmiten. Y entre la marea de palabras calladas, descubro un sinfín de emociones encontradas, de deseos y temores, de posibilidades infinitas que pueden hallarse o perderse.

Desvío la mano hasta posarla en su nuca de una forma exigente, acuciosa, posesiva. Su expresión se vela con indecisión, miedo, angustia y hambre de explorar sus más íntimos anhelos. La mía se convierte en una declaración de intenciones. De sentimientos. De apetitos. Ejerzo un poco de presión en su cuello para acercarla a mí, para encajarla, para respirarla. Solo nos separa un aliento, un milímetro, un… Poso mi boca en la suya con un gruñido. Ella jadea.

Cierra los ojos. Gime. La avidez me recorre el cuerpo con un estremecimiento capaz de cavar un agujero de vacío, cargado de aleteos, cosquilleos, hormigueos… Ahogos. Resuellos. Deseo al desnudo.

10

Tibidabo

Lara

Sus labios son cálidos, excitantes, perfectos… Los noto sobre los míos, cómo arden, cómo me reclaman, cómo me incitan a arriesgarme, a no pensar, a alcanzar mi máxima en la vida, esa que habla de ser impulsiva, de no recapacitar, de lanzarme a los giros del azar sin ahondar en las razones, el futuro o las consecuencias. Desde nuestra primera colisión, Stan se ha convertido en mi única excepción a la hora de seguirle la corriente al destino y me cuesta encontrarle sentido, porque mi parte racional lanza demasiados motivos para alejarme y sé que, a pesar de mis ganas, él puede convertirse en el único freno real para cazar la estela de mis sueños. Y si no los persigo, ¿qué me quedará?

No he dormido en toda la noche. Desde que recibí su mensaje para citarme, he pasado por muchas fases, todas ellas bastante desconocidas para mí. Parezco un disco rayado, un machacón monólogo cargado de inseguridades e indecisiones. Nada que ver con la Lara de siempre. Y me marea. Llevo un mes sintiéndome como si estuviera dentro de una lavadora, dando vueltas en el tambor, ahogándome con el agua y el jabón, incapaz de respirar, de salir a la superficie, de detener ese movimiento continuo, los golpes contra las paredes, la falta de aire. «La vida se mide en sueños, en la capacidad de dejarse llevar por ellos, en la ilusión que pones al buscar la forma de alcanzarlos». Esa ha sido mi máxima durante casi toda una vida. He ido recolectándolos, metiéndolos en una cajita de cristal traslúcida donde podía observarlos con la emoción de poner una fecha para perseguirlos. Y requieren un corazón libre, salvaje, dispuesto a surcar las olas sin preocuparse de hacerlo acompañada. Tengo mis sueños al alcance de la mano. Puedo sumergirme en ellos, disfrutarlos,

estirarlos, pero no renunciar a ninguno y tampoco sé si quiero compartirlos. Ni frenarlos. Ni ponerles trabas, muros, una razón poderosa por la que quedarme quieta sin haber salido a por ellos.

¿Por qué en vez de profundizar en el beso de Stan un miedo irracional me llena la mente? ¿Por qué lo freno, separo mis labios de los suyos y doy un paso atrás? ¿Por qué manifiesto contención cuando mi naturaleza es todo lo contrario? Su gruñido de frustración me alcanza cuando me doy la vuelta para no enfrentarme a su mirada. Su mano abandona mi nuca, la deja helada, con un hormigueo necesitado y un estremecimiento que me recorre hasta la última fibra nerviosa del cuerpo. Quiero volver a sentir su tacto, su boca sobre la mía, su respiración, su aroma. Tiemblo a pesar del calor ambiental, el hielo me recorre las venas y la ansiedad se propaga por ellas como un tsunami capaz de arrasar con la cordura.

—¿Por qué? —La pregunta apenas es un susurro entre sus labios.

Me doy la vuelta para iniciar la retirada. Mis ojos se humedecen, mi corazón se encoge y los pensamientos se cortocircuitan. No sé si estoy capacitada para compartir con él unos motivos que se me escapan. Me he pasado las últimas doce horas convenciéndome de no aparecer en la cita y he acabado en el punto de encuentro unos minutos más tarde de la hora prevista. ¿Cómo sabía que hoy era el día perfecto? No tenía turno ni tiempo de ir a casa… ¿Y la propuesta? Una visita a un parque de atracciones, una piedra misteriosa, una larga jornada juntos. Sueños nuevos. Ilusiones disparadas. La posibilidad de improvisar. Y una declaración de intenciones en toda regla después de un mes de silencio por mi parte.

Las palabras de su mensaje de anoche parpadean en mi mente: «¿Soñamos juntos? Una vez me dijiste que ese era el motor de tu existencia y he pensado en compartir contigo uno de mis mayores deseos desde niño: soltar adrenalina en un parque de atracciones. Había pensado en Port Aventura, pero casi prefiero la mítica Tibidabo. Tiene historia. Y está aquí al lado. ¿Te animas? Una parte de vivir los sueños es no montarse a solas en ellos… Lara, no puedes alargar más este silencio, ha llegado la hora de subirte en la cresta de nuestra ola porque lo deseas tanto como yo. Y necesito tanto verte… Te espero

mañana en la estación del Tramvia Blau a las 8.00. Después podemos escribir juntos nuestra historia, incluso podrías convencerme de recorrer el mundo contigo. Ven. No me falles. Soñar significa arriesgarse». Después recibí la ubicación exacta. Y he vivido desde entonces en un estado de agitación profunda, nadando de una decisión a otra, pero incapaz de no presentarme.

Quiero besarlo. Tocarlo. Gemir a su lado. Permitirle entrar en mí. Darle alas para seducirme. Deseo soñar con él, compartir cada una de sus fantasías, llevarlas a cabo juntos, construir un futuro donde tenga cabida. Pero si lo hago, si sigo el rumbo de mis anhelos, deberé construir nuevos sueños. ¿Y no es esa mi filosofía? ¿No soy la reina del «déjate llevar»? ¿Por qué entonces sigo caminando de vuelta al parque de atracciones y, en vez de darles voz a esos pensamientos, suelto una frase sin ton ni son, una de muchas que me evocan la intensidad de una película?

—«Me he subido a mi mesa para recordarme que siempre hay que mirar las cosas de un modo diferente».

Resopla. Lo escucho andando a mi espalda, frustrado, con los nervios a flor de piel. Ser una surcadora profesional de las olas del destino no es excusa para mantener las apariencias y no explicarle mis pensamientos. Lo sé. Me estoy comportando como una inmadura y encima traiciono mis principios. Pero no acabo de definirme en relación con Stan. Ni tampoco entiendo la raíz de ese miedo irracional que me sacude al imaginarme un futuro con él.

—¿Podemos hablarlo? —musita, y me toca el brazo para detener mi avance—. ¿Qué te pasa? Has venido, eso ha de significar algo. Mi mensaje era muy claro. —Avanza hasta colocarse a pocos centímetros de mí. Debería encararlo, pero me mantengo de espaldas a él con una inquietud muy poco digna de mí. Su tono destila impotencia, necesidad, ansiedad—. ¿Qué te da tanto miedo?

—*El club de los poetas muertos* —susurro—. La frase es de esa película.

—¡Joder, Lara! —El eterno comedido Stan Harrison explota con una fuerza arrolladora y me tira del brazo para obligarme a encararlo. ¿Y qué hago yo? En un gesto infantil de narices cierro los ojos con saña

para no verlo. No tengo ni pajolera idea de qué extraño embrujo se ha apoderado de mí y me lleva a comportarme como una mala versión de la auténtica Lara. ¡Esta no soy yo! ¿Quién narices ha metido miedo en mis emociones? ¿Por qué sigo apretando los párpados como si mirarlo pudiera derruir mi mundo piedra a piedra?—. ¡No te entiendo! ¡Por mucho que lo intente, no lo consigo! —Resopla—. Abre los ojos y explícamelo, por favor.

—Tengo sueños —musito mientras voy despejando mis pupilas hasta enfrentarme a él. Repito los mismos argumentos que la última vez, hace un mes, cuando salí corriendo de ese restaurante en la Barceloneta sin deseos de mirar atrás, acojonada, agobiada por mis emociones incipientes—. Quiero conquistarlos todos. Por fin puedo salir a cazarlos, como si fuera uno de esos locos de los Pokémon que van a buscarlos con el móvil. No es el momento de enamorarme. Ni de tener una relación. Ni de atarme. —¿Acabo de decir «enamorarme»? ¿En serio? De momento solo sentimos atracción, nombrar el amor es prematuro, absurdo, ilógico…

Chasca la lengua y sus ojos lanzan unas centellas cargadas de dolor.

—Ah, vale —suelta con sarcasmo—. O sea, ese rollo del «déjate llevar» no vale con los sentimientos. —Exhala con fuerza—. La eterna improvisadora es capaz de decirle a su corazón quién le debe interesar y cuándo. ¡Porque ahora no le va bien! ¡No te jode!

—Bueeeenooo. —Alargo la palabra en un intento de encontrar argumentos para razonar algo imposible, así que cierro la boca y suspiro—. Llevo muchos años esperando para salir al mundo y recorrerlo —me reafirmo—. Siempre ha habido algo que me frenaba. Mi hermana, el dinero, mis padres, la granja, pagar las facturas… Y ahora que tengo libertad para explorar lo que hay ahí fuera y plantar mi bandera de independencia, apareces tú. —Mi instinto me lleva a acercarme a él—. Es una locura.

—Una de las máximas de soñar es poder redimensionar nuestras metas. —En este instante me percato de que acabamos de invertir nuestros roles. Y es tan extraño…—. Adaptarlas a los acontecimientos. —Se va calmando mientras se aproxima—. Son tus palabras, Lara. No las mías. Yo soy más de controlar, planear, prever, no adentrarme en

la oscuridad sin saber si hay luz en algún punto. Pero no he sido hábil para pronosticar tu aparición en mi vida, cómo me has afectado, que haya caído en las garras de un deseo capaz de bombardearme día y noche con unas ganas locas de tocarte, de verte, de descubrirte. Ojalá pudiera mandar en mis sentimientos y frenarme a la hora de querer saberlo todo de ti, de caminar a tu lado para ver a dónde nos conduce la atracción innegable que hay entre los dos, de pensar en ti antes de acostarme y seguir con tu recuerdo al abrir los ojos por la mañana y cada instante de mi día.

Una fuerte sacudida en el vientre me vapulea. No es solo el significado de su discurso, es el efecto que tiene en mí. La sensación de plenitud, felicidad e ilusión que se despierta en mi cuerpo. La forma desesperada en la que mi corazón late. La intensidad de mi sonrisa. Y las ganas de dejarme seducir por la cadencia perfecta de sus palabras. Redimensionar sueños. Volar alto. Lanzarme al vacío sin red. Encontrar los recovecos iluminados en una cueva envuelta en la negrura. Surcar las olas sin preocuparme de dónde vienen ni de a qué lugar van. Solo disfrutar del momento.

—Yo también ardo por tocarte —admito—. No entiendo cómo ni por qué. Pero me paso las horas deseando conversar contigo, cogiendo el móvil para escribirte, buscando planes para proponerte, ideando temas de los que hablar. Quiero arrancarte hasta la última confesión acerca de tu pasado, saberlo todo de ti, pasar cada segundo a tu lado. Y si lo hago, si sigo mi instinto, me aterra mirar un día al pasado y arrepentirme por haber renunciado a demasiadas cosas para estar a tu lado.

—¿Por qué deberías renunciar? —Esa simple pregunta me descoloca —. Podríamos soñar juntos. Buscar metas compartidas. Seguir tu máxima del «déjate llevar y preocúpate lo justo». Porque así es como vives, Lara. Y si te frenas por pensar demasiado, ¿dónde queda tu espíritu aventurero? ¿Esa felicidad de serie? ¿La ilusión por no rechazar nada de lo que la vida te ofrezca?

«No lo sé». Es mi primer pensamiento. Pero hay más, mucho más.

Está tan cerca… Su aroma me narcotiza, se cuela por mi nariz para impactar en mi mente y hacerme papilla las neuronas. Siento su piel a

través de la ropa. Arde, chispea, y sus llamas se cuelan en la mía. Sus labios adquieren una tensión real, de esas que pocas veces dejamos traslucir. Están un poco abiertos, muestran su lengua, su ansiedad, su deseo. Y mi cerebro alterado reproduce demasiadas ideas subidas de tono al fijarme en ella, en cómo podría entrar en contacto con la mía, recorrerme la boca, la mejilla, el cuello, la clavícula, los pechos… Gimo. No consigo mantener a raya los sonidos anunciadores de mi avidez desmedida. La curvatura de su boca ahora está un poco elevada en la parte derecha, con una sonrisa torcida, ardorosa, cargada de intenciones.

Actúo por inercia. Por culpa de ese magnetismo que me atrapa y me atrae. Por el campo gravitatorio que cruje a nuestro alrededor. Todo está confabulado para llevarme hasta encajar nuestras bocas con un chispazo demoledor, con mis resuellos acompasándose a los suyos, con la piel de gallina y un estremecimiento recorriendo cada rincón de mi cuerpo, con esos fuegos artificiales de las películas reproduciéndose en mi cabeza, silbando, impactando, iluminando. Sus manos me atrapan por la cintura para ceñirme a él. Las mías hacen lo propio en su espalda, lo arriman, lo palpan, lo alientan a seguir devorándome. Y todo explosiona. Todo. Cada una de mis fibras nerviosas lanza vibraciones a mi corazón, a mi cerebro, a mi sexo. El anhelo es superior a cualquier otra emoción. La necesidad. La alteración. El deseo perverso.

Sus gemidos se escapan de su garganta casi enfilándose hacia unos gruñidos roncos, cargados de intenciones. Sus palmas ahora me palpan la espalda con frenesí, envueltas en la apasionada intensidad del beso, descontroladas, ávidas. Las mías le alzan la camiseta para recorrer su piel mientras lo atraigo hacia mí para restregarme contra su dureza. Termina levantándome la falda del vestido con la única intención de llegar a mis nalgas desnudas gracias al tanga, acariciarlas, pellizcarlas, amasarlas. Y eso solo me enciende más. Desata una humedad imposible entre mis piernas, precipita mi excitación, me lleva al borde de la locura. Estamos a punto de pasar al siguiente nivel. Mis pensamientos solo prevén una forma lógica de continuar: acabar desnudos sobre la hierba sin importar el lugar, las condiciones, la

lógica. Tenerlo dentro es lo único importante. Lo demás no tiene cabida en mi ahora. Quiero que me posea y poseerlo.

Unas risas, acompañadas de una conversación, nos advierten de que tenemos compañía. Y rompen el momento. Nos separamos con rapidez, como si fuéramos dos adolescentes pillados en una falta. Me recoloco la ropa con los labios hinchados, una palpitación agitada en mi sexo y la necesidad en mi mirada. Él también se recompone justo a tiempo, un segundo antes de la irrupción de un grupo de turistas que siguen las indicaciones de un GPS para visitar la piedra misteriosa. Los ojos de Stan lanzan destellos luminosos. Su boca grita al mundo nuestros besos. Su sonrisa es un claro reflejo de lo sucedido entre nosotros. Me acerco, entrelazo los dedos con los suyos y tiro de él para emprender el regreso al parque de atracciones.

—Vamos a desatar nuestra adrenalina —le susurro al oído—. Podemos besarnos en cada vagoneta.

Su respuesta es una carcajada. Y me encanta el sonido, cómo he logrado traspasar algunas de sus barreras para que suelte una risa sincera, plena, entusiasta. Caminamos sin soltarnos la mano, callados, tratando de ralentizar la respiración y los latidos en una escala demasiado potente. No volveré a tener miedo porque con él me siento segura.

—La palabra «Tibidabo» viene del latín *tibi dabo*. —La voz de Stan es ronca, casi silbante, como si quisiera destensarlo—. Significa «te daré» y en la Biblia se cuenta que el diablo se lo dijo a Jesús mientras le mostraba los reinos de la Tierra en dos versículos. —Me mira un segundo antes de recitar como si fuera un cura en misa—: Mateo, 4, 9. «Y le dijo: Todo esto te daré si te postras y me adoras». Y Lucas, 4, 6: «Y le dijo el diablo: Te daré todo el poder y la gloria de estos reinos, porque a mí me ha sido entregado y se lo doy a quien quiero».

Exhalo una gran bocanada de aire y sonrío.

—¡Sí que estás puesto en la Biblia!

—En una de las ventanas de esa iglesia —dice, y la señala en la cima, justo al lado de la entrada al parque de atracciones— se puede ver la escena, como si Lucifer hubiera tentado a Cristo en lo alto de esta colina.

—Guauuu. —Le doy un beso en la mejilla—. Esta historia pone los pelos de punta.

—Antes de denominarlo así se llamaba Puig de l'Àliga, pero lo cambiaron… —Llegamos frente a las taquillas y él sonríe con picardía —. El parque data de 1900, y ahora vamos a disfrutar de él.

Asiento con la emoción del momento, dispuesta a pasar un día memorable. Quiero subirme a todas y cada una de las atracciones, besarlo en lo alto de la atalaya, sentir cómo se me encoge el estómago en el barco pirata, gritar al bajar la montaña rusa, descubrir mis miedos en la casa del terror… Mi corazón se expande al mirarlo. Es como si la neblina que me enturbiaba hace unas horas se hubiera diluido para convertirse en claridad. Una capaz de relatarme sin problemas qué deseo. No voy a preocuparme de si me va a cortar las alas o si seguirán intactas al finalizar este año en Barcelona, solo seguiré mis consejos y disfrutaré de todo lo que la vida me ofrece.

11

Palacio del Lloctinent

Stan

El sol se esconde por el horizonte con mucha lentitud. El calor sigue apretando, pero ahora se ha levantado una suave brisa capaz de refrescar un poco mi cuerpo ardiente, no solo por la temperatura, sino también por Lara. Ella consigue sacar a la superficie una parte de mí que ignoraba poseer, una resolución absoluta, una intención nada comedida de luchar por mis sueños. Con Susan mi comportamiento difería muchísimo; era una mujer dominante y yo me permitía acatar todas sus decisiones sin detenerme a valorar mis deseos. En cambio, Lara despierta un torrente de sentimientos en mi corazón, lo desestabiliza, lo lleva al límite y lo impulsa a desatar una cantidad ingente de adrenalina, ilusión y detonaciones impulsivas. De sueños. Me induce a evolucionar hacia un lugar inexplorado donde no es necesario pensar, sino actuar. Y me gusta la sensación, a pesar del vértigo.

La miro un instante. Sus mejillas arreboladas por el sol, la risa y el calor. Sus ojos llameantes, cargados hasta los topes de su entusiasmo innato, de esa energía desbordante, de su deseo de comerse el mundo, de alcanzar cada una de las emociones en la estela del momento, de dejarlas crecer en su cuerpo, en su sonrisa, en sus grandísimas ganas de vibrar siempre con la parte positiva de la vida. De descubrir un futuro incierto. De surcar las olas para disfrutar de una nueva aventura. De transmitir esa alegría contagiosa. Está preciosa con los labios hinchados de tanto besarnos.

El día se ha colmado de atracciones, besos, diversión y risas. No quiero que acabe. Si pudiera, congelaría el tiempo y me quedaría para siempre en este limbo donde soy capaz de desprenderme de cualquier lastre. Incluso de los sucesos que me trajeron a Barcelona.

—Estoy molida. —Le da un lametazo al helado que nos hemos comprado hace un instante. El suyo tiene dos bolas: una de algo azul llamado «pitufo» y la otra se apoda «nubes» y es de color rosa. He alucinado cuando hemos visto tantos sabores estrambóticos en el carrito donde los vendían. Obviamente, yo me he decantado por dos clásicos: limón y fresa. Me ha entrado la risa cuando ella ha señalado sus preferencias y ha compuesto un mohín arrebatado. ¡Lara en estado puro!—. Me gustaría quedarme aquí para siempre, pero hay que regresar a la realidad.

Estamos de pie, observando las vistas de Barcelona desde un ángulo perfecto. Hemos pasado las últimas horas en absoluto ajetreo, correteando de un lugar a otro, riendo en las colas, subiéndonos a las más angustiosas atracciones, besándonos, charlando, disfrutando. No hemos parado ni siquiera a comer en condiciones, nos hemos zampado un *hot dog* callejero para no perder ni un segundo. Lara y su manera de ver la vida han capitaneado las horas mientras caminábamos de aquí para allá a toda prisa para no perder ni un segundo de diversión.

—¿Te vienes a mi casa? —propongo. Algún ente extraterrestre se ha apoderado de mi mente, seguro. ¿Desde cuándo soy así de impulsivo? Pero me basta con una mirada a su rostro para seguir soñando—. Podría prepararte algo de cenar. Después una copa. Y una peli para alargar la lista de frases.

—Suena de miedo. —Sonríe—. Estoy deseando conocer la cueva donde te metes. Apenas sé cuatro cosas de ti y una casa dice mucho de alguien. El orden, la decoración, sus objetos, la disposición de cada uno de ellos, las fotos, los cuadros…

—No te hagas demasiadas ilusiones. Es un piso alquilado con muebles. —Echo a andar rumbo a la salida del parque—. Hay pocos como los que solía tener en Filadelfia y es caótico en cuanto a decoración. —Sonrío con nostalgia—. Era un poquito maniático con eso del minimalismo bien medido. ¡Y con el orden ya ni te cuento! Quizá por eso al llegar a Barcelona cambié mis malos hábitos.

Se detiene para mirarme con una ceja arqueada y la curiosidad destellando en sus pupilas. Y lo siento. Ese estremecimiento capaz de desvelarme cómo acabo de abrirme a ella sin pensar, cómo le he

ofrecido una pincelada muy pequeña a mi otro yo, ese que abandoné en mi antigua ciudad sin ganas de retornar a él.

—¿Me vas a trolear con eso del desorden? —De todas las preguntas que podría soltar, esta es la más inofensiva y al escucharla, una cálida sensación me recorre los huesos, las venas, el alma—. Stan, que nos conocemos. ¡Si busco la palabra «orden» en Google, me sale tu cara! ¡Fijo! «Caótico» y «Stan» no caben en la misma frase. Chirrían.

—Menuda imagen tienes de mí —replico no en un tono ofendido, sino más bien jocoso, porque sus palabras en realidad me divierten. Me ha calado y no le quiero quitar méritos en ese sentido—. Puedo dejar las cosas tiradas de cualquier manera…

Estalla en carcajadas, lame el helado con una sonrisa y empieza a moverse de nuevo.

—Te daría un ataque al corazón si hicieras eso. —Caminamos hacia el funicular. A mí apenas me queda la parte de abajo del cucurucho. Me lo meto enterito en la boca y uso una de las servilletas de papel que llevo en el bolsillo de las bermudas para limpiarme la mano y la cara. En cambio, ella sigue lamiendo su helado y tiene manchado de rosa y azul alrededor de los labios—. ¡No me seas trolero!

—A veces lo hago —me defiendo, pero no tardo ni dos segundos en esbozar una pequeñísima sonrisa torcida.

Durante unos minutos permanecemos en silencio. Ella se termina el helado y yo me pierdo en un torrente de recuerdos desbocados. Emergen de forma menos dolorosa que otras veces, incluso tengo la capacidad de mirarlos sin ese resentimiento ni la rabia de hace cuatro años, y quizá por eso puedo colocarlos en su lugar y observarlos desde la perspectiva adecuada. El tiempo consigue otorgar la capacidad de perdonar, tanto a los demás como a ti mismo, de aferrarte solo a lo bueno y de superar lo malo. Las fases del duelo para llegar a la aceptación son tan ciertas… Y todas las rupturas necesitan ese periodo, llorarlas antes de quedarse con las partes positivas, esas por las que valió la pena vivirlas. Cuando me marché de Filadelfia, pensaba que nunca podría pensar en Susan sin odiarla y, sin embargo, ahora no siento nada por ella ni la evoco con demasiada frecuencia. Aunque sus tentáculos se han quedado asidos a mi corazón en forma

de alguna inseguridad.

—Cuéntame quién era el profesor Stan Harrison. —La voz de Lara me devuelve al funicular, de bajada hacia la ciudad para emprender el camino hasta mi casa. Se arrima a mi torso y yo la envuelvo con el brazo derecho—. Apenas hablas de tu pasado en la universidad, de tu casa en Filadelfia, de cómo era tu vida allí. Y no es justo. Yo te he contado un millón de cosas de mi pueblo, de mi pasado, de la Lara de antes de Barcelona. —Ambos sabemos que es cierto a medias porque todo lo referente a ese grupo de amigos que mencionó en una de nuestras primeras interacciones se lo ha callado. Pero he de reconocer su superioridad a la hora de abrirse—. Quiero saberlo todo de ti, Stan. Conocer tus aristas, tanto las rasas como las punzantes. ¡Todo!

—Acabas de sonar como una escritora. —Otra vez su entusiasmo tira de las comisuras de mis labios. Esa forma tan directa de pedir mis confesiones, el aroma de su pelo mientras me provoca cosquillas en la barbilla, el calor de su piel pegada a la mía e incluso el repicar de su corazón que imagino al ritmo de sus respiraciones me dan alas para reír sin filtros—. Me ha encantado eso de las aristas. Quizá puedes empezar por ahí el libro. Un hombre roto que se va a Barcelona para recuperarse de un golpe del destino y, entre paseos por cada una de sus calles, a medida que descubre misterios escondidos entre sus piedras, va sanando. Despacio, a su ritmo, hasta que un día mira hacia atrás y ya no hay dolor, solo alegría. Se queda con todo lo maravilloso de su pasado, archiva lo incisivo después de superarlo, y todo gracias a una ciudad terapéutica.

—*¡La ciudad de tus ojos!* —exclama y me mira con una emoción intensa, como si acabara de desvelarle el secreto mejor guardado de la NASA—. ¡Es un título precioso! Y la historia… —Se separa de mí, se coloca las manos sobre el corazón y esboza la sonrisa más luminosa de la historia—. ¿Qué te pasó? ¿Cuál fue el golpe del destino? ¿Qué te trajo aquí tras huir de tu ciudad? —Me guiña un ojo y baja la voz—. A mí no me engañas, Stan Harrison. Esa descripción encaja contigo. Abandonaste tu casa por culpa de un suceso chungo. Y aquí, entre callejuelas cargadas de pasado y aderezadas con los cuentos de tu abuela, has conseguido superar esa parte de tu vida.

Me lee con demasiada facilidad. No tengo ni idea de por qué le he dado tres pinceladas tan claras de mi interior más recóndito. Dolió. La traición fue una puñalada trapera. Pero pasado un tiempo las heridas dejaron de sangrar, se cosieron, cicatrizaron, se fundieron con mi piel. Aunque no me había dado cuenta hasta este preciso instante. Superar significa no rememorar de forma obsesiva lo sucedido, no buscar explicaciones, no sentirse sobrepasado por la realidad, no quedarse asido a las palabras, a los gestos, a los malos recuerdos… Es ser capaz de mirar a tu pasado sin sentir, sin evocar ese desgarro, sin sumirse en un bucle de retorcida inquina por algo que no puedes cambiar. De recrear aquello que te partió en mil pedazos con la indiferencia suficiente, sereno, sin alterarte, sin que te destruya, desde una perspectiva más sana. Sin desmenuzarlo para encontrar razones que ni importan ni te resarcirán. Porque a veces no se requiere entender el por qué, sino saber que se ha acabado.

—Era otra persona —afirmo un poco titubeante. Una parte del progreso también consiste en hablar en voz alta de ello sin que te tiemble la voz ni te sientas amenazado. Y me basta mirar a los ojos a Lara para notar cómo una seguridad implacable me nace en las cuerdas vocales—. No estaba solo, ¿sabes?

—¡No es ninguna novedad! —Suelta una carcajada—. Ya me has hablado de tu familia.

Hemos llegado a la parada del Tramvia Blau. El calor del día sigue emanando del asfalto, pero al bajar el sol ha quedado una brisa muy refrescante, a pesar de ser cálida, y una luz vespertina que nos acompañará durante un par de horas más antes de perderse en el horizonte y salpicar el cielo de estrellas. Hay una veintena de personas junto a nosotros esperando el tranvía. Escucho sus voces envueltas en varias conversaciones, risas, alguna palabra subida de tono, un adolescente discutir con sus padres, el llanto de un niño pequeño… Y luego me quedo un segundo atento a la risa de Lara, a cómo ese sonido perfecto me invade, vibra en mi cuerpo, me da fuerzas para emprender un viaje de no retorno. Le doy un beso fugaz, uno de esos que solo buscan rozar sus labios, percibir su tacto, imprimir mi huella… Ella sonríe al separarnos y en ese instante llega el tranvía.

Me mantengo callado durante el trayecto. Necesito ordenar mis pensamientos porque he decidido que voy a contárselo todo. Lo bueno, lo malo y lo peor. Quién era el profesor Stan Harrison y quién es el guía turístico. Qué pasó entre medias. Cuáles son mis dolores y mis alegrías. Qué abandoné y qué quiero encontrar. Y para ello requiero concentración, decidir un punto de partida, hallar mi voz, prepararme.

Caminamos juntos rumbo a la boca de los Ferrocarrils de la Generalitat, una de las formas más rápidas de llegar a la plaza de Catalunya. No es un viaje demasiado largo por las entrañas de la ciudad y la buena noticia es que en los vagones hay aire acondicionado; la mala es su poca potencia en las estaciones. Vamos a pasar calor en un lado y un frío atroz en el otro. Valido mi tarjeta de varios viajes, ella hace lo mismo y nos adentramos en busca de nuestro tren cogidos de la mano. Me gusta la forma de ser de Lara. No me atosiga, me permite avanzar a mi ritmo, compartir con ella hasta donde me veo capaz en el momento que yo lo decida. Quizá por eso, cuando nos acomodamos en un vagón, dejo escapar la primera parte de mi verdad.

—Estuve cinco años casado. —En vez de mirarla a la cara, lo hago a mis dedos, que retuercen la tela de las bermudas—. Con Susan. Mi novia de toda la vida. Estuvimos juntos desde niños, éramos inseparables. Vivíamos puerta con puerta, nuestros padres son muy amigos, elegimos la misma universidad y también la misma especialidad, pasábamos juntos los veranos con nuestras familias, las fiestas, las barbacoas en el jardín, los momentos importantes… Y cuando nos tocó buscar salidas profesionales, acabamos los dos en el departamento de Historia de la Universidad de Pensilvania. Nos pasamos una eternidad sin separarnos ni un segundo. Quizá eso nos asfixió. Aunque…

Me concede unos instantes necesarios para serenarme. Susan es mi pasado, uno que ahora se me antoja menos pesado, como si haber escapado de él supusiera rebajar el daño que me causó y ya no quedara nada de ese final tan doloroso. Subo la mirada despacio, nervioso, sin saber cómo va a reaccionar ella.

—¡Vaya! —dice con la expresión alucinada—. ¡Casado! ¡Qué fuerte!

—Cinco años —repito para rematarla—. Y creí ser feliz durante mucho tiempo, pero en realidad vivía engañado. —Cierro un segundo los ojos para coger aire y, al abrirlos, lo suelto despacio. Hasta hace un par de años, cuando llegaba a este punto del relato, en mi mente el peso de la traición de Susan, cómo me trató, la verdadera naturaleza de nuestra relación me ahogaba. Lo superé, pero hasta ahora no me había percatado de que ya no me lastima ni un poquito, por eso sonrío. El rostro de Lara me transmite confianza, una de sus manos agarra las mías con mucha suavidad. Están sobre mi regazo, temblorosas, pero su calor invita a mis nervios a relajarse y más al percatarme de que estoy así por miedo a su reacción, no por mi relato —. ¿Sabes? Me acabo de dar cuenta de que, a pesar de cómo terminó, ya no le guardo rencor.

—Vale, ahora quiero la historia completa de ese «cómo terminó», porque intuyo algo turbio. —Se acerca a mi mejilla para depositar un beso ligero—. ¡Suéltalo! Y, por favor, sé generoso a la hora de saciar mi tendencia al cotilleo y mi ausencia total de paciencia. —Baja la voz con un mohín pícaro—. Eso significa: ve al meollo del asunto cuanto antes.

Otra vez consigue elevarme los labios en una sonrisa genuina. Es como una tormenta de verano. Intensa, viva, fresca, rápida, pero que imprime su huella húmeda sobre el asfalto.

—Fue uno de los clichés más famosos y vergonzosos del mundo. — Contra todo pronóstico, no pierdo la sonrisa al hablar.

—¿La encontraste en la cama con tu mejor amigo? —aventura, y consigue disparar un balazo contra mi pecho.

—No los vi en directo —reconozco con los nervios de punta. Recordar esos instantes me sigue escociendo. Creo que siempre lo hará porque, al conectar con el suceso, los sentimientos asidos a él regresan un instante, se apoderan de mi corazón y lo estrujan. Es inevitable enlazar las emociones con los recuerdos—. Lo más humillante es que me enteré por unas fotos publicadas en las redes sociales y me sentó… —Espiro con mucha fuerza y sigo adelante—: Se lo estaban montando en el despacho de Susan y un estudiante los inmortalizó. Tenía una

tutoría y se los encontró en plena faena. —Durante los primeros dos años no tuve fuerzas para darles vida a estas palabras, así que sonrío al pronunciarlas porque ya no se me atascan ni me punzan el alma. Solo son frases, explicaciones, momentos fugaces que se han ido y han creado su muesca en la memoria, como si fueran simples retazos de ella a pesar de ese pinchazo en lo más hondo de mi ser que evocaban entonces—. Fue duro. Nick era nuestro amigo desde siempre, el tercero en discordia. —Es a quien más echo de menos—. También vivía en nuestra calle, al otro lado de mi casa; sus padres formaban parte del clan de los míos y los de Susan. Durante muchos años habíamos sido un trío compenetrado, perfecto, de esos que van juntos a todas partes y nunca se separan. Susan y yo éramos pareja, y Nick, el eterno mujeriego. Él también entró a trabajar en la Penn, como todos los miembros de nuestras familias.

—¡Parecéis una secta! —Su exclamación consigue rebajar el peso de mis confesiones—. El clan de los docentes de Filadelfia.

¿Cómo es posible que me arranque tantas carcajadas? Su expresión es sincera, amigable, clara. Me siento protegido cuando las risas cesan y vuelvo a encontrarme con la ansiedad por haber regresado un segundo a ese marido desolado que un día recibió varios mensajes de colegas con las evidencias publicadas en internet.

—Eso fue lo peor —admito—. Lo que supuso para nuestras familias. A Susan y a Nick los despidieron, al estudiante lo expulsaron y el escándalo salpicó a toda la comunidad académica. La unión entre los nuestros se rompió. Mis padres me apoyaron, los de ellos no supieron cómo reaccionar. Por eso, en vez de hablar con mi exmujer o con Nick, decidí marcharme. No quería escuchar una explicación de labios de ninguno de los dos ni ser un testigo privilegiado de cómo los lazos del «clan de los docentes de Filadelfia» se rompían. Así que un par de semanas después del escándalo, tras haber capeado de manera notable los intentos de Susan y Nick por aclarar las cosas, contraté a un abogado para tramitar el divorcio, presenté mi dimisión, hice la maleta y me vine a Barcelona. Desde entonces, sigo aquí.

Me pasa el brazo por la cintura y se apoya en mi pecho, como si notara que necesito contacto, calor, cercanía y zanjar la conversación.

El aire acondicionado zumba a toda potencia, me cala la piel, la eriza.

Suspiro. Los echo de menos en demasiados momentos. Nick es mi mayor espina, la más aguda, porque confiaba en él, teníamos una amistad de las que te hacen sentir pleno y la destruyó sin darme jamás un motivo. Y Susan… La quería, pinté un futuro a su lado…, aunque al dejarla me di cuenta de cómo me dominaba, de sus manipulaciones, de mi poca fortaleza a la hora de imponer mis deseos, siempre pendiente de complacerla, de darlo todo para cumplir sus metas, de mi papel de persona metódica y ordenada que se dedicaba a planificar cuanto ella deseaba lograr sin valorar mis propios sueños…

Pasamos un rato en silencio. Lara entiende mi necesidad de no hablar, de olvidar el pasado. Cuando sucedió lo de Nick, me costó salir adelante, pero al fin conseguí saltar al otro lado de la valla del tormento de haberlos perdido a ambos de un plumazo, del efecto devastador de esas fotos y de cómo mi mundo, el que conocía y había creado con ilusión, se derrumbó. Durante los dos primeros años ascendí con mucha dificultad al monte de la superación. Decidí quedarme con lo bueno, abandonar el rencor propio del principio y abrazar con fuerza la renovada versión de mí, todo lo que me ofrece esta ciudad llena de luz. Y ahora miro a Lara y sonrío. Porque han pasado veinticuatro meses desde que mi pasado ya no me atormenta y una vocecita premonitoria me la presenta como mi futuro.

Llegamos a la parada en unos minutos, nos bajamos del tren abrazados y emprendemos un paseo plácido por el Portal de l'Àngel hasta la plaza Nova. Pasamos cerca de la catedral, por la calle dels Comptes, transitamos por esa zona antigua tan repleta de historia que se ha convertido en mi refugio sin pronunciar palabra. A cada paso me siento más cercano a Lara, más receptivo al deseo que se ha instalado en mi cuerpo de manera permanente, más consciente de cómo el Stan de Susan se fundió al abandonar Filadelfia para renacer en un corazón más dinámico, más enérgico, más vivaz. En alguien diferente.

Al llegar frente a la fachada del palacio del Lloctinent que da a la calle dels Comptes, una sonrisa picarona se instala en mis labios sin pedir permiso. Parece como si mis pecaminosos pensamientos me hubieran llevado a mirar de frente esos rastros pornográficos

colocados en un lugar estratégico de la pared de piedra. Me detengo, la miro y luego le señalo las esculturas con una expresión muy sugerente.

—Sodomía y sexo oral como adornos en las ventanas —le susurro al oído—. Mira bien esas figuras, son de lo más explícito.

—¡Vaya! —Se carcajea al toparse con un par de escenas bastante subiditas de tono. En una ventana se representa una felación de un ángel a un ser monstruoso con un cuerno; en la otra, un querubín sodomiza a otro con un soplador de fuego—. ¡Qué fuerte!

—Datan del siglo XVI —explico con mi tono de guía—. Según la leyenda, Carlos I mandó esculpirlas con la única intención de escandalizar a los canónigos que usaban la puerta de Sant Iu, situada casi enfrente de la fachada del palacio, para acudir a la catedral.

—¡Qué tío! —Su risa sube de nivel—. ¿Y al rey qué le molestaba de los pobrecillos curas? Porque era un poco capullo, ya te digo.

—Estaba enfadado con Jaume Caçador, el obispo de Barcelona.

—*¡Joer!* ¡Sí que se las traían esos dos!

Nos quedamos unos instantes más allí, con una conversación la mar de distendida acerca de los monarcas de otros siglos, de las figuras y de lo que representan. Cuando reemprendemos la marcha la atraigo a mi cuerpo para permitir que su calor me envuelva. Estoy excitado después de todo un día besándola y quiero un final de noche épico, de esos capaces de crear una gran muesca en mi memoria para permanecer en ella para siempre.

12

Calle de Petritxol

Lara

Su historia me da vueltas en la cabeza. Imagino el dolor de haber tenido que enfrentarse a algo así, de descubrir de repente que todo cuanto creías seguro era un espejismo. Y tengo tantas preguntas… Mi impulsividad me insta a trasladarlas a mi boca, a dispararlas, a resolverlas. Pero con Stan me pasa algo extraño porque, a pesar del deseo de saber más, de revelar hasta el último de sus secretos, entiendo cuando necesita espacio, silencio, tiempo, y se lo concedo sin más, aplaco mis ansias de saber, esa impaciencia que me acompaña desde la más tierna infancia.

Llegamos a una portería antigua y bien cuidada. No hay ascensor, así que nos toca subir dos pisos por las escaleras de mármol añejo bien conservadas, pero con una clara muestra del paso del tiempo. La iluminación no es demasiado potente ni hay tragaluces para dar acceso a la luz natural que todavía puebla el cielo del final de la tarde. Stan sonríe cuando abre la puerta del segundo tercera y me invita a conocer su vivienda. Es un piso pequeño, con varias ventanas para llenarlo de vida y muebles poco armónicos pero que le dan un toque de originalidad, colores pastel en los tapizados y las cortinas, una estantería llena a rebosar de libros y una pulcritud muy indicativa de que mi suposición acerca de su ordenada manera de tomarse la vida es cierta. Mientras nos adentramos en la estancia observo su distribución. Es de planta cuadrada y muy bien pensada. Una cocina, un baño, un dormitorio y un gran salón comedor con vistas a la calle.

—¿Te apetece una ensalada y una tortilla de patatas? —ofrece al entrar en la cocina. No es muy grande y me sorprende por la modernidad de sus muebles, ya que desentona un poco con el resto. Es como si estuviera acabada de reformar y ofreciera una visión

alternativa de cómo podría ser el piso si lo transformaran enterito. Con esos muebles blancos de líneas rectas mezclados con acero, da sensación de amplitud, a pesar de sus pocos metros cuadrados. Está bien aprovechada, incluso han conseguido poner una mesa para dos en un rincón. Y la ventana sobre el fregadero nos concede la claridad que se está extinguiendo en el exterior—. Mi abuela me enseñó las *delicatessen* de la cocina española y soy un chef de estrella Michelin, ya te lo aviso.

Río porque acaba de soltar una broma muy impropia de él. Percibo sus nervios agudos, cómo le ha afectado en muchos sentidos compartir conmigo parte de su pasado. Por eso me arrimo a él, lo rodeo con los brazos y consiento que los suyos me estrechen con fuerza. A veces solo necesitamos eso, un simple abrazo, calor, sentirnos arropados para superar nuestra oscuridad. Permanecemos así durante un tiempo indefinido. Hasta que él se separa de mí, deshace el gesto y abre un armario para darme unas cuantas patatas junto con un pelador, un plato y el cubo de la basura. No necesito más instrucciones: me siento a la mesa para proceder a pelarlas sin perderme ni uno de sus movimientos.

—¿Descubriste cuánto tiempo llevaban engañándote? —Dejo escapar uno de mis interrogantes más acuciantes. Mi pregunta lo desconcierta, pero a los pocos segundos suspira y asiente. Está preparando una ensalada en un bol. Levanta la mirada hasta centrarla en la mía. No está velada por el dolor, es más bien nostalgia lo que irradia, como cuando has pasado página de un mal momento pero, al recordarlo, te atrapan los sentimientos de esa otra época.

—Eso es lo peor —musita—. No estaban enamorados, fue algo fugaz, un calentón que destruyó todo nuestro mundo. —Resopla—. En palabras de Nick, esa fue su primera y única vez. Estaban en el despacho de Susan hablando, ella lo tentó y él actuó con lujuria, sin pensar en las implicaciones de sus actos. Susan es… —Vacila un segundo, pero termina soltándolo de golpe—: una mujer muy dominante, manipuladora, obstinada…

Termino de pelar las patatas y me levanto para abrazarlo otra vez. Él exhala una bocanada de aire y se arrima mucho a mí.

—Vaya mierda —susurro—. Debió de ser duro vivir con alguien así.

Me separo con lentitud, dispuesta a buscar la tabla donde cortar las hortalizas. Es como si Stan pudiera leerme la mente porque no tarda ni dos segundos en tendérmela y sumarle un cuchillo adecuado para la tarea. Me coloco de pie a su lado, frente a la encimera. Nuestros movimientos nos llevan a rozarnos en muchos instantes y disparan de nuevo esa tensión eléctrica entre los dos. No logro reprimir los gemidos cada vez que pasa.

—Nick es una persona impulsiva —explica y no puede evitar que una sonrisa triste le curve los labios—. No mide bien sus decisiones, nunca piensa antes de lanzarse de cabeza. Actúa según sus arrebatos demasiado a menudo y las consecuencias siempre le pasan factura después. —Inspira con profundidad—. Estuvo llamándome con insistencia doce meses cuando me vine aquí, persiguiéndome, enviándome mensajes… Fue duro. Incluso apareció un día en Barcelona dispuesto a no rendirse. Pero cuando una amistad se rompe desde los cimientos, la idea de rehacerla es difícil. Hablé con él, le di lo que necesitaba para alejarse de una vez, quedamos en un bar neutral para tomar una copa, él se disculpó, me contó su versión, cómo se arrepentía, cómo me echaba de menos. Y lo escuché, incluso le aseguré que podía perdonarlo. Sin embargo, ya no confiaba en él ni me creía capaz de recuperar nuestra camaradería. Cuando quieres de verdad a alguien, no lo traicionas así, has de valorar cómo le dolerá, qué destruirás, si podrá superarlo. —Suspira—. Sigue escribiéndome una vez a la semana, aunque yo apenas le contesto.

—La confianza se demuestra con hechos, no con palabras —sentencio con la mente enredada en mi única espina dolorosa de verdad, una que tiempo atrás conseguí arrancarme, aunque en su momento fue un hachazo a mi ilusión—. De todas maneras, mi filosofía de vida no me permite hundirme por nada. Cualquier suceso, incluso el peor, tiene una parte positiva, una enseñanza, un logro, una revelación, una luz. Y siempre me aferro a ella. Porque si solo tenemos una media de ochenta y seis años para estar en este planeta, eso lo reduce a treinta y un mil trescientos noventa días, setecientas cincuenta y tres mil trecientas sesenta horas, de las cuales nos

pasamos doscientas veintiséis mil durmiendo. ¿Vamos a dedicar las quinientas veintisiete mil restantes a llorar? Si a esas les restamos las que usamos para trabajar y alimentarnos, ¿de verdad desperdiciaremos el poco tiempo libre que poseemos para ponernos tristes? —Lo miro a los ojos con una sonrisa—. ¡Ni de coña! Así que fuera lágrimas, adiós mala pata y hola felicidad. —Reprime una carcajada y se le queda reflejada en los labios—. Es una de mis máximas, mi grito de guerra cuando me enfrento a un revés.

Pone una sartén con aceite al fuego y regresa a mi lado con una sonrisa torcida.

—Perder a Nick y a Susan fue una mierda —admite—. Pero tienes razón, me demostró algo importante: no me gustaba mi vida de entonces, era fácil, ordenada, previsible y segura, pero le faltaba lo esencial, la chispa, esa capaz de despertarme por la mañana con ganas de comerme el mundo. —Se seca las manos en un trapo colgado en la pared cercana antes de posarlas sobre las mías para obligarme a prestarle toda mi atención—. Aquí la he encontrado. He descubierto mi verdadera pasión. Quiero enseñar, transmitir conocimiento, ver las «chiribitas» —realiza el símbolo de las comillas con los dedos— en los ojos de las personas a las que les cuento el pasado. Y lo mejor es conseguirlo en *petit comité,* en la calle, frente a la escultura, la piedra, el monumento o la huella del suceso. Me encanta la sensación. Y más en esta ciudad donde mi abuela fue feliz y desdichada a la vez. Sin la presión de contentar a Susan siempre, sin esa necesidad suya de mandar en mi vida. Era una persona muy egoísta, demasiado. —Noto que se calla algo, pero no quiero atosigarlo.

—Toda historia tiene dos caras —afirmo—. Y si eres capaz de revivirla muchas veces, encuentras matices diferentes en cada una.

—Exacto. —Se acerca para darme un beso fugaz—. Mi abuela decía lo mismo.

Me quedo con las ganas de interrogarlo más para satisfacer la curiosidad inagotable de mi cerebro, ese ente siempre ávido de respuestas que me tocó en suerte al nacer. Sin embargo, me contengo. Stan es una persona reservada, le cuesta desprenderse de algo personal y acaba de llenar muchos vacíos. No es el momento de avasallarlo o

podría recular y cerrarse en banda. Pone las patatas a freír a fuego lento junto con un poco de cebolla, tapa la sartén y lo ayudo a poner la mesa.

Durante la hora siguiente charlamos de cosas bastante intrascendentes sentados a la mesa de la cocina, acompañados de una copa de vino blanco fresquito para combatir el calor. El piso no tiene aire acondicionado y las temperaturas no nos dan tregua. Después nos deleitamos con una cena regada de complicidad, conversación, seducción, sensualidad en estado puro. Y miradas intensas. De esas que anuncian un anhelo compartido, la atracción, un interés especial en el otro. Me hormiguea la piel, me arden las venas, se me humedece la entrepierna y hay una llama candente en mi corazón a la que no quiero dar una explicación. Solo pienso en desnudarlo, en tocarlo, en sentirlo dentro de mí. Me cuesta aguantarme las ganas tras un día cargado de besos, abrazos y anticipación.

No llegamos al postre. Cuando nos levantamos para llevar los platos al fregadero, la tensión crepita en la estancia, nos une, nos lleva a fusionar nuestras bocas mientras nuestras manos exploran el cuerpo del otro. Los besos se vuelven húmedos, apasionados, desesperados. Por eso no importa el sonido de la vajilla al caer al suelo y romperse ni la dificultad que entrañan los muebles en nuestro camino hacia su habitación mientras nuestras lenguas exploran y las prendas de ropa salen volando sin piedad. Todo son sonidos, jadeos, gemidos, resuellos, avidez. Cada caricia dispara las terminaciones nerviosas de mi cuerpo, las lanza a un único epicentro preparado para albergarlo, palpitante por sentir sus caricias, ansioso de recibirlo cuanto antes.

Cuando nos estiramos en la cama, estamos desnudos, piel contra piel, sin impedimentos para tocarnos, excitarnos, llevarnos al límite. Nunca he sido una persona comedida en el sexo y no voy a empezar ahora. Me coloco encima de él, lo muerdo con suavidad en el cuello y desciendo con mi boca por su cuerpo musculado mientras lo recorro con mis manos. Él gime, y más cuando me acerco a su entrepierna. Está erecta, gruesa, preparada para mí. Se me hace la boca agua cuando lamo su glande y mi mano agarra la base de su miembro para ayudarme en la tarea de excitarlo al máximo.

—¡Dios! —gime al sentir la caricia de toda mi boca, los lametazos, el movimiento de mi mano.

Lo llevo al límite, me guío por los ruidos de su boca, por cada gruñido, suspiro y jadeo. Cuando noto cómo sus músculos se preparan para la explosión, lo suelto para reptar por su cuerpo hasta devorar su boca. Él me da la vuelta en la cama para situarse encima, se separa un poco y su mirada anuncia la intención de devolverme el «favor».

—Voy a probarte —susurra con lascivia—. A lamerte entera, a llevarte a las estrellas.

Su lengua cumple el trato. Se desliza por mi cuello, mi clavícula, mi pecho y se deleita con un pezón mientras tortura el otro con los dedos. Toda su boca entra en el juego, los dientes, los labios, la lengua… ¡Dios! Me podría correr solo con estas caricias. Cambia de pecho y se toma su tiempo. Una de sus manos alcanza mi monte de Venus. Desliza un par de dedos en mi interior y no puedo evitar arquearme entre ruidos indescifrables que emiten mis cuerdas vocales, impulsadas por la falta de aire, la excitación y la necesidad.

Pasea el pulgar por el nudo de mi sexo, capaz de explotar en un milisegundo, lo roza sin piedad y desata un chispazo de placer sin dejar que se propague. Me arqueo y muevo la cadera en busca de un contacto más duradero. La avidez es álgida, estoy a punto de perder la paciencia, de gritar, de suplicar. Se separa de mis pechos, me dedica una mirada traviesa y su sonrisa es más auténtica que nunca. Juguetona, lujuriosa, picarona, sensual.

—En la espera está el premio —susurra antes de pasear la lengua por mi vientre con toques lentos, al ritmo de sus dedos entrando y saliendo de mi interior.

Creía haber alcanzado mi punto álgido, pero me equivocaba. Estoy en un limbo extraño. A punto de correrme una y otra vez, con un tormentoso deseo escalando una montaña sin cima a la vista. Me agarro a las sábanas con fuerza, vuelvo a arquear mi espalda, a moverme, a instarlo a dármelo todo y cuando su lengua le da un simple toque a mi centro erógeno grito, me estremezco y siento una brutal descarga de placer. Pero Stan no me da tregua, me lame de arriba abajo y da pequeños roces al lugar donde lo necesito.

—¡Por favor! —Es un grito, una súplica, una orden… No tengo ni idea de qué es en realidad. Solo siento mi necesidad de deshacerme en su lengua.

Levanta la cabeza para ofrecerme sus ojos luminosos, malévolos, lascivos. La curvatura de sus labios hacia arriba me muestra a un Stan desinhibido, desatado, increíble. Y algo se precipita en mi corazón, un cálido brillo, una sensación de plenitud, un calor incandescente. Me guiña un ojo antes de volver a perderse entre mis piernas. Su lengua se deleita con ese nudo cargado de terminaciones nerviosas y dos de sus dedos se mueven en mi interior. El orgasmo se forma con la velocidad del rayo, me fulmina, me zarandea, me lleva a un clímax desbordante. Mi conciencia se apaga y se enciende varias veces mientras grito su nombre, gimo y me abandono al éxtasis. Casi puedo ver las detonaciones de un millar de fuegos artificiales iluminar la habitación. Y lo alarga, no abandona la tarea hasta mucho después.

—¡Eres increíble! —gimo. Él abre el cajón de la mesilla de noche para sacar un preservativo. Hay muchos, un montón, una cantidad inmensa. Una punzada de celos me atraviesa. No debería, es absurdo y, aun así…

Se introduce en mi interior de una estocada rápida, sin avisar. Mi grito es medio gruñido, medio jadeo. Sus movimientos son lentos. Se clava hasta el fondo, sale y vuelve a empezar. Es una tortura muy placentera. Su expresión es de puro goce. Le agarro los glúteos para obligarlo a aumentar el ritmo, pero él no cede. Sigue con uno lento, desquiciante y delicioso. Me lleva a lo más alto, a un estado casi febril. Y, de repente, empieza a embestirme con ímpetu, entre gruñidos cargados de avidez, cada vez más rápido, más potente, más intenso. Mi cuerpo entero está en tensión, con estremecimientos de anticipación a un placer álgido. Gimo en estéreo. Suplico. Me deshago en sensaciones. Hasta que mi mundo explosiona por segunda vez esta noche con chispazos, sacudidas, oleadas y palpitaciones en un orgasmo devastador. Stan también se corre unos segundos después. Se derrama en mi interior entre gritos de mi nombre, jadeos, rugidos y estocadas imperiosas.

Al terminar, se quita el preservativo, lo anuda, lo lanza a la papelera

y se estira a mi lado tras limpiarse en el baño. Ambos resollamos, con unas sonrisas inmensas en nuestras bocas. Alargo un poco la mano para alcanzar la suya y él entrelaza nuestros dedos. El sueño nos mece para llevarnos al mundo onírico. Felices, saciados y con una ilusión primaria que no me apetece analizar en este instante. Quizá nunca estaré preparada para ello.

Nos despertamos tres veces durante la noche. Cada una de ellas nuestra actividad sexual rebasa con creces la anterior en intensidad, en atrevimiento, en sensaciones. Toda la rigidez de Stan en su día a día se funde cuando me hace el amor; es un géiser, un huracán, un volcán ardiente. Y me encanta. Me apasiona descubrir ese lado suyo tan salvaje, disfrutarlo, encontrarme con una faceta desbocada e imaginativa de él. Sentirlo en mi interior de manera fiera, escuchar sus rugidos, sus gemidos, sus sonidos. Experimentar con él nuevas formas de entrar en mí, de avivar nuestro placer, de no detenernos en ningún límite conocido.

El cansancio nos lleva a dormir hasta bien entrada la mañana; yo no tengo turno hasta las tres y Stan solo ha cerrado un tour para las seis de la tarde. Mis tripas rugen ansiosas por probar bocado a las once. El ejercicio nocturno me ha abierto el apetito. Él sonríe y no tarda en proponerme una ducha compartida y un desayuno —para él, almuerzo — digno de una reina. Acepto sin dudar, aunque nuestro paso por el agua se alarga más de la cuenta.

—¿Qué te apetece? —pregunta una vez vestidos.

—«Creo que no podemos ir por ahí midiendo nuestra bondad por lo que no hacemos. Por lo que nos negamos a nosotros mismos, lo que resistimos y a quién excluimos. Creo que tenemos que medir la bondad por lo que abrazamos, lo que creamos y a quién incluimos» —suelto con una sonrisa socarrona—. Si adivinas el título de la película, sabrás qué quiero.

—¿Hay alguna película llamada *Chocolate* en algún idioma? —Su expresión es retadora, magnífica, perfecta—. Porque la experiencia me dice que es tu elección. Y, ¿sabes? Tengo el sitio ideal para ello. En la calle de Petritxol, famosa por ser la calle del chocolate, hay un sitio muy emblemático: La Pallaresa. ¡Te va a encantar!

—Ya estás tardando en llevarme. —Me entusiasma su forma de describir el sitio, por eso no le confieso la de veces que he estado ahí. Algunas con mis amigos, otras con mi hermana, Laia, e incluso he ido con mis padres y he degustado ese maravilloso chocolate a la taza con melindros sola porque me chifla. Pero prefiero no deshinchar la burbuja y cederle la ilusión de ser él quien me descubra ese lugar. Me encanta esa sonrisa de felicidad que se propaga hasta sus pupilas llameantes y no quiero ser la culpable de arrebatársela—. La película se llama *Chocolat* y es muy bonita. Tierna, incluso. Además, hay un choque cultural que la protagonista supera con su chocolatería. Está ambientada a finales de los cincuenta, hay un romance precioso, una comunidad sumida en el catolicismo, una madre soltera, atea, diferente a la rígida sociedad de ese pueblecito… ¿Quieres que la veamos juntos algún día? Te podría gustar.

Me responde con un asentimiento y tira de mí en dirección a la puerta. Mientras bajamos las escaleras, me acribilla a preguntas sobre la película.

Salimos a la calle cogidos de la mano. El sol está en todo su apogeo en el cielo azul, sin una mota blanca reflejada en él, ninguna mácula de nubes, nada que lo empañe. Parece como si saliera humo del asfalto, el calor trepa por mi piel para arrancarme gotas de sudor. Hay mucha gente fuera, la mayoría son turistas entusiasmados con la visita a la ciudad. Stan va contándome anécdotas de cada rincón con un arrebato digno de un actor de Hollywood. Y yo no puedo dejar de sonreír mientras paladeo sus explicaciones con el delirio propio de estar junto a alguien importante para mí, alguien capaz de ofrecerme un mundo lleno de color.

—Bienvenida a la calle del chocolate. —Se detiene antes de entrar en ella, en la plaza del Pi. Me agarra por la cintura y me apoya en la pared, al lado de una cuchillería antigua. Acerca su boca a mi oído para susurrarme con una sensualidad que suspira por una cama—: Se la llama así porque en el siglo XVII se instalaron en ella varias chocolaterías, y muchas de ellas siguen existiendo a día de hoy. —Dibuja un reguero de besos hasta mi mandíbula. Mi respiración se agita—. Mide ciento veintinueve metros. —Recorre el camino hasta la

comisura de mis labios—. Fue la primera calle completamente peatonal de Barcelona. —Hiperventilo cuando se detiene a dos milímetros de ellos. Su aliento me desboca los latidos. Por eso lo rodeo con los brazos para estrecharlo contra mí, sentirlo, alentarlo a no retrasar más el contacto de nuestras bocas—. En el número 4 vivió Àngel Guimerà, un poeta y dramaturgo catalán. En el 5 está la sala Parés, donde Picasso exhibió su obra por primera vez con un resultado bastante pésimo. —Su boca se posa sobre la mía y me arranca un gemido. Me aferro a su camiseta con los puños al ritmo de los jadeos anhelantes—. Una de las mayores curiosidades de esta calle son los azulejos o placas de cerámica que tapizan sus paredes —habla pegado a mi boca, en susurros, y su voz reverbera ardiente en mi cuerpo—. En ellas se representan escenas de la vida social de Barcelona de esa época. Se pueden ver historias cotidianas, costumbres de la población, refranes populares, personajes ilustres que vivieron o trabajaron aquí. Incluso hay consejos de civismo…

No le permito acabar. Abro la boca para devorarlo. Mi lengua va en busca de la suya, la incita a bailar, a llevarme hasta el límite de la cordura, a atravesar los de la decencia. En un acto descerebrado, me froto contra su erección, gimo, lo acerco todavía más a mí y subo la temperatura entre nosotros, ya de por sí demasiado elevada. Escucho sus resuellos en respuesta, cómo se le acelera la respiración. Sus manos se adentran en terreno peligroso al separarme un poco de la pared y bajar hasta mis nalgas. Las agarra, las amasa, las…

—¡Joder! —Se separa de mí sin aliento. Nuestras miradas se quedan asidas como si una fuerza implacable las uniera. Ambos jadeamos a un ritmo desenfrenado—. Vamos a la chocolatería o no respondo.

—Vale. —Soy incapaz de hablar más. Y me sorprenden de una manera agradable mis deseos de regresar a su casa para no salir de ahí en un mes como mínimo.

Le doy la mano, entrelazo mis dedos con los suyos y caminamos hacia el local famoso por sus chocolates a la taza. No es moderno ni muy bonito, pero sí entrañable. Nada más entrar, el aroma me nubla las papilas gustativas e incita a mi estómago a volver a rugir. Cuando nos sientan a una mesa, me percato de algo insólito. A pesar de mis

anteriores visitas, al sentir la mano de Stan buscar la mía sobre la mesa y escuchar su voz al relatarme las delicias de la carta es como si fuera mi primera vez entre estas paredes, como si lo redescubriera a través del prisma de sus palabras, de su compañía, de su luz.

13

Park Güell

Stan

Me levanto con los primeros rayos de sol de principios de septiembre y la busco a mi lado en la cama. Anoche decidimos dejar la persiana abierta para no retrasar nuestra salida a primera hora; queremos aprovechar hasta la última migaja de nuestro tiempo compartido. Este último mes ha sido muy ajetreado para ambos. Lara ha doblado turnos en el restaurante para ganar más dinero y ayudar en la avalancha de turistas de estas fechas tan señaladas. Yo he sufrido con entusiasmo el aumento de clientes y he llegado a atender la friolera de cuatro tours en un día. ¡Incluso se me llena la agenda con los nocturnos! Lara y yo hemos hecho auténticos malabarismos para vernos, pero las ganas suelen ayudar en estos casos, y de eso vamos sobrados. Aunque nuestras interacciones se han reducido a comidas rápidas y muchas horas de sexo, las hemos disfrutado a tope. Quizá la culpa de esa frenética actividad la tenga una atracción desbordada cada vez que nos vemos, sumada a nuestra química en la cama. Yo la definiría con una sola palabra: explosiva. Y ni te digo de las horas que mi cerebro se distrae elucubrando todo cuanto quiero experimentar nuestra próxima vez. Su predisposición y fogosidad me catapultan hasta los confines conocidos y más allá.

Lara bate los párpados con una sonrisa genuina. Durante todo el mes de agosto hemos alternado mi casa y la suya para dormir juntos, y casi podría asegurar que me he acostumbrado a tenerla entre mis brazos durante las noches. Es curioso cómo nos habituamos a lo bueno… Ronronea un poco, alarga el brazo y me acaricia el pectoral. Me vuelvo hacia ella, coloco el codo en la cama y recuesto la cabeza sobre mi mano. Mis ojos la recorren con ansia, deseo, sentimientos cálidos. Estas últimas semanas le he hablado con el corazón en la

mano de mi matrimonio, de los momentos buenos, los malos, los peores; he aceptado que no era feliz con Susan por su forma de tratarme, por cómo me anulaba para sobresalir siempre ella, por su tendencia a manejarme en su beneficio. Junto a Lara he diseccionado el comportamiento de Nick, los motivos que me explicó durante su visita a Barcelona, sus mensajes desde entonces. Mi examigo perdió su puesto en la universidad tras lo sucedido y empezó una carrera alternativa: fundó una consultoría de empresas gracias a su gran dominio del tema y lo llamaron para dar conferencias por todo el mundo. Cuando vino a verme hablamos acerca de sus aristas y de cómo lo sucedido con Susan lo ayudó a perseguir sus sueños, ya que llevaba años deseando cambiar el destino que le habían impuesto por tradición familiar y volar lejos del mundo académico.

Mi amigo fue un daño colateral de mi exmujer. Lo atrapó en su telaraña de manipulaciones, lo sedujo, lo convenció para acostarse con ella, le prometió unas experiencias sexuales alucinantes y secretas, se aprovechó del momento de debilidad por el que estaba pasando Nick y de su amistad. Ojalá entendiera por qué Susan lo utilizó de aquella manera y no solo destruyó lo nuestro, sino que también me separó de mi amigo. Él me suplicó que retomáramos nuestra amistad, que encontráramos la forma de arreglarla. Pero cuando la confianza se ha hecho añicos, es muy complicado encontrar la senda para reunir de nuevo los pedazos, así que nos despedimos con un apretón de manos. Nuestras interacciones desde entonces han sido bastante unidireccionales por su parte. Al fin y al cabo, él sucumbió a los deseos de Susan, se metió entre sus piernas, me traicionó, jugó con mis sentimientos.

Ella, en cambio, desapareció de mi vida sin mostrar arrepentimiento. Sus acciones mataron el amor que un día le profesaba y la idea de entablar un tipo de relación distinta con ella tampoco me atrae. Dejar de quererla no fue un cambio rápido como te cuentan en las novelas o en las películas. Cuando una persona a quien amas te arrebata de cuajo la confianza que habías depositado en ella, tus sentimientos no se desvanecen al instante. No funciona así. Mientras tu razón te insta a odiarla, a arrancártela del alma, a alejarla

para siempre de tu vida, tu corazón sangra y la pena, el dolor, la ansiedad y el amor siguen ahí, punzantes, insistentes, capaces de hundirte en la más absoluta desolación. Sigues amándola, aunque el resentimiento se instala en tu cuerpo e intenta borrar sus huellas con ahínco. Solo el tiempo y la distancia consiguen lo impensable, diluyen poco a poco la pena, aniquilan el dolor, desvinculan a esa persona de ti, la miran tal como es, la dibujan con claridad y la razón se impone con lentitud, se apodera de la situación, la muestra al desnudo. Pero esto solo se logra tras haber transitado por todas las fases del duelo y llegar a la aceptación, una con las bases asentadas para sanar tu corazón, para darte cuenta, un día cualquiera, de que ya no la quieres, de que solo quedan los recuerdos, de que ya eres capaz de mirarla a la cara sin romperte, sin resentimiento, alegría o afecto. Porque la has superado, has cicatrizado la herida, has pasado página y de verdad ya no la amas.

Con Susan fue un camino delicado. Llevaba toda una vida con ella y con Nick, absorbido por su carácter, sometido a su voluntad. No solo renunciaba a nuestro matrimonio, a una idea de futuro y a su amor, sino que también se esfumó mi amigo del alma, un trío inseparable, nuestra armonía familiar, mi forma de ver la vida, los planes, toda mi fuerza. O, al menos, así lo percibí yo. Ese año me lo había fijado como el perfecto para tener nuestro primer hijo, iba a por todas y mi ilusión era tan álgida… Aunque solo fue un espejismo porque Susan no quería ser madre, solo alcanzar sus metas, conseguir un puesto mejor en la universidad, medrar, convertirse en alguien importante, y un niño la privaría de ello. ¿Se acostó con Nick para precipitar nuestra ruptura y no ceder ante mis deseos? ¿Lo utilizó con el propósito de herirme? ¿De demostrar algo? Solía aceptar cualquiera de sus imposiciones, ¿por qué se avino a quedarse embarazada? ¿Qué perseguía al traicionarme? Conozco parte de la respuesta, pero a veces me cuesta aceptarla.

Al principio de venir aquí, tras tomar una de las decisiones más difíciles de mi vida y abandonar Filadelfia para darles una oportunidad a nuestras familias y a mi corazón, me pasé semanas enteras rememorando instantes, buscando el punto exacto donde se

torció, porque estaba obsesionado con su existencia. Tardé demasiado en darme cuenta de que no era así. Si Susan y Nick llevaran toda la vida enamorados en secreto, me habría dolido menos. No me hubiera costado tanto enfrentarme a una historia de amor que a una acción planeada para destruirnos a Nick y a mí. Al analizar lo sucedido, la verdad brilló y demostró que ella es incapaz de amar. Esperó su oportunidad de prosperar para acabar con lo nuestro y lo hizo con saña, sin importarle lo que se llevaba por delante. Mi peor espina fue preguntarme por qué en vez de hablarlo y afrontarlo decidió arrasarlo todo y volar por los aires cualquier atisbo de terminar de forma civilizada, como si quisiera esculpir su huella para siempre en mi alma y apartarme de mi vida conocida, incluso de Nick.

Hay heridas capaces de revolvernos las entrañas, de ofuscarnos la mente, de enquistarnos en un lugar para no permitirnos avanzar. Estuve ahí un tiempo, hasta la visita de Nick a Barcelona. Él me abrió los ojos, me dio una razón para iniciar mi verdadera lucha, para no darle más vueltas a por qué Susan actúo así ni a las consecuencias, para vivir en vez de marchitarme, para aprender a encontrar la ilusión de nuevo. Y sí, en el futuro estoy dispuesto a hablar con ella y a aclarar las cosas, pero sin recriminaciones ni dolores, solo para cerrar un capítulo y establecer una relación cordial entre nosotros. Debemos proteger la armonía familiar.

Desde la llegada de Lara a mi vida siento que ese momento está más cerca, que poseo la fuerza necesaria para afrontarlo, para escuchar esa verdad que se me revela por su forma de actuar. Cuando Susan me abandonó, lo hizo acompañada de otro hombre, uno cargado de dinero y con muchos contactos en el ámbito académico. Le ha conseguido un puesto de catedrática en Harvard y ahora se codea con un tipo de gente muy alejada de nuestros antiguos amigos. Eso me da pie a pensar que planeó lo de Nick para largarse tras una explosión digna de su mente perversa.

—Estás muy pensativo —susurra Lara. Acerca un dedo a mi ceño fruncido y lo pasea por él—. ¡Cambia la cara! Tenemos tres días enteros para los dos, vamos a ir al Park Güell para descubrir rastros de masonería y otras muchas historias que me vas a contar con esa voz

supersexy de guía misterioso. Y después seguiremos el rumbo del aire, decidiremos sobre la marcha, nos dejaremos arrastrar por la corriente. —Me lanza un beso—. Hasta mañana a primera hora…

Suelto una carcajada. Llevamos un par de semanas planeando este descanso merecido. Ella tiene quince días de vacaciones, aunque solo compartiremos tres, de lunes a miércoles. Yo he colgado el letrero de «Cerrado por vacaciones» durante unas semanas en la web. En tres días llega mi familia dispuesta a pasar varias jornadas descubriendo juntos Barcelona, y luego nos embarcaremos en un pequeño viaje por las capitales europeas antes de celebrar mi cumpleaños cuando regresemos a la Ciutat Comtal. Lara y yo hemos discutido mucho sobre cómo íbamos a pasar nuestros días de libertad antes de separarnos durante tres semanas. Yo quería planear un montón de cosas; ella, aprovechar cualquier idea loca a medida que surgiera. Así que hicimos un trato: el principio de cada día tendría un destino y lo de después sería improvisado.

—¡Eh! No te quejes. —Le doy un beso suave—. Mañana nos vamos a la Costa Brava, a alguna playa todavía por decidir. Y mira que yo ya la hubiera elegido, incluso habría reservado un hotel, porque te recuerdo que pasado mañana nos toca visitar Peratallada. Pero…

—La vida a veces no es como queremos. —Me guiña un ojo y se levanta de la cama. Está desnuda y la visión de su cuerpo perfecto de camino a la ducha me hace salivar—. ¡Nos lo pasaremos en grande! Seguro que encontramos un hotel monísimo en el momento justo. Y si no, siempre podemos dormir en la playa, en el coche de alquiler o volver a Barcelona. ¡Qué más da!

—Mucho. —La sigo al baño.

—Stan, un martes de septiembre no va a ser difícil encontrar una habitación de hotel en la Costa Brava. No te agobies.

Por toda respuesta la alcanzo, la meto en la ducha y la beso con intenciones nada honestas, a las que ella responde con ardor. Media hora después estoy en la calle con un café para llevar en la mano, emocionado por no tener que obedecer a las responsabilidades en un tiempo. Ella se irá a pasar el resto de sus vacaciones con su familia cuando la mía venga, quizá por eso siento un poco de ahogo en el

pecho. La idea de no verla en unas semanas me molesta y no tiene sentido.

La guío por el transporte público hasta la entrada del famoso parque y le cuento que lo ideó Eusebi Güell, ayudado en todo momento por Gaudí, como una urbanización de lujo para familias acomodadas en la montaña Pelada, desde donde las vistas al mar y a la ciudad eran espectaculares.

—Habían planeado sesenta condominios británicos —le cuento de camino—. Como Güell quería recrear las ciudadesjardín inglesas, britanizó el nombre —añado una vez accedemos al recinto—. Las obras se paralizaron debido a múltiples problemas cuando solo se habían construido dos casas piloto y, tras morir Güell, su familia vendió el parque al Ayuntamiento de Barcelona.

—Nunca lo había visitado, por eso tenía mucha ilusión de venir contigo. —Me abraza por la cintura, se acerca y me da un beso en la mejilla—. Bueno —añade, y me guiña un ojo— , y por tus insinuaciones de que está cargado de simbología masónica.

Me detengo frente a los muros de la entrada, dispuesto a empezar mi disertación para aleccionarla en esa dirección.

—Hay muchos símbolos iniciáticos en este parque —afirmo, y señalo la pared con el dedo—. Esa estrella de cinco puntas puesta del revés es el primero. Los pentagramas con el vértice hacia abajo se asocian al satanismo; sin embargo, en este caso Gaudí solo quería anunciar que el número cinco es muy importante en el Park Güell. Aunque el símbolo que está dentro de la P de «Park» es el pentáculo satánico y no saben si fue obra de Gaudí o una petición de Güell. —Sonrío—. Los arquitectos son los encargados de llevar los deseos de los clientes a la realidad, aunque a veces se permiten la licencia de poner su «sello» personal. Durante el modernismo se rescataron muchos emblemas paganos, como el pentáculo que representa a venus, la mujer, la perfección, la belleza… Fueron los cristianos quienes, después de la caza de brujas, lo «satanizaron». —Me pongo en marcha con nuestros dedos entrelazados y la llevo al inicio de las escaleras, donde me paro un segundo—. En la entrada principal hay tres tramos de once escalones y uno de doce. Son cuarenta y cinco en total,

múltiplo de cinco. —Tiro de su mano para empezar a bajar mientras los cuento para demostrárselo.

—¡Vaya! —dice impresionada—. ¿Y qué pasa con el cinco? Quiero decir… ¿Qué tiene eso que ver con la masonería?

—Para los masones, los números son símbolos sagrados del conocimiento. —La llevo hasta la salamandra que hay en medio de la escalinata para admirarla durante unos segundos—. El cinco se ha catalogado dentro de la masonería como el número del compañero, pero no pierdas de vista que su emblema por excelencia es la estrella de cinco puntas e integra el mundo material y el espiritual, por eso usan como insignia el compás de Pitágoras y la escuadra formando figuras geométricas. —Volvemos a emprender el camino rumbo a la sala Hipóstila. Su atención en mis palabras es máxima—. El cinco es importante en la estrella porque representa el cuerpo humano con sus cinco extremidades, los cinco apéndices de cada mano y cada pie, los cinco sentidos, los cinco elementos naturales: la materia, el espíritu, el alma, la fuerza y la vida. Y también las cinco fuerzas de la naturaleza: alma, agua, aire, fuego y tierra. —Caminamos cogidos de la mano, saboreando cada pequeño detalle—. Este número, además, encarna la quinta esencia universal, la esencia vital, al espíritu vivificado, el eterno movimiento genealógico y la fuerza intelectual humana.

—¡Lo pillo! —Sonríe—. Para ellos es lo más.

—Algo así. —La incito a seguir con la visita sin dejar de contarle detalles, de enseñarle cada una de las curiosidades, de las maravillas construidas por Gaudí, de los símbolos masones—. En la sala Hipóstila, justo en el lugar destinado al mercado semanal, contamos ochenta y seis columnas. Ocho más seis dan catorce, y cuatro más uno…

—¡Cinco! —Aplaude con una de sus efusivas muestras de emoción —. Te lo compro, aunque está bastante cogido con pinzas. Si empezamos a sumar así, a lo loco, quizá haya muchas otras cosas en la vida que pueden significar más o llegar a ser múltiplos de cinco.

Sonrío. Su forma de razonar es interesante y me lleva a plantearme muchos interrogantes a los que jamás había prestado atención. La atraigo hasta tenerla pegada, le doy un beso y señalo a un lado de la

escalinata, justo donde está la cascada.

—Hay un compás y un círculo del que salen dos palos hacia arriba y dos hacia abajo. —La llevo hasta allí para enseñárselos—. En la masonería significa «albañil» y es la carta de presentación del arquitecto. —Empezamos a pasear por el parque—. Antes no te lo he comentado, pero la salamandra de la escalera simboliza el fuego, y si Gaudí la puso en ese lugar fue para proteger el parque como la representación mitológica de Pitón en el templo de Delfos. —Le guiño un ojo mientras nos adentramos en el cerro de las Tres Creus—. Además, de todos es sabido que Gaudí era un ferviente catalanista y la cabeza de serpiente que decora la escalinata está rodeada por la *senyera*, la bandera catalana.

—Estoy impresionada —pregona con una voz cargada de agitación —. Podemos pasarnos horas en este parque y seguro que me descubrirías un montón de secretos interesantes. ¡Si incluso podría dedicarle toda mi novela! ¡Cuántos datos chulos!

—Ni te imaginas…

Hacemos una pausa en el cerro para observar las tres cruces de piedra que representan los cuatro puntos cardinales, charlamos bastante acerca de la simbología, de cómo es posible encontrar tantas pequeñas leyendas forjadas alrededor de este lugar. Cuando emprendemos de nuevo el camino para seguir la ruta por el parque, sus constantes arrebatos de euforia ante mis explicaciones consiguen alzarme hasta un pedestal de emoción y me vengo arriba mientras le enumero todos los símbolos ocultos en este lugar misterioso y cargado de historia. Es como si su forma de conmoverse ante los descubrimientos alentara a mi sangre a calentarse, a mi cerebro a iluminarse y a mi voz a teñirse de matices vivaces. Busco en los recovecos de mi memoria para no olvidarme nada en el tintero, la hago partícipe de un millar de leyendas y sonrío.

Terminamos el recorrido en el mirador, donde nos demoramos un rato largo para observar las impresionantes vistas. Es un balcón de ciento diez metros de largo en forma de serpiente rodeado de un banco ergonómico cuyo diseño está pensado para adaptarse al cuerpo humano. El calor sigue en su álgido apogeo, el cielo está tan azul que

presagia una tarde presidida por un sol potente, fiero, llameante. Pero no nos movemos. Parece como si la visión de la ciudad adentrándose hasta la orilla del mar nos hubiera sobrecogido. Estamos abrazados, juntos, unidos. Y en este instante siento una conexión inédita con Lara, un nudo se ata entre los dos, una gran confluencia de sensaciones nada plácidas. La estrecho más contra mí, vuelvo la mirada y me fijo en sus pupilas centelleantes, en su mentón firme, redondeado, perfecto, en sus mejillas bronceadas por su afición a cazar rayos de sol cada segundo posible, a esos labios turgentes que me llaman en la distancia. Ella gira la cabeza hasta centrar sus ojos en mí. Y hay un chispazo en el aire, un choque de iones y protones, un estallido eléctrico. Se propaga por mi cuerpo hasta impactar en mi vientre para provocar un millar de aleteos.

La eternidad nos alcanza mientras nos contemplamos, hasta que mi boca actúa por voluntad propia y atrapa la suya. La devora. La invade. La besa con una arrolladora sensación de plenitud en mi interior. Es como si llevara toda la vida buscando algo y solo Lara fuera capaz de otorgármelo, de enseñármelo, de ofrecérmelo. Nuestras manos traviesas calientan el ambiente, se tocan, se palpan, se llenan con el cuerpo del otro, se dejan llevar por la ferviente necesidad de entregarnos y acabamos gimiendo como si estuviéremos solos y no en medio de un lugar turístico, rodeados de gente.

Alargamos el instante, como si nos hubiéramos convertido de repente en dos adolescentes con las hormonas en ebullición. Hasta que escuchamos un carraspeo muy cerca seguido de una perorata en inglés de una señora bastante enfadada por nuestra «conducta inapropiada». Nos separamos con las mejillas sonrojadas, unas risas tontas, los labios hormigueando por el deseo de volver a encontrarse y la vergüenza asomando a nuestros ojos. Le doy una respuesta rápida a la mujer —según me indica su acento, es de Alabama, uno de los estados más conservadores de mi país—. Lo hago en un perfecto inglés, sin faltarle al respeto y, aunque le ofrezco una disculpa, sigue manteniendo una clara expresión de reproche en el rostro. Va acompañada de una perfecta familia americana, con dos hijos jóvenes que nos miran con absoluta complicidad.

—¿Nos vamos a comer alguna guarrada y buscamos un nuevo plan para la tarde? —propone Lara cuando la señora se va con los suyos, lanzando aspavientos—. A esa le iría bien un revolcón —añade señalándola con la barbilla, disimuladamente—. La ayudaría a ver la vida a color y no en blanco y negro.

Suelto una carcajada para unirme a las suyas, la abrazo por la cintura y me la llevo rumbo a la entrada, dispuesto a encontrar un restaurante íntimo donde la comida se aderece con nuestra conversación, muchas miradas y un sinfín de caricias robadas al momento. Ella se apoya en mi hombro con un largo suspiro.

—Me ha encantado conocer todas esas historias del Park Güell —musita—. Y lo mejor ha sido el guía. Sin duda. Descubrirlas todas de tu mano ha sido… —Se queda callada, como si le costara acabar la siguiente frase.

—A mí también me ha parecido increíble la compañía, Lara.

Nos sumimos en un largo y cómodo silencio de camino al transporte público que nos llevará a un destino por definir. Me pierdo en mis pensamientos, cargados hasta lo indecible de unos sentimientos imposibles, intensos, desbordados. El vértigo se apodera de mi estómago, lo contrae, lo lanza al abismo, lo colma de ansiedad.

14

La Boqueria

Lara

La felicidad está hecha de momentos, de chispas, de ilusiones capaces de llevarnos a la estratosfera para enseñarnos un mundo multicolor. Es encontrar la senda de la sonrisa en vez de las lágrimas. Es disfrutar de cada instante sin detenerte a pensar demasiado. Es captar en cada suceso la mejor parte, atraparla, gozarla, permitir que crezca en tu interior hasta que se convierte en una luz capaz de iluminar hasta el recoveco más oscuro de tu alma. No se busca, se disfruta si tu mente está preparada para no desear lo imposible y amar lo que tiene, adorarlo, sentirlo como perfecto y no pensar nunca en lo que no se posee. Cuando era niña mi madre me aleccionaba en ese sentido. Ella es la personificación de la felicidad. Siempre con amplias sonrisas en sus labios, como si estuviera dopada con una droga, con una energía electrizante cuando habla, una capaz de contagiar su entusiasmo por las pequeñas cosas, con esa manera de diseccionar los momentos hasta encontrar su arista más álgida para luego anunciar a voz en grito lo maravillosa que es. He crecido en el seno de una familia alegre, la buena armonía forma parte de nuestro ADN. En mi casa siempre hay risas, se afrontan los malos momentos con la convicción de hallar el destello de la positividad dentro de la negrura y se suele celebrar cualquier logro como si fuera el Premio Nobel.

Este último mes al lado de Stan he palpado una emoción suprema, una felicidad nada efímera, la sensación de pertenecer a un corazón, de llenar el mío con su presencia, de reír a todas horas sin motivo, de esperar el momento de volver a verlo con la boca arqueada hacia arriba, de vibrar cuando estamos a punto de encontrarnos, del hormigueo de mi piel cada vez que me toca, la excitación, el deseo. Compartir tiempo con él es como si me regara en una eterna felicidad.

Lo abrazo. Hemos pasado tres días idílicos, juntos las veinticuatro horas, haciendo el amor en cualquier sitio insólito, porque las ganas nos pierden y no logramos contenerlas; nos besamos como dos quinceañeros que acaban de descubrir el poder de un beso, riendo, contándonos el pasado, el presente, nuestro futuro preferido. Y no quiero que acabe este paréntesis sin responsabilidades, sin obligaciones, sin la sensación de tener que regresar a una rutina donde el destino nos separará durante las tres semanas que su familia esté de visita y mi hermana Laia y el resto de la *troupe* Ortiga estén conmigo. Él me pasa el brazo por la cintura para caminar abrazados por las Ramblas, rumbo a la Boqueria. La calle está abarrotada de personas con diversos *outfits*. En otro momento de mi vida los habría observado, catalogado, y después habría inventado historias para los más interesantes, como si mi imaginación pudiera trazar las líneas de su vida. Sin embargo, hoy solo tengo ojos para Stan.

Hemos regresado hace dos horas de la Costa Brava, donde encontramos un hotelito monísimo en Vall-llobrega, una antigua masía restaurada para convertirse en alojamiento rural, con su deliciosa piscina en medio de la naturaleza, un desayuno digno de rey, habitaciones personalizadas, con nombres y todo, y un entorno tranquilo en mitad de la nada, adornada con unas magníficas vistas a unos extensos campos de trigo con el mar muy al fondo. Hemos pasado dos días de playa, sol, excursiones por la costa, una visita a Peratallada, paseos por un par de pueblecitos más, una copiosa cena a la luz de la luna, un baño nocturno en la soledad de la cala Castell y locuras de esas que recordarás el resto de tus días… Ojalá nuestra vida pudiera enclavarse siempre en estos parámetros, dejarnos llevar, no pensar en el mañana ni en el minuto siguiente mientras aprovechamos el ahora, las promesas de un instante épico, las ideas desbocadas que nos apresan de golpe y nos llevan a actuar sin sopesar más allá de la ilusión instantánea. Suspiro con pesadumbre al mirar a mi alrededor. Mañana a primera hora toca regresar a la realidad.

—Hay muchos fantasmas en Barcelona —cuenta Stan con ese tono misterioso que adopta al narrar alguna de las leyendas de los lugares a los que me lleva. Noto cierta tristeza en él, como si su mente también

estuviera inmersa en mis mismos desvelos y necesitara hablar de otra cosa para disolverlos—. Algunos de los más importantes están en el mercado de la Boqueria. Se construyó encima del cementerio de Corralet, donde se enterraban a los parias que nadie reclamaba. Cuentan que ahora se alzan de sus tumbas para atemorizar a la población. —Su voz adopta una paleta de tonalidades cargadas de enigmas, una que me arranca una carcajada ante sus insinuaciones y el dramatismo gratuito de su relato—. Muchas personas afirman haber visto a las almas en pena vagar por la noche, como si tuvieran un propósito para regresar al mundo de los vivos…

—Pues deberíamos volver en unas horas para hablar con ellos. —Le guiño un ojo—. Nunca se sabe si nos pueden conceder algún deseo. Y ver un fantasma me fliparía.

Suelta una ristra de carcajadas llenas de luz. Cuando lo conocí, reprimía de forma magistral su hilaridad, pero ahora me la muestra sin pudor, con esa exaltación propia de quien es feliz y disfruta de ello. Me estrecha más entre sus brazos y ralentiza un poco la velocidad. El viento trae salitre, olor a mar, humedad. Y algunas notas de su perfume natural, ese capaz de alterar mis hormonas hasta un punto de no retorno.

—Esta noche tengo otros planes —susurra de forma muy sugerente. Mi cuerpo se revoluciona con ardor y ahogo un gemido. Stan es puro fuego en lo que se refiere al sexo y no veo el momento de experimentar con él, de sentirlo dentro de mí, de desafiar a las normas del decoro.

Caminamos los pocos pasos que nos separan del mercado y nos detenemos en la entrada unos segundos. El lugar está en plena efervescencia de público, los turistas circulan por el recinto con la curiosidad de quien visita un enclave anunciado en todas las guías de la ciudad acompañados de algunos barceloneses. El calor no ha remitido demasiado; sopla una suave brisa marina que no ayuda a disiparlo, el sol empieza a bajar en el cielo para cubrir el horizonte de tonos anaranjados, pero todavía queda un rato para que aparezcan las estrellas. Hemos decidido venir a cenar aquí, comprar cosillas en los puestos, picotear algunas *delicatessen* mientras recorremos este recinto

tan emblemático y sentarnos en algún establecimiento que nos atraiga, sin pensar demasiado en dónde ni en cuándo.

—Mira. —Stan señala una placa en un lado del edificio con el busto de un hombre con sombrero de copa; debajo, su nombre está escrito en un rectángulo blanquecino de cerámica, como se rotulan las calles en Barcelona: Ramón Cabau, restaurador—. Era farmacéutico, perito agrario, abogado y el dueño del restaurante Agut de Avinyó, donde experimentó con la cocina y ofreció lo mejor de ella. Cuidaba la materia prima, buscaba los platos más suculentos, destacaba en un mundo donde los cocineros eran unos personajes un poco casposos. Pero él era todo lo contrario.

—¡Parece toda una eminencia! —susurro—. Me hubiera encantado probar alguno de sus platos. Tienen una pinta interesantísima.

—Se suicidó. —Suspira—. Una mañana de 1987 se despertó con una idea en la cabeza. Fue hasta la Boqueria, repartió rosas a todos sus amigos y luego se tragó una cápsula de cianuro para acabar con su vida.

—¡Qué macabro! —Me tapo la boca por la impresión—. Ahora mismo desearía retroceder en el tiempo para encontrármelo y preguntarle qué lo llevó a hacer algo así. Quitarse la vida es un acto horrible, hay que ser cobarde y valiente a la vez. Estar desesperado. O muy loco. —Sacudo la cabeza—. No sé, tiene que ser complicado lidiar con tantas emociones, porque no debe de ser sencillo decidir tragarse un veneno y enfrentarse a la muerte por propia voluntad.

—Ha de ser horrible —corrobora—. Pero no vamos a ponernos tristes.

—De acuerdo. —Lo abrazo más fuerte y cambio mi foco de atención —. Cuéntame la historia del mercado. ¿Cómo surgió? ¿Cuándo? ¿Para qué? ¿Por qué se llama así?

Me lleva hasta la puerta de entrada y consigue sonreír de nuevo, con esa frescura que ha adquirido en estos últimos meses. Mis ojos no pierden detalle de sus movimientos faciales, cómo relaja los pómulos, abre mucho los párpados, barre el lugar con las pupilas y la emoción se refleja en su expresión. Le sale un hoyuelo en la barbilla salpicada por la barba de pocos días, perfectamente recortada.

—El mercado se inauguró en 1840, pero tiene su origen en la venta ambulante que se realizaba en el Pla de la Boqueria en la época medieval, a las puertas de la antigua ciudad, fuera de las murallas para evitar los impuestos. —Entramos acompañados de la multitud de visitantes de este lugar emblemático y huelo la mezcolanza de aromas de los diferentes tipos de comida que pueblan las *paradetes*. La deliciosa mixtura de olores, sabores y colores me atrapa enseguida, junto al bullicio de la muchedumbre que, como nosotros, ha decidido recorrer el recinto para admirarlo—. Antes de la Semana Trágica, aquí estaba emplazado el convento carmelita de Sant Josep, destruido por un incendio motivado por los liberales radicales en 1835. Su nombre oficial es el mercado de Sant Josep, pero no prosperó; la gente lo conoce como la Boqueria y se le ha quedado este apodo.

—Ahora me has picado la curiosidad, ¿por qué lo llaman así?

—Hay dos teorías… —Me guiña un ojo mientras deambulamos entre la gente y nos detenemos en algunos puestos—. A mí me gusta pensar que como antiguamente los comerciantes, sobre todo los judíos, vendían carne de cabrito, llamado *boc* en catalán en esa época, en este mercado, el nombre le viene que ni pintado.

—Es plausible —admito con una sonrisa.

—La otra teoría también podría ser… —murmulla—. Se le atribuye a Ramon Berenguer, un antiguo conde de Barcelona, quien, durante la conquista de Almería en 1147, trajo una puerta que instaló cerca del mercado y quienes la veían se quedaban *bocabadats*, «boquiabiertos» en castellano. Y, tras un giro fonético, aparece la Boqueria.

—¡Venga ya! —Suelto una risa divertida—. ¿Me tomas el pelo?

Él niega con vehemencia y sigue avanzando entre la gente. Yo le doy vueltas a sus explicaciones con una sonrisa. Un cementerio, un convento, murallas, venta de bienes, un sobrenombre misterioso… Es toda una historia para descubrir y hablar de ella en mi libro, ese que sigue en blanco en el ordenador.

Se respira jolgorio mientras nos adentramos en busca de disfrutar del momento, de las vistas, de cada instante de nuestra última noche juntos. Hay una gran selección de zumos naturales a la venta y acabo comprándome uno variado, fresco, con un sabor muy dulce. Stan se

decanta por uno más ácido y nos los acabamos entre risas, chismorreando acerca de las personas con las que nos encontramos. Mi tendencia a imaginar situaciones imposibles me lleva a dibujar una vida para algunos, y Stan me sigue el juego con mis alocadas elucubraciones, me da alas para inventar y saborear mis ideas locas.

El sol casi se ha puesto cuando salimos en busca de algún restaurante para picar algo. A medida que se nos escapan los minutos, mi cuerpo se agita, preso de la ansiedad. No quiero separarme de él, ya lo echo de menos con solo pensarlo, y eso me asusta. La idea de tener alguna atadura como esta me da pánico y, a la vez, me angustia pasar unos días sin él. Mi forma de ver la vida empieza a cambiar… Solo necesito mirarlo para desear pasar todas las horas posibles a su lado.

Cenamos en un local pequeñito que encontramos mientras deambulamos sin rumbo fijo por la parte antigua de la ciudad, con música de fondo, una decoración retro y un camarero muy peculiar que consigue llenarnos de risas en más de una ocasión. La comida es de cinco tenedores y el vino no me puede gustar más. Riega de manera magistral los platos imaginativos del chef mientras mis ojos se quedan fijos en Stan, en cómo mueve los labios para envolver la comida entre ellos, beber de la copa, sonreír o hablar, en el brillo de sus pupilas, en ese hoyuelo caprichoso de su barbilla. Nuestra charla repasa algunos instantes de la escapada a la Costa Brava, de la visita al Park Güell, del paseo por la ciudad, de nuestros últimos meses compartidos. Obviamos hablar de mañana, de la llegada de su familia, de que me marcho al pueblo, de las próximas semanas. Es más fácil así, sin pensar, sin valorar qué significa para nosotros, sin preocuparnos por lo inevitable. Aunque un runrún interno me señala cómo voy a sentirme.

Terminamos la noche en su cama, enredados en una sesión de sexo tierna, pausada, sentida y con mucha pasión. Los besos son una declaración demasiado potente de cómo laten nuestros corazones, funden las palabras calladas que nos guardamos para nosotros, incapaces de pronunciarlas sin desafiar al momento. Nunca había tenido tan claro lo que es hacer el amor. Es la única manera de

describir nuestra forma de mirarnos, los movimientos lentos, los abrazos, la delicadeza de los besos, los gemidos cargados de una voz casi muda que susurra una unión más allá de la atracción. Repetimos un par de veces durante la noche con más urgencia, más morbo, más imaginación, como si la sensación de estar a punto de romper la rutina de este último mes nos pesara y nos abocara a devorarnos con apremio, como si nos fuéramos a alejar para siempre. Somos temerarios, nos dedicamos a adorar nuestros cuerpos, a buscar posturas sugerentes, a llevarnos al límite. Hasta que acabamos exhaustos sobre las sábanas, desnudos, mecidos por las manos de Morfeo, abrazados, juntos, pegados el uno al otro como si nos doliera el mero hecho de tener que trazar una línea entre los dos.

La mañana llega demasiado pronto. El sonido del despertador del móvil nos despierta, todavía con resaca de sueño, besos, caricias y anhelos. Apenas hemos descansado tres horas, pero ha valido la pena. Mis labios no logran esbozar una sonrisa mientras me levanto, paso por el baño y, siguiendo nuestro ritual diario, me cubro con una de sus camisetas y voy a la cocina a preparar una taza de café para Stan y un chocolate para mí. Coloco dos rebanadas de pan en la tostadora para luego poner la mesa. Él llega a los dos minutos, me envuelve entre sus brazos por la espalda y me abraza fuerte, como si no quisiera dejarme marchar.

—Te llamaré cada noche —promete—. Y te mandaré fotos de cada visita.

—Yo haré lo mismo desde mi pueblo. —No nos vemos las caras, pero nuestros tonos de voz están afectados, muestran lo que nos negamos a decir en voz alta—. Poseerás la mejor colección de fotos de vacas de la historia.

Nos quedamos unos segundos en silencio. La tostadora es el único sonido que lo rompe para anunciar el final de su ciclo. Mis oídos reproducen unos latidos alterados y noto los suyos en mi espalda, justo en el espacio unido a su pecho.

—Te voy a echar mucho de menos, Lara —susurra—. Mucho.

—Yo también —musito con un nudo en la garganta.

Después de esta nueva declaración callada, desayunamos sin hablar,

solo mirándonos, como si nuestros ojos se bastaran para pronunciar cada sentimiento, cada emoción, cada realidad escondida en nuestros corazones. Compartimos la ducha, donde volvemos a hacer el amor sin pronunciar más que gemidos de placer, jadeos, resuellos, ruiditos anunciadores del éxtasis compartido, pleno, que habla de algo que todavía no soy capaz de asumir. Terminamos abrazados, con el agua cayendo en cascada sobre nuestros cuerpos enredados y el pensamiento anidado en el mañana.

Me acompaña a la estación de metro cuando no faltan ni veinte minutos para la llegada de su familia. Han quedado en la entrada de uno de los hoteles más conocidos del famoso paseo de Gràcia, donde se alojarán. Nos detenemos frente a las escaleras que bajan al subsuelo, al principio de las Ramblas, envueltos en las conversaciones de los transeúntes, arropados con el aroma del sol de una mañana de finales de verano, mirándonos.

—Te llamo —susurra él. Está a cuatro milímetros de mí, con sus pupilas centelleantes anunciando a los cuatro vientos su deseo de continuar a mi lado, de no permitirme escapar, de retenerme.

Los míos están iguales.

—Vale —respondo en un murmullo.

No nos separamos. Deberíamos, pero permanecemos quietos, sin apartar la vista del otro, con unas punzantes ganas de correr a escondernos de todo para seguir juntos, para continuar con nuestro idilio como hasta ahora, para no afrontar una separación no deseada y a la vez temida. Porque es en la distancia cuando los sentimientos se afianzan, te atrapan, se muestran en todo su esplendor y te sobrecogen. Mientras estemos juntos no temeremos las emociones, no las valoraremos con esa dolorosa ansiedad de la añoranza. No estoy preparada para acatar lo que mi corazón parece gritar a los cuatro vientos. Es demasiado pronto, apenas hemos compartido una minúscula parcela de nuestro devenir, y hay tanto por explorar ahí fuera…

Avanzamos a la vez, como si un hilo magnético tirara de nosotros hasta unir nuestras bocas en otro beso apasionado. Las manos palpan, estrujan, aprietan, ciñen. Los cuerpos arden. Las pieles hormiguean. Y

nuestros corazones palpitan con la frenética constatación de algo demasiado potente como para seguir ignorándolo. Pero lo arrinconamos. Alargamos el beso hasta los confines de los minutos, nos entregamos a él con ímpetu para callar las palabras y, al final, deshacemos el abrazo con resuellos, las miradas unidas, la densidad inundando las partículas que habitan entre los dos, las emociones flotando en el aire. Me sonríe. Yo le devuelvo el gesto. Y cuando se da media vuelta para encaminarse hacia donde le espera su familia, bajo las escaleras del metro con una sensación de vacío en el estómago, con añoranza, melancolía y necesidad. Solo pienso en el reencuentro, en cómo de aquí a tres semanas volveré a tenerlo entre mis brazos, en hablar con él, en contárselo todo…

15

Calle del Bisbe

Stan

El sol no nos da tregua, sigue presidiendo el cielo con su majestuosidad para llenar de calor nuestros cuerpos exhaustos tras la larga caminata por el barrio antiguo. Es gratificante recorrer los lugares más emblemáticos de Barcelona con mi familia, contarles cada uno de los entresijos escondidos en las piedras, esculturas, muros, fuentes…

Llevan dos días aquí y no dejo de ilusionarme al protagonizar muchos momentos memorables. He pasado cuatro años echando de menos esta complicidad, su cercanía, nuestras interacciones tan perfectas. Y disfrutarlos en mi hogar actual, poder mostrarles mi pasión y escuchar sus reacciones ante cada una de mis explicaciones es como si la felicidad me acompañara. Aunque me falta Lara. Es curioso cómo puedo añorarla tanto, cómo veo su sonrisa en mi mente cuando nos detenemos en algún lugar donde he estado con ella con anterioridad. Mi corazón es un ente perverso porque se dispara con demasiada frecuencia al recordarla.

He cumplido mi promesa. La he llamado cada noche al regresar a casa, le he enviado fotos de las visitas, de mi familia, de las comidas, de todo cuanto me pasa sin ella. Las suyas también me han llegado: imágenes del campo, de animales, de personas que para ella son entrañables y casi conozco gracias a sus múltiples charlas acerca de cada miembro de su querida familia. Son tal y como los imaginaba. Lara también ha añadido algún que otro vídeo de sus quehaceres diarios, de sus ruidosas comidas compartidas, de sus paseos a solas y otros con su hermana, Laia. Y se palpa una buena sintonía en cada uno de ellos. Ambos tenemos la suerte de contar con un entorno familiar bien avenido, feliz y sin máculas de esas que provocan grietas

profundas en el alma.

Amber se aproxima a mí mientras caminamos por las callejuelas del barrio Gòtic para admirar la historia. Es mi hermana pequeña, una entrometida a la que adoro. Lleva todo el santo día incordiándome con sus preguntas capciosas y sé que en cinco segundos empezará a acribillarme de nuevo. Es curiosa por naturaleza, quizá por eso se decidió por las ciencias y no por una carrera de letras como mi padre o como yo. Su sonrisa no prevé nada bueno cuando se cuelga de mi brazo y me da un beso en la mejilla. Gruño por lo bajo porque nunca he sido capaz de resistir uno de sus interrogatorios sin confesar hasta la última coma. Es persuasiva e inteligente, suele llevarte por donde quiere para conseguir sus propósitos y los de ahora son tan claros…

—¿Cómo se llama? —dispara la primera pregunta.

—¿Quién? —Me hago el despistado. Ojalá eso funcionara con Amber, pero la batalla está perdida de antemano.

Ella suelta una carcajada.

—¡Buen intento! —Se arrima a mi oído para susurrar una frase—. A mí no me la das. Estás coladito por una chica, no paras de mandarle fotos, te quedas embobado mirando el móvil cuando te llega uno de sus mensajes y sonríes más de la cuenta. —Resoplo ante su descripción —. Pero no te apures, hermanito. ¡Estoy encantada! Después de lo sucedido con Susan, te mereces algo así.

Suelto un largo suspiro al escuchar el nombre de mi exmujer. Desde nuestro divorcio, en mi familia apenas se pronuncia. Antes me dolía cualquier referencia a su persona, como si un hierro candente se pegara a mi piel para marcarla a fuego, pero con el paso del tiempo su sombra se ha deslucido y ahora apenas noto la caricia de un leve cosquilleo cuando pienso en ese matrimonio fallido. Sonrío al percatarme de algo insólito: es la imagen de Lara la que me viene a la cabeza en todo momento, la que me impele a sonreír.

—Es como haberme quitado un peso de encima —admito. A Amber nunca he sido capaz de ocultarle nada, quizá por eso mis palabras toman el rumbo de la sinceridad absoluta—. Susan me destrozó y no fue solo por lo de Nick; nunca me tuvo en cuenta como debería y me pregunto si alguna vez me quiso de verdad. —Suspiro y vuelvo a

sonreír—. He conocido a una chica, se llama Lara. Y con ella todo es… —Busco las palabras en mi cabeza para describirlo, pero todas se me antojan pequeñas e insignificantes—. No sé, Am, es demasiado grande para expresarlo en voz alta. Hay que vivirlo.

Ella se detiene, abre mucho los brazos y me envuelve con ellos entre unas risas emocionadas. Así es mi hermana pequeña, una bomba de relojería, un torbellino, una persona capaz de arrasar a cualquiera con su personalidad electrizante.

—¡Estoy tan contenta por ti! —Su abrazo me sabe a gloria—. Ya era hora de avanzar, Stan. La vida es muy corta para pasársela lamentándose. ¿Y lo bonito que es disfrutarla?

—Se parece a ti. —Me uno a sus risas y la estrecho mucho contra mi cuerpo—. Y a la abuela. Os admiro a las tres. Esta forma de absorber la ilusión me alucina, vuestra capacidad para disfrutar de todo, el entusiasmo, los sueños…

—Quiero conocerla —solicita—. Te ha cambiado a mejor. Y si tiene mi carácter, me caerá bien fijo. ¿Cuándo lo organizamos?

—Algún día. —Miro al resto de la comitiva al reemprender la caminata por esta zona de la ciudad tan conocida y cargada de secretos—. Es demasiado pronto, apenas llevamos un mes juntos y nuestra familia es un poco intensa. —Suspiro—. Por decirlo de una forma suavecita.

Ella se carcajea durante un rato, pasa el brazo por el mío y camina conmigo hasta quedarnos frente a la catedral de Barcelona. Enseguida me llegan las exclamaciones de admiración de mis padres. Regina, mi hermana mayor, y su marido, Henry, están demasiado ocupados persiguiendo a mis tres sobrinos para atender. El mayor apenas ha cumplido los siete años y entre ellos no se llevan ni uno y medio. ¡Ha de ser todo un reto encargarse de ellos a diario! Tanto Regina como mi cuñado son personas templadas, serias, competentes y con un orden estricto para planificarse con eficacia. Aunque ahora mi boca se arquea hacia arriba con una amplísima sonrisa al ver la mueca en sus caras. No pueden controlar a sus fierecillas.

—¿Es gótica? —pregunta mi madre, y señala con el índice de la mano derecha la fachada de la catedral—. Porque se conserva

increíble.

—Es como Disneyland —afirmo con un ademán contundente de la cabeza—. La fachada real era mucho menos vistosa y la puerta de entrada estaba en un lateral; no era esta ni mucho menos. La diseñó el arquitecto Josep Oriol Mestres y se inspiró en el proyecto inicial del siglo XV. Ante la Exposición Universal de 1929, se restauraron y reedificaron muchas partes de este mal entendido barrio Gòtic. Que a ver, lo era. Fue construido en esa época, pero su apariencia previa a ese año era muy distinta.

—Se mejoró para captar turistas. —Mi padre, como siempre, sintetiza en una frase toda una exposición y la clava.

—Exacto. —Asiento—. Barcelona está repleta de historia, pero justo en esta zona hay unas cuantas cosillas que la engrandecen sin pertenecer a la época que deberían. —Les señalo el final de la fachada nueva—. Ahí se ven las piedras originales, cómo era de verdad.

—Anodina —comenta Regina sin dejar de corretear detrás de Ryan, su hijo mayor.

—Es bonita… —añade Amber—. Pero estoy contigo, hermanito, las obras auténticas tienen más solera.

Los llevo a la calle del Bisbe mientras les descubro otras de las novedades adquiridas para esta zona en el siglo XX. Nos acompañan un millar de turistas, la ciudad no se cansa de recibirlos a puñados y llenan las calles de conversaciones en idiomas diversos, de atuendos de lo más dispares, de ilusiones, correteos, lloros y risas. Cuando nos acercamos al puente que cruza la calle del Bisbe, al lado de la plaza de Sant Jaume, la perspicacia de mi padre vuelve a brillar.

—También es reciente —afirma—. Pero le da un aire señorial.

Me detengo antes de cruzarlo y asiento para darle la razón. En esta parte hay muchas remodelaciones de aquella época. En cuanto me percato de que nunca le he hablado de ello a Lara, abro la cámara del móvil y no tardo ni un segundo en disparar una foto al puente y enviársela junto con un texto: «Quiero contarte mil cosas del barrio Gòtic. Te echo de menos». Ella me responderme enseguida con una instantánea suya. Va vestida con un peto vaquero de pantalón corto, lleva el pelo recogido en una cola desgreñada y está muy acalorada.

Su sonrisa es tan auténtica… Se me encoge el corazón con un firme deseo de abrazarla y de algo más… Me cuesta un mundo contenerme y regresar con mi familia.

—Uno de los enigmas más comentados de Barcelona se encuentra bajo este puente. —Lo muestro y adopto un tono misterioso—. Pero no os pienso dar ninguna pista, deben ser vuestros observadores ojos los que lo encuentren para después formular las preguntas correctas.

Hay un coro de protestas y exclamaciones entre mis familiares, pero todos terminan caminando conmigo hasta detenernos en medio del puente. Alzamos las cabezas y me decanto por una de las fábulas urbanas sobre esa calavera atravesada por un puñal que decora la parte baja. Me pongo de espaldas, con la atención puesta en los huesos, y sigo andando un poco más admirándola, sintiéndola, hasta atravesar del todo el monumento. En mi mente pronuncio un deseo: «Quiero construir algo sólido con Lara». Me acabo de dar cuenta de hasta qué punto lo anhelo. Las protestas de mis hermanas me devuelven al presente y regreso sobre mis pasos para escuchar sus descubrimientos y sus teorías al respecto.

—Sip —apruebo la ocurrencia de Amber con una sonrisa—. Tienes razón, según se cuenta, esa calavera es de verdad. —Gesticulo hacia ella—. Y hay un montón de leyendas al respecto. La principal dice que si alguien quitara el puñal, Barcelona se derrumbaría. Pero mi preferida es la del deseo…

—¿Vas a acabar de contárnoslo o piensas dejarnos en ascuas? —pregunta mi madre, una mujer de ciencias muy reticente a creer supersticiones o cualquier hecho no demostrado de manera empírica.

Hay un corro de carcajadas ante su escepticismo innato llevado al extremo.

—Dicen que si atraviesas el puente de espaldas mirando la calavera y pides un deseo, te será concedido.

—¡Venga ya! —El aspaviento de mi madre vuelve a levantar las risas de todos nosotros. Hemos crecido con ella y su forma tan estricta de negarse a aceptar cualquier dato de este tipo; no en vano es catedrática de Biología Genética con un montonazo de publicaciones a su espalda y una visión de la vida demasiado analítica—. ¿Acabas de

ceder a esa tradición, Stan? ¿Por eso has andado de espaldas?

—¡Soy un pecador! —bromeo aclamado por los aplausos del resto —. Pero si quiero una prueba empírica, he de ver qué pasa, ¿no?

—Sabes tan bien como todos nosotros que no hay nada de cierto en las tradiciones y las habladurías. —Chasca la lengua con desagrado. De niño esta negación categórica a cualquier mención a algo paranormal despertó una curiosidad salvaje en mí y ahora me incita a la risa más despiadada. Porque mi madre nunca cambiará y, aun así, la adoro—. Si tu deseo se cumple, no será por esta calavera.

—Pruébalo —la tiento—. Venga, mamá, no me seas rancia.

Entre todos la convencemos de que haga el experimento y acabamos repitiendo el proceso juntos cogidos de las manos y el silencio roto por las risas. Ella no cesa de proferir improperios, enfadada por estar cometiendo un «delito contra la ciencia», pero al final cede y se ríe con ganas. Porque así es mi familia: feliz, dicharachera, unida, capaz de iluminar una mañana oscura. Tenerlos aquí es como un sueño. Si algo me falta en Barcelona es su cercanía, nuestra complicidad, la maravillosa sensación de sentirme siempre arropado por ellos.

Los llevo a comer a uno de mis restaurantes favoritos de aquí, uno donde sirven comida catalana casera como la que hacía mi abuela una vez a la semana con su costumbre de reunirnos a todos cada domingo. Hay un silencio sacro al degustar las primeras creaciones culinarias y todos sentimos el peso de su falta; ella era una persona magnética que se hacía querer y su ausencia crea un vacío entre nosotros.

—Le hubiera encantado este viaje —susurra mi madre con el corazón encogido—. Nunca volvió a su tierra, sentía una espina demasiado grande clavada en el pecho y, como mis tíos abuelos acabaron vendiéndoselo todo para instalarse con nosotros en Filadelfia, nada la inspiraba a viajar aquí. Aunque estoy convencida de que habría sido muy feliz si hubiera podido acompañarnos en esta visita. Y más con el resto de la familia.

Habla de Tomás y Teo, los hermanos de mi abuela, ambos fallecidos hace poco a una edad muy avanzada y con una descendencia muy próxima a nosotros. Ella fue como un pegamento de emociones, de encuentros, de ilusiones. Su presencia nos engullía hasta convertirnos

en meros astros que orbitaban a su vera, nos unía en mil instantes, nos regalaba sus risas, su voz, su arte. Y todos, sin excepción, bailábamos su ritmo cada domingo en las comidas familiares, felices, con las ilusiones a flor de piel y la sensación de ser parte de algo grande. Margarita Miles, Mercader de soltera, fue una mujer increíble. Y nos transmitió la herencia de querernos, de formar una piña, de continuar con esas comidas familiares cada domingo a las que se unían siempre nuestros vecinos y compañeros del alma. Cierro los ojos un segundo, recordándola, y la melancolía se cuela en mi corazón.

—Fui a visitar la antigua fábrica de los Mercader —explico casi sin voz—. He recorrido mil veces todos los lugares que la abuela nos describía cuando hablaba de su vida aquí, de lo infeliz que era cuando todavía estaba bajo la autoridad de sus padres y de sus mejores momentos junto a los tíos abuelos, con alguna de sus amistades… —Sonrío un segundo, casi escuchando su voz a través del pasado—. Tengo un álbum de fotos en casa para que os lo llevéis con un resumen de ese pasado perdido.

—Estaría orgullosa de ti —musita mi madre con un nudo en la garganta—. Aunque a mí me duele no tenerte cerca, ella se alegraría de saber que has encontrado la paz en Barcelona. Su querida ciudad.

Si algo amaba mi abuela era esta ciudad, a pesar de su negativa rotunda a regresar. A veces añoras un lugar, pero prefieres conservar los recuerdos a crear unos nuevos.

Les cuento mis visitas al pasado de Margarita Miles, cómo me sentí al caminar cerca de la casa donde vivieron mis bisabuelos, tanto por mi cuenta como cuando vino mi tío abuelo Teo junto a su *troupe* hace tres años, meses antes de que un infarto se lo llevara. Se había casado con la dueña de unos gimnasios bastante exitosos poco tiempo después de instalarse en Filadelfia y era el más marchoso de mi familia. Sus cinco hijos, las parejas y los quince nietos vinieron juntos a pasar diez días conmigo para rememorar sus raíces. Fue memorable y muy emotivo; quizá Teo ya imaginaba su destino y solo quiso despedirse de su pasado… La conversación deriva hacia otros derroteros y, al llegar el postre, nos adentramos en los cotilleos de la universidad, de nuestros vecinos, de la familia.

—Roger ha cambiado la barbacoa —explica mi madre, refiriéndose al padre de Nick—. Ahora es de obra y funciona de maravilla. —Su mirada no augura nada bueno—. ¿Sabes que Nick está triunfando con la consultoría? Ha ganado más de seis millones en el último año y ahora…

—¿Os apetece un café? —pregunto para cortarla cuando empieza con cotilleos del que fue mi mejor amigo durante años—. Podríamos incluso pedir un chupito de licor de melocotón.

—Nick ha cambiado muchísimo, Stan, en serio —afirma ella ignorando mi empeño de no tocar este tema—. Deberías hablar con él para enterrar el hacha de guerra, encontrar la manera de perdonarlo de verdad. —Me coge la mano sobre la mesa y la aprieta—. Se equivocó y lleva cuatro años arrepentido, lo sabes tan bien como yo. El tiempo cura las heridas… No es bueno guardar rencor así.

Resoplo.

Entiendo que no tiene mala intención, pero en las últimas videollamadas me ha insistido demasiado en que llamara a Nick, incluso insinuó que quería invitarlo a esta escapada. Según su pragmática manera de ver la situación, ella apuesta por que retomemos un poco nuestra relación para superar del todo lo sucedido. Al final, esto solo responde a su deseo de volver a tenerme en Filadelfia. La razón para marcharme hace cuatro años obedeció a un cúmulo de cosas y sí, una de ellas era la estrecha cercanía entre nuestras familias. Eso generó mal rollo porque los míos opinaban que no era yo quien debía poner tierra de por medio, pero ignoran el resto de los motivos tras mi decisión, por eso mi madre basa mi regreso en que me reconcilie con Nick. Y no puedo culparla.

—No estoy enfadado con él ni le tengo tirria ni nada parecido —explico por enésima vez—. Podría pasar los domingos y cualquier día de fiesta con vosotros sin problema, mamá. Nick me visitó en Barcelona y limamos asperezas, pero nunca volverá a ser lo mismo.

—A él le gustaría recuperarte como amigo —explica Amber, quien siempre ha estado muy unida a mi examigo. Cuando éramos unos críos, incluso les presagiaba un futuro romántico, aunque el tiempo nos ofreció alternativas muy diferentes.

—Ya no confío en él —expongo, y todos asienten—. No me costaría tratar con Nick en las comidas semanales, incluso podríamos charlar de cosas sin importancia durante un rato en la mesa. Lo perdoné por lo de Susan. El problema es que la amistad se basa en la confianza y la nuestra se rompió sin remedio.

—Susan… —Mi madre palidece al escuchar el nombre de mi exmujer. Es la primera vez que sale de mis labios desde el suceso. Para mí es un paso adelante muy grande, y más al sentirme tan libre de pronunciarlo sin ningún tipo de pasión acompañándolo. Es la mayor muestra de superación de la historia. No me pesa, no me duele, no me angustia. He conseguido dejar el pasado ahí, en el pretérito. Susan fue, ahora no es. Sonrío ante el silencio de la mesa, como si mi familia esperara expectante mi próximo paso.

—Puedo hablar de ella sin problema —afirmo ante el estupor generalizado—. Ya no me afecta, de verdad. Está con otro hombre más rico y poderoso que yo, ha rehecho su vida, se ha marchado a vivir a Boston con él y le deseo lo mejor. Todos deberíamos aspirar a ser felices. —Suelto un leve suspiro porque estoy a punto de exteriorizar algo que nunca había compartido con ellos—. Nosotros no lo éramos. Ella quería una vida diferente a la que teníamos, no me valoraba ni me trataba como merecía. Al fin, ella disfruta la suya y yo he encontrado mi camino.

Se me ha pegado algo de Lara, seguro, porque el Stan de hace unos meses jamás habría confesado la profundidad de mis antiguas heridas ante mi familia, por eso no me extrañan sus exclamaciones, sus abrazos, su emoción, a lo que respondo con una sonrisa franca. Y entonces se desata el apocalipsis. Todos, sin excepción, me acribillan a preguntas acerca de quién es ella. Por lo visto, un avance de esta magnitud solo es posible con una mujer como motor. ¡Manda narices! Termino revelando la existencia de Lara, nuestra relación, cómo es, a qué se dedica…

Me siento en un interrogatorio de la Gestapo. Lo mejor es descubrir los rostros esperanzados a mi alrededor. Es reconfortante contar con un núcleo familiar tan receptivo a mi felicidad. Y verlos tan ilusionados solo consigue elevarme en el cielo, como si un cohete me

impulsara.

16

Poblenou

Lara

Stan ha cumplido con creces lo prometido, y no dejo de pensar en él, de esperar sus llamadas, sus fotos, sus mensajes. Parezco una adicta al móvil, de esas que no lo sueltan ni para ir al baño. Lo consulto cada dos segundos, releo sus palabras, miro de nuevo las instantáneas, le mando las mías y se lo cuento todo como si siguiera a mi lado, como si no hubiera nada más importante, como si toda mi vida girara a su alrededor. Y, como me temía, la distancia ha potenciado la riada de sentimientos capaces de desestabilizarme el corazón. Lo echo tanto de menos… Por las noches lo busco dormido a mi lado, anhelo su calor, sus besos, su presencia. ¿Cómo es posible si apenas han pasado tres meses y medio de nuestro primer encuentro?

Laia está muy cambiada. Más responsable, centrada y mandona que de costumbre. Y eso es difícil ya de por sí. Está atacada por su nuevo cargo en una empresa farmacéutica de renombre en Estados Unidos y creo que su comportamiento responde al pánico. Ella es así, rígida, comprometida, estudiosa, seria… Me ilusiona volver a tenerla en carne y hueso. Las videollamadas son perfectas para no perder la conexión con los tuyos, pero donde esté el contacto físico, que se quite todo lo demás. Poder abrazar a mi hermana no tiene precio.

Llegó hace doce días y fuimos directas a la granja para compartir su presencia con nuestros padres. Hemos vuelto a ser esa familia dicharachera, feliz y divertida de siempre. Hemos organizado un par de cenas con el resto de las personas importantes para nosotros, y Laia incluso ha vivido un emotivo reencuentro con su exnovio de juventud, Jaume, quien, tras la marcha de mi hermana a la universidad, siguió con su vida y acabó casándose con otra chica. Cuando me enfrenté a la sólida amistad que han construido tras la ruptura, sentí un golpe en

el estómago porque supe, sin lugar a dudas, que si lo mío con Stan se terminara, jamás lograría establecer una relación como la de Laia y Jaume. Y entonces dos palabras desfilaron por mi mente con la fuerza de un cometa. Impactaron. Arrasaron con la serenidad. Se mostraron en todo su esplendor. Me enmudecieron de la impresión. «Lo amo». Solo han bastado tres meses y medio para enamorarme hasta la médula, sin redención posible. Es tan intenso el sentimiento que acompaña a la revelación…

Resoplo con ansiedad. Estoy acojonadita perdida por enfrentarme a esta realidad. Nunca había sentido algo parecido y es precioso y aterrador a la vez. La idea de ser parte de él y de haberle cedido un trozo bastante generoso de mi corazón me da pavor, porque me une a Stan de maneras inimaginables. Y una parte importante de mi cerebro dispara una alarma silenciosa al ver cómo la libertad soñada se escabulle y queda coartada por su presencia.

Clavo la mirada en la hoja de Word abierta en mi flamante portátil. He conseguido escribir el título, *La ciudad de tus ojos*, el número uno, «Plaza de Catalunya» justo debajo y… ¡nada más! O no poseo tanta imaginación como pensaba o mi capacidad para escribir es limitada. Cuando intento darles forma a mis ideas en el papel, no me sale nada, estoy en blanco, como la hoja del ordenador.

Tras treinta minutos de esta tarea infructuosa —he seguido los consejos de varios posts que hablan del bloqueo del escritor y he recurrido a YouTube, a leer, a moverme, a caminar, a hacer ejercicio, a distraer la mente…—, bajo la tapa del ordenador y me acerco a la ventana de mi habitación. Las estrellas me saludan desde un cielo muy despejado, quizá por eso me sobrecoge el impulso de hacerles una foto y mandársela a Stan con una frase: «Estoy viendo el mismo universo que tú». Está en línea, a pesar de ser las tres de la madrugada. Su respuesta no se hace esperar demasiado: «Ojalá pudiera contemplarlo contigo en directo». Mi corazón se expande, llena hasta la última migaja de mi cuerpo, lo consume, lo colma. Otro de mis actos precipitados me lleva a llamarlo para ser la primera en felicitarlo, ya que es oficialmente su cumpleaños. Él contesta al segundo timbrazo. Está de regreso en Barcelona para pasar los últimos días con su familia

allí tras un pequeño tour por Europa. Tienen previstas un par de visitas y un recorrido por el pasado familiar. La historia de su abuela es de esas de novela.

—¡Felicidades, viejales! —exclamo nada más escuchar su voz—. ¿Qué se siente al hacerte tan mayor?

—Dice la que roza los treinta…

—Te jode que mi edad aún empiece por dos, ¿eh? —bromeo y le arranco una carcajada—. Todavía me quedan unos añitos para disfrutar la veintena, aunque te duela. ¡Que tengo veintiséis! El treinta queda muuuuuuy lejos.

—Todo llegará… —Nos quedamos unos instantes en silencio. Cuando vuelve a hablar, la densidad se ocupa de llenar hasta la última molécula que ocupa la distancia entre mi habitación y la suya—. Te echo tanto de menos… Yo… Te… —No lo dice, se lo calla, pero ambos rellenamos el hueco.

—Yo también. —No le aclaro a qué hago referencia, si a su añoranza o al otro «te», ese tan potente y revelador.

Durante un largo minuto no hablamos, solo escuchamos la respiración del otro. Y es como si estuviera a mi lado, como si me abrazara, como si la separación física no existiera. Es él quien empieza a contarme sus planes para hoy y poco a poco la intensidad se disipa para sumirnos de nuevo en nuestra cálida rutina, como si esa confesión no pronunciada se hubiera fundido en la desmemoria. Nos despedimos una hora después, con la promesa de hacer una videollamada al día siguiente para acompañarlo en una parte de su recorrido del día. Lleva un par de semanas comentándome que su familia tiene mucha curiosidad acerca de nuestra relación y que tienen ganas de conocerme, aunque sea por medios telemáticos. Y nos parece una solución perfecta.

Me duermo con una enorme sonrisa, radiante, ilusionada… Él es la causa. Y sí, vuelvo a entrar en pánico, a pesar de mis crecientes sentimientos, de mi ilusión por compartirlos, de avanzar a su lado, de descubrir matices nuevos cada día. No es fácil reedificar las metas, trazarlas entre parámetros tan alejados de los iniciales. Suspiro, me toco los labios para rememorar sus besos y sucumbo al mundo de los

sueños, presidido en todo momento por Stan. Solo me basta evocar su sonrisa para despertar la mía.

Hay tanto en mi noche, un despliegue tan mareante de posibilidades, que mi cabeza se interna en un debate como si hubiera una bifurcación en mi vida y tomar uno de los dos senderos inutilizara cualquier otro. Avanzar por uno de ellos significa desbancar las demás posibilidades, dejarlas atrás, renunciar a descubrir qué se esconde tras ellas, solo aferrarse a la elegida… Nunca me había planteado de una forma tan apasionada cuál es la mejor opción, simplemente me abandonaba a la inercia, al impulso, a la sensación en la piel. Las chispas de la emoción me movían hacia un lado, desbancaban con facilidad las demás opciones y jamás me detenía a evaluarlas. Simplemente caminaba con una sonrisa. Pero ¿puedo de verdad construir un futuro tan alejado de mis deseos de siempre? ¿Es suficiente sentirme plena por la presencia de Stan?

El molesto sonido del móvil se interna en mi sueño para eclosionar en él, llenarlo, fundirlo. Los trazos de la intersección se desdibujan, como si jamás hubieran existido, y entonces regresa la consciencia, mi habitación en la granja, la cama que he ocupado la mayor parte de mi vida, la realidad. Con movimientos muy lentos logro alargar el brazo hasta la mesilla de noche, enfocar la pantalla del teléfono y averiguar que Stan me está llamando a las ocho de la mañana… Me incorporo con ansiedad; con lo temprano que es, solo puede significar malas noticias.

—Dime que estás bien —solicito nada más apretar el botón verde.

—Estoy mejor que nunca —responde con un tono fresco y jovial. Mi mente impura lo imagina en la cama, desnudo, a excepción de un bóxer y su sonrisa torcida. Toda la preocupación se convierte en lujuria. Me paso la lengua por el labio superior para intentar humedecerlo, la visión lo ha secado por completo, al igual que mi boca—. Te he llamado para proponerte algo indecente.

Mi ya de por sí ardiente cuerpo se enciende hasta alcanzar una temperatura sofocante. «Sí a lo que sea», susurra una voz insidiosa en mi cerebro, invadido por un millar de opciones capaces de sonrojar al más lanzado. Jadeo bajito para evitar revelar mi estado.

—Soy toda oídos —susurro con sensualidad, sin ocultarle mi imperiosa necesidad de escuchar esa propuesta de su boca.

—Os espero a tu hermana y a ti dentro de tres horas en el hotel de mi familia. —Suena alterado, como si le preocupara mi reacción ante sus palabras—. Quieren conocerte, están muy pesados desde que les hablé de ti… —Se calla un segundo. La inseguridad de su última frase no me pasa desapercibida y me despierta una tierna sonrisa—. Vamos a visitar la zona donde mis bisabuelos, los Mercader, tenían la fábrica textil, a revivir una parte de nuestra historia. Me gustaría compartir contigo estos momentos. —Suspira y, cuando estoy a punto de contestar, sigue hablando con nerviosismo—: Son un poco entrometidos, ruidosos, pesados incluso, pero son mi familia, los adoro y estoy convencido de que ellos también te adorarán a ti.

—Vale —acepto con el rostro iluminado por la felicidad. Su invitación esconde una multitud de connotaciones, unas a las que anoche temía y, sin embargo, esta mañana despiertan mi euforia, la sensación de estar a punto de cruzar un excitante punto de inflexión, de escalar hasta una cima altísima donde la felicidad es álgida—. Ahí estaremos.

Cuelgo unos minutos después tras una charla rápida, cargada hasta los topes de ilusiones y algo de nervios. Porque estamos a punto de dar un salto al vacío, de avanzar mucho de un solo paso, de formalizar nuestra relación de una manera contundente. Corro a la habitación de mi hermana. Por suerte, decidimos alquilar un coche durante un par de semanas para venir a casa. La nueva estabilidad financiera de Laia nos permite tener algunos excesos como este y nos concede la libertad de no cumplir horarios. Antes dependíamos de un autobús…

—¡Despierta, dormilona! —La zarandeo con dulzura—. Nos vamos de ruta por Poblenou. Te necesito preparada en media hora.

—¿Poblenou? —Abre un ojo para mirarme con una expresión asesina—. Lara, me vuelvo a Nueva York en dos días a un trabajo estresante no, lo siguiente. ¡Y ahora quiero dormir! No irme a Barcelona corriendo para visitar un barrio que me interesa entre cero y nada.

Laia siempre ha tenido un despertar bastante borde. De niñas solía

meterme con ella cada mañana para avivar su ya de por sí rudo comportamiento, pero la tontería se me pasó hace mucho tiempo, por eso me limito a sonreír y hablarle bajito.

—Bueno, quédate si quieres, puedo volver a por ti esta noche. Aunque quizá te arrepientas de tu decisión y te tires de los pelos por haber perdido la oportunidad de conocer a Stan en persona.

Cuento mentalmente hasta diez, a la espera de que su cerebro embotado descifre mis palabras. Me quedo mirándola con los labios enarcados hacia arriba. Primero aprieta los ojos, confundida, como si le costara captar mis sonidos, pero de repente bate los párpados y los abre como platos junto con la boca. Una de sus manos agarra las mías y clava sus pupilas en las mías. No necesito más que un asentimiento para contestar a su callada pregunta. Y entonces el sueño desaparece del rostro de Laia, solo queda expectación.

—En la cocina en diez minutos —anuncia tomando el mando, como suele hacer—. ¡A la mierda dormir hasta las tantas! Está sobrevalorado, te lo digo yo.

Suelto una carcajada y me levanto para pasar la primera por la ducha. Nuestra granja no es demasiado grande y solo tiene dos baños. El agua caliente no puede salir de manera simultánea en ambos, así que la carrera está justificada; es una de nuestras constantes competiciones desde niñas.

Tres horas después, estamos puntuales frente a la puerta del hotel. Bueno, en realidad todavía faltan diecisiete minutos para la hora convenida… Mi inquietud se transmite en cómo retuerzo las manos en la tela de mi vestido, en los pasos acelerados de un lado a otro, en mi respiración, cada vez más tensa. Laia se ha pasado el trayecto desde la granja interrogándome acerca de Stan y se lo he contado todo sin remilgos; siempre ha sido mi amiga favorita. La despedida con mis padres ha sido emotiva y triste a la vez y la mejor manera de superarla ha sido ametrallarme con cuestiones de lo más inverosímiles. A mi hermana la ha destrozado ver las lágrimas de mi madre. Llevamos mal su decisión de irse a trabajar a un país tan lejano, aunque la entendemos. Si todo va bien, en unos años podrá regresar con un puesto en una gran empresa aquí, cerca de nosotros, y el sacrificio

habrá valido la pena.

Stan llega primero, con diez minutos de adelanto. Lo veo caminar en dirección a nosotras con las manos en los bolsillos y una sonrisa plena al descubrirme; viste informal, con unas bermudas y una camiseta ceñida que le marca los músculos para hacerme la boca agua. Se aproxima sin dejar de mirarme con devoción y deseo. Uno muy similar al mío. Quizá por eso actúo sin pensar y me lanzo a sus brazos para besarlo como si no hubiera un mañana. Lo he echado tanto en falta… Hasta ahora no me había percatado de hasta qué punto. Él me atrapa entre sus brazos y responde a mi efusividad con el mismo despliegue de emoción, como si no estuviéramos en mitad de la calle…

—¡Eh! —suelta Laia—. ¡Las manos quietas, chicos! Que ya tenéis una edad… Y esto de andar besuqueándose en un lugar público como si necesitarais una cama es dar un espectáculo. Es demasiado incluso para ti, Lara.

Nos separamos riendo y nos enfrentamos a la postura de mi hermana, con los brazos en jarras y una sonrisa socarrona. Stan y ella se caen bien al instante, lo noto en cómo se saludan, en las muecas al mirarse, en la expresión de ambos. Hablan unos minutos, los suficientes para saber cuatro cosas del otro. Es Laia quien lleva la conversación, como es habitual en ella, y hace preguntas incisivas a las que mi novio responde sin pelos en la lengua. Cuando aparece su familia, ya he perdido el nerviosismo gracias a que he puesto una atención plena en su interacción y eso me allana el camino.

Los padres de Stan son los primeros en abrazarme con fuerza sin esconder su emoción al conocerme. Después es el turno de sus hermanas, de su cuñado y, finalmente, de sus sobrinos. Las sonrisas son la moneda de cambio de los Harrison y me ayudan a sentirme integrada desde el primer momento, a caminar con ellos rumbo al transporte público inmersa en un diálogo ameno. Por suerte, casi todos hablan catalán —el marido de Regina es la única excepción—, aunque a veces hay un intercambio de palabras en un inglés ininteligible para mí.

Llegamos a Poblenou con bastante rapidez. Apenas me he percatado

del paso de los minutos, estaba demasiado entretenida contándoles a los demás algunas de mis hazañas del pasado, mis intenciones de futuro, de dónde vengo y otras muchas cuestiones que me han planteado sin ningún tipo de restricción. Son personas muy agradables, no me es complicado abrirme a ellas. A su lado se palpa un cariño inmenso, la complicidad propia de una familia bien avenida, como sucede en la mía, y no es difícil acomodarme en este ambiente, reír con ellos, confesar algunas de mis vergüenzas, integrarme.

Stan muestra una sonrisa sin pudor, como si aquella reticencia del principio a permitirles a sus labios arquearse hacia arriba se venciera con la presencia de los suyos. Mientras el metro traquetea por las entrañas de la ciudad, me quedo embobada mirándolo demasiados momentos, con una sensación de vacío en el estómago, como si me faltara el aire y solo él pudiera devolvérmelo. Sus ojos se cruzan con los míos con bastante asiduidad, me hablan con su brillo feliz, susurran esas cinco letras divididas en dos palabras que llevan unos días aporreándome el corazón.

—Estás loquita por él. —Amber se ha sentado a mi lado y me habla casi en susurros, muy cerca de mi oído. Como el resto de su familia, conoce muchos idiomas y no tiene ningún problema en entonar el catalán como si se hubiera criado en Barcelona—. Y me alegro muchísimo, de verdad. —Me agarra una mano con una emoción nada contenida—. Stan lo pasó muy mal con lo de Susan. No fue solo porque su matrimonio se rompiera y fuera bastante desgraciado por culpa de la ambición desmedida de ella, sino porque perdió mucho más: todo su mundo. Se le rompieron los esquemas, esos que tan bien construye, y estuvo un tiempo fatal, sin encontrarse. Cuando vino a Barcelona siguiendo los pasos de nuestra abuela, consiguió dejar atrás toda esa mierda. —Sonríe con la mirada puesta en su hermano—. Nick lo echa de menos, se arrepiente tanto… Me había propuesto convencerlo para que volviera a casa y que recuperaran su amistad, pero al verlo contigo, ya no quiero eso. Es feliz a tu lado, Lara. Y tú también lo pareces con él. Así que, por favor, no le rompas el corazón.

«Espero que él no me lo rompa a mí», pienso al percatarme de repente de que Stan posee la llave para que el mío siga latiendo.

Llegamos a la parada de Poblenou en la línea 4 del metro, un barrio que antaño estaba ocupado por fábricas de todo tipo y ahora se ha convertido en un lugar cargado de creatividad, rico en arte callejero, repleto de *startups, showrooms* de marcas de diseño, cafeterías modernas, centros culturales y una gran innovación arquitectónica en el distrito 22@. Stan nos cuenta que durante años se ganó el sobrenombre del Mánchester catalán debido a la cantidad de industrias que lo poblaban. Y poco a poco nos adentra en la revolución del siglo XX, cuando se convirtió en una zona residencial y se puso de moda gracias a su oferta en restauración y a las empresas más innovadoras que se han instalado en él. Callejeamos por un montón de lugares emblemáticos donde descubrimos creaciones, locales interesantes y rincones perdidos.

—Era esta. —Se detiene frente a una antigua fábrica reconvertida en un espacio multidisciplinar y escucho cómo toda su familia ahoga una exclamación—. Aquí estaba la fábrica de nuestros antepasados.

—Mamá siempre la recordó con mucho cariño. —La madre de Stan, Magdalena, saca una foto antigua de su bolso y nos la muestra a todos. En ella asoma una joven enfrente de una puerta muy semejante a la que ahora admiramos. Es en blanco y negro y está bastante desgastada por el paso del tiempo, pero no me cuesta distinguir la tristeza en el rostro de la chica ni los rasgos análogos a los de Stan—. Era una época dura para las mujeres —susurra con nostalgia—. Nadie estaba preparado para una como ella.

—Suerte que encontró al abuelo. —Regina abraza a su madre.

Distingo con facilidad la miríada de emociones que arrasan el corazón de Stan, y por eso me acerco a él, le paso el brazo por la cintura, me apoyo en su hombro y lo acompaño en nuestra visita al pasado, a sus orígenes, a ese lugar donde su abuela fue feliz y triste a la vez.

17

Sagrada Familia

Stan

Octubre llena las calles con hojas marrones que se desprenden de los árboles. El clima es más templado, incluso fresco por las noches, y oscurece cada vez más pronto. Las estrellas arañan los minutos al sol para llevarnos a tardes cada vez más deslucidas. Mi vida al lado de Lara cobra color cada día, es más intensa, más fuerte, más poderosa. No dejo de pensar en ella cuando estamos lejos el uno del otro, siempre atado al teléfono para escuchar su voz, ver una foto suya o leer sus palabras con la esperanza de saber de ella.

Desde que mi familia se marchara hace cuatro semanas, solo nos hemos separado cuando se va a pasar un par de días a su pueblo y las horas indispensables para trabajar. Me he acostumbrado tanto a su presencia que ya dibujo un futuro compartido. Añoro muchísimo a los míos, había pasado mucho tiempo desde la última vez que logramos estar todos juntos y revivirlo me llenó el cuerpo de nostalgia al perder de nuevo su cercanía. Pero en Barcelona he construido una vida y soy muy feliz en ella, sobre todo desde la aparición de Lara. Alargo el brazo en la cama para abrazarla. Ella emite uno de sus gemidos dormidos y se arrebuja contra mi cuerpo produciéndome una oleada de calor.

—Buenos días, dormilona —le susurro al oído—. Tenemos tour, ¿recuerdas?

Desde que lo nuestro se ha afianzado, me acompaña en todos los recorridos que no coinciden con uno de sus turnos en la cafetería, y muchas veces organizamos algunos a solas, como hoy. Es como si hubiéramos pasado de cero a cien en milésimas de segundo y ya no me imagino continuar sin ella a mi lado. Gime bajito, se remueve un poco y levanta la cabeza para darme un beso casto. Su sonrisa es

enorme, muestra las palabras calladas que nunca hemos pronunciado pero que flotan en el ambiente, nos consumen, deambulan con impunidad por nuestras mentes. Lo tengo tan claro… Estoy enamorado de ella, completa e irremediablemente, y ella lo está de mí. No necesito escucharlo ni pronunciarlo en voz alta para constatar esa realidad. Porque los sentimientos no requieren de una declaración para ser ciertos, precisan de actos, demostraciones diarias, muestras tangibles. Y de eso hay mucho entre nosotros.

—¿No podemos llegar tarde? —ronronea acurrucándose contra mí —. Esta noche apenas me has dejado dormir y es mi día libre.

—Pues nos quedamos en casa y vamos otro día —sugiero—. La Sagrada Familia no se irá a ningún lado…

—¿Estás de coña? —Se endereza de un salto y se queda de rodillas, mirándome con una mueca de falso enfado—. No pienso renunciar a escucharte hablar de historia. —Me guiña un ojo—. Me pone un montón.

Estallo en carcajadas. Lara no basa las relaciones en las horas compartidas, sino en su calidad, y se ha hecho adicta a nuestras visitas guiadas, a aprender, a intentar sacar la inspiración en estas fugaces escapadas en las que le cuento un pasado remoto, la ilustro acerca de los misterios de la humanidad, de las huellas que han dejado en la ciudad, de sus arquitectos.

—Pues vamos a la ducha. —Le doy una palmada en el trasero al pasar por su lado con rapidez—. Y antes de la visita te invito a desayunar en esa cafetería que tanto te gusta.

—¡Chocolate al poder! —Se relame los labios donde se plasma una sonrisa inmensa—. Me acabas de hacer feliz. Aunque hoy nos toca correr más kilómetros para quemar las calorías extra. —Me tiende la mano para ir juntos al baño—. Me voy a pedir un banquete, así que vamos a ejercitar un poco los músculos para no sentirme tan culpable después.

—Eres un peligro. —La agarro por la espalda, la levanto en el aire y le muerdo con suavidad el cuello. Ella se ríe con ganas y mi corazón se expande mientras la ardiente anticipación me consume—. Y me encantas.

Llegamos a la ducha entre besos subidos de tono. Mis manos no pueden quedarse quietas. La recorren con avidez, con deseo, con la apasionada sensación de no saciarse nunca de ella. Sus ruiditos, esos gemidos cargados de pasión, me recorren el cuerpo hasta impactar con mi ya dura erección. Y la siento crecer todavía más, adentrarse en el terreno de la necesidad absoluta.

La ducha de este piso es de ensueño: espaciosa, con un chorro enérgico y de varias posiciones, con mampara de cristal… La meto dentro, la empotro contra la pared con mi boca perdida en la suya y abro el grifo. Ella grita al notar el impacto contra su piel, pero enseguida vuelve a concentrarse en los besos, las caricias, el deseo. No puedo aguantar ni un segundo más para entrar en ella. Le levanto las piernas, las enrosco en mis caderas y me clavo en su interior con una estocada rápida, certera, feroz. No he descuidado el gimnasio ni un solo día y mis músculos resisten la posición mientras me muevo a un ritmo frenético, alentado por sus gemidos cada vez más álgidos. La ascensión a mi monte del placer es tan alucinante que de mi boca también se escapa una cacofonía digna de ser inmortalizada. Aumento el ritmo, bombeo con fuerza cuando siento el clímax muy cerca y mis músculos se contraen. Ella grita mi nombre, se agita, se rompe y se recompone en un orgasmo que acelera el mío. Y yo también grito, gimo, jadeo, resuello, me vengo arriba y me rindo al placer. Las palabras se deslizan por mi lengua con una rapidez implacable. Mi cerebro no las filtra, no me conceden espacio a la reflexión.

—Te amo —susurro cuando sus piernas vuelven a tocar el suelo y nuestros cuerpos permanecen abrazados bajo el chorro de agua. Mis ojos están fijos en los suyos, mis manos la rodean por la cintura, mis labios no se deciden entre esbozar una sonrisa y un temblor ansioso, mi corazón late a una cadencia desbocada y mi respiración es jadeante.

Ella abre mucho los ojos y eso me desquicia. En un milisegundo me atrapan las dudas más viles. Pero cuando enarca la boca en una sonrisa chispeante, me invade una oleada de luz, de color, de dicha, de… ¡Joder! ¡De felicidad en estado puro!

—Yo también te amo —dice sin titubear, con la voz emocionada y

una expresión de absoluta devoción.

La beso otra vez, con una cantidad insana de sentimientos concentrados en ese gesto. Nuestras manos vuelven a palparnos, a despertar nuestra piel, nuestros sexos, nuestra hambre de devorarnos. Y nos entregamos. Esta vez con más fiereza, casi como si la declaración nos abocara a demostrar la intensidad de nuestro amor a través del tacto, las caricias, los gestos, los gemidos. Cuando entro de nuevo en ella lo hago con ímpetu, y no tardamos demasiado en culminar entre jadeos cada vez más potentes, como si a través de ellos grabáramos nuestras palabras en el otro, las afianzáramos, las selláramos para siempre.

Media hora después salimos de casa abrazados y con la promesa callada de vivir al máximo, de aprovechar el momento, de disfrutar como pareja. Nuestra conversación es animada, fresca, cargada de ilusiones. Ella me cuenta algunos cotilleos de su hermana y sus padres, yo la pongo al día de la última videollamada con mi hermana Amber de ayer por la tarde mientras Lara estaba trabajando. En la chocolatería de la calle de Petritxol, que se ha convertido en un lugar de culto para ella, se pide un desayuno digno de reyes, todo de chocolate, como buena adicta. Tenemos planes para pasar un par de días en la granja de sus padres en unas semanas, para su cumpleaños, y los repasamos con entusiasmo. Le ha costado dar este paso, pero la insistencia de los suyos ha acabado ablandándola y al fin ha cedido para celebrarlo allí con ellos a finales de noviembre.

—Arnau estará en el pueblo —expone con un poco de ansiedad—. Me mandó un mensaje anoche.

Hace un par de meses me contó la historia de sus antiguos amigos inseparables, esos con los que planeaba viajar tras el instituto y que la abandonaron para vivir su sueño sin ella: Sandra, Arnau y Núria. Es una de las pocas espinas que le quedan clavadas de su pasado y aunque ya no le duele tanto, sí escuece. Porque cuando la amistad es verdadera, nada la enturbia, ni siquiera las rencillas ni el paso del tiempo. Los tres cogieron una mochila tras sacarse el título de bachiller y emprendieron un periplo por el mundo, y lo hicieron sin ella. Durante una época eso la hundió. Vivió cada uno de los destinos

de sus colegas a través de los mensajes y fotos que le enviaban, siempre con la tristeza de no poder palparlo, olerlo, saborearlo por sí misma. Se enfrentaba a sus risas en las redes sociales, a sus descubrimientos, a las postales que recibía, a su felicidad mientras ella se marchitaba en la granja. Hasta que decidió volver a ser ella misma, a no dejarse llevar por la melancolía y a abrazar la ilusión en cada una de las pequeñas cosas cotidianas de su vida. Y resurgió, aunque la amistad con ellos cambió.

Arnau y Lara habían sido pareja un par de años en la adolescencia, aunque lo suyo no cuajó y, cuando él se marchó, rehicieron sus lazos como amigos. En cambio, Sandra y Núria iniciaron una relación que todavía persiste. Eran universos unidos y felices. Tenían un montón de proyectos para recorrer el mundo juntos, pero Lara se quedó atrás, decidió no fallarle a su familia, retrasar su salida del pueblo, aparcar por unos largos años su destino soñado. Con los dieciocho en ciernes, la situación la golpeó con fuerza. Lo perdió casi todo. Arnau, su sueño, la alegría, sus amigas. La experiencia le sirvió para percatarse de que su amor por el chico con el que había perdido la virginidad y pasado la infancia, la adolescencia y la primera juventud no era romántico. Lo quería muchísimo, aún lo quiere, pero como a un amigo del alma, un confidente, un compañero de vida. Lo descubrió tras su marcha, cuando se pasaba las noches llorando y se enfrentó a la verdad: la fuente de su dolor no era la ausencia de Arnau, sino su deseo insano de viajar a su lado.

Con el tiempo y gracias a una perspectiva más madura, Lara ha entendido que sus amigos tomaron la decisión correcta en ese instante. Ella ha dedicado ocho años a esperar el momento para abrazar los sueños postergados. Laia apenas tenía dieciséis cuando todo sucedió; debía crecer, ir a la universidad, volar a Estados Unidos para estudiar el máster y encontrar un empleo. Era demasiado tiempo para esperarla. Los años no pasan en balde, las ilusiones de los dieciocho se asientan en otras a los veintiséis, y sus amigos no podían postergar su marcha si querían seguir adelante con sus planes. Sandra y Núria aprendieron a bucear durante sus múltiples viajes por el Sudeste Asiático, se sacaron cursos, se prepararon y ahora se dedican a

dar clases en lugares remotos donde viven un tiempo, lo visitan hasta conocer todos sus secretos y luego cambian de ubicación para descubrir nuevos paraísos. Arnau volvió a España dos años atrás, cuando conoció a una gallega muy rica en un bar de una playa de Filipinas. Lo suyo fue un idilio de verano, una pasión desbordante que se convirtió en amor verdadero, o así se lo describió a Lara. Y el eterno bohemio se convirtió en marido, en directivo de la empresa de aceros que regenta la familia de ella, en alguien muy alejado del chico con quien Lara compartió su corazón en el pasado.

A veces nos cuesta comprender las decisiones de los demás, aceptarlas, encontrar la luz entre esa oscuridad capaz de nublarnos la vista por culpa de nuestros deseos frustrados. Pero Lara al final lo asimiló, lo superó. Porque ella también tomó un camino que los alejaba de forma irremediable. Siguen en contacto, se llaman a menudo, incluso por videollamada. Pero no es lo mismo, la distancia cambia a las personas, los desvincula en muchos aspectos. Cada uno evolucionamos de manera diferente con la edad, maduramos hacia un punto muchas veces disparejo a como lo imaginábamos, y eso puede enfriar o avivar relaciones.

—¿Tienes ganas de verlo? —pregunto en respuesta a su anuncio—. No pareces muy contenta, pero sigues hablando con él, mantenéis el contacto.

—Fui a su boda en Galicia y hemos quedado cada vez que vuelve al pueblo. Hablo bastante con él, es uno de mis amigos más antiguos. —Sonríe y alarga las manos para coger las mías—. Y sí, me apetece achucharlo un poco. Aunque su mujer me odia por alguna razón desconocida y me repatea tener que soportarla. —Resopla—. No entiendo qué vio en ella. Es altiva, antipática, estirada y se cree Dios. En cambio, Arnau es lo más campechano del mundo. Son como la noche y el día.

—Los polos opuestos se atraen.

—Será eso…

Pago la cuenta antes de caminar cogidos de la mano hasta una de las paradas de bicicletas eléctricas de la ciudad. Hace un mes la convencí para usar este medio de transporte y así combinar el deporte

con la sostenibilidad del planeta y sus sesiones de running diarias. Funcionó a medias porque Lara sigue igual de obsesionada con correr varios kilómetros cada mañana. Le gusta el aire libre, forzar su cuerpo, sentir los beneficios incuestionables de trotar por nuestra ciudad de acogida. Pedaleamos por el carril bici hasta el templo inacabado de la ciudad de Barcelona: la Sagrada Familia.

—Como te conté en el Park Güell, Gaudí era masón —le recuerdo tras aparcar las bicicletas—. Y aquí también dejó vestigios de su simbología.

—Barcelona está plagada de ellos.

—Porque aquí está la concentración más grande de masones de toda España y, además, la ciudad tiene un pasado muy ligado a la masonería. —Tiro de ella para dirigirnos a la entrada de la basílica. Compramos las entradas online la semana pasada para evitar las colas, así que nos la saltamos, aunque para traspasar la entrada también hay un poquito de gente—. Es una logia que muchos asocian erróneamente con el satanismo porque interpretan mal algunos de sus símbolos. No son una secta ni son ocultistas ni realizan rituales ni nada por el estilo. Ellos mismos se definen como «una institución, esencialmente filosófica, filantrópica y progresista, cuyo objetivo es la búsqueda de la verdad, el estudio de la ética y la práctica de la solidaridad, a la vez que trabaja por mejorar moral y materialmente la humanidad». «Masón» viene del término francés *maçon*, que significa «albañil», porque su propósito es construir y no destruir. —Llegamos a la puerta y esperamos nuestro turno para entrar tras unos cuantos turistas—. Hay controversia respecto a su origen. Unos lo sitúan entre los arquitectos y maestros de Egipto que llevaron a cabo las pirámides; otros en Israel, durante la construcción del templo de Salomón a cargo de Hiram de Tiro, quien se cree que fue el primer masón. Pero las fuentes indican que proceden de los constructores de catedrales del siglo XIII. —Su sonrisa feliz me calienta el alma y la voz me sale un poco ronca al seguir hablando—: Es importante diferenciar entre masonería operativa, la que se dedicaba a la construcción de catedrales, de la especulativa, asociada a los símbolos, el crecimiento personal y la intención de mejorar la sociedad que nació a principios

del siglo XVIII y quedó ratificada con las *Constituciones de Anderson*, de 1723.

—¡Vaya! —Se acerca a mi mejilla para darme un beso y luego me abraza con fuerza—. ¡Eres toda una enciclopedia con patas, Stan Harrison! Llevo meses a tu lado y nunca dejas de sorprenderme con la cantidad de datos que almacena tu cerebro. ¡Podría compararse al disco duro de un potente ordenador!

Suelto una carcajada. La pego más a mi cuerpo y prosigo con mi pequeña lección de historia con la melancolía un poco arraigada en el corazón. Empiezo a añorar las clases en la universidad, ilustrar a los jóvenes ávidos de conocimiento, ayudarlos en su primer peldaño hasta conocer a fondo parte de nuestro pasado. No entiendo por qué ahora, después de tantos años, el deseo de volver a enseñar regresa a mí.

—En la actualidad la masonería da respuesta a cuestiones filosóficas, abre debates sobre arte, literatura y cuestiones parecidas donde nunca se habla de política ni de religión. —La envuelvo con la certeza de que es ella quien me impulsa a desearlo todo, a abrazar de nuevo mis sueños de siempre, a desprenderme completamente de los motivos que me trajeron aquí para sanar mi alma. Lara la ha remendado con su presencia, con su energía, con esa efusividad a la hora de vivir a lo grande—. Desde sus inicios ha avalado el conocimiento, el compañerismo, la fraternidad y la filantropía. Su objetivo principal es «estimular el perfeccionamiento moral e intelectual de hombres y pueblos buscando obtener la fraternidad universal». —La estrecho más hacia mi cuerpo para sentir su calor—. También buscan lustrar a las personas, a las que llaman «piedra bruta», hasta transformarlas en una piedra pulida.

Nos quedamos un instante callados y contemplamos el imponente templo que se alza majestuoso ante nosotros. Un viento suave hace revolotear nuestros cabellos, los rayos de sol de octubre acarician nuestra piel expuesta para calentarla un poco y el jolgorio de los turistas colma la calle.

—Gaudí proyectó la Sagrada Familia en el centro geométrico de Barcelona —prosigo con la mirada puesta en la catedral, desprendiéndome como puedo de mis sensaciones exaltadas—, justo

sobre la línea imaginaria que unía el lugar en donde se encontraban los antiguos monumentos megalíticos del barrio del Camp de l'Arpa y los que seguramente hubo en Montjuïc. Empleó elementos templarios y astrológicos.

Le muestro el código QR al portero, él lo escanea y accedemos a uno de los monumentos más impresionantes de Barcelona. Mi interés por Gaudí nunca se extingue, quizá es fruto de las historias de mi abuela y su pasión por el arquitecto. La llevo despacio por la ruta que suelo realizar cuando traigo a grupos de turistas con la ilusión de saberme acompañado por ella, de sentirla pegada a mi cuerpo, de compartir mis conocimientos con alguien como Lara. Le cuento datos históricos, cada una de las anécdotas idóneas para trasladarnos a un instante del pasado, cuando la vida era de otra manera, sin teléfonos capaces de hacer miles de instantáneas para inmortalizar los lugares, las personas que habitan su devenir, la magnificencia de compartir una ensoñación… Lara lleva meses atesorando esos pequeños recuerdos, flashes de cada monumento, cada detalle significativo, cada historia enredada en los símbolos. Y siempre busca selfis de los dos, con algunas caras divertidas y otras más serias.

—¡Venga ya! —se queja tras intentar convencerme de sacar la lengua en una mueca juguetona frente al altar—. ¡Suéltate! ¡Déjate llevar por tu espíritu gamberro y muéstrame de lo que eres capaz!

Lo hago con una carcajada, la abrazo y me siento en todo momento en la cúspide de mi felicidad. Con Lara cada día es un regalo envuelto en papel de colores brillantes. La acerco mucho a mí, le revuelvo un poco el pelo y la beso. Nunca me sacio de ella, jamás dejaré de desearla, de quererla, de necesitar saborearla en cualquier instante.

—Vamos. —La llevo a la fachada de la Pasión—. Hay siete símbolos masónicos en esta basílica. Siete, un número mágico para ellos.

—¿No era el cinco? —pregunta alzando una ceja—. ¡Eso no vale! Si cada número es significativo, es trampa.

Me río con ganas mientras avanzamos de la mano entre el torrente de turistas interesados en conocer este templo inacabado y descubrir sus secretos.

—Para los masones, el siete simboliza la creación —expongo—. Dios

hizo la Tierra en siete días. Es la unión entre lo divino y lo humano. Se compone del tres, el número sagrado, y del cuatro, que hace referencia a lo terrenal, a los cuatro elementos, a los cuatro puntos cardinales…

—¡Eh! —Se detiene para poner los brazos en jarras y mirarme con escepticismo—. ¿Todos los números tienen simbología?

—Sip. —La agarro de la mano para reemprender la marcha—. Y el siete es uno de ellos. —Le guiño un ojo antes de salir de la parte interior para admirar la fachada y señalarle cada uno de los elementos importantes—. Por eso Gaudí nos obsequió con siete símbolos en esta basílica. —Señalo el primero de ellos—. El Alfa y el Omega son el principio y el fin, la primera y la última letra del alfabeto griego. El Alfa simboliza el compás masónico; el Omega, el fuego del apocalipsis. Encarnan la creación y la destrucción, lo joven y lo viejo, lo recién llegado y lo marchito… Mira. —Recorro las insignias con el dedo suspendido en el aire—. Uno apunta hacia arriba y el otro hacia abajo como referencia a las siete leyes del *Kybalión*: «Lo que está arriba está abajo».

—Otra vez el siete…

—Allí puedes ver un laberinto iniciático. —Le indico el lugar—. El centro es el corazón del conocimiento y para llegar a él has de perderte para encontrarte de nuevo. —Busco otro de los distintivos y se lo enseño—. Esto es un cuadrado mágico de dieciséis números, una formación numérica cuyas columnas y filas siempre suman lo mismo. El resultado de este es treinta y tres, como la edad de Cristo, y el número del maestro en la masonería. —Hago una pausa un poco teatral—. ¿Ves? Más numerología.

Resopla en broma y enseguida se ríe con ese entusiasmo tan propio de ella.

La llevo a la siguiente parada, la última, porque para llegar a la fachada de la Encarnación o del Nacimiento debemos regresar a la entrada y dar por concluida la visita.

—En este frontal tenemos el resto de los símbolos —anuncio—. Los seis primeros son los signos del zodiaco, de Aries a Virgo; representan la fuerza y el renacimiento, el paso de ser un ignorante a obtener

pleno conocimiento. —Nos acercamos lo máximo que podemos—. Aparte de su significado esotérico, se pueden encontrar en muchos techos masónicos. Y mira las columnas salomónicas, son un indicio de los compañeros o los aprendices, de los que se inician para llegar a alcanzar la sabiduría suprema. —La llevo hasta ellas—. Fíjate bien, son retorcidas y su base es una tortuga. Una de ellas es de mar, y la otra, de tierra. Representan la dualidad de la misericordia y el rigor extraído del Árbol de la Vida. Aquí también contamos con un tercer pilar que consigue el equilibrio.

—¡Alucinante! —Aplaude—. Creo que acabo de ver la luz celestial de la sabiduría —comenta con socarronería—. ¡Quiero aprenderlo todo de los masones y de los místicos cabalistas! He vivido en la oscuridad demasiados años. —Me rodea por la cintura con los brazos —. ¡Ilumíname, oh, maestre!

Otra vez consigue arrancarme unas carcajadas. La beso entre risas, feliz, con los sentimientos alterados y la sensación de estar en la cima del mundo. Y Lara responde con ardor, me abraza, me estrecha contra su cuerpo, me toca, me palpa, despierta mi deseo, me reta a dar más de mí, a dejarme arrastrar por la marea del momento.

—Te quedan dos —susurra cuando al fin nos despegamos con reticencia.

—¿Dos? —inquiero confundido.

—Me has mostrado cinco símbolos masones. —Ella se muerde el labio con una sonrisa taimada—. Y has dicho que hay siete…

Mi capacidad de reír se ha visto propulsada desde que ha aparecido en mi vida, porque últimamente sale a flote con mucha asiduidad, como ahora. Asiento tras las carcajadas y le señalo el siguiente emblema.

—El Ojo de la Providencia. —Le indico arriba a la derecha—. Míralo, en el lado opuesto asoma un hombre con barba dentro de una barca que entra a una cueva, ¿lo ves? —Ella asiente, concentrada—. Es Gaudí, y la embarcación representa la iniciación a la masonería, porque quien entra en la oscuridad encuentra la luz…

—¡Qué profundo! —Exhala un suspiro y sus ojos me miran con destellos de emoción—. ¿Y qué hay del Ojo de la Providencia?

—Es el culpable de muchas de las erróneas habladurías acerca de la predilección de los masones por lo satánico. Un ojo dibujado dentro de un triángulo equilátero que a veces irradia rayos de luz.

—¿Satánico? —Sus rasgos se contraen con desconcierto—. No lo parece para nada.

—Se cree que su origen se remonta a Egipto, similar al Ojo de Horus, el protector, purificador y sanador. Y ahora simboliza el Gran Arquitecto del Universo, el ojo que todo lo ve. —Me saco la cartera del bolsillo de las bermudas y busco un billete de dólar que guardo como recuerdo de mi país de origen—. Aquí lo tienes. —Le muestro el emblema en el billete—. Representa la suerte para la élite financiera.

Ella me pasa la mano por la cintura y se apoya en mi pecho.

—Qué interesante…

—El último vestigio de los masones en la Sagrada Familia es la Cadena, un símbolo que se usa al final de cada ritual para ensalzar la unión, tanto fraternal como solidaria.

—Una clase magistral, profesor Harrison. —Sus labios me rozan la mejilla—. Me ha encantado conocer la historia a través de tus ojos. Llevas la enseñanza en la sangre.

Esas últimas palabras me llevan a pensar en mis deseos cada vez más apabullantes de regresar a la docencia, de volver a entusiasmar a los alumnos, de iniciarlos en un mundo donde solo el conocimiento les da poder. Sonrío, la abrazo y caminamos juntos hacia la parada de bicicletas para buscar un buen local y darnos un banquete.

18

Museo de la Xocolata

Lara

Soplo las velas del pastel entre aplausos y el deseo que le pido es tan deslumbrante como la felicidad de estos últimos meses. Quiero una vida al lado de Stan, continuar con nuestra maravillosa relación en la que no falta pasión, amistad ni complicidad. Laia ocupa la pantalla de la tablet que les compré a mis padres antes de marcharme de la granja para vivir mi aventura y nos saluda con una sonrisa un poco estresada. Para coincidir en horario se ha escondido en una sala de su trabajo, con el riesgo a ser descubierta. Pero los lazos de sangre pesan más que cualquier miedo y hoy es un día importante para mí. Aquí son cerca de las cuatro de la tarde, en Nueva York el reloj apenas marca las diez de la mañana.

Soy de esas personas amantes de su cumpleaños. Desde niña he vivido este día con una alegría desbordante, como si la fiesta fuera yo y la celebración una extensión de mí misma. Me emociona ver las fotos de mi nacimiento junto a mis padres tras despertarme, en pijama, casi dormida, como un ritual que no falta ningún año, donde pregunto una y otra vez acerca de los momentos reflejados en las instantáneas a pesar de conocerlos de memoria. Esta mañana no ha sido una excepción, aunque Stan se ha sumado a la tradición y ha sido mágico.

Llegamos anoche, un poco tarde, con no demasiado tiempo para las presentaciones o las sensaciones iniciales. Estábamos cansados del viaje en el coche alquilado, además de que yo había trabajado hasta las diez en un turno interminable y él había llevado a tres grupos distintos a visitar la Ciutat Comtal. Aun así, hubo besos, abrazos, palabras bonitas y emociones contenidas que han explosionado esta mañana. Mis padres han congeniado con mi novio al instante y

enseguida han iniciado una conversación de lo más entretenida con respecto a Filadelfia, sus quehaceres como profesor de una universidad tan prestigiosa, su facilidad para aprender idiomas, su actual trabajo… Y luego hemos empezado a enseñarle mi devenir en los álbumes que rezuman pasado, sonrisas y anécdotas por todos sus poros.

Llevo días notando cómo la añoranza se cuela por la voz de Stan al hablar de la universidad, de la docencia, de su antiguo empleo. Es como si le hubiera vuelto el gusanillo y empezara a echarlo en falta. Se lo he preguntado en varias ocasiones; sin embargo, él no da muestras de querer ahondar demasiado en el tema. Siempre lo zanja con excusas, como si le diera miedo aceptar que, tras más de cuatro años alejado del mundo académico, se muere por volver a él.

Estamos en el comedor, sentados a la mesa, colmada de una copiosa comida, frente a un pastel de chocolate de los de mi madre. Son sabrosos, exquisitos, alucinantes, y no veo el momento de hincarle el diente. Stan se levanta sin decir nada, desaparece un instante en la cocina y regresa con una sonrisa inmensa. En la mano lleva una bolsa de papel donde presumo que esconde mi regalo. Aplaudo al ver el nombre de una librería en letras rojas adornando la bolsa. Soy una de esas locas por los libros en papel, aunque leo también en digital. Me gusta el thriller, las novelas de aventuras, las paranormales, las de amor, las históricas, las juveniles… Bueno, en realidad no soy de atarme a un solo género porque me gusta picotear, cambiar, sentir cómo las palabras de un autor calan en mi alma hasta despertar mis sentidos.

La abro con una retahíla de exclamaciones entusiasmadas como si acabara de otorgarme el mayor de los dones. Dentro hay dos paquetes y un sobre. Dos libros de los que le he hablado bastantes veces tras verlos en alguna de las listas de los más vendidos que consulto con frecuencia, siempre en busca de un tesoro perdido capaz de calmar mi avidez lectora. Me levanto para lanzarme a sus brazos y besarlo en toda la cara repitiendo la onomatopeya «mua» hasta la saciedad, acompañados por las carcajadas de mis padres.

Ocupo de nuevo la silla para abrir el sobre y él se aposenta a mi

lado con una expresión de absoluta ilusión. Saco una cartulina con letras manuscritas:

> Vale por una visita guiada al Museo de la Xocolata dentro de dos días. Te contaré muchos secretos mientras descubres otros de tu pasión.

Me levanto como si hubiera un muelle en el asiento, me coloco sobre su regazo, le cerco el cuello con las manos y vuelvo a llenarle la piel de besos sonoros. Tanto él como mis padres estallan en carcajadas, divertidos ante mi arrebato.

—Sabía que te gustaría —comenta Stan—. Pero no tanto.

—¿Estás loco? —Me separo un poco de él para dedicarle una mirada extasiada—. ¡Es el mejor regalo de la historia de los regalos! ¿No te das cuenta? ¡Son nuestras dos pasiones en una! Chocolate y misterios de la historia.

—Pues ahora nos toca a nosotros —anuncia mi madre con un nerviosismo impropio de ella. Está sentada a mi otro lado y retuerce las manos sobre el mantel mientras mi padre ha desaparecido para regresar con un sobre. ¡Vaya! ¡Hoy todo son sobrecitos!—. Hija, siento mucho haberte retenido aquí tantos años. —Detecto melancolía en su voz y alguna lagrimita perdida—. Renunciaste a tus sueños para concedérselos a Laia y cuidarnos a nosotros. —Mi hermana nos saluda desde la pantalla. Ella también parece emocionada—. Ahora queremos devolvértelos, darte aquello que te quitamos sin querer. —Mi padre coloca el sobre enfrente de mí y se retira a su silla sin quitar sus ojos un poco acuosos de mis pupilas llameantes—. Nos ha costado un poco de tiempo reunir el dinero, pero aquí tienes la llave de tu destino.

Me tiemblan las manos cuando abro el sobre. Ese discursito de mi madre, con un final poético tan poco natural en ella, las lágrimas que resbalan por la mejilla de Laia, el mohín expectante de mi padre… No tardo en sostener un vale, esta vez mecanografiado, que consigue desatar una tormenta en mi corazón:

> Vale por mil quinientos euros. Queremos ayudarte a comprarte billetes de

avión para subirte a la cresta de tu ola.

Me levanto llorando, los abrazo, los beso, les doy las gracias una y mil veces, los achucho, doy saltos de alegría y no dejo de proferir gritos de esos cargados hasta los topes de exaltación.

—¡Es un regalo increíble! ¡Gracias! —En mi casa nunca ha sobrado el dinero, todo cuanto tenemos lo hemos conseguido a base de trabajo duro, siempre contando para llegar a final de mes, sin conseguir caprichos si no nos lo currábamos, y este gesto es de lo más excepcional. Por eso parezco una batidora de lloros y risas sin que ninguno de los dos estados se imponga—. ¡Sois tan perfectos! ¡Los mejores!

Laia se despide unos minutos después con la promesa de llamarnos pronto. Lo haremos, somos de esas hermanas unidas de verdad. Desde niñas hemos compartido habitación, confidencias y alguna que otra gamberrada. Puedo contar con ella en cualquier momento y me alegra un montón haberle concedido la posibilidad de alcanzar sus sueños. Se lo merecía por su bondad, sus capacidades, su constancia, su fidelidad. Y jamás me arrepentiré de mis decisiones.

Pasamos la tarde recorriendo la granja y ocupándonos de algunas tareas prioritarias. Abrigados, porque este final de noviembre está siendo bastante fresco. Mis padres le cuentan a Stan numerosos datos, algunos innecesarios, y lo ponen a trabajar con ahínco en muchos instantes. Él se lo toma con interés, no ceja en el empeño de ejecutar las tareas lo mejor posible y acaba sucio, cansado y sudado, pero con una sonrisa. Es gratificante compartir con él lo que ha sido mi día a día durante los últimos años. Y me encanta su reacción, cómo se integra sin quejarse ni una sola vez a pesar de que no ha logrado rematar varias de las labores asignadas.

A la hora de la cena hemos quedado en la tasca del pueblo con Arnau. No es gran cosa; la localidad es pequeña, rural y sin muchos establecimientos, pero eso nunca ha sido un problema para los habitantes y menos cuando éramos jóvenes. Por aquel entonces siempre encontrábamos una manera de divertirnos sin necesidad del bullicio de la ciudad.

El bar está igual, como si los años no pasaran para el mobiliario anticuado, las sillas de mimbre y madera, las mesas un poco rayadas por el paso de los años, el olor a vino rancio, los mismos rostros de los parroquianos, incluso escucho idénticas conversaciones entre ellos, como si las únicas posibles se repitieran hasta la saciedad e inundaran este pequeño reducto inmovilizado en el tiempo. Entramos cogidos de la mano. A pesar de los años transcurridos desde la marcha de Arnau, Sandra y Núria, todavía me sobrecogen los nervios cuando nos reunimos. Soy feliz, ha pasado mucho tiempo desde que pasé página y entendí las decisiones de mis amigos, pero algunas espinas dejan marcas imborrables en el alma, de esas capaces de escocer en los reencuentros para devolverme el sentimiento de todo cuanto perdí, a pesar de haber elegido de forma consciente mi camino a seguir.

Arnau está solo, cosa muy extraña. Olalla, su mujer, no suele perderlo de vista cuando queda conmigo. Es posesiva, celosa, con esa pérfida mirada de quien solo busca demostrar tener el dominio sobre algo o alguien. Nunca entenderé cómo Arnau ha acabado con una mujer tan alejada de sus estándares. Lo nuestro no salió bien a nivel romántico y, sin embargo, sigo queriéndolo, preocupándome por él, sintiéndome parte de su mundo. Porque cuando la amistad es fuerte y sus lazos se han creado con puntadas certeras, reaparece con facilidad. Solo basta que volváis a veros para que el nudo se apriete y te devuelva a la casilla de salida, como si os hubierais despedido ayer mismo, a pesar de que ese ayer fuera hace años.

Avanzo hacia él con un presentimiento funesto. Con una mano agarra un vaso de lo que presumo es ron, como si se aferrara a él para conseguir fuerzas. Sus ojos lucen apagados, húmedos incluso, y tiene la mirada perdida en el líquido, sin prestar atención a nada más, además de unas profundas bolsas grises bajo ellos. No viste como en las últimas visitas, con esa pulcritud y perfección más típicas de Olalla. Su aspecto vuelve a ser el de mi Arnau, ese hombre aventurero, despreocupado, sin la armonía necesaria para elegir un conjunto combinado ni peinarse bien y, aun así, parecer el más guapo del lugar.

Mi corazón palpita acelerado, atrapado en un millar de diferentes emociones. Chocar de frente con el pasado es una de esas sensaciones

imposibles de aplacar. Funcionan así, despiertan de nuevo a pesar de la distancia, del paso del tiempo, de la poca cercanía actual. Sacuden. Te invaden. Te trasladan al ayer como si nunca se hubiera desvanecido. Se convierten en el ahora. Las mías se colman de cariño, ternura, diversión y nostalgia de soñar juntos. Porque con Arnau lo mejor fueron esas fantasías compartidas, pasarnos largas horas estirados en la hierba con la mirada al cielo, pintando un futuro ideal. Y me doy cuenta de golpe de la diferencia entre mis sentimientos por él y los que albergo por Stan. Los últimos son más románticos, más intensos en ese terreno, más fieros. Lo amo por encima de todo y haría cualquier cosa para permanecer a su lado. Incluso renunciar a mis sueños.

Me siento en la silla frente a Arnau, con mi chico al lado y una fuerte sacudida en el vientre. Enfrentar el pasado con el presente es moverme en arenas movedizas, y más porque intuyo estar al borde de un abismo. Mi ex desplaza sus pupilas desde el líquido del vaso hasta las mías. Sonríe con mucha tristeza, alarga una mano para coger la mía sobre la mesa. Al notar su apretón reprimo un jadeo. Es como una bofetada de realidad, como si fuera capaz de transmitirme su dolor a través de ese gesto.

—Estás increíble —declara—. Como siempre.

—Pues no puedo decir lo mismo de ti. —Sonrío y actúo como si nos hubiéramos dicho adiós anoche y no hace quince días por medios telemáticos—. ¿Qué te ha pasado? Pareces a punto de echarte a llorar después de coger una cogorza épica.

—Tú debes de ser Stan. —Ignora mi comentario y alza la mano que hace un segundo apretaba la mía para estrecharla con la de mi novio —. Encantado de conocerte. Lara me ha hablado de ti y todo era bueno, tío.

—Lo mismo digo.

Arnau le da un lingotazo enorme a su vaso y luego lo abandona sobre la mesa en un gesto un poco brusco. Se frota los ojos con las palmas abiertas, suspira y después regresa con nosotros. Tengo la sensación de que está buscando las palabras para desnudar su alma, como si este encuentro fuera a afianzar nuestra amistad y no le

importase la presencia de Stan, porque nuestro amor pasó a otro estadio hace mucho tiempo para convertirse en cariño puro, de ese capaz de arrasar con cualquier obstáculo.

—¿Me lo vas a contar? —inquiero sin más preámbulos—. No te veía tan hecho polvo desde el Pleistoceno. ¿Dónde está Olalla? ¿Cómo es posible que te haya dejado a solas conmigo?

—La pregunta ideal sería: ¿cómo es posible que me haya engañado de esta manera? —Apura el vaso de un solo trago y sus ojos refulgen dolor—. Me enamoré de verdad. La quería… Bueno, la sigo queriendo mucho a pesar de cómo es. Durante dos años he perdonado sus desplantes, su forma de tratar a mis padres, de despreciar de dónde venimos y nuestra vida. Me he adaptado a todo cuanto ella quería, he redimensionado todos mis sueños, los he pisoteado para convertirme en un tipo de persona a la que había odiado durante toda mi vida. ¿Y para qué? —Cierra los ojos con una profunda inspiración—. Sus palabras antes de ponerme la maleta en la puerta la semana pasada fueron simples y muy duras: «Pediré el divorcio, ya no te quiero». Brutal, Lara. Como si me acabara de tirar ácido por la cabeza y me quemara hasta la última molécula. No lo entendía. Intenté razonar con ella, descubrir algo más, comprender por qué la noche anterior habíamos hecho el amor y al día siguiente me decía algo así. Pero todo fue inútil, se cerró en banda, me echó a la calle, cerró la puerta y me bloqueó en el móvil tras mandarme el número de su abogado. Como si acabar con nuestro matrimonio fuera lo mismo que sacar una mota de polvo de su chaqueta de marca. Y lo peor de todo es que ella no es así, lo sé, la conozco. Cambia con su familia, se comporta como una zorra capulla cuando ellos entran en escena, se agarra a mí como una lapa y me fiscaliza cada segundo en busca de una traición. Por eso se comportaba así contigo. Pero la perdonaba porque en la intimidad seguía siendo ella. ¿Cómo fui tan estúpido de creerme que estaba viviendo un jodido cuento de hadas?

Me levanto para abrazarlo. Lo necesita, lo sé con solo mirarlo. Él se pone en pie también y llora sobre mi hombro mientras me relata de nuevo varias escenas perfectas con la dueña absoluta de su corazón y algunas inéditas: cómo se conocieron, cómo fue su noviazgo durante

un viaje inolvidable por Filipinas, cómo su vida se vio truncada por la intervención de la familia de Olalla al instalarse en A Coruña, cómo ella cambió y se volvió celosa, posesiva, vil. Y cómo su amor había sobrevivido a todo por el recuerdo de la mujer que se lo ganó.

Cuando nos sentamos de nuevo, amplía el relato para Stan. Nos pasamos un par de horas desgranando su relación con Olalla y buscando posibles explicaciones a su decisión de echarlo de casa de esa manera sin darle razones de peso. Acabamos un poco demasiado perjudicados por el alcohol, dándoles vueltas a un sinfín de cosas absurdas y trazando planes todavía más imposibles. Entre Stan y Arnau crece la camaradería, se entienden bien y en mí renace esa necesidad de mantenerlo en mi vida como el gran amigo que es, por eso le ofrezco la posibilidad de conseguirle un puesto en mi cafetería mientras decide qué quiere hacer con su vida. Y a él le parece una idea magnífica trabajar en algo alejado de los aceros, sin demasiada presión mental, con tiempo libre para pensar, digerir y superar.

Volvemos a Barcelona dos días después, bastante pronto, tras prometerles a mis padres que pasaremos las vacaciones de Navidad con ellos. Me llevo conmigo los regalos, las ilusiones y la sensación de haber logrado traspasar una nueva puerta, como si recuperar a Arnau y descubrir hasta dónde me ha calado Stan me hubieran aportado un arcoíris de felicidad. Ante mí se abre un futuro diferente al que había trazado, pero repleto de excitantes posibilidades. El trayecto es muy ameno, alternamos canciones míticas para cada uno de nosotros, se la cantamos al otro y después explicamos su historia: cuándo la escuchamos por primera vez, qué nos recuerda, por qué la consideramos parte de nuestras preferidas. Devolvemos el coche y nos montamos en unas bicicletas para pedalear hasta el Born, cerca del museo del chocolate donde comenzaremos la visita. Stan me contó anoche la gran cantidad de simbología masónica del edificio que alberga el museo, un centro cívico y el archivo fotográfico de la ciudad.

—El convento de Sant Agustí —indica Stan en la calle del Comerç, frente al inicio de la construcción religiosa—. Los albores de su construcción datan del siglo XIII, pero se alargó muchísimo en el

tiempo. —Me lleva a una de las puertas, la que da acceso al Centre Cívic Convent de Sant Agustí y señala los emblemas esculpidos sobre la puerta—. Ahí puedes ver una escuadra y un compás, un árbol y un escudo atravesado por una flecha. Puede tener mil interpretaciones, pero para mí la importante es la dirección en la que apunta la escuadra, hacia la puerta central. —Me lleva hasta otro de los accesos para mostrarme unos grabados idénticos, pero ahora la flecha apunta a la entrada—. La dirección significa que aquí estaba la primera logia de Barcelona, para que solo los iniciados pudieran averiguar su ubicación. —Me lleva hasta la puerta—. Estoy seguro de que si en la época franquista no se hubiera quitado la flecha que ahora da paso al Museo de la Xocolata, también te dirigiría al mismo lugar: a la entrada al cuartel general de los masones en el pasado.

Nos quedamos unos instantes con la atención puesta en esos trazos que han surcado los siglos hasta el presente, frente al museo donde se esconden los misterios del chocolate. Me doy la vuelta, con una sensación cálida en el corazón. Estos últimos dos días he deambulado por el carrusel de las emociones, se han apoderado de mí con una brillante estela de connotaciones que, por alguna extraña razón, ahora convergen para dispararse sin tregua. Lo miro y no necesito más para entender cómo me ha trastocado encontrarlo, cómo siento, cómo pienso, cómo anhelo. Hace poco nos dijimos «te amo» por primera vez. Lo hemos repetido desde entonces en un millar de ocasiones. Y sí, lo sentimos. Nuestro amor es fuerte, real, casi tangible. Sin embargo, ahora mismo, en este instante, me percato de que va más allá y ha remodelado mis sueños. Sus ojos se encuentran con los míos, con destellos, como si sus pensamientos fueran los míos.

—Tú eres mi ola —susurro acercándome a él para besarlo.

19

Pórticos d'en Xifré

Stan

Me arrebujo con mi abrigo grueso de lana para capear las temperaturas heladas de este final de diciembre. Llevo una gorra del mismo tejido, guantes y muchas capas de ropa mientras acompaño a los últimos turistas del año por las callejuelas del barrio antiguo y les explico los datos escondidos en paredes, suelos, puertas, arcos, estructuras… Lara está a mi lado con una de sus sonrisas genuinas. Se ha vestido con colores estridentes, ropa calentita y ceñida al cuerpo, orejeras, guantes y bufanda. Está radiante, como yo. Y la sensación es alucinante, como si los últimos siete meses de mi vida la hubieran trastocado en el mejor de los sentidos y ahora pudiera percibir la fuerza de la felicidad irradiar emociones a destajo. A su lado está Arnau. Desde nuestro primer encuentro en su pueblo hemos estrechado lazos y me cae muy bien, por eso lo hemos invitado a este tour en calidad de aprendiz y forma parte de nuestro círculo de manera bastante incondicional. Los clientes, un grupo de neoyorquinos jóvenes y con dinero, han aceptado a mis «ayudantes» sin ningún reparo.

Bajamos rumbo al mar envueltos en conversaciones de lo más entretenidas. Arnau se entiende a las mil maravillas con el inglés y Lara, gracias a mi insistencia en enseñarle el idioma, ahora chapurrea algo y no necesita tanta ayuda del traductor, aunque sigue usándolo porque su capacidad de aprender palabras nuevas no es muy buena. Su ex se ha instalado en un pequeño piso cerca del mar y ha encontrado trabajo como instructor de buceo en un centro del puerto mientras piensa qué quiere hacer con su vida y cómo superará la ruptura con su mujer. Prefirió ese empleo a ocupar el puesto de camarero junto a Lara y enseguida ha congeniado con sus compañeros

para salir de juerga por ahí a emborracharse y quemar su dolor. Lo entiendo tanto…, quizá las traiciones de nuestras mujeres fueron el gancho para acercarnos, pero su personalidad magnética obró el resto. Es despierto, optimista y entusiasta, como mi chica, de esas personas que solo traen buen rollo a tu vida.

Llegamos frente a la Casa de la Llotja, la joya gótica más desconocida de Barcelona. Me detengo delante de las columnas de la entrada y la señalo. Un par de los neoyorquinos me explicaron en el formulario de la web que deseaban convertirse en corredores de bolsa, y no puedo evitar contarles parte de la historia del edificio, dedicado desde siempre a la actividad comercial y marítima.

—Aquí estaba la Bolsa de Barcelona, hoy situada en el paseo de Gràcia —cuento—. Tiene su origen en el siglo XIV y en el xvii se armó la actual edificación sobre el antiguo recinto medieval. ¿Y queréis saber una curiosidad? —Un apabullante «sí» me responde—. Aquí dio clases el padre de Pablo Picasso y el mismísimo genio recibió formación entre sus paredes.

Hay un murmullo de voces, unas cuantas preguntas y muchos comentarios interesantes. Tanto Lara como Arnau aportan su grano de arena para hacer el momento más ameno. Los chicos tienen un apartamento alquilado muy cerca de aquí, por eso hemos quedado en terminar el recorrido en los Pórticos d'en Xifré, justo al otro lado del paseo de Isabel II, donde se ubica el restaurante Les Set Portes, con una historia muy interesante a sus espaldas y el lugar donde he reservado para pasar la última comida del año junto a Lara. Es caro, pero vale la pena gastar un poquito de los ahorros solo para descubrir su sonrisa de felicidad mientras le cuento la historia de este local. Además, su cocina vale la pena.

Nos quedamos un instante con la mirada fija en los arcos. Una de las chicas del tour está junto a Arnau, en pleno cortejo. Desde su separación ha transitado por varias fases, muchas de ellas dolorosas. Un duelo en toda regla pasa por la negación, la ira, la negociación, la depresión y, al final, la anhelada aceptación… Has de dejar atrás una vida para adentrarte en otra y eso cuesta tiempo, esfuerzo y, muchas veces, dolor. Arnau lo va atravesando a su manera, aunque no le está

siendo fácil. Todavía siente una mezcla de negación e ira y, aunque no llama a su ex ni esgrime ningún plan para recuperar el contacto, sigue pronunciando «mi mujer» cuando habla de Olalla en momentos puntuales. Un par de semanas atrás empezó a tirarse a chicas al azar como venganza, como si así la hiriera o, como mínimo, se resarciera por su sufrimiento. Por eso está ligando con la rubia, pero mañana se odiará y entrará de nuevo en ese círculo vicioso que lo lleva a la depresión durante unas horas, a emborracharse, a llorar, a despotricar a la vez que echa de menos a Olalla. Es como si viviera en una tormenta constante de emociones, como si su corazón se hiciera trizas una y otra vez tras recomponerse sin que esas grietas se cierren.

Ser testigo de excepción de sus reacciones me aboca a recordar mi propio duelo, a enfrentarme a situaciones y sentimientos olvidados, guardados, aplastados, ignorados, no profundizados. Y me doy cuenta de muchas cosas que en su momento pasé por alto. No solo respecto a Susan, sino también a Nick, a mi vida, a mi pasado, a todo cuanto renuncié al escaparme a Barcelona. Durante años me he protegido de algunas verdades tras una fachada construida a base de olvido. Fue un mecanismo de defensa de mi mente, un bloqueo total a los recuerdos capaces de herirme. Lo superé todo a base de ocultar una parte importante de mis pérdidas. Y ahora las estoy afrontando cara a cara, permitiéndoles salir y apoderarse de mi corazón para disparar emociones capaces de zarandearme. Sin embargo, a medida que afloran, me percato de cómo he cambiado, de cómo la nostalgia va mudando en algo bonito y no tan espinoso.

Lara se abraza a mí y apoya la cabeza en mi pecho. No necesito más que su contacto para esbozar una sonrisa inmensa, para sumergirme en un mundo multicolor donde mi pasado se llena solo con las partes positivas y me trae paz. El amor es poderoso, un bálsamo con propiedades curativas para el corazón, pero también se puede convertir en una espada con la capacidad de clavarse en él y destruirlo en mil pedazos. Como le ha sucedido a Arnau. Porque si amas de verdad, no hay un término medio para las reacciones viscerales de tus sentimientos; no son templados ni sencillos.

Sonrío al notar el calor de Lara apretado en mi costado. Ella es luz,

brillo, pasión, color, felicidad. Y cuanto más tiempo paso a su lado, más deseos de retenerla para siempre me asaltan.

—¿De verdad vamos a comer a la una? —pregunta, como lleva haciendo desde que anuncié mis intenciones. No le gusta demasiado el horario del resto del mundo, prefiere el español, con comidas y cenas tardías.

—Esta noche tenemos una fiesta de fin de año y necesitamos dejar pasar muchas horas para cenar en condiciones. —Señalo a Arnau, quien nos ha invitado a ese cotillón que se organiza en el centro de buceo. Su jefe es un cachondo con muchas ganas de juerga y ha prometido una despedida de año épica—. Además, tu hermana llega a las siete de la tarde. Querrás recibirla como se merece, ¿no?

Asiente con una sonrisa emocionada. Laia ha conseguido que su empresa le pague el viaje para asistir a una convención muy importante en Londres dentro de tres días. Le han dado un par de días de vacaciones y le han concedido esta pequeña parada en Barcelona para pasar Nochevieja con nosotros y recibir mañana a sus padres. No tiene tiempo de ir al pueblo, pero ellos van a venir a verla. Y va a ser un primer día del año muy familiar e interesante.

—¡Vale! —acepta Lara con un puchero—. Acepto comer a la una. Pero deberías acabar con el tour de una vez. —Mira el reloj—. Faltan cinco minutos para la reserva y me muero por descubrir este restaurante. ¡Me has hablado tan bien de él!

Suelto una de las carcajadas que siempre me provoca y llamo la atención del grupo para explicar cuatro cosas interesantes de este lugar antes de dar por concluido el recorrido.

—Estos arcos se conocen como los Pórticos d'en Xifré —inicio mi discurso—. Josep Xifré fue el catalán más rico del siglo XIX, un indiano que regresó a Barcelona con una fortuna gracias a su aventura en Cuba, donde consiguió ser dueño de varias plantaciones de azúcar y café, fundó una naviera y acabó convirtiéndose en la figura clave en la exportación de pieles de vaca y de ovejas cubanas entre Estados Unidos y España. —Hago una pausa teatral que Lara aplaude con un beso—. Primero invirtió en negocios en Nueva York, pero luego decidió volver a sus orígenes y lo vendió todo para expandir su

fortuna en Barcelona.

—¡De ahí viene el dicho popular! —exclama mi chica con emoción —. ¡«Eres más rico que el Xifré»! —Aplaude con esa efusividad de siempre—. ¡Cada día se aprende algo nuevo! ¡Y más a tu lado! —Se acerca y me planta un sonoro beso en la mejilla. Nuestros clientes ríen a carcajadas ante tal despliegue; la ilusión de Lara es contagiosa y todos acabamos sonriendo—. Eres mi Yoda particular.

La abrazo, la atraigo a mi cuerpo y la beso en los labios. Soy incapaz de no hacerlo. Responde con más ardor del necesario, me rodea por la cintura con sus manos para pegarme a ella. Nuestros acompañantes estallan en vítores, silbidos y alguna que otra palabra un poco subidita de tono. Nos separamos riendo, con un poco de rubor en las mejillas. Tengo la sensación de que estos meses a su lado han despertado una parte de mí más impulsiva, como si pudiera aparcar la rigidez de antaño para subirme a la cresta de esas olas de las que tanto habla Lara. Y me gusta la sensación, a pesar del vértigo.

—Entre muchos negocios interesantes, Xifré compró este edificio, contrató a Francesc Vila y a Josep Boixareu y construyó una finca porticada neoclásica con la intención de copiar el estilo de la rue de Rivoli de París. —Señalo con los brazos abiertos el edificio—. Fue un pionero porque decidió alquilar los pisos, y eso era una gran novedad en una ciudad donde nunca había ocurrido. Los apartamentos poseían unas comodidades nada convencionales: cocinas americanas Franklin y agua corriente, tanto fría como caliente. Se instaló en uno de ellos y también estableció su despacho aquí. —Los llevo hasta la entrada del restaurante—. Os presento su joya de la corona. Xifré tenía el sueño de abrir un café con tintes parisinos a la puerta de su casa y lo llamó El Cafè de les Set Portes, o «el café de las siete puertas». Lo arrendó a Josep Cuyàs, un prestigioso restaurador, y fue el primer café iluminado con farolillos de gas y que contaba con agua corriente. Dentro del restaurante todavía se pueden ver símbolos masónicos, como el suelo ajedrezado o las cenefas a media altura en las paredes con representaciones de hojas de acacia.

—¡Qué historia! —se emociona uno de los neoyorquinos—. Sigue llamándose igual, por lo que veo.

—Bueno, pasó por varias manos. Durante un tiempo se llamó El Cafè de la Bolsa, pero en 1929 recuperó su nombre y se convirtió en un restaurante mítico de la ciudad, donde voy a llevar a mi chica para el último almuerzo del año.

Nos aplauden y no tardamos nada en despedirnos de ellos con abrazos y promesas de seguir en contacto. Arnau nos guiña un ojo antes de alejarse arrimado a la rubia, que seguramente se convertirá en su comida. Nosotros entramos en el restaurante muy juntos, abrazados, con expectación. Está bastante concurrido a pesar de ser tan pronto. Se escuchan varios idiomas mientras seguimos al camarero hasta nuestra mesa y ella no deja de admirar cada detalle con esa sonrisa de ilusión que tanto me gusta.

Decido tirar la casa por la ventana. Hoy nos daremos un homenaje, un banquete digno de reyes y no de plebeyos. Nos lo merecemos. Elijo un vino blanco afrutado un poco caro, y ella me regala una de sus maravillosas sonrisas porque adora esta bebida. La carta está repleta de manjares buenísimos, aunque en vez de concentrarme en mis preferencias culinarias para este mediodía, mis ojos solo se posan en Lara, se deleitan con cada uno de sus gestos faciales, los graban en mi mente, se deslizan por mi cuerpo con un fuego ardiente, me despiertan un hambre voraz de ella y mi boca se adelanta a mis pensamientos sin darme tiempo a reaccionar. A veces los deseos son como un rayo de luz, de esos imposibles de parar o de detener.

—¿Vivimos juntos? —lo suelto así, de sopetón, sin tiritas ni paños calientes. Llevo unos días pensando en ello, anhelándolo. He imaginado mil formas de pedírselo, pero en ninguna de ellas formulaba la pregunta sin más. Es tan impropio de mí, pero a la vez me sienta tan bien…

Mi corazón late desenfrenado en el pecho, es como una locomotora preparada para pasar por encima de él si no recibo la respuesta esperada… Aguanto la respiración, con la mirada ansiosa y atenta a cualquier microexpresión de su rostro en busca de una señal, de algo a lo que agarrarme para volver a soltar el aire retenido en los pulmones. En menos de un segundo sus labios se curvan hacia arriba con una fuerza arrolladora y logro exhalar al encontrarme con el arranque de

emoción de Lara. Fiel a su forma de ser, se levanta entre un millar de gritos felices y se abalanza sobre mi regazo para besarme con frenesí. Hace unos meses esa reacción me habría avergonzado; ahora solo puedo reír, abrazarla, corresponder a sus gestos, sentir cómo mi mundo acaba de encontrar su sol para orbitar a su alrededor.

Cuando regresa a su silla, me repite varias veces lo ilusionada que está, sus ganas de hacerlo oficial, que no quiere esperar ni un segundo para instalarnos en uno de los dos apartamentos y compartir cada minuto posible. Y ahí es cuando se rompe un poco la magia, en el momento de decidir dónde vamos a vivir. Cada uno de nosotros esgrime argumentos a favor de su casa sin ceder demasiado a la idea de moverse.

—No hay alternativa —sentencia Lara con una de sus sonrisas más radiantes—. Buscaremos un piso nuevo y así dejamos de discutir. ¡Oye, que vamos a vivir juntos! —Me guiña un ojo—. ¿Qué te parece?

—Una idea genial —acepto—. En un par de meses vence el contrato de alquiler. Mañana mismo enviaré la carta de no renovación.

—El mío es un poquito más largo. —Frunce el ceño un segundo—. Necesito encontrar a un inquilino para realquilárselo y marcharnos a vivir nuestra aventura.

Escuchar «vivir nuestra aventura» de sus labios es como si me acabaran de dar un chute de ilusión. Porque Lara lleva toda su vida esperando subirse a la ola de las aventuras y saber que considera lo nuestro como tal es alegría en estado puro, como si ese sentimiento se hubiera convertido en líquido y ahora estuviera circulando por mis venas hasta alcanzar cada recoveco de mi cuerpo. Nos cogemos las manos sobre el mantel, entrelazamos los dedos y miramos juntos la carta. Ella enumera los platos más apetitosos ante mi atenta mirada hasta que elegimos el menú entre los dos.

Nos pasamos las dos horas siguientes comentando los sabores y dando bombo a nuestras ideas para iniciar la búsqueda de un apartamento digno de convertirse en nuestro hogar. Tras mucha deliberación, nos decantamos por encontrarlo cerca de la costa y no muy alejado de la zona antigua de la ciudad. Lara adora el sol, el mar, la playa. Quizá haber crecido en un pueblo de interior la ha

predispuesto a esas preferencias. Para mí es importante la proximidad del pasado. Así que delimitamos nuestro emplazamiento perfecto.

A la hora de pagar tenemos una pequeña discusión, pero al final gana mi perseverancia. Quiero invitarla, me hace ilusión, para eso he reunido el dinero, para darle un pequeño capricho.

Caminamos en dirección a mi casa abrazados y envueltos en una conversación intensa acerca de las fantasías de mi chica. Nos pinta en una casita con jardín, con varios hijos y unos trabajos envidiables, como si pudiéramos alcanzar ese sueño con un simple parpadeo. Sonrío sin parar, es gratificante dejarse llevar por la utopía de un futuro parecido. Lara no menciona en qué ciudad vivimos en su recreación, solo que ella se dedicaría a escribir todo el día porque habría cosechado varios éxitos de ventas y yo volvería a dar clases en alguna universidad de renombre. Escucharla narrar esa parte me alza en un cielo capaz de abarcar todas mis ilusiones. Este tiempo a su lado me ha ayudado a entenderme, a nadar entre mis sentimientos más profundos y a hallar mis deseos de verdad. Porque ambos sabemos que llevo un tiempo anhelando regresar a las aulas.

—¡Hazlo! —exclama de repente, como si acabara de pronunciar mis pensamientos en voz alta—. Tantea en las universidades de Barcelona. Hay un montón, seguro que en alguna puedes dar clases. Nunca dejarían escapar a un profesor como tú.

—Antes debería mirar la normativa —musito con la esperanza iluminando mi voz—. No es tan fácil como llegar y ofrecerme para el puesto. Quizá necesite algún tipo de convalidación de título o algo similar. Si todo el mundo pudiera convertirse en profe de universidad, sería un cachondeo.

Ella me detiene a cien metros del portal de mi casa, donde tenemos previsto pasar las siguientes horas viendo alguna serie y aprovechando el tiempo para algo más… Me lanza una de sus miradas más profundas.

—Se acabaron las excusas —suelta con un poco de dureza—. Stan, llevas meses dándoles vueltas a tus ganas de retomar esa parte de tu vida. El miedo a recibir una negativa nunca debe frenarte, has de luchar antes de admitir una derrota.

—Pero…

—¡Nada de peros! —Me da una pequeña palmada en el pecho—. Eres Stan Harrison, un tío valiente, y vas a iniciar una cruzada llamada «profesor Stan» que no cesará hasta lograr sus frutos. —Sus ojos me escrutan con decisión—. ¿Estamos?

—Estamos —acato con emoción. Y la beso como se merece.

Reemprendemos la marcha cogidos de la mano y, al dar cuatro pasos, lo veo. Es como si mi cabeza me estuviera jugando una mala pasada. Frente a mi portal. Camina de un lado a otro con las manos a la espalda, nervioso. Va vestido muy informal para ser él y, aun así, conserva su porte de siempre, con una elegancia innata. Me detengo frente a él al llegar, con Lara a mi lado y una sensación extraña que me imposibilita hablar. La visita de mis padres en septiembre fue un baño de realidad; a su lado, la añoranza se apoderó de mis pensamientos, pero encontrarme con mi ex mejor amigo frente a mi casa me golpea con ímpetu.

—¿Nick? —pregunto con un vacío estrujándome el estómago. Suelto a Lara y me adelanto hasta colocarme muy cerca de él—. ¿Qué haces aquí?

—Si Mahoma no va a la montaña… —Sonríe como antaño y es como un fogonazo de cotidianidad, como si ese gesto tan diluido en mi memoria pudiera transportarme a mi hogar perdido—. Te echo de menos, tío.

Me abraza y yo me quedo paralizado, sin tener muy claro cómo reaccionar. Han pasado más de cuatro años y medio desde lo suyo con Susan. Fue algo poco relevante para ellos y, con el tiempo, entendí que en el fondo me hizo un favor. Mi exmujer y yo habíamos dejado de amarnos hacía mucho tiempo, lo nuestro fue un amor de juventud que se alargó por su forma de mantenerme envuelto en su telaraña, por su manipulación. Mi vida a su lado era poco sana. Desde la separación soy más feliz, he encontrado a Lara y he rehecho mi capacidad para decidir, me he encontrado conmigo, he edificado un Stan fuerte y capaz de avanzar sin sentir el peso de la ambición desmedida de Susan. Y sí, Nick me traicionó, me hirió y se cargó nuestra amistad, pero mi corazón ha cicatrizado la herida y quizá ha

llegado la hora de dejar una puerta abierta a rescatar una parte de su cercanía. Durante estos últimos años mis padres me han contado cómo ha cambiado, que al fin ha logrado deshacerse de su inmadurez para centrarse y labrarse un futuro prometedor. Nunca lograremos darle la vuelta al reloj para recuperar lo que éramos y, sin embargo, podríamos construir una nueva relación y olvidar lo sucedido.

—¿Cuánto tiempo te quedas? —pregunto separándome de él sin devolverle el abrazo. Una cosa es pensar en una posibilidad de redención y otra muy distinta es demostrarla.

Él contesta con una enorme sonrisa.

—Hasta el verano —anuncia con un poco de bombo—. Me han contratado un semestre para impartir un curso en una prestigiosa escuela de negocios. Y no podía perder la oportunidad de estar cerca de ti. —Su expresión anuncia tormenta—. ¿Me vas a presentar a tu acompañante?

Se acerca a Lara con una de sus sonrisas torcidas que siempre lo han llevado a conquistar a cualquier chica. Durante años me maravilló esa capacidad, pero desde lo de Susan ya no la percibo de la misma manera, y menos al ser Lara la receptora de sus atenciones. La bilis escala posiciones en mi cuerpo y se adentra hacia el tubo gástrico junto con un instinto de protección.

—Es mi novia —afirmo agarrándola de la cintura para marcar territorio en plan macho alfa. Hablo muy despacio en inglés para que ella lo entienda—. Lara.

Ella le tiende la mano para sellar un apretón sin olvidar la sonrisa de siempre, esa amable y cargada hasta los topes de su simpatía natural. Me hierve la sangre al ver cómo se encajan la mano, ese único roce inofensivo, a pesar de la distancia de Lara. Me queda claro que lo sucedido con Susan todavía me afecta; a pesar de haber perdonado a Nick, la desconfianza sigue ahí.

—Stan me ha hablado de ti —anuncia mi chica en un inglés chapurreado.

—Espero que bien —contesta Nick en un español perfecto y, por primera vez en la vida, leo vulnerabilidad en él, como si le diera miedo investigar el alcance de mis palabras.

—Buenoooooo… —Lara alarga la última O y le añade un toque de negación a su voz—. ¿Quieres la verdad al desnudo? —pregunta con una expresión pícara.

—Claro. —A Nick le palpita una vena del cuello y su ansiedad no me pasa desapercibida, como si nadara en aguas pantanosas—. La verdad siempre es la mejor opción.

—No mucho —suelta mi novia, tan directa como siempre—. Te portaste como un capullo y eso es difícil de olvidar. —Lo dice en un tono jovial, como si no estuviera pronunciando un reproche, pero el golpe se refleja en la expresión de Nick.

—Por eso estoy aquí —admite él sin ninguna careta, mostrándome su corazón al desnudo—. Para purgar mi culpa y recuperar la confianza de mi amigo. —Da un paso en mi dirección, sin fingir como de costumbre, con el arrepentimiento asomando a su rostro inquieto, y pasa al inglés—. He cambiado, Stan. Lo sucedido… —Suspira—. Me equivoqué tanto… ¡Joder, tío! Nada es lo mismo sin ti. Y sí, la cagué mucho. No pensé, me lancé de cabeza a hacer una gilipollez. Susan es lo peor… —Sus ojos son una muestra clara de la veracidad de su discurso—. Cuando me di cuenta, ya era tarde. Vine a por ti y me destruyó ver cómo te había herido. Me hiciste darme de bruces con las consecuencias de mis actos. Por eso no volví a incordiarte. Pero cuando tus padres me contaron lo de tu chica, que habías rehecho tu vida y eras feliz, supe que había llegado mi momento. —Esboza una sonrisa triste—. Dame una oportunidad de demostrarte que lo siento de verdad, tío. Déjame ser otra vez tu amigo.

Lara me aprieta con la mano en la cintura, me acerca más hacia ella y me reconforta de una manera perfecta. Siento su calor, su apoyo, su todo. Mi mirada está en Nick, lo escruta, penetra en sus pupilas para descubrir el dolor anidado en su corazón, el remordimiento sincero, la debilidad que su petición le provoca. Inspiro despacio por la nariz y luego suelto el aire por la boca mientras le doy vueltas a la situación, a cómo actuar, a si seré capaz de olvidar de verdad para darle una nueva oportunidad. Y entonces la voz de Lara se apodera de mi cerebro: «No pienses, solo actúa y déjate llevar. Si llegas a puerto, atraca y disfruta; si te quedas en alta mar y te azota el temporal,

sonríe, endereza el rumbo y empieza de nuevo con una enorme ilusión».

—La hermana de Lara llega en unas horas y después tenemos una fiesta de Nochevieja —anuncio manteniendo las distancias, pero alentado por un impulso—. Si quieres venir, estás invitado.

20

Estaciones fantasma

Stan

Salgo del aula con una de mis sonrisas más amplias, feliz por estar de vuelta, por sentir cómo la sangre hierve en mis venas con esa ilusión perfecta de cuando se avanza en la dirección correcta y logras acariciar tus sueños. En enero me armé de valor para presentarme ante el decano de Historia de la Universidad de Barcelona y ofrecerle mis servicios de profesor. Mi sorpresa fue mayúscula ante su entusiasta respuesta, sus ganas de contar con mi presencia en el próximo cuatrimestre y que me ofreciera un puesto enseguida. Le mostré mis credenciales y le conté mi trayectoria, y su afabilidad y sus anhelos de escuchar más me internaron en una breve explicación acerca de los motivos que habían propiciado que me alejase de la profesión durante cuatro años y medio. Y aquí estoy, trabajando cuatro horas al día como profesor visitante, aleccionando a jóvenes interesados en la historia para que se curtan y salgan al mundo con un bagaje a sus espaldas capaz de llevarlos a amar el pasado.

El frío aire de febrero impacta contra mi cara expuesta. El resto del cuerpo va tapado con ropa, guantes, gorro, bufanda… Hace una rasca importante este año, incluso el hombre del tiempo ha anunciado la posibilidad de nevadas en los próximos días. La nariz no tarda en ponérseme roja al caminar entre la gente rumbo a la plaza de Correus para encontrarme con mi chica. Es San Valentín y, como buen americano, lo voy a celebrar por todo lo alto junto a Lara. Será con un pequeño recorrido y unos datos curiosos de esta ciudad mágica para después invitarla a comer en un restaurante buenísimo e instalarnos definitivamente en el pisito que hemos encontrado cerca de aquí, en el barrio de la Barceloneta, frente al mar.

Mi vida no puede ir mejor; quizá por eso siento la felicidad en las

venas, como si en vez de un estado de ánimo fuera un fluido que circula por mi organismo para revitalizarlo, hacerlo vibrar, encenderlo. Llevo un mes dando clase de nuevo, sigo con algunos tours en las horas libres, mi relación con Nick se va recuperando a una velocidad lenta pero segura, hoy empezaré a convivir con Lara, he intimado bastante con Arnau y, aunque me falte la proximidad de mi familia, estoy en una fase arcoíris, como si habitara un paraíso terrenal.

El vaho se escapa de mi boca durante la caminata. Me apetece ir andando, recorrer estas calles tan plagadas de los recuerdos, instantes e ilusiones de estos últimos años. A veces, cuando transito por esta zona, no puedo evitar echar la vista atrás para evocar las charlas con mi abuela cuando la visitaba en su casa de Filadelfia, cuando mencionaba la ciudad que la vio nacer, su amor por ella, a pesar de que se negaba a volver a pisar sus calles. A través de sus narraciones aprendí a quererla, crecí con la imaginación prendida en todos estos rincones como si los conociera. Las historias escondidas en sus piedras solo las guardan los implicados, pero a mí me apasiona desenterrarlas, conjeturar cómo fueron, qué sintieron sus protagonistas, cuánto de verdad hay en sus leyendas.

Si algo he aprendido en mis múltiples estudios es que la historia tiene muchos matices, perspectivas distintas según quién la cuenta, interpretaciones, sentimientos enredados en los narradores que pueden desvirtuar la verdad. Si le pides a un grupo de personas que te describan una escena común, nunca obtendrás dos versiones idénticas, porque cada uno la ha vivido a su manera y así te lo transmite. Pero, a pesar de esa realidad universal, de cómo un punto de vista puede oscurecer los hechos puros y duros, si contrastamos las fuentes y atendemos a todos los ángulos existentes, podemos articular una secuencia, abrazar la versión que más se ajusta a nuestras pesquisas, dibujarla con los trazos más precisos posibles.

Nick se ha revelado como un hombre muy diferente al que abandoné en Filadelfia hace años, a mi amigo de siempre. En su actual forma de actuar subyace su espíritu, las bromas, la inagotable energía que siempre acababa con una regañina, esas ideas de chico bastante

gamberro que ahora se han transformado en genialidades a la hora de ejercer su trabajo con una maestría implacable. Consigue encontrar soluciones ingeniosas a los problemas empresariales de sus clientes, y así los saca de pozos insondables. Por eso ha ganado fama a nivel mundial y tiene muchas más ofertas de las que puede aceptar. Me gusta este nuevo Nick, porque ha madurado sin perder su esencia, lucha con uñas y dientes para arañar un poquito de nuestro pasado y que este evolucione en una relación de amistad verdadera. Pero todavía me falta un buen trecho del camino para confiar del todo en él. Me dolió su traición y, aunque no podemos pasarnos la vida aferrados al rencor, tampoco es factible superarlo en un segundo solo porque desees lograrlo.

Durante estos años alejado de los míos, viviendo una realidad paralela a la trazada desde niño, me he reinventado en muchos sentidos, he reconectado con mi yo más real, ese que mora en mi corazón, bajo la piel, en mi alma al desnudo. Los primeros años me dediqué a la introspección, a descubrirme, a deshacerme de las capas con las que me había vestido al avanzar en el espinoso sendero de la vida. Mi mayor logro ha sido revelar quién soy de verdad, aceptarme y reedificar mis cimientos a partir de esa percepción. Cada una de las piezas ha encajado, cada instante ha sido relevante, cada decisión ha marcado una vía hasta concederme la felicidad. Y, como todo ser humano, ahora me toca trazar nuevos rumbos, soñar a lo grande, disfrutar de mis réditos.

Mi nariz parece la de Papá Noel cuando al fin llego al punto de encuentro. Mis ojos la descubren enseguida. Fiel a su estilo sexy y llamativo, Lara va vestida con unos vaqueros rotos muy ceñidos a sus piernas y una parka abombada cortita de color rojo pasión que se adapta a su cuerpo como si fuera una segunda piel. Los guantes son multicolores y las orejeras completan el conjunto con dibujos de corazón ribeteados en plata. Nuestras pupilas hacen diana y las sonrisas de ambos son como faros en la oscuridad. Lara se comporta como Lara, o sea, empieza a correr profiriendo algunos de sus gritos más alegres hasta lanzarse a mis brazos y llenarme de besos la cara.

—¡Feliz día de los enamorados! —dice entre risas—. Las flechas de

Cupido nos han atravesado el corazón —bromea cuando la bajo de nuevo al suelo—. Quizá por eso te quiero tanto… —Me guiña un ojo —. Porque no se me ocurre otra razón…

—Yo también te quiero —susurro abrazándola y sellando el beso en la boca, como Dios manda.

—¡Eh, tíos! —La voz de Arnau rompe el momento—. ¡Dejad las guarradas para la intimidad!

¿Qué hace aquí? Lo aprecio un montón, pero no lo esperaba. Él se da cuenta enseguida de mi confusión y estalla en carcajadas. Es una persona muy afín a Lara, ambos se toman la vida como viene y, aunque le está costando superar la separación, cada día logra abrazar un poco su entusiasmo natural y supera la amargura, el dolor y el desamor a pesar de la tristeza y del brillo ajado de sus ojos.

—¿Te crees que iba a pasar de descubrir las estaciones fantasma de Barcelona? —pregunta con una sonrisa pícara—. Me has tentado durante días, explicándome que hay un mundo subterráneo bajo la ciudad, varios lugares que en el pasado fueron apeaderos usados o nunca abiertos al público, leyendas urbanas referentes a ellos… ¡Como en *Las Tortugas Ninja*! Y, tío, a mí esa peli siempre me ha molado.

Lara se acerca a él en cuatro pasos largos y potentes y lo abraza con fuerza, como si notara algo que a mí se me pasa por alto. Arnau la aferra contra su cuerpo, la estruja, la ciñe. Si no sintiera el aura de desesperación de nuestro amigo invadir el espacio, estaría muerto de celos. Pero Arnau esconde la cabeza en los hombros de Lara y se zarandea presa del llanto. Su dolor atraviesa la distancia y me impacta. Ella le susurra palabras en el oído, suaves, calmadas, tiernas. Y él tarda un rato en serenarse lo suficiente para deshacer el abrazo y mirarme con los ojos rojos.

—Olalla ha elegido el día de los enamorados para mandar el acuerdo de divorcio —explica enjugándose las lágrimas que todavía descienden de sus ojos—. Está viéndose con su antiguo prometido, ese al que abandonó para casarse conmigo. —Inspira despacio para después soltar el aire por la boca de manera sonora—. Dicen las malas lenguas que él será su próximo marido en cuanto nuestros papeles estén arregladitos. —Su expresión se endurece hasta convertirse en

una máscara de ira—. ¡Pienso desplumarla! ¡Que se joda! Voy a contratar al abogado de divorcios más despiadado del mundo para sacarle las tripas. Te aseguro que no se va a ir de rositas la muy capulla.

Otra vez Lara lo abraza y él tarda menos en recuperar la compostura para mostrar el habitual sarcasmo con el que encara las malas situaciones. Lanza un par de bromas, se desprende del rictus de dolor y se muestra más resuelto. Sin embargo, palpo cómo lo ha afectado el giro de los acontecimientos, cómo lucha a diario para aceptar una ruptura inesperada y no deseada. Arnau cambió su vida por su mujer, renunció con gusto a parte de sus sueños para emprender unos nuevos junto a Olalla. Según sus recuerdos, su amor era robusto, tenía tintes de esas historias gloriosas, se llenaba de risas, ilusiones, besos, caricias y promesas. Lo que peor lleva es no saber por qué ella lo abandonó.

Cuando me paro a pensar en su situación, en esas dudas, en esa ansiedad por dar respuesta a los interrogantes más incisivos, me descubro con un anhelo similar. Desde lo sucedido con Susan no he vuelto a hablar con ella, la borré del mapa y de mi cerebro, la aniquilé como si nunca hubiera existido, la arrinconé sin dar rienda suelta a los muchos interrogantes surgidos a raíz de su infidelidad. Ahora me sorprendo a menudo queriendo afrontar esa conversación.

Mis ojos se desvían a Lara. Sonríe con su habitual ilusión, como si la vida fuera un lugar maravilloso. Le ha susurrado algunas frases de consuelo a su amigo, lo ha reconfortado, le ha dado motivos para celebrar el día en vez de odiar ese papel que lo desliga de forma legal de su amor verdadero. Incluso ha conseguido arrancarle un par de risas contagiosas. Mi corazón da dos latidos desbordados, se agranda, ocupa cada porción de mi cuerpo para regalarme una cálida sensación de plenitud. Amarla es fácil, como si solo me bastara mirarla para alentar el sentimiento más intenso jamás arraigado en mi alma. La amo con brío, con necesidad, con entusiasmo, con descontrol, con fuegos artificiales. Es mi todo, mi ilusión diaria. Porque si algo he descubierto a su lado es a valorar lo que uno tiene por encima de cuanto anhela. Soñar sin descuidar el ahora. Trazar un sendero hacia la cima disfrutando de cada curva, recta, subida, bajada, ladera.

—¿Llego tarde? —Nick aparece con la respiración acelerada, como si hubiera venido corriendo. Su atuendo es informal, con unos vaqueros medio rotos, una cazadora de cuero y unas deportivas de marca cara. Ha cambiado muchísimo…, incluso se ha comprado una moto de segunda mano para pasar estos meses en Barcelona. Y al verlo siento la necesidad de estrechar nuestros lazos otra vez, de olvidar todo cuanto nos separa y de encontrar la forma de volver a confiar en él para construir una nueva amistad—. Arnau me ha mandado un mensaje para invitarme a la excursión por las profundidades de la ciudad y no podía perdérmela por nada del mundo. Aunque nos falta Laia.

La expresión contrariada de Lara me hace sonreír. Tan resuelta y feliz que es con todo y no soporta recordar cómo conectaron su hermana y Nick el día de Nochevieja, cómo acabaron la noche en la habitación de hotel de mi amigo para concluir la velada en una cama ni cómo se despidieron con la promesa de repetir.

—¡Deja en paz a mi hermana! —ruge mi chica—. Y vamos a por el tour, que esta tarde nos espera mucho trabajo de trasladar cajas y demás.

Arnau y Nick se van a instalar en el piso de Lara como compañeros en cuanto acabemos de empaquetar todas sus cosas; uno dormirá en el sofá-cama, y el otro, en la habitación hasta que finalice el contrato en junio. Han congeniado y en dos meses se han convertido en parte de nuestro mundo. Ellos se carcajean ante la reacción de Lara, es una de nuestras rutinas más arraigadas, y no tardan ni cinco minutos en picarse un ratito. Sonrío porque es gratificante estar aquí con ellos, haber salido de mi caparazón, haber rehecho mi vida de verdad y tener la potestad de recuperar mi ilusión por la mera existencia. Le cojo la mano a Lara, entrelazo mis dedos con los de ella y camino hasta la rejilla de ventilación situada ante el edificio de correos.

—El metro se construyó usando los túneles de Via Laietana, inaugurados en 1910 —cuento como inicio de los descubrimientos de hoy—. Los edificaron sin ningún proyecto previo y fueron un fracaso porque carecían de la suficiente envergadura para albergar los coches. Pero en 1921 por fin se consiguió tener la primera línea de ferrocarril

de Barcelona, de la mano de la empresa Gran Metro, con cuatro estaciones: Lesseps, Diagonal, Aragó (la actual Passeig de Gràcia) y Catalunya. En la ciudad hay varias estaciones que todavía existen, pero no se usan. —Les señalo la rejilla de ventilación—. Aquí abajo está la de Correos, que en un principio se planteó como una estación provisional con dimensiones más reducidas que el resto, pero al final funcionó desde 1934 hasta 1972, año en el que se decidió clausurarla por su proximidad con las paradas de Jaume I y la Barceloneta.

—¿Se puede ver? —Lara se encarama a la rejilla en un intento de descubrir algo—. Es muy frustrante que solo nos enseñes esto.

—Vamos a la estación de Jaume I para subirnos al metro y recorrer el tramo hasta la Barceloneta —respondo cuando empiezo a remontar la Via Laietana—. Es una vista fugaz, pero os aseguro que vale la pena; conserva anuncios publicitarios de empresas importantes de la época y un cartel de propaganda política de Eduardo Tarragona que data de 1971.

—Pensaba que podríamos colarnos en el subsuelo y observar estas maravillas en directo —se queja Arnau—. Verlas desde un vagón a toda leche tiene cero gracia.

—Antes el Ayuntamiento de Barcelona organizaba rutas, nos enseñaba las alcantarillas y esa red de túneles que están ahí escondidos. —Llegamos a la estación y bajamos las escaleras para adentrarnos en las entrañas del metro—. Respecto a las estaciones fantasma, actualmente hay siete en Barcelona, cuatro que en su momento funcionaron y tres jamás inauguradas.

—Y nos vas a llevar a todas, ¿verdad? —pregunta Arnau interesado.

—La verdad es que mi intención solo era explicárselo a Lara, subirnos al metro, parar en la Barceloneta y comer juntos en un restaurante de arroces para celebrar San Valentín —gruño—. Pero claro, ahora habéis roto el romanticismo.

Nuestros dos intrusos estallan en carcajadas. Les duran poco porque el metro se pone en marcha y nos pasamos el trayecto atentos para no perdernos detalle de lo poco que nos ofrece la visita a la estación fantasma de Correos. No se ve mucho, aunque la ilusión permanece intacta en todo momento y acabamos saliendo del vagón en la

Barceloneta entre risas. Y sí, quizá no tenga esa comida romántica con mi chica, pero es agradable formar parte de un grupo unido, ayudar a Arnau en un momento tan doloroso, recuperar a Nick y enlazar poco a poco las piezas en mi vida para reconstruir una confianza muy rota, aunque nunca encontraremos el mismo equilibrio de antaño y debamos erigir uno a la altura de nuestro presente.

Durante la tarde trasladamos las cajas a las nuevas casas de cada uno de nosotros con una complicidad absoluta, sin desfallecer en ningún momento en las risas, las ilusiones, la alegría. A la hora de entrar en el piso que hemos alquilado para compartir Lara y yo, la alzo en brazos, como una pareja de recién casados, y la llevo hasta la habitación entre carcajadas y besos cada vez más subiditos de tono.

—Bienvenida a tu nuevo hogar —susurro una vez la lanzo sobre el colchón y ella estalla en carcajeos.

—Tú eres mi hogar. —Me abraza al situarme sobre ella y sus labios sellan esa declaración con una suavidad perfecta cargada de ternura y de palabras calladas—. Contigo me siento en casa, Stan. Nunca imaginé llegar a querer tanto a una persona que lo importante no fuera dónde vivo, sino con quién comparto mi vida. —Une nuestras bocas—. ¿Y sabes quién es mi persona favorita para ese puesto?

—Tú también eres mi persona favorita en el mundo, Lara —admito.

21

Búnkeres del Carmel

Lara

Miro otra vez la pantalla del ordenador un poco frustrada, como la mayoría de las veces que intento escribir mi novela. Es como si las palabras se quedaran atascadas en mi interior y no fueran capaces de salir para plasmarse en la hoja de Word. Quizá no estoy hecha para ser escritora y todas esas ideas de lograrlo solo son sueños utópicos. Sin embargo, no me duele haberlos vivido, porque me lo he pasado en grande imaginándome mi nombre en un ejemplar y a la gente haciendo cola para que se lo firme. Y tampoco desistiré de mi empeño, siempre en busca de saltar al vacío de una quimera.

Tras diez minutos de mirar la página vacía, decido repasar por enésima vez mi plan de hoy para deleitarme con una de mis sonrisas más reales, eclécticas, emocionadas. Sorprender a Stan será mi gran hazaña del día, una inolvidable. Ojalá la disfrute… Llevamos dos meses viviendo juntos y la felicidad es plena a su lado: no hemos tenido problemas de convivencia, no se nos ha hecho cuesta arriba y, aparte de las discusiones normales de pareja, nos entendemos como si lleváramos años juntos. Pero estas últimas jornadas se ha mostrado inquieto.

Mañana volamos a Filadelfia para hacer una visita fugaz a su tierra. Durante una semana volverá a sentirla parte de él, a pisar su suelo firme, a recordar momentos y logros del pasado junto a su familia. Y yo estaré a su lado, tendiéndole la mano, abrazándolo, experimentando con él el choque de su vida anterior con la actual; lo ayudaré a recomponerla, a encontrar nexos de unión entre ambas y a construir un puente capaz de mantenerlas cercanas y reconciliables. Y sí, quizá es una locura lo que pretendo llevar a cabo en unas horas, pero ¿qué sería de la espontaneidad si no la cogiera al vuelo?

Desde que empezó a dar clases en la universidad está pletórico y me alegro muchísimo por él, tanto que estoy dispuesta a quedarme en Barcelona a su lado a pesar de los planes trazados por Arnau, de sus insistentes propuestas para que lo acompañemos en un futuro no muy lejano a reencontrarnos con Sandra y Núria y recorrer juntos el mundo. Me encantaría. Mi amigo ha sufrido mucho por el desplante de Olalla y, tras sopesar sus opciones, ha decidido coger sus trastos y seguir donde lo dejó tras conocer a su exmujer. Pero no lo seguiré como deseaba. Ser una surcadora de olas como yo significa subirse a la que más feliz te hace, y en este momento es Stan.

Salgo de casa a la una en punto con una mochila cargada hasta los topes en la espalda. Tengo un par de semanas de vacaciones en el bar y Stan acabará su última clase antes del descanso de Semana Santa dentro de media hora. Me monto en una de las bicicletas del servicio de Bicing de la ciudad con una sonrisa radiante —por suerte son eléctricas y me asisten en las cuestas—. El sol luce en el cielo despejado, hace una temperatura suave y la primavera llena de colores la ciudad. Huele a ilusión, a placidez, a momentos memorables. Pedaleo con la mente enredada en cómo será la sorpresa, en qué cara pondrá Stan, en todo cuanto está por venir esta misma tarde. Un anhelo invade mi estómago, lo llena de cosquillas de anticipación y lo insta a sentir los aleteos de miles de insectos volando libres por él.

La Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Barcelona está en la calle de Montalegre, en el barrio del Raval, no muy lejos del MACBA y a poca distancia en bicicleta de nuestra casa. Coloco mi medio de transporte en la parada y camino hacia la entrada con rapidez. Quizá me excedo al decidir mis siguientes pasos, pero no me detengo a valorarlo. Entro en el edificio y recorro los pasillos hasta llegar al aula donde Stan acabará su jornada académica para retomarla dentro de once días. Los estudiantes empiezan a salir envueltos en la cháchara y la emoción de estar a las puertas de las vacaciones. Me cuelo entre ellos para entrar y deleitarme con la vista de su profesor mientras recoge la mesa, rodeado de algunos alumnos deseosos de hablar con él. Es tan guapo… A veces me parece imposible que alguien con su cuerpo, su sonrisa y su perfección me

quiera. Otras, la ilusión me oprime el corazón. Y en la mayoría solo puedo sentirme en la cresta de la ola, surcando el mar con una sonrisa.

Me acerco a él despacio, saboreo el momento, anticipo mis intenciones, casi puedo palpar esa ilusión primaria de seguir adelante con mi alocado plan. Detecto el momento exacto en que sus ojos me descubren. Los abre con una expresión viva, intensa, emocionada. Sonrío y me muerdo el labio inferior en mi camino hasta plantarme frente a él. Stan mantiene la atención en mí en todo momento sin dejar de contestar a las preguntas de sus estudiantes y, cuando me detengo a su lado, me guiña un ojo.

—Profesor Harrison —digo, alentada por su gesto—. Me gustaría conocer más con respecto a las baterías antiaéreas construidas en Barcelona durante la Guerra Civil. —Sonrío con picardía—. ¿Puede hablarme de ellas?

Tengo claro que desconoce la existencia de lo que los barceloneses llaman los búnkeres del Carmel, por eso lo he estudiado todo sobre ellos y esta vez seré yo quien lo lleve a descubrir el pasado de una edificación.

—Es una buena pregunta —responde con la cautela de estar frente a algunos de los alumnos que lo consideran un pozo de sabiduría—. Pero poco tiene que ver con nuestra asignatura: Historia de América.

—Pensaba que un hombre tan culto como usted sabía de todo… —Lo pico—. Con esos tours tan fabulosos que ofrece por Barcelona… ¿Nunca ha ido al barrio del Carmel? ¿No ha investigado nada de sus búnkeres? —Chasco la lengua—. Me decepciona usted, profesor.

—Tendré que remediar esa laguna. —Esboza una sonrisa torcida. Los cinco chicos que nos acompañan nos miran como si estuvieran en un partido de tenis—. Le pediré a mi chica que me dé una clase magistral sobre ese tema. ¿Qué le parece, señorita Ortiga? ¿Sería tan considerada de explicarle a su inculto novio la historia de esas baterías antiaéreas de Barcelona?

Doy un largo paso adelante hasta quedarme a pocos centímetros de su cuerpo. Si algo le he enseñado es a desinhibirse, a actuar según le venga, a pensar, pero lo justo. Los alumnos nos dedican un par de

murmullos de comprensión y enseguida nos alientan a seguir adelante con el coqueteo. Y lo hago, no necesito demasiado para lanzarme a darle un beso suave en la mejilla y cogerlo de la mano.

—Vamos al Carmel. ¡Los búnkeres nos esperan!

—¡Qué calladito se lo tenía, profe! —exclama uno de los chicos, escoltado por un silbido—. Su novia es guapísima. Y sexy.

—Cuidado, Rovira —lo regaña, y su alumno suelta una carcajada antes de despedirse y largarse junto a sus colegas de clase emitiendo varios silbidos.

Stan me abraza cuando al fin nos quedamos a solas.

—Eres de lo que no hay —suelta con los labios formando un arco ascendente—. Y me encantas. —Me besa—. ¿Qué ha planeado esa cabecita tuya? —Se separa de mí, me da un beso en la coronilla y me coge de la mano para caminar rumbo a la salida.

—Ya lo verás. —Me arrimo a él para sentir su cuerpo pegado al mío —. No me seas impaciente, no te pega. —Salimos a la calle y nos recibe el sol—. Te voy a descubrir una parte pequeñita de historia de Barcelona que desconocías. —Señalo mi mochila—. Te he preparado uno de tus bocatas preferidos para que nos lo comamos observando la mejor vista de la ciudad. ¿Estás listo para flipar?

—Contigo, siempre.

Seguimos la ruta que he programado en transporte público. Me hace mil preguntas para descubrir algo más acerca de mis intenciones y, a pesar de mi impaciencia e impulsividad natural, no le doy ni la más mínima pista. Estoy decidida a sorprenderlo; es mi momento, uno especial, y no voy a estropearlo revelándole demasiado antes de tiempo. Son treinta minutos en el autobús de la línea 24 y unos nueve andando hasta llegar a la cima del Turó de la Rovira.

—Durante la guerra civil española aquí se instaló una batería antiaérea —explico cuando entramos en el recinto—. Se construyó con el propósito de proteger a la ciudad de la aviación fascista italiana. Eran unos sanguinarios de narices, usaban una táctica llamada «bombardeo en alfombra» que consiste en lanzar infinidad de bombas de caída libre en una zona y combinarlas con otras incendiarias con el objetivo de la destrucción total. Es la que se usó en Gernika.

Lo llevo a la parte más abierta, a la terraza con unas vistas espectaculares a una Barcelona llena de luz, de color, de ilusiones. El lugar es un conjunto desestructurado de paredes pintadas con grafitis, muros incompletos, suelo desigual, algunos turistas despistados que han llegado a uno de los miradores más desconocidos y perfectos de la ciudad y vallas de metal puestas en zonas estratégicas para evitar caídas innecesarias. Sopla una brisa agradable, un poco húmeda, pero a la vez fresca. El sol está en lo alto del cielo, lo ilumina y se posa en nuestras pieles expuestas. Nos sentamos en una de las cornisas con las piernas colgando al aire, libres, temerarios, desafiando la altura considerable. Balanceo las mías al ritmo de mis acelerados latidos mientras saco de la mochila los sándwiches que he preparado para la ocasión.

—Marchando uno vegetal —anuncio al tiempo que le tiendo un paquete de papel de aluminio con uno de sus bocadillos preferidos—. Lechuga, atún, tomate, aceitunas verdes cortaditas a láminas y mayonesa. —Saco también una cerveza muy fría. Para conseguir que aguantara, la he dejado en el congelador varias horas.

—¡Menudas vistas! —Desenvuelve el paquete y le da un mordisco a mi creación—. Es increíble que lleve casi cinco años en esta ciudad y desconociera este lugar.

—Me lo chivó san Google. —Le guiño un ojo—. Dicen que el *sunset* es espectacular, pero también la hora más concurrida. —Ahí vamos. Parece mentira la ansiedad que tengo. ¡Soy una mujer decidida! ¿Por qué me inquieta dar este paso? Nunca dudo de mis decisiones, me lanzo sin más y tengo claros mis deseos—. Stan…

No puedo continuar con la frase. ¡Menudo fracaso! ¿Qué me pasa? No había experimentado un bloqueo semejante en toda mi vida. Quiero hablar, explicar, exponer, pero las palabras se me atragantan en el latido desbocado que se ha apoderado de mis cuerdas vocales al ritmo de los de mi corazón.

—Dime —me anima él.

—Yo… —Puaf, parezco una indecisa. Bueno, quizá en este momento es exactamente lo que soy—. Yo…

Suelta una carcajada, se arrima a mí y me da un beso.

—Estoy flipando. —Me obsequia con una mueca socarrona—. La mujer más intrépida del planeta vacila… Es para inmortalizarlo con la cámara y reproducirlo hasta la saciedad. ¡Podríamos crear un gif!

Suspiro con fuerza.

—Cuando construyeron esto, Barcelona contaba también con una amplia red de refugios subterráneos —comento en busca de la valentía para avanzar en otra dirección. Mis manos palpan el paquete escondido en la mochila y, en vez de hablarle de él, sigo recitando los datos que saqué de la red—. Se diseñó para dos cañones, pero acabó albergando cuatro en 1938. Más tarde, cuando la artillería ya estaba inutilizada y abandonada, aquí se estableció el barrio de las barracas, conocido como Los Cañones —hablo acelerada, como si al describir el pasado de los búnkeres pudiera armarme del valor necesario para seguir adelante con mi plan inicial—. Llegó a tener ciento diez barracas y seiscientos habitantes. Vivían en condiciones infrahumanas, sin luz, sin agua, sin alcantarillas, sin recogida de basura… En 1990 derribaron las últimas…

Me callo. No quiero aportar más datos históricos aprendidos de memoria como un loro. Comprendo muy poco este titubeo tan impropio de mí, supongo que estar a punto de dar un paso enorme en mi camino está desquiciándome. Coloco a un lado el bocadillo de jamón que me estoy zampando a duras penas y la Coca-Cola Zero que me he traído muy fresquita y saco por fin el paquete de la mochila, dispuesta a lanzarme de cabeza hacia la meta. Porque nunca he sido una cobarde y no voy a comportarme ahora como tal.

—Stan. —Lo miro a los ojos con una sonrisa esperanzada dibujada en mis labios—. Te quiero. —Le ofrezco la cajita envuelta en papel rojo—. Antes de conocerte soñaba con conquistar el mundo acompañada de una mochila, con descubrir paraísos y con surcar el mar siguiendo la estela de muchas olas, subirme a ellas para descubrirlas. —Él desenvuelve mi regalo con lentitud y mis nervios se revolucionan—. La vida se mide en sueños. Los míos estaban muy claros y poseían luz, color, nitidez. Sin embargo, bastó conocerte para que un maremoto los borrara de un plumazo y trajera unos nuevos junto con un arcoíris de emoción. —Me muestra los dos anillos que

esconde la cajita. Son de oro blanco con una inscripción visible en ellos: tú eres mi sueño, mi ola, mi todo—. Quiero un futuro contigo. El pack completo: casa, niños, matrimonio, envejecer a tu lado. Estos anillos muestran mi compromiso para lograrlo, aunque pospongamos la boda a cuando nos sintamos preparados. Representan mi elección. Porque es a donde quiero encaminar mis metas, a ti, a un nosotros compuesto por una familia feliz.

Él acaricia las sortijas, lee un par de veces las inscripciones y las saca de la caja. Ambas llevan una cadena para colgárnoslas al cuello hasta el momento preciso. Porque es demasiado pronto para dar el paso final, pero no para atarlo.

—Te quiero. —Sin soltarlos, Stan se abalanza sobre mí para besarme con una pasión desbordante—. Te quiero tanto… Y mi respuesta es sí, Lara, deseo compartir el resto de mi vida contigo. Deseo todas y cada una de tus propuestas: la casa, los hijos, casarme contigo, despertarme a tu lado para siempre, vivir juntos en la cresta de tu ola. Porque tú también eres mi todo, mi persona favorita en el mundo, la única con la que no me apetece diseñar una rutina, sino dejarme llevar por ella. —Me cuelga mi anillo al cuello y luego hace lo propio con el suyo—. Eres fuego, Lara, mi hoguera particular, una capaz de incendiarme lo suficiente para abandonar mi pragmatismo e incitarme a cometer unas locuras maravillosas.

Sellamos la declaración con besos, abrazos, arrumacos y muchas sonrisas. La emoción nos dura horas, como si los minutos no fueran importantes. Quizá no hemos puesto fecha ni hemos concretado cuándo avanzaremos un nuevo paso, pero para mí este es enorme y me llena de colores vivos, alegres, intensos.

Nos quedamos aquí sentados durante una eternidad, abrazados, muy juntos, compartiendo uno de los momentos más conmovedores de mi existencia con vistas a la ciudad que nos ha visto crecer como pareja y nos ha unido más allá de lo esperado hasta que el sol empieza a bajar en dirección al horizonte y nos regala un *sunset* precioso.

Cuando regresamos a casa, nos pasamos la noche enredados entre las sábanas, haciendo el amor como posesos para celebrar un compromiso capaz de disparar la magia de los fuegos artificiales en mi

mente, de acelerarme el pulso, de elevar mis labios en una sonrisa plena, de esas que consiguen iluminar la oscuridad más penetrante. Porque nada puede enturbiar mi futuro idílico a su lado. Estoy decidida a convertirlo en memorable.

Por la mañana nos reunimos con Arnau y Nick para emprender junto a ellos el viaje a la tierra de mi prometido. —¿En serio acabo de pronunciar esa palabra? ¿Prometido? ¿Y en vez de apretar los labios con una mueca de asco los interno en el mundo de la emoción? ¡Flipo conmigo! ¿Lo peor? Estoy tan feliz que hasta podría competir con Dory y su optimismo natural, a pesar de perder la memoria con facilidad—. Los cuatro volaremos como un grupo compenetrado. Estos últimos meses hemos limado asperezas y construido una sólida amistad entre nosotros. Para Stan no es fácil lidiar con algunos escollos respecto a Nick y todavía hay barreras para que se sientan cerca del todo el uno del otro; sin embargo, están lo suficientemente cómodos para volver juntos a casa y reedificar ladrillo a ladrillo su relación.

El viaje es largo y nos lo pasamos durmiendo, viendo algunas películas, charlando de anécdotas de nuestro destino, poniendo en común muchas ideas y riendo, los cuatro sentados en la línea central de asientos de turista, con esa sensación de formar parte de un grupo cohesionado. Arnau nos cuenta las últimas de su exmujer y parece bastante atacado porque Olalla lleva varios días llamándolo con bastante insistencia para suplicarle perdón, pero él no quiere saber nada de ella; necesita marcar la distancia para ser capaz de borrar el dolor y concederse su espacio para reiniciar su vida. Si algo tiene claro es que para Olalla no hay segundas oportunidades. Y más cuando está a punto de casarse con otro. Admiro a mi amigo, su fuerza de voluntad, su capacidad para luchar por su felicidad por encima de todo. Este paréntesis en Filadelfia le sentará bien, por eso le propuse venir, para ayudarlo a superar el momento.

La presencia de Nick, en cambio, me agobia porque Laia vendrá a pasar dos días con nosotros y se han estado mensajeando tras pasar una noche idílica juntos. No sé por qué me molesta, mi hermana es libre de acostarse con quien quiera, pero después de cómo traicionó

Nick a Stan y conociendo su disoluta vida de mujeriego… Sacudo la cabeza y cambio de pensamiento.

Todavía no hemos anunciado nuestro compromiso, nos ilusiona soltar la bomba con su familia al completo, en el momento preciso, uno emotivo y perfecto que nos haga vibrar, saltar de ilusión, ver cómo la noticia dispara fuegos artificiales…

Mientras desembarcamos en Estados Unidos y nos ponemos a la cola para pasar los trámites de inmigración, mi imaginación se impregna de sensaciones, de ideas, de deseos. Nunca había pensado en mi boda, ni siquiera me había planteado la posibilidad de casarme —mis sueños infantiles no eran acerca de princesas, vestidos blancos o amores infinitos, yo era más de viajes, aventuras, descubrimientos y muchas locuras—. Sin embargo, con Stan lo deseo con fervor. Mi mente idealista me muestra caminando hacia él del brazo de mi padre, con un ramo de flores en la mano y toda una vida por delante.

—¿En qué piensas? —Stan me abraza en la cola antes de pasar los trámites aduaneros de entrada a su país—. Pareces feliz.

—Lo soy —admito—. Estaba imaginándome la boda. —Le doy un beso en la mejilla y me apoyo en su pecho—. Jamás he sido de esas niñas locas por casarse. Sin embargo, ahora… —Me muerdo el labio con una sonrisa emocionada—. Todo ha cambiado. Tú me has cambiado. Y no quiero renunciar a nada. Vestido blanco, música de cuerda, banquete, baile, pastel, ramo… ¡Incluso podría buscarme unas damas de honor!

Suelta una de sus carcajadas y me da un beso rápido.

—Ya pasé por todo eso una vez —susurra—. Y me prometí no volver a caer. Pero contigo me apetece repetir. —Baja mucho la voz, cerca de mi oído—. Aunque no te voy a mentir, la noche de bodas es mi mayor deseo.

Nos reímos los dos. Es gratificante tenerlo conmigo, algo inesperado y genial, un regalo del destino. Pasamos un rato fantaseando, lanzando fechas al azar, enumerando posibles lugares para celebrar nuestra unión. Él quiere que sea en Filadelfia; yo, en mi pueblo. Pero en vez de discutir, consideramos pros y contras de cada opción y resolvemos no ahondar todavía en ello. Porque ahora es nuestro

momento de soñar.

Una vez con las maletas en nuestro poder, caminamos los cuatro juntos con destino a la terminal donde nos esperan las dos familias: la de Stan y la de Nick. Todo son abrazos, gritos de emoción, preguntas disparadas a la vez, presentaciones y emociones desbocadas. Me fijo en las chispas luminosas de las pupilas de Stan, en cómo la ilusión de estar en casa lo envuelve y, por primera vez desde que nos conocemos, me invade un presentimiento extraño, como si Filadelfia fuera un posible muro entre nosotros.

Meneo la cabeza para rebajar esta absurda sensación y me sumo a la alegría demostrada por las personas que me acompañan. Ya había vivido su entusiasmo en Barcelona, pero ahora, al sumarse los padres de Nick, se intensifica. Solo con verlos interactuar percibo esos lazos irrompibles entre ellos. Ser testigo de esta realidad me revela mucho sobre Stan, sobre su huida de Filadelfia hace casi cinco años, de cómo le afecta a veces hablar con ellos por videollamada. Me fijo en su luz, en su felicidad subyacente al abrazar a su madre y formar parte de nuevo del círculo que perdió por culpa de Susan. Nick parece inmerso en mis mismos pensamientos porque se ha quedado a un lado, con la atención puesta en su amigo y una sombra de remordimiento en el rostro. Se acerca a mí despacio, se arrima a mi oído y me susurra muy bajito:

—Deberíamos devolverlo a donde pertenece.

No me da tiempo a preguntarle a qué se refiere porque Stan viene a buscarme para internarme en la vorágine del reencuentro. Apenas cuento con tiempo de valorar las palabras de Nick, de entenderlas como merecen, de masticarlas. Enseguida me encuentro dentro de un coche americano rumbo a casa de mi chico, enredada en una conversación entretenida y entusiasta en la que sus padres me ponen al corriente de todos los planes para la semana: turismo, barbacoas, paseos, salidas, noches de diversión, cenas, comidas, desayunos… ¿Por qué hay marejada en mi ola? ¿Cómo es posible sentir arenas movedizas bajo mis pies? Es tan absurdo que enseguida me quito los interrogantes de encima y me dejo seducir por muchas de las propuestas de la madre de Stan. Agarro el anillo que cuelga de mi

cuello, lo acaricio y sonrío. Todo saldrá genial. ¿Verdad?

22

Paseo del Born

Stan

La llevo de la mano por los pasillos de la Universidad de Pensilvania, llamada Penn de forma común, envuelto en los aromas de mis recuerdos y en el rumor de los estudiantes. Es como si sufriera una regresión, porque me siento transportado a ese pasado donde formaba parte de la comunidad académica, como si jamás me hubiera ido. La nostalgia se instala en mi corazón con viveza, lo acerca a emociones enterradas, lo colma de anhelos que creía perdidos en la desmemoria. Una euforia inmensa me invade, un deseo enorme de volver a formar parte de ese lugar, de entrar en una de las aulas para dar clases en mi antiguo puesto, de revivir esa parte olvidada y, a la vez, tan cercana.

—Esta universidad surgió de una idea del conocido evangelista George Whitefield en 1740 —le explico a Lara; le estoy dedicando un recorrido en exclusiva—. Consistía en crear una casa de oración para sus seguidores religiosos donde a la vez pudiera educarlos. Aunque era demasiado caro y se quedó en proyecto durante casi una década hasta que en 1749 Benjamin Franklin reanudó la construcción de la Academy and Charitable School in the Province of Pennsylvania, donde pretendía formar a los jóvenes que se convertirían en los futuros líderes de los negocios, el gobierno y el servicio público del Estado. Pero su visión liberal de la educación no cuajó.

—Era un tío muy avanzado a su tiempo. —Se cuelga de mi brazo y me da un beso entusiasta en la mejilla—. Masón, ¿verdad?

Asiento.

—Político, científico, inventor… —Avanzamos un poco más por los pasillos cargados de historia—. Sus ideas para esta universidad murieron cuando el rector W. Smith se convirtió en el responsable del centro, aunque a Franklin le dio tiempo de impulsar la creación de la

primera biblioteca de suscripción del país y el primer hospital, y de inaugurar la primera escuela de medicina en las colonias americanas y la prestigiosa Escuela de Medicina Perelman dentro de la Penn. Fue la primera institución americana en tener más de una facultad en Estados Unidos, la pionera en convertirse en universidad. —No contengo mi exaltación, volver a pasear por este edificio, donde impartí clases durante años, me produce una álgida sensación de nostalgia y deseos de regresar a ella—. Su lema es: *Leges sine moribus vanae*. —Lo pronuncio en latín con seriedad—. «La Ley sin moral es vana» —traduzco.

—Muy cierto… —corrobora Lara—. ¿Me enseñas tu antiguo despacho?

Sonrío con un nudo en la garganta mientras encamino mis pasos hacia allí. Hay tantos recuerdos escondidos en estos pasillos, tantas anécdotas emocionantes de mis años de estudio y de enseñanza…

—¡Stan Harrison! —La voz del decano me sobresalta. George Robson es una de las personas más carismáticas que conozco y su sonrisa al descubrirme cerca del que fue mi despacho durante años me llena de unas aspiraciones impertinentes de volver a ocuparlo—. ¡Dichosos los ojos!

Su amistad con mi familia se remonta a muchos años atrás. Ha intentado durante una eternidad convencer a mis padres para formar parte del cuerpo directivo de la universidad, pero ellos nunca han tenido esa ambición, prefieren seguir otras vías académicas basadas en la investigación y un espacio para sus incursiones en la empresa privada.

—George —saludo con efusividad—. He venido a enseñarle la universidad a mi novia, Lara, una española que me ha conquistado. —Me aparto a un lado para presentársela. Ya entiende suficiente inglés para descifrar mis palabras, aunque a veces le cuesta asimilarlas todas, por eso he hablado despacio. Ella le dedica una de sus sonrisas más entusiastas antes de aproximarse para darle dos besos, pero la detengo a tiempo. El saludo típico de España aquí resulta extraño—. Es el decano —explico en catalán—. Y un gran amigo.

—¡Me encanta este lugar! —exclama separándose de él—. Se respira

conocimiento, como si solo necesitara entrar para aprender. —Esta parte la chapurrea en inglés.

—Es una manera muy interesante de verla. —George cambia al castellano, idioma que domina a la perfección—. Aunque estaría mejor si su profesor estrella regresara. —Me guiña un ojo—. Todos te echamos mucho de menos, Stan. Dejaste un hueco difícil de llenar.

Las cosquillas en mi vientre se transforman en pinchazos de anhelo; escucharlo hablar así me despierta un ansia que había estado dormida estos últimos años, aunque soy consciente de que lleva ahí desde el principio, acechando en un rincón de mi alma.

—¡Exagerado! —Suelto una carcajada y no me pasa desapercibido el mohín de sorpresa de mi colega—. No fue para tanto.

—¿Desde cuándo te ríes así? —pregunta sin cortarse ni un pelo. Este hombre siempre ha sido directo, demasiado sincero a veces—. Solías ser muy serio…

—La culpa es de esta morena. —Señalo a Lara con los ojos—. Me ha contagiado su entusiasmo por la vida.

—¡Eh! —suelta Lara riendo—. No me concedas tanto mérito. Tú solito has conseguido abandonar al muermo y destapar a todo un surcador de olas.

George me da una pequeña palmada en la espalda y suelta una carcajada divertida.

—Cuando sucedió lo de Susan, pensé que jamás levantarías cabeza —comenta—. ¡Si hasta hiciste las maletas y te largaste sin pensártelo dos veces! Pero mírate. —Me observa de arriba abajo con admiración —. Has conseguido superarlo y has rehecho tu vida con una mujer de bandera. —Se acerca a Lara y le pasa un brazo por la espalda para guiarla a su despacho—. Cuéntame más sobre el surfeo de Stan —solicita con voz socarrona—. Cuando daba clases aquí, era bastante predecible y poco dado a experimentar cosas nuevas.

—Bueno… —Ella baja la voz para susurrarle un par de confidencias —. Se dedica a ofrecer tours turísticos por la Barcelona secreta. Al principio a mí también me pareció serio y poco flexible, pero entonces le hablé de los sueños, de tomar la vida como se presentara, de aprender a surfear por la cresta de su ola y juntos empezamos a

desafiar el mar para encontrar las mejores.

Los escucho sin chistar. Su manera de explicar estos últimos meses a su lado me arranca una sonrisa, porque lo pinta con un arcoíris multicolor, le da forma, lo moldea para construir un relato colmado de instantes preciosos. Y me lleva a recapacitar sobre mi evolución, esos pequeños logros diarios que poco a poco han obrado el milagro de desatarme para abrazar a una persona más desinhibida. Ella ha sido mi motor, el combustible capaz de darme alas para iniciar una cruzada directa hacia la felicidad. Agarro el anillo que cuelga de mi cuello y lo acaricio con una sonrisa. Antes de Lara tenía demasiadas cadenas atándome a convencionalismos no meditados. Sin embargo, su irrupción en mi existencia ha desatado uno de los ciclones más potentes de la historia. Lara le está contando algunas anécdotas de Barcelona que desatan las risas de mi antiguo jefe. Los ojos divertidos de George me observan con admiración y un poco de envidia, de esa bonita y alegre. Lara es la personificación de la vitalidad, una fuerza de la naturaleza capaz de arrancar risas al más mustio de la clase. De repente se adentra en la explicación de su filosofía de vida, y él la interioriza con su característica mirada sagaz. Fue compañero de universidad de mis padres, y ya entonces reconocieron su inteligencia superior a la de los demás. Ahora brilla con intensidad al descifrar a Lara y parece satisfecho con el análisis.

—Stan necesitaba a alguien como tú a su lado —dice sin perderse ni un detalle de mi expresión—. Susan lo apagaba, era demasiado ambiciosa y egoísta para priorizarlo. —Me duelen esas palabras, pero han dado en el clavo; es como si George acabara de dar voz a una sensación que lleva años anidando en mi interior—. Solo pensaba en ella y eso te arrollaba, Stan. Pero con Lara has sacado el potencial que siempre vi en ti. —Me dedica una sonrisa taimada—. Ha llegado el momento de regresar y ocupar tu puesto perfecto.

El corazón me da un vuelco en el pecho. No había vuelto a pensar en esos sueños, en mi ilusión por conquistar una cátedra y dedicar una parte importante de mi tiempo a la investigación, sobre todo la relacionada con la historia de los pueblos indígenas de mi país, sobre lo que centré mi tesis doctoral, pero solo en un pequeño reducto de lo

sucedido. Hace años mi intención era estudiar su cultura, sus raíces, cómo fue su caída, qué queda de ellos, cómo vivieron, sintieron, crecieron… No suelo hablar de mis abuelos por parte de padre porque murieron cuando era muy joven, pero nunca olvidaré que descendían de un jefe de tribu, sus raíces indígenas, nuestro pasado, su legado.

—Sería un honor, George —admito—. Pero ahora mi vida es otra. Trabajo en la Universidad de Barcelona como profesor visitante, hago tours por la ciudad y tengo a Lara. No contemplo regresar a Filadelfia.

—Pues deberías. —Ensancha su sonrisa—. Es tu destino, Stan. Siempre lo ha sido. Y puedo asegurarte que el puesto te va a la medida. La cátedra y una buena dosis de investigación. La universidad ha recibido financiación para estudiar tu especialidad y podrías ser el IP[2] y dirigirla. —Le dedica una mirada de soslayo a mi chica—. Lara puede trasladarse aquí contigo. Siempre puedes seguir ejerciendo de guía turístico en tus ratos libres. —Arquea las cejas—. En Barcelona te echarán en falta, pero nunca te ofrecerán lo mismo. Es tu oportunidad, no la dejes escapar. —Su cara es muy elocuente—. La plaza te esperará a finales de agosto para que te incorpores al empezar el nuevo curso. Aceptar un no por respuesta es algo ajeno a mí, ya lo sabes.

La confusión en Lara me recuerda que en este tiempo juntos no le he hablado de ese sueño de mi pasado porque lo consideraba muerto y enterrado. Sin embargo, escuchar que tengo esa posibilidad de labios del decano me produce una corriente eléctrica en el cuerpo. O quizá la culpa la tiene el lugar, volver a pasear por aquí, a sentir cómo la magia de este edificio me atrapa.

—Me quedaré en Barcelona —aseguro—. Aunque te agradezco esta oportunidad.

—Susan no te permitió conseguir tus metas —comenta cuando me levanto—. Ella siempre iba por delante, sus ambiciones eran lo único que contaba. Ahora es tu momento, Stan. Piénsatelo, no lo rechaces tan rápido. Tenía pensado llamarte esta semana para invitarte a mi despacho y hablarte de ello; encontrarte aquí ha sido cosa del destino.

—Quería enseñarle todo esto a Lara. —Le agarro la mano y se la acaricio.

—¡Y me ha encantado! —comenta ella con su efusividad natural, aunque un poco deslucida por la última conversación—. No fui a la universidad, pero después de visitar esta, creo que me lo replantearé.

Una carcajada de George nos lleva a cambiar de tema y nos adentramos un poco en el pasado de Lara, en los estudios alucinantes de su hermana, en la granja y en algunos aspectos de nuestra vida en Barcelona y de sus antiguos planes de futuro. Media hora después nos despedimos para comer en un pequeño restaurante cercano que solía frecuentar cuando trabajaba aquí y carecía de tiempo libre entre clases.

—Es una buena propuesta —expone Lara una vez hemos elegido la comida—. No sabía que desearas seguir con tus investigaciones referentes a los indios de esta región, pero si es así, quizá deberías valorarlo, ¿no crees?

—Fue hace mucho tiempo. —Tomo un sorbo de vino con la mirada puesta en ella y los pensamientos enmarañados—. Cuando terminé la tesis, quería liderar los estudios acerca de los nativos norteamericanos, documentar parte de su pasado olvidado, darles un espacio en los libros. Pero eso ya es historia.

—Una que te sigue interesando —deduce y me coge la mano sobre la mesa—. Como ha dicho George, es una gran oportunidad y deberías reflexionar muy bien sobre qué quieres de verdad antes de rechazarlo.

—Lo haré —aseguro, y enseguida me adentro en una charla sobre los planes para las próximas jornadas, porque no me apetece darle vueltas ahora a la posibilidad de un cambio.

Los días con mi familia se llenan de momentos preciosos. Organizamos una barbacoa el fin de semana a la que acude la *troupe* al completo. Arnau, Laia y Lara se acoplan con muchísima facilidad a nuestras rutinas; comen, beben, charlan y bailan como los que más. Contar con Nick de nuevo es agradable y estar con los míos me lleva a percatarme de cuánto he echado en falta estas reuniones. Crecí con ellos, las barbacoas en el jardín de alguna de las tres casas son parte de nuestro legado y volver a formar parte de ellas es un baño de realidad, de pasado, de deseos. Porque, si algo me aportan, es un anhelo intenso de recuperarlos.

Anunciamos nuestro compromiso el domingo durante la comida y obtenemos una gran respuesta efusiva de los presentes. Me siento en la cúspide de mis sueños. Mis padres han acogido a Lara como una hija más, mis hermanas la adoran y la llegada de Laia para pasar el fin de semana con nosotros ha acabado de llenar de magia los instantes. Las Ortiga se han puesto al día y han disfrutado de un par de días juntas, a pesar de la presencia constante de Nick y su cercanía a Laia. Entre esos dos hay una química que traspasa las fronteras de la normalidad y a mi chica le molesta muchísimo.

El viernes a media tarde mis padres y los de Nick nos llevan al aeropuerto para emprender el regreso a Barcelona. Hay abrazos, besos, lloros, promesas de seguir en contacto, de volver a vernos, de no esperar tanto tiempo para una nueva visita. Mi corazón se despide encogido de Filadelfia. Cuando entramos en la zona de embarque, la punzada de nostalgia por alejarme de mi familia es feroz. Llevaba tantos años sin pisar mi tierra, sin vivirla, sin caminar sobre ella… Han sido siete días cargados de ilusiones, recuerdos, reencuentros y muchas charlas agradables. De chispas emocionantes. De anhelos. De posibilidades. De interiorizar la propuesta de George, valorarla, sentirla crecer en mi alma como si fuera la estela de mis pasiones.

Barcelona rebosa vida cuando llegamos a nuestro pisito en la parte antigua de la ciudad y enseguida vuelve a atraparme su magia, la esencia de este lugar que también he hecho mío. Dejamos las maletas sin deshacer y nos metemos en la ducha para quitarnos el cansancio de encima, para tocarnos, para resarcirnos de haber pasado tantas horas sin contacto físico. Nuestros cuerpos se buscan, se tientan, se sienten y acabamos retozando sobre la cama desnudos, intensos y briosos. Después el sueño nos mece sin darnos tiempo ni a pensar en la hora, el *jet lag* o cualquier otra cosa que no sea internarnos en los mundos de Morfeo. Aunque una parte de mi conciencia sí es capaz de susurrar una palabra, «hogar», cuando la abrazo y la acerco a mí. Donde ella esté, me sentiré en casa.

Nos despertamos a las cinco de la mañana tras casi doce horas de sueño ininterrumpido. Decidimos aprovechar el madrugón y salimos a correr por la ciudad dormida, con los auriculares reproduciendo

nuestras listas personales, varias sonrisas y los recuerdos del viaje vívidos en mi memoria. Apenas hay transeúntes, hace fresco, la humedad del rocío perla las calles y se introduce en nuestra piel. Apretamos el paso, abrigados con la capucha de la sudadera, mientras avanzamos por la parte antigua de la ciudad a un ritmo constante.

Encabezo la marcha para mostrarle uno de mis barrios favoritos, el Born, donde se esconden un millar de establecimientos emblemáticos, y me detengo frente a una crepería antigua con uno de esos interiores entrañables. La descubrí por casualidad y he vuelto muchas veces durante los años que he pasado en esta ciudad. Como no abren hasta dentro de media hora, la llevo a uno de los bancos del paseo. Es uno de mis lugares preferidos de Barcelona, con Santa Maria del Mar a un lado y, al otro, el antiguo mercado, donde se encontró un yacimiento arqueológico que se remonta a la época medieval y moderna. Se puede visitar y permite hacerse una idea de cómo era una trama urbana en esos tiempos. Al caminar por sus pasarelas, es fácil imaginarse la red de alcantarillado, las calles, los comercios, las casas y los palacios. Palpar ese pretérito olvidado.

—Aquí se celebraban las justas en la Edad Media —cuento sentado en un banco—. Pero antes de eso ya hubo asentamientos. En la época romana había una necrópolis que sirvió de subsuelo para la construcción de Santa Maria del Mar. Después, con la llegada de los islámicos, siguió con la misma función, hasta que en la época medieval se empezó a urbanizar esta zona y se convirtió en la más activa de la ciudad.

—Es un sitio bonito, cerca del mar, con reminiscencias del pasado. —Lara sonríe y me da un beso—. Me gusta pasear por aquí e imaginar esas justas. ¡Qué diferente era la vida entonces! En vez de pasar las horas frente a un televisor, un ordenador o un móvil, disfrutaban de estos juegos al aire libre, a pesar de que en realidad eran una salvajada. Siempre moría alguien. Pero era su diversión. Y no me cuesta imaginarlo, ver cómo dos jinetes se retaban y que a los ciudadanos les parecía una manera de disfrutar, de pasar el rato… —Me pasa el brazo por la cintura para apoyar la cabeza sobre mi pecho —. Siempre me han gustado las novelas históricas, aprender a través

de las aventuras de sus personajes, descubrir qué hubo en un lugar antes de nosotros, qué esconden las piedras, los monumentos, las estatuas. Y contigo es como si no necesitara los libros porque lo sabes todo.

—¡Exagerada! —Suelto una sonora carcajada—. La historia es mi pasión, pero hoy en día, con san Google, es fácil encontrar datos de cualquier sitio.

—No te quites méritos. —Se endereza para mirarme a los ojos—. Seguro que podrías seguir contándomelo todo del Born.

Le guiño un ojo.

—La duda ofende —musito—. Hay una parte muy oscura en este paseo. En el siglo XVI la Inquisición lo usó de patíbulo y el famoso 11 de septiembre de 1714 las tropas de Felipe V entraron por aquí y consiguieron ganar la guerra. ¿Sabes por qué sucedió? Los barceloneses se descuidaron, permitieron que los sedimentos bajaran el nivel del mar y las tropas no encontraron impedimentos para caminar hasta aquí y entrar en la ciudad sitiada.

Ella me dirige una mirada penetrante, cargada de significado. Es como si sus sentimientos estuvieran a flor de piel.

—Has de aceptar el puesto en la Penn —dice con seguridad, sin preámbulos, cambiando de tema como si fuera algo natural—. Tu mundo siempre ha sido la historia, investigar, compartir tus conocimientos. Desde que das clases aquí eres más feliz y vi tu cara cuando George te ofreció el puesto. —Me coge las manos—. Stan, conoces mi filosofía de vida, la de tomar las oportunidades cuando se presentan, y sabes tan bien como yo que no puedes dejar escapar esta.

—Aquí soy feliz. Contigo.

—¿Hasta cuándo? —Su sonrisa es un poco triste—. Si renuncias por mí, acabará afectándonos. —Me acaricia la mejilla—. Iré contigo, buscaré una temática mejor para mi libro. Será toda una aventura…

¿Por qué siento que ese puede ser nuestro final? ¿Que si me llevo a Lara a Filadelfia y me sumerjo en mi antiguo mundo, el nuestro se desvanecerá? Es absurdo, parece decidida a acompañarme, a seguir la estela del destino, a caminar a mi lado para que yo cumpla mi sueño.

Y, sin embargo,…

23

Santa Maria del Mar

Lara

Hoy se cumplen doce meses de mi decisión de venir a vivir a Barcelona durante un año para ahorrar y conseguir uno de mis primeros sueños: escribir un libro. Después debía encontrar la ola capaz de llevarme a la siguiente. Observo de nuevo la hoja en blanco del Word y me enfrento por enésima vez a mi incapacidad para hallar el tono y centrar la idea. Y sonrío con ilusión. Con esa mezcolanza de alegría y añoranza, con la sensación de que he logrado dar un salto en una dirección inesperada capaz de llenarme de una felicidad infinita. Y no me importa la ausencia de inspiración, ni la hoja en blanco ni la imposibilidad de darles vida a las palabras. Porque soy inmensamente dichosa.

Desde muy niña poseo una imaginación desbordante, la lectura me apasiona, soy una experta a la hora de concebir mundos paralelos en mi cabeza, le pinto una vida a cada persona que se cruza en mi camino, aunque no la conozca y sea inventada e irreal. Incluso tengo un montón indecible de libretas con escritos de ideas sueltas, de pequeños inicios de relatos inacabados, de retazos de historias que jamás he llegado a desarrollar. Soy más de dar un fugaz brochazo a las fábulas que me invaden los pensamientos en momentos aleatorios y consiguen dibujar una sonrisa en mis labios, pero a la hora de plasmarlo en una novela se pierden entre mis dedos, que teclean para borrar una y otra vez.

Ha pasado un año desde que decidí vivir en Barcelona para impregnarme de su esencia, de su pasado, de su historia secreta y cotidiana, para hallar mi musa, y he acabado en un lugar tan diferente al imaginado que todavía me cuesta creer en la suerte de haberme topado con un hogar, un amor más intenso que el de las novelas, un

hombre con el que planeo pasar el resto de mi existencia. Otro vistazo a la página de Word de este portátil que hace trece meses se llevó un gran pellizco de mis ahorros me arranca una nueva y brillante sonrisa. Es como un ritual muy mío; mientras Stan duerme, yo me deslizo a la terraza de este pequeño y coqueto piso donde convivimos, me sirvo una taza de chocolate caliente con un poquito de nata y enciendo el ordenador para admirar esa página sin letras mientras me deleito con mi bebida y contemplo la ciudad oscurecida. Hoy el calor aprieta, pero he seguido a rajatabla la tradición todos los meses, incluso envuelta con una manta por culpa del frío de invierno. Porque un porrón de años atrás me decidí a seguir siempre la estela de las oportunidades y este fracaso de novela me muestra cómo los sueños cambian, se moldean, se redefinen y, muchas veces, logran mutar en unos muy alejados de los iniciales que, sin embargo, están cargados de nuevas y excitantes emociones.

—Buenos días. —Stan aparece con cara de sueño y una taza en la mano. No tiene un buen despertar, necesita café en vena y una media horita de adaptación a la vigilia antes de ser cien por cien persona. Por eso me limito a enarcar los labios hacia arriba, señalarle la silla de al lado y darle un sorbo a mi chocolate.

Nos quedamos así, en silencio, mirando a la nada. Es tan agradable, tan perfecto… Es muy pronto, apenas hay algo de luz en el cielo. Los sonidos de Barcelona empiezan a despertar, el olor a salitre viene envuelto en una brisa matutina y el sol despunta a lo lejos. La vida en la granja me marcó unos horarios bastante descabellados para la ciudad. Ha pasado un año y sigo despertándome al alba, cuando el cielo todavía está salpicado de miles de estrellas.

—Me falta poco para acabar el curso en la universidad —susurra Stan. Lleva unas semanas bastante metido en eso de la introspección. Nick regresó a Filadelfia hace cosa de quince días, Arnau despegó rumbo al Sudeste Asiático hace dos semanas en busca de aventuras y para olvidarse de un matrimonio fallido y nosotros nos hemos quedado solos de nuevo.

—A mí se me acaba el contrato en el bar mañana —repito la misma conversación de los últimos días. Presiento la necesidad de Stan de dar

un nuevo giro a su vida, sus pensamientos recurrentes sobre aceptar esa propuesta de George en la Universidad de Pensilvania que llegó unos días después de nuestra partida en forma de e-mail, con condiciones claras, concisas y altamente interesantes—. No he echado ningún currículo…

Esa última frase intenta darle pie a proponerme lo que lleva rondándole mucho tiempo. Y sí, me parece doloroso abandonar esta maravilla de ciudad, alejarme de los míos, volar hacia lo desconocido —nada que ver con mi idea inicial de perderme con una mochila por el mundo—, pero yo siempre he sido impulsiva: no pienso, actúo. Y ahora es el momento de seguir la marea, de subirme al oleaje y acompañarlo sin rumbo. Él suspira, bebe un poco de su café y me mira. Lleva el cabello despeinado, los ojos todavía no han adquirido el brillo habitual de la conciencia absoluta y siguen soñolientos, perdidos en un lugar bastante alejado de aquí.

Otra vez nos envuelve el silencio. Es sereno y, a la vez, cargado de palabras no pronunciadas. Se merece la oportunidad de adentrarse en sus sueños, de estirarlos, de surcarlos en una tabla asentada en su ilusión. Le he dado un par de vueltas a la idea de acompañarlo cuando al final sea capaz de pedírmelo —sí, flipo conmigo, porque lo he valorado desde bastantes ángulos, pero es que el tío es reflexivo hasta decir basta y me ha concedido un montonazo de tiempo para imaginarme la situación. ¡Si incluso lo hablé con Arnau!—, y una cosa tengo clara: sería una oportunidad cojonuda para buscar algo que de verdad me interese a la hora de encarar una ocupación, porque me ha quedado bastante claro que lo de escribir me va muy grande (aunque, oye, no perderé nunca la esperanza).

Stan coloca la taza encima de la mesilla que tenemos. Antes he llamado a este balcón «terraza», pero es demasiado nombre para una galería de dos por dos, minúscula, casi incapaz de albergar una pequeña mesa y dos sillas plegables. Suspira de nuevo, ladea la cabeza, se pasa la mano por el pelo de esa forma tan característica en él, con los dedos deslizándose con suavidad entre su cabello, y gira la cabeza despacio hasta encararme por completo.

—¿Qué te parecería si…? —Deja la frase en suspenso. Su voz ha

empezado firme, pero a la tercera palabra ya se ha vuelto casi un susurro.

—Estoy de acuerdo, ya te lo dije —contesto. ¡Dios! No puedo más con esta situación, prefiero tirarle de la lengua y dar el paso de una vez por todas—. Nos vamos a Filadelfia, no se hable más.

Se queda mirándome más rato de lo razonable, con los ojos y la boca muy abiertos. Yo me limito a sonreírle sin perder la diversión. Está alucinado, flipando con mi capacidad para leerle la mente. Y eso me encanta.

—¿Cómo…? —susurra.

—¡Venga ya, Stan! —Suelto una carcajada—. ¡Voy diez pasos por delante de ti! ¿Olvidas que vivo contigo? Te he visto leer ese e-mail más veces de las necesarias, tus ojitos llenos de chiribitas, esa expresión de tener unas ganas locas de subirte a la cresta de la ola. Aunque has tardado una barbaridad en lanzarte. —Chasco la lengua, en broma—. Pensaba que había conseguido pegarte un poquito mi espontaneidad, pero sigues un poco rígido, cielo. —Alargo mi cuerpo para darle un beso fugaz—. ¡Suéltate! ¡Agárrate a tus ilusiones! ¡Y vívelas!

—¿Eso es un sí? —Necesita más cafeína, te lo digo yo, que el tío está lento—. Te estoy pidiendo que cambies toda tu vida y tus sueños para seguirme a Filadelfia…

Me levanto para sentarme en su regazo. Le rodeo el cuello con los brazos y le planto un morreo de esos que haría escandalizarse a los más recatados. Luego me separo de él y mis ojos le trasmiten un millar de ideas en un milisegundo.

—Es un «donde tú vayas, yo estaré» —afirmo con contundencia—. Mi plan era irme a descubrir mundo al terminar este año, estaba decidida a volar y eso es lo que voy a hacer. Porque instalarme en una ciudad de Estados Unidos con el amor de mi vida es una opción increíble. ¡Por fin dominaré el inglés! ¡Y me integraré en la vida norteamericana como una más! —Mis labios rozan los suyos un segundo—. Además, puedo servir mesas en uno de esos *diners* de las pelis, con mi delantal rosita, la placa con mi nombre y la jarra de café en la mano para ofrecer a los clientes. ¡Es el sueño de cualquier chica

de granja!

Sus carcajadas son música celestial para mis oídos, sedientos de ellas.

—Te quiero. —Me abraza por la cintura y me besa—. Eres lo mejor que me ha pasado, Lara. ¡No cambies nunca!

—Yo también te quiero —respondo con la misma pasión—. Eres mi mejor sueño, el que no canjearía por nada, el único capaz de llevarme hasta el infinito y más allá.

—Ven aquí, Buzz. —Me levanta para acabar en la cama, porque así somos nosotros: apasionados, siempre listos para entrar en acción, para amarnos como locos, para retozar durante más de una hora.

El tiempo es una unidad extraña. A veces avanza muy lento, agónico, asfixiante incluso; otras parece un cohete rumbo al espacio exterior. Esta última semana ha seguido la segunda opción porque apenas he podido retenerlo. En cuatro días nos iremos de Barcelona para emprender el resto de nuestra vida, una cargada hasta los topes de nuevas y excitantes realidades, de una cantidad inmensa de cambios, de olas, de temporales y de calma chicha; divertida, feliz, esperanzadora… Salimos de casa cuando las primeras luces del alba tiñen las calles vestidos con ropa de deporte, dispuestos a ver por última vez cómo la ciudad empieza a adentrarse en la actividad diaria mientras escuchamos música bonita, forzamos nuestros cuerpos al máximo y disfrutamos de la compañía del otro.

Stan se detiene frente a Santa Maria del Mar, una de las basílicas más bonitas de esta ciudad, sobre todo por su historia, esa que se refleja en una novela y una serie de éxito. La construyeron los *bastaixos* —antiguos estibadores— y los fieles de la zona del puerto y de la Ribera, quienes la pagaron y ayudaron en todo. Es una historia de esas entrañables que me sé por la tele, el libro y los tours de mi novio. Stan entrelaza los dedos con los míos, tira de ellos y se acerca a la entrada, cerrada a esta hora tan temprana. No es la primera vez que me trae aquí, pero sí que se detiene frente a sus puertas para hablarme de ella con nostalgia. Eso me emociona y, a la vez, me crea un vacío en el corazón, uno que muestra cómo nos afectará empezar de nuevo

en un país alejado de mis planes iniciales. Pero me basta una mirada a sus ojos chispeantes para que una sonrisa de colosales dimensiones se apodere de mis labios junto con la convicción de que mi universo está donde vaya él, que lo seguiría hasta el fin del mundo si me lo pidiera.

—Hay muchísimas historias referidas a esta basílica —comenta sin soltarme la mano—. Un escudo del Barça como vidriera, la larguísima construcción, el saber que es de los únicos templos católicos edificados con dinero popular, que se trata de una joya del gótico, que está erigida sobre una necrópolis y, por lo que parece, también encima de un antiquísimo anfiteatro romano. Además, el patrón de medida de la época medieval se guardaba aquí, se llamaba «cana», lo que indica la importancia de la ciudad en la Edad Media. Hoy en día uno de los patrones de medida más conocidos es el metro y está en París. —Avanza hasta las escaleras, las sube y nos sienta en uno de los peldaños; él, en el de encima, y yo, en el de abajo, entre sus piernas, apoyada en su pecho—. Pero lo más relevante para mí es su accidentada historia, como si pendiera un maleficio sobre ella.

—¡Venga ya! —Suelto una carcajada—. ¿Desde cuándo crees en esas cosas?

—Si algo he aprendido en el tiempo que he pasado a tu lado es que no importa qué creo, sino cada suceso, cada oportunidad, cada uno de los caminos que tomamos en la vida. —Me separa los cuatro cabellos sueltos de la nuca y deposita un beso en ella, a pesar del sudor manifiesto después de la carrera—. Y lo más importante de Santa Maria del Mar es que, a pesar de las catástrofes, sigue en pie y se ha convertido en un lugar de culto, en una joya de la corona de Barcelona…, en una de las basílicas más bonitas del mundo.

No contesto, no puedo. Siento un nudo en la garganta y unas impresionantes emociones recorriéndome. Sus palabras, el significado oculto, la capacidad de Stan por hacerme feliz sin apenas proponérselo. Me apoyo todavía más en él. Me abraza por la cintura, me ciñe mucho a él y me besa de nuevo en el cuello.

—Siempre vale la pena seguir los sueños, ¿sabes? —musito—. Y más cuando te llevan muy alto. Aunque algunas veces puedas caerte, hay que alzarse en ellos, apostar, navegar entre la marea.

—Justo al principio de la construcción, y separados por apenas tres años, dos terremotos sacudieron el lugar —susurra—. Tres años después del último, un incendio el día de Navidad destruyó el altar mayor, el coro, la sacristía y los andamios de madera. —Suspira—. Tras acabarla, durante el siglo XIV, Barcelona se enfrentó a varios terremotos producidos en los Pirineos, pero que replicaron en la ciudad. Esta vez pasaron diecisiete años entre ellos, pero en el primero incluso hubo víctimas mortales y ocasionaron daños estructurales. Encima, el 20 de junio de 1604, una tormenta eléctrica se cobró varias vidas. —Calla un segundo y aprovecha para acariciarme la cintura con los dedos—. El siglo XVII trajo consigo cuatro nuevos temblores que afectaron a la estructura, y ni te digo de las bombas de la guerra de Sucesión, que produjeron daños menores en los muros y los contrafuertes. Pero lo peor vino con la guerra civil española en agosto de 1936, cuando un ataque anarquista consiguió que ardiera durante una semana, arrasando con el altar mayor barroco, el órgano y casi todo el mobiliario, aparte de los perjuicios en varios arcos y pilares. Después de eso, sobrevivió apenas la estructura de la basílica.

—Y, aun así, sigue en pie —insisto—. Es perfecta a pesar de todo, aguantó impertérrita, se dedicó a surcar los años con su majestuosidad y nunca se ha rendido.

—La reconstruyeron, sí. —Se palpa la emoción en su voz—. Pero ha quedado algo maltrecha, con algunas deformaciones, los pilares un poquito torcidos, una inclinación de hasta dieciséis centímetros en las torres… —Espira con profundidad—. En fin, que si te paras a pensarlo, te das cuenta de que tiene defectos.

—Como todo. —Sonrío, aunque no me pueda ver y sea una expresión solo para mí—. En eso consiste crecer, evolucionar, adaptarse al medio. En alzarse lo mejor posible, en avanzar en la vida con tus grietas y tus cicatrices, aunque te sostengan pilares ladeados, porque lo real es saber qué los ha hecho así y cómo has esquivado las consecuencias, cómo has caminado por un precipicio para quedarte solo con la vista y no con todo aquello que se atisba oscuro bajo tus pies. Porque la belleza de la vida está en recordar lo bueno y aprender de cada error para no cometerlo de nuevo. —Levanto la cabeza para

mirarlo a los ojos. Él me devuelve el gesto con veneración, como si mis palabras acabaran de tocarle el alma—. Si no nos permitimos equivocarnos, nunca conseguiremos ser felices de verdad porque no encontraremos nuestro camino.

—Pues hagámoslo juntos —suelta en un arrebato—. Erremos, caminemos al filo del abismo, subámonos a las olas, surquemos el mundo en una tabla. —Me besa, esta vez de verdad—. Cuando lleguemos a Filadelfia, casémonos de una vez, construye una vida a mi lado, busca aquello que te apasione, contágiame siempre tu locura.

Es tan fácil ser feliz…

24

Parque del Laberint d'Horta

Stan

Guardo las últimas prendas en la maleta y me quedo sentado sobre el colchón en una cama sin sábanas, con los ojos observando el espacio vacío de la habitación. Va a ser doloroso decir adiós, dejar atrás estos últimos años para adentrarme en mi nueva vida en Estados Unidos al lado de Lara, en mi antiguo hogar, en la universidad que me ha visto crecer, junto a los míos. Estoy ilusionado y, a la vez, muerto de miedo. ¿Y si ella no se adapta? ¿Y si todo cambia? ¿Y si nuestra relación sufre por culpa de haber dado un paso demasiado vertiginoso? Lara renunciará a demasiado por mí, va a cambiar todos sus sueños mientras que yo me aferraré fuerte a los míos para vivirlos. Y me aterra perderla en el camino, no puedo evitarlo.

—¡No frunzas el ceño! —Se apoya en el marco de la puerta, desnuda, con las gotas de la ducha resbalando por su cuerpo desde el cabello mojado—. Pareces enfurruñado y a mí me gusta más el Stan sonriente.

—Me estaba despidiendo —susurro, sin ganas de contarle mis temores, esa sensación extraña de que al avanzar en mi carrera voy a obligarla a abandonar sus sueños—. Echaré de menos esta ciudad.

Camina hasta mí, se sienta en mi regazo, me envuelve la nuca entre sus brazos y me besa. Su aliento sabe a menta y su cabello huele a ese champú floral que lleva unos días usando porque lo encontró por casualidad en una tienda de barrio y «la llamó». Me gusta, es un olor fuerte y muy fresco.

—Cariño, ¡olvídate de preocuparte por todo! —Deposita un nuevo beso en mis labios y sonríe—. Volveremos a Barcelona, no nos vamos a la guerra ni nada de eso. Y sí, vale, está lejos, pero existen los aviones, internet, Skype, FaceTime, los móviles, WhatsApp… —Me

guiña un ojo—. Estaremos a unos bits de distancia de mi familia y siempre nos quedará recurrir a las fotos y los vídeos de nuestro tiempo aquí. —Se apoya en mi hombro—. Por no hablar de todos los recuerdos que plagan Instagram con el hashtag de tu superweb. —Baja la voz—. Estaremos bien, Stan.

Asiento, me trago la ansiedad y la tumbo en la cama para hacerle el amor y así quemar mis miedos absurdos entrando en su cuerpo, dándoselo todo, compartiendo con ella mis sentimientos, mi corazón, mi alma, mi esencia. Lara me recibe con pasión y amor. Nuestros cuerpos se conocen, se llaman, se unen más allá de la parte física y acabamos sudados, satisfechos, plenos y sonrientes.

—Mira qué has hecho —se queja ella con una risa floja—. ¡Ahora me toca ducharme otra vez!

—¿Quieres compañía? —ofrezco con una sonrisa torcida—. Creo que deberíamos despedirnos de ella…

—¡Pervertido! —Se levanta con agilidad y corre al baño—. ¡Ya estás tardando! Aunque hay varios lugares de este apartamento que también merecen un adiós similar.

La abrazo y la alzo en vilo. Sus carcajadas llenan el piso vacío de nuestras cosas, que ya están de camino a Estados Unidos metidas en cajas para facilitarnos el vuelo de esta tarde. Hemos contratado a una empresa para llevar lo menos esencial en barco y nosotros solo nos hemos quedado con lo imprescindible para esperar al resto. Dejar el piso nos ha costado menos de lo esperado; un colega de la universidad ha asumido el alquiler hasta el final del contrato. En Filadelfia pasaremos un tiempo con mis padres mientras encontramos el nidito de amor perfecto para instalarnos. Hemos vendido varias cosas por Wallapop, nos hemos despedido de los conocidos que tenemos gracias a nuestros trabajos, de sus padres con una visita a la granja y de muchos de nuestros lugares especiales, y me he devanado los sesos para encontrar uno donde pasar las últimas horas porque quiero algo desconocido para los dos, una forma diferente de dar el último «hasta luego» a esta magnífica ciudad.

Un par de horas después dejamos las maletas listas en la entrada y repasamos los documentos necesarios para viajar: el visado de Lara,

los pasaportes y las tarjetas de embarque. Todo está en orden. Ella ha solicitado un visado temporal porque en estos momentos es el único que se puede pedir, pero vamos a solucionar su problema de estancia legal en unos meses. Cuando por fin me dé el «sí, quiero» frente a un puñado de personas, daremos el primer paso en esa dirección, aunque es un proceso largo y muy arduo. Desde que decidimos dar este salto, el anillo que luce en su dedo —se lo regalé hace cuatro días en una emocionante visita nocturna a la playa— nos ha guiado hasta aquí, nos ha dado pie a organizar la boda para Navidad, un momento perfecto para reunir a ambas familias en Filadelfia y pagarles a sus padres un viaje fuera de las fronteras de su granja. Mi madre está como loca con los preparativos, y mis hermanas ni te digo. Nick, Arnau, Sandra y Núria también asistirán, al igual que Laia.

—Hora de confesar. —Me da un beso en la mejilla antes de salir de casa—. ¿Me vas a decir ya a dónde vamos? Estoy supernerviosa con tanto secretito… Son nuestras últimas horas en Barcelona, ¿las pasaremos en un lugar especial?

—De momento te llevo a la parada del metro. —Le guiño un ojo, juguetón—. Tenemos tiempo de sobra para hablar largo y tendido del destino una vez lleguemos allí.

Gruñe. Pero enseguida esgrime una expresión alegre para mostrarme su grandísima emoción ante la expectativa. Lara adora la improvisación, encontrarse ante las puertas de una aventura sin conocerla de antemano. Quizá ha cambiado algunas parcelas de su vida y, sin embargo, nunca ha perdido la espontaneidad, la ilusión, esa energía imbatible que la atrapa en todo momento para llevarla a la estratosfera de la positividad. Me contagia. Me colma de felicidad. Saca lo mejor de mí.

—Pues vamos allá. —Avanza con más ímpetu por la calle y yo corro a alcanzarla, la abrazo por la cintura y me adapto a su ritmo.

Durante el trayecto en metro hablamos de nuestros meses juntos en Barcelona, de sus proyectos de futuro, de su ilusión por surcar el océano y empezar a brillar en otro continente. La escucho con una sonrisa imborrable. Quiere dominar el inglés, navegar por las posibilidades y encontrar una vocación para dedicarle toda su

atención, ya que poco a poco está renunciando a convertirse en escritora. Y estoy dispuesto a apoyarla en cualquier dirección que decida tomar, darle la mano cuando lo necesite, ofrecerle mis consejos siempre que me los pida y brindarle el tiempo que requiera para encontrar su lugar en Filadelfia.

Nos bajamos en la parada de Mundet de la línea 3 del metro. Ella escruta el lugar con el ceño un poco fruncido, como si intentara ubicarse. Sonrío al darme cuenta de que he conseguido sorprenderla. Es una de mis pretensiones ocultas, una manera de despedirnos de esta ciudad tan importante para nosotros en un espacio nuevo, romántico, de ensueño. El calor de finales de junio nos inunda el cuerpo de sudor, el sol está en su cénit, pero nada me disuade de caminar a su lado rumbo a un jardín perfecto para pasar las últimas horas en Barcelona.

—¿A dónde vamos? —pregunta de nuevo, curiosa, al dejar atrás la Ronda de Dalt para dirigirnos al recinto que alberga nuestro destino.

Le guiño un ojo y tiro de su mano para caminar hasta la entrada del parque del Laberint d'Horta para visitar los jardines antes de adentrarnos en las fauces del laberinto y descubrir cada uno de sus recovecos. Mis labios cuentan sus historias mientras caminamos bajo el sol. La voy deteniendo para besarla, abrazarla, sentirla. Hay muchísimas familias con niños ocupando la zona de juegos, personas paseando por el jardín romántico, incluso vemos algunas parejas que imitan nuestros gestos frente al jardín doméstico…

Nos acercamos a la entrada del laberinto unos minutos después y, una vez pago las entradas, nos fijamos en la escultura de Ariadna y Teseo con una inscripción:

ENTRA, SALDRÁS SIN RODEO,
EL LABERINTO ES SENCILLO,
NO ES MENESTER EL OVILLO
QUE DIO ARIADNA A TESEO.

—Es bonito pensar en el mito de Ariadna y Teseo —susurro abrazándola—. Al llegar a Creta para cumplir con su destino, él se enamoró perdidamente de ella y esta le proporcionó todo lo necesario para matar al minotauro que moraba en las entrañas del laberinto

construido por Dédalo, junto con un ovillo para encontrar la salida tras vencer al monstruo. —Lara apoya la cabeza en mi hombro—. La mitología griega cuenta que Teseo, hijo de Egeo, el rey de Atenas, se presentó voluntario para cumplir con el tributo anual que los griegos ofrecían al Minotauro: catorce jóvenes. Su verdadera intención era acabar con el monstruo para liberar a su patria de su yugo. Ariadna, hija del rey Minos, lo ayudó, y él acabó venciendo y llevándose a su amada a Atenas con él. Aunque en Naxos se separaron por la intervención de Minerva y Teseo acabó desembarcando en El Pireo. Al final, Teseo se convirtió en el rey de Atenas y se casó con la hermana de su amada, quien sufrió mucho la pérdida.

—¡Qué mierda de historia! —Niega con la cabeza—. El amor no triunfa en ella, y eso me mosquea bastante.

—No siempre es así, ¿sabes? —Empezamos a andar entre los cipreses—. Hay que cultivarlo, cuidarlo, no darlo por supuesto y trabajar muy duro para mantener la llama. No se puede olvidar en la cuneta ni buscar subterfugios para ocultar que ya no quieres luchar por él…

Debería callarme, pero llevo unos días pensando en Susan y en mi necesidad de hablar con ella para cerrar el capítulo de nuestra historia antes de dar un nuevo «sí, quiero», y más desde haberme enterado de la bomba de que vuelve a casa tras separarse de Keith —en realidad, su «querido amante poderoso» la ha abandonado por una más joven y menos complicada—. Susan forma parte de mi núcleo familiar, vendrá a muchos eventos, la veré con frecuencia y ha llegado la hora de darle el lugar que le corresponde en mi vida, aunque no sea uno demasiado cercano. Así podré dejar atrás una relación fallida y edificar los muros de una más lógica en este momento. Porque mi vida con Lara se merece un recorrido perfecto. Y la sombra de Susan no puede planear sobre nosotros por mi incapacidad para decirle sin tapujos qué pienso de lo sucedido. O de quitarme esa espina del corazón.

—Me parece bien —musita Lara. Sacudo la cabeza sin entender demasiado esa aseveración. Y, para dar la razón a los que afirman que los hombres no saben hacer dos cosas a la vez, me detengo para procesarla. La miro a los ojos con las cejas levantadas.

—¿Qué te parece bien? —inquiero, muy interesado.

—Has de aclarar las cosas con tu ex. —Mi expresión desconcertada debe darle una pista para lanzar una carcajada y aclararme las cosas —. Te conozco y llevas días un poco atacado porque sabes que Susan estará en Filadelfia cuando lleguemos. —Me da un beso en la mejilla —. Lo entiendo, necesitas hablar con ella, poner un punto final a lo vuestro y reubicarla en tu vida sin que te haga sentir incómodo.

Sonrío en respuesta, porque no soy capaz de nada más. Ella ve en mí, es así de sencillo. Penetra en mi mente, en mi cuerpo, en mi alma, y percibe mis necesidades, mis miedos, mis desvelos. La abrazo bien fuerte, la estrecho y uno mis labios a los suyos para explicarle con gestos cómo me emociona tenerla conmigo.

—Te quiero —expreso con intensidad.

—Y yo a ti.

Caminamos unos segundos en silencio. El sol sigue presidiendo un cielo sin manchas de nubosidad, el olor del verano inunda el ambiente, al igual que los sonidos de algunos aventureros que recorren el laberinto como nosotros. Escucho unas risas lejanas, el rumor de los niños, una conversación…

—El parque fue construido entre 1791 y 1808 bajo las órdenes de Joan Antoni Desvalls i d'Ardena, el VI marqués de Llupià, para homenajear a Eros, el dios del amor —expongo—. Por eso encontraremos su escultura justo en el centro después de atravesar ocho entradas señaladas por cipreses.

—¿Por eso me has traído aquí? —Se ríe con esa efusividad que suele contagiarme y darme una razón poderosa para no despreciar nunca la felicidad absoluta—. ¿Para decirme una vez más cuánto me quieres?

—Te lo tienes muy creído… —La atrapo entre mis brazos para besarla sin medida y ella se carcajea—. Pero no todo gira alrededor de mis sentimientos por ti.

Me da un pequeño golpe en el pecho.

—Eso ha dolido —susurra con un puchero, pero enseguida estalla en risas potentes.

Tardamos más de la cuenta en encontrar la entrada al centro del laberinto para observar la figura del dios griego del amor, colocada

sobre un pedestal. El primero de los ocho arcos de cipreses nos indican que estamos a punto de alcanzar ese punto álgido.

—Desvalls era un enamorado de la mitología griega, un hombre culto y con sensibilidad por el arte —cuento antes de avanzar hacia las puertas del centro del laberinto—. Les puso nombres de personajes mitológicos, inspirados en el amor y en la naturaleza, a cada uno de los arcos. —Doy un paso para internarme bajo la primera—. Anfítrite, diosa griega del mar tranquilo —cito y sigo mi camino enumerando cada uno de los dioses de los arcos—. Ariadna, de quien hemos hablado antes. Dánae, madre del fundador de Micenas, Perseo. Eco, ninfa protectora de las grutas y de las montañas (solo podía hablar repitiendo las últimas palabras). Egeria, diosa griega de las fuentes y los partos, muy acorde con lo dicho de la frase «eres hijo del laberinto». Eros, dios griego del amor. Europa, la heroína raptada por Zeus; de hecho, todavía existe una discusión de si su unión física con el dios fue forzada o voluntaria. Y Narciso, el joven enamorado de su propia imagen y que rechazó a Eco, lo que la llevó a esconderse en una cueva y no salir nunca más.

—En realidad los mitos griegos son hipertristes. —Suspira—. Casi prefiero escribir algún día acerca de una historia con final feliz.

—¿Has decidido ya qué tipo de novela vas a crear?

Ella niega con la cabeza. El tema lo tiene un poco atragantado. Lleva un año intentando darle vida a algo, pero apenas ha logrado poner un título y poco más. No consigue encontrar el tono, la inspiración, la idea. Y eso la consume a veces. Quema la decepción leyendo cada vez más y con una obsesión enfermiza por conocer el final de las novelas. Me gusta verla emocionarse con las historias, es bonito saber cómo la llena la lectura, cómo a través de las letras de los autores descubre otros mundos.

—Creo que quiero unir la parte romántica con la historia de nuestros paseos por Barcelona. —Su sonrisa es un poco triste—. Es frustrante no haberlo logrado, ¿sabes? Desde niña ansiaba darle vida a mi imaginación en el papel, llegar a las librerías y conquistar los corazones de millones de lectores. Y ya ves, mis sueños son inalcanzables porque no consigo hilvanar ni dos frases seguidas en una

hoja de Word. —Chasca la lengua, menea la cabeza y recupera el buen humor con una sonrisa—. Así que toca rediseñar metas, seguir leyendo pero sin aspirar a escribir, encontrar una nueva pasión por la que darlo todo. El cambio de ciudad me irá genial para definir un objetivo y luchar por él. —Me rodea con los brazos el cuello, justo enfrente de la estatua del dios del amor—. Y más si es a tu lado.

Sus palabras suenan sinceras, pero siento un resquicio de ansiedad al escucharlas, como si escondieran un mundo de dolor. Lleva semanas asegurándome que sus sueños pueden redimensionarse, cambiar, adaptarse para ser mejores mientras sigue los míos y, sin embargo, una parte de mi cerebro lo analiza diferente, saca matices, revela que en realidad solo los estoy sofocando y cortándole las alas a ella.

25

Plaza del Diamant

Lara

Me levanto de la cama muy temprano, emocionada, con una de esas sonrisas cargadas de una ilusión perfecta. La casa que encontramos al mes de llegar a Filadelfia cumple con todas mis expectativas. Cómoda, cálida, cercana a la de los Harrison, con un pequeño jardín trasero donde pasamos los días de bondad climática…, aunque uso muchas veces el porche para tomarme un chocolate mientras leo sentada en el balancín y tapada con una manta hasta la nariz. Es uno de los mejores rinconcitos de mi hogar.

Stan duerme tranquilo en nuestra cama. Lo observo alumbrada por las primeras luces del alba que se cuelan por la ventana. Me acerco al cristal empañado por el cambio de temperatura y me deleito con la vista de los primeros copos de nieve descender desde un cielo gris oscuro. En contra de la creencia de muchas personas, a mí me parece un augurio precioso despertarme el día de mi boda acompañada por una nevada. Es como si el cielo me lanzara sus mejores deseos al cubrir la ciudad de blanco.

No me costó adaptarme al cambio; la familia de Stan es muy cariñosa y siempre está dispuesta a ofrecernos lo mejor de cada instante. Forman una piña junto a los sobrinos de Margarita, su descendencia y los familiares de Nick y de Susan; están muy unidos y su cercanía consigue crear unos vínculos cargados hasta los topes de energía positiva, una que me dio la bienvenida y me integró en su rutina como una más. Entre nosotros abundan las barbacoas en el jardín cuando el clima lo permite, las cenas en grupo, las noches de juegos de mesa en alguna de las casas, las salidas al teatro, al cine, a conciertos… Nos juntamos bastante, disfrutamos de la compañía, de los momentos, de la complicidad, de la diversión.

Mi única espinita es Susan, su manera de interactuar con Stan, cómo lo seduce con sus palabras mientras a mí me trata con distancia y una perversa amenaza constante, siempre a escondidas de mi novio. Me pone en situaciones difíciles en cada una de las reuniones familiares, se muestra celosa, poco receptiva a mi presencia, cautivadora con él y despiadada conmigo. Pero Stan le resta importancia y ya no sé si solo son imaginaciones mías.

Con Nick todo ha vuelto a su cauce, han limado asperezas. Los meses que pasamos juntos en Barcelona fueron determinantes para asentar las bases capaces de redefinir su amistad, de derribar algunos muros y de construirla con más solidez. Sé que Nick se arrepiente muchísimo de su comportamiento en el pasado, lo demuestra con actos en muchas ocasiones; ha modificado su actitud frente a la vida, ha madurado y ya no salta de una mujer a otra como si el compromiso le diera urticaria, pero todavía no está preparado para sentar la cabeza. Por suerte, su tonteo con Laia se quedó en eso y apenas han vuelto a coincidir en los seis meses que llevo en Estados Unidos. Ninguno de los dos estaba preparado para una relación y lo suyo quedó en una aventura fugaz.

Mi amistad con Nick es sincera, más fácil de lo que imaginé en un principio y cargada de buenos momentos. Es un hombre sarcástico, travieso, con facilidad para retarte a juegos dialécticos y un sentido del humor muy peculiar. Va a ser el padrino en la boda. En la vida hay que saber perdonar para avanzar. Desde mi llegada he intimado mucho con mi cuñada Amber, es una chica explosiva, divertida y entusiasta.

Sigo con uno de mis dedos un copo de nieve que se ha posado en el cristal y desciende con lentitud por él. Se va deshaciendo hasta convertirse en agua. Sonrío con nostalgia e ilusión a partes iguales. Echo en falta mi rutina de Barcelona, la creencia de estar inmersa en mi destino, ese cargado de incertidumbre positiva, de posibilidades, de caminos por descubrir, de aventuras. Llevo seis meses estudiando inglés de forma intensiva con el método de mi suegro mientras lo compagino con mi empleo de profesora de español en una academia cercana a la universidad. Formo parte de un club de lectura en mi

lengua que descubrí por casualidad en una librería —gracias a él encontré mi trabajo, ya que una de las participantes es la dueña de la academia— y disfruto de una existencia tranquila, aunque a veces añoro soñar con imposibles, esperar subirme a la cresta de una ola que se forme de manera inesperada, encontrar un sendero inconcebible unos minutos antes.

Arnau sigue su periplo por el mundo. Mantenemos largas videollamadas en las que le cuento mi devenir por la vida, nos mandamos mensajes a todas horas, redescubrimos nuestros puntos en común y compartimos lecturas conjuntas, ya que él adora leer tanto como yo. No ha superado del todo el divorcio, pero a medida que pasa el tiempo logra dejarlo atrás, aceptar el giro de los acontecimientos y ahogar sus penas en sexo sin compromiso con mujeres de paso. Le costará volver a confiar en alguien hasta el punto de arriesgarse y quizá sentar cabeza, pero lo logrará cuando sea el momento.

A veces siento un vacío en el pecho al pensar en el pasado, en todas esas ideas locas de descubrir mundo con una mochila a mi espalda, sin responsabilidades ni obligaciones más allá de seguir la estela de las experiencias, trabajando solo cuando es necesario para reunir dinero, disfrutando de las embestidas de la marea, perdiéndome en cualquier lugar. Suspiro con melancolía. Arnau, Sandra y Núria me envían con regularidad crónicas de sus viajes; él ha vuelto a ejercer de instructor de buceo con ellas, de guía, de camarero y de cualquier actividad que le permita seguir con el periplo de conquistar lugares perdidos. Pero no me arrepiento de mi decisión de quedarme con Stan y priorizar sus sueños mientras buscaba los míos. Somos tan felices que enseguida rebajo las sensaciones y apuesto por lo nuestro a lo grande, sin rencores ni ansiedades. Stan es mi destino y no tardaré en alcanzarlo.

Giro la cabeza para repasar el cuerpo de Stan bajo las sábanas. Mi libido no tarda en alterarse y me entran unas ganas locas de unirme a él, de tocarlo, de sentirlo moverse en mi interior. Pero me reprimo. Hoy nos casamos y hemos planeado un viaje de ensueño de veinte días por Filipinas, siguiendo las indicaciones de mis amigos, para visitar lugares extraordinarios. Puedo esperar a esta noche para tenerlo durante un largo periodo para mí sola; ahora toca prepararse para mi

gran día, uno en el que no solía pensar de niña como mis compañeras de escuela. Sandra, Núria, Arnau y yo éramos los únicos soñadores de imposibles; mientras los demás definían metas más acordes con la edad, nosotros nos decantábamos por imaginarnos viviendo aventuras descabelladas, muchas de ellas sacadas de películas o de libros de acción. En todas esas fantasías compartidas, los cuatro surcábamos el mundo juntos, unidos, deseosos de experimentar mil sensaciones. Con los años fuimos mitigando la parte inalcanzable de esas ideas para perfilarlas de manera realista. Ya no nos valía meternos en la piel de los actores ni de los personajes de alguna novela que nos apasionara, necesitábamos trazar un plan viable.

Mi sonrisa se ensancha hasta casi llenar por completo mi cara. Nunca fui de esas chicas que anhelaban convertirse en princesas, sino que prefería ser la despreocupada de la historia, alguien capaz de alcanzar la ilusión con cualquier estímulo. Quizá por eso cuando la madre de Stan me propuso ayudarme con la organización de la boda, se la cedí casi por entero, aunque le puse algunas condiciones porque me niego a vivir un cuento de hadas; prefiero una ceremonia bonita, emotiva, y un evento entre amigos con brindis divertidos, cercanía, comida a la altura y envuelta de un ambiente agradable.

—Vuelve a la cama —susurra Stan abriendo un ojo—. Todavía nos quedan un par de horas de sueño. No vas a desaprovecharlas, ¿verdad?

Niego con la cabeza con una emoción palpable. Amo a este hombre con toda mi alma. Amo la forma en la que me abraza, me mira, me habla, me mima, me trata. Amo su obsesión por controlarlo todo. Amo su pasión por enseñar y por investigar el pasado de los indígenas de esta región. Amo cómo se relaciona con su familia y amigos. Amo sus risas, sus palabras, su voz, su cuerpo. Lo amo por completo. Me meto en la cama, me tapo con la sábana, me acerco a él, permito que nuestros cuerpos se entrelacen en la posición de la cucharita y me olvido de mis pensamientos funestos. Porque hoy me convertiré en su mujer y nada me emociona más.

—Te quiero —musita en mi oído antes de volver a dormirse. No tarda en acompasar su respiración como señal inequívoca de su

entrada en el mundo de Morfeo.

Durante las dos horas siguientes me quedo despierta con la mente enredada en mil momentos con él, repasando nuestra relación desde el principio y reviviendo aquellos instantes mágicos que nos han llevado hasta aquí. Soy incapaz de dormir. Los nervios son un potente agitador de la vigilia, me desvelan, me colman, me internan en la ilusión. Porque si de algo no tengo dudas es de mi sincera rendición al hombre que me abraza, de que la decisión de pasar el resto de mis días a su lado es absoluta, de la increíble sensación de fusionarme con él de todas las formas posibles.

A las siete en punto el timbre del teléfono nos anuncia el inicio del día, del ajetreo y del movimiento que debemos acatar para llegar a la ceremonia a la hora. Lo abrazo con fuerza, le deposito un beso en la mejilla e intento ponerme en pie, pero Stan no me lo permite. Me agarra con fuerza para retenerme a su lado y, al cabo de unos segundos, se levanta conmigo entre sus brazos para meternos en la ducha. Nuestras risas se sofocan con gemidos en cuanto el agua sacude nuestros cuerpos ardientes, fundidos, enredados.

Las palabras se quedan cortas cuando regresamos a la habitación para vestirnos. Él, de chándal para compartir sus últimas horas de soltero con Nick, Arnau, su padre, el mío y su cuñado en casa de mis futuros suegros. Yo con un conjunto cómodo para pasar por toda la chapa y pintura que ha planeado mi madre política. Me ha pagado una sesión de belleza completa.

Mi madre, mi hermana y mis amigas llegan a las ocho en punto. Apenas he tenido tiempo de desayunar en condiciones, pero sonrío sin atisbo de rencor. Les abro la puerta, las aparco en el recibidor un segundo a la espera de que termine de guardar cuatro cosas en la bolsa y me despido de Stan con un «nos vemos en el altar». Él me besa con ternura y su sonrisa se queda asida a mi mente durante las horas siguientes.

Toda la comitiva de mujeres me acompaña al salón de belleza para pasar la mañana conmigo y compartir algún que otro tratamiento. Las hermanas y la madre de Stan se unen a nosotras allí —por suerte, pude vetar la presencia de Susan—. Paso momentos entrañables a su

lado, me río, lloro, me impaciento, me divierto… Hay tanto que celebrar… Y mis sensaciones pasan por varias fases. Me dejo mimar, es parte del rito del día.

Cuando salgo a la calle de nuevo, nos vamos todas juntas a tomar un tentempié en una cafetería que nos recomienda mi suegra y después nos encaminamos a mi casa para iniciar la recta final: el vestido, los arreglos de peluquería y maquillaje, las fotos, los gritos, las emociones a flor de piel y una grandísima tradición española: el verso del padrino. Nick lo borda, incluso lo recita en un catalán chapurreado que nos dispara las risas a todas tras entonarlo con maestría en inglés. Mi padre ha llegado hace media hora, mientras terminábamos los últimos retoques, y les da el visto bueno a las palabras de Nick.

Entro en el recinto que hemos elegido para la boda del brazo de mi padre con unas lagrimitas a punto de abandonar mis ojos. Acompasamos nuestros pasos a la música ante los setenta invitados que me miran cómo camino hacia el hombre de mis sueños, ese que jamás imaginé encontrar y apareció sin pedir permiso, casi como una revelación. La ceremonia la preside un juez de paz amigo de la familia de Stan. Es emotiva, perfecta, alucinante. Cuando nos declaran marido y mujer, mi corazón está a punto de salirse del pecho. Al sentir los labios de mi esposo sobre los míos para sellar la unión, todo mi cuerpo rebosa de una alegría contagiosa. Es como si acabara de recibir el mayor de los regalos, como si todo cuanto he deseado en la vida acabara de materializarse. Paso por la sesión de fotos como si estuviera en una película, aunque mi mente, mi cuerpo y mi corazón están lejos de ahí, solo con Stan, creciendo a su lado, latiendo para él, con él, junto a él.

Antes de la entrada estelar al banquete, mi marido me agarra de la mano para llevarme a una pequeña habitación escondida.

—Tengo una sorpresa para ti —anuncia con los ojos llenos de ilusión. Se acerca a la única mesa y me señala un sobre—. Quiero regalarte una pequeña parte de nuestra Barcelona para que nunca olvides cómo nos conocimos, cómo formamos nuestra pareja, cómo llegamos hasta aquí.

Abro el sobre y extraigo cuatro fotos de su interior. No reconozco el sitio, me es ajeno, tanto que las lágrimas logran traspasar mi coraza para resbalar impunes por mi piel. Stan ha buscado una historia de Barcelona desconocida por mí, la ha preparado, la ha traído como un tributo para nuestra boda. Lo abrazo con fuerza, le doy un beso, me enjugo los ojos y me separo para permitirle hablar.

—La plaza del Diamant —explica sin soltarme—. Nunca la visitamos ni buscamos su historia, pero una de las mayores escritoras catalanas la usó como título y escenario de una de sus novelas más célebres. Mercè Rodoreda consiguió incluso que la Colometa, su protagonista, acabara con una escultura en la plaza y su libro fuera llevado al cine.

—Es bonita —musito con la voz tomada por la emoción—. Me leí la novela y me gustó. Refleja muy bien la Guerra Civil y la posguerra en el barrio de Gràcia de Barcelona. Por el personaje de Natàlia, la Colometa, sé que en esa plaza hay un refugio antiaéreo.

Me estrecha lo máximo posible entre sus brazos y me da igual arrugar el vestido o destrozar el maquillaje. Solo me importa Stan, estar a su lado, tenerlo cerca.

—La he elegido por el nombre. —Sus labios depositan un beso en los míos—. Un diamante, eso eres tú para mí. Brillas, eres intensa, valiosa, tallada a la perfección. Y te amo con todo mi corazón.

El beso se intensifica junto con mis lágrimas. Las muy traidoras se empeñan en llenarme la cara con su textura salada.

—Te quiero, Stan Harrison —susurro intentando recomponerme lo máximo posible—. Me alegro tanto de haberte conocido… ¿Te imaginas que no llego a mandar ese e-mail?

—¡No! —Se separa de mí con cuidado—. Nunca lo voy a pensar, porque sucedió, me enviaste ese correo electrónico y me cautivaste. —Es cierto, lo tiene impreso y enmarcado en su despacho de casa—. Cada una de tus ideas locas fue un pequeño destello que acabó eclipsando a todo lo demás.

Llaman a la puerta en ese preciso instante. Mis dedos buscan secar la humedad de los ojos con cuidado para no acabar como un mapache.

—¿Stan? ¿Lara? —Es la voz de mi suegro—. Ha llegado la hora de entrar en el salón.

—¡Ahora vamos! —Mi marido me coge de la mano para caminar en dirección a la puerta, pero, antes de salir, baja la voz un segundo—. No te he contado la historia del nombre de la plaza. El concejal de la Vila de Gràcia, Josep Rosell i Imbert, se dedicaba a la joyería y en 1850 se le ocurrió la idea de denominar las calles y las plazas del barrio con nombres de piedras preciosas. —Sonríe—. Imagino que era alguien como tú, una persona impulsiva, de esas que busca siempre la ola. Hoy en día persisten algunos, como el de esta plaza, la calle de la Perla, la de l'Or y la de Topazi. —Me da un último beso en la mejilla —. Un día te llevaré a visitar la plaza y nos sentaremos en el café Diamant a recordar nuestra boda.

—Será perfecto.

Entro en el salón del banquete dispuesta a celebrar uno de los mejores días de nuestras vidas junto a personas a las que adoro. Si algo tenía claro a la hora de organizar nuestro enlace era que no quería a un montón de gente desconocida en el convite, solo a aquellos con algún lazo afectivo real con nosotros. Nos mezclamos con ellos durante el aperitivo y compartimos charlas interesantes, momentos emotivos, cuchicheos subiditos de tono… Sentir la mano de Stan entrelazada con la mía me eleva en el cielo de la felicidad, como si de repente todos esos sueños que jamás tuve de niña acabaran de anotarse en mi lista mental con un rotulador rosa pastel fosforito y decidiera alcanzarlos para traspasar la frontera de la ilusión y lanzarla al vacío del universo, uno plagado de posibilidades.

Susan ha venido sin acompañante. Stan nos junta con ella tras una ronda larga con mis amigos y su familia. Ardo de celos cuando ella lo abraza con esa pose que a mí me parece tan falsa, pero me muerdo la lengua y esbozo una sonrisa. A mí no me abraza, se limita a darme un beso envenenado en la mejilla. Después coloca su mano sobre la de Stan en un gesto posesivo.

—Me recuerda tanto a nuestra boda. —Se le humedecen los ojos y lo mira embelesada, con pena en las pupilas, como si solo él pudiera consolarla—. Ojalá nunca te hubiera cambiado por Keith ni me hubiera enredado con Nick. También me arrepiento de cómo me comporté contigo porque fuiste lo mejor de mi vida. ¡Suerte que me

has perdonado! —Se acerca a su mejilla y le da un beso. Se me retuercen las tripas—. Ahora que te he recuperado como amigo, nada me separará de ti. —Mi marido vuelve a abrazarla. Ella se apoya en su hombro, gira la cara y sus ojos se posan en los míos con una expresión feroz. Es fría, letal, desafiante. Sus pupilas emiten ráfagas venenosas dirigidas solo a mí, sus labios se curvan hacia arriba con triunfo y pronuncian dos palabras calladas que entiendo a la perfección: «Es mío»—. Sé muy feliz, ¿quieres?

Cuando se separa de él, se seca las lágrimas y le acaricia la mejilla. Un fulminante rayo acaba de clavarse en mi pecho para desatar la rabia. Susan es una arpía con unas garras muy afiladas y sus intenciones ocultas se revelan ante mis ojos. Reprimo un resoplido, Stan la observa con empatía, como si sus palabras lo convencieran de que ella lo está pasando fatal.

—Keith se perdió a una gran mujer —comenta abrazándola de nuevo—. Me gusta mucho esta nueva Susan.

—A mí también.

He procurado hablar con Stan acerca de los constantes desafíos de Susan, de cómo lo manipula, de cómo flirtea con él de forma abierta y le lanza insinuaciones muy poco sutiles, pero él lo ve desde otro prisma. A veces me parece imposible imaginarlos juntos y felices en el pasado. Es altiva, antipática, poco cálida, amargada. Pero por alguna razón que no logro entender, Stan solo vislumbra en ella a una mujer tocada por el desamor, a su amiga de la infancia, a alguien que ha evolucionado mucho desde que se fue a Harvard y que ahora merece su perdón. Por eso la arropa, la escucha, la ha integrado de nuevo en su vida. Es como si recuperar a su antigua amiga pusiera de manifiesto una parte oculta de su personalidad hasta el momento, porque con ella se comporta distinto, como si su presencia lo dominara y lo llevara a actuar de una manera muy alejada a su verdadera naturaleza.

Amber se aproxima a nosotros para unirse a la conversación y pronto nos convertimos en un grupo que diluye la presencia de Susan, aunque en mí sigue muy vigente. Es como una serpiente que lanza su veneno, que busca una forma de culebrear de manera sibilina entre nosotros para destruir nuestros lazos. Me duele ver cómo engaña a

Stan, cómo vuelve a engatusarlo para llevarlo a su terreno. Sin embargo, mi mayor desengaño es que él caiga en sus redes con tanta facilidad. Me sacudo esos pensamientos de la cabeza. Cada vez que se los explico, él les quita hierro y hoy es el día de nuestra boda, no voy a empañarla con una discusión, así que me trago la decepción y sonrío para divertirme.

Terminamos bailando hasta las tantas, riendo, disfrutando de una velada épica, distendida, cargada hasta los topes de un cariño que diluye casi por completo la actuación de Susan. Y, al llegar a nuestra casa por la noche, sé que estoy en el lugar adecuado, rodeada del mejor grupo de personas posible, que él me quiere y que quizá solo estoy exagerando. Abrazo a Stan, lo beso, le desabrocho la corbata y lo acerco mucho a mí, dispuesta a darlo todo por olvidar mis celos y gozar de él.

—¿Ya sabes lo que toca ahora? —pregunto con picardía.

Él me atrapa, me levanta en brazos y me lleva a la habitación entre risas.

—Ahora, señora Harrison, voy a hacerle guarradas. —Me guiña un ojo y mis carcajadas inundan el lugar.

26

Institut d’Estudis Catalans

Stan

El tiempo a veces avanza a una velocidad vertiginosa para internarnos en una rutina diferente, traernos grandes sueños e incluso pequeñas victorias. El curso en la universidad llega a su fin. Me parece alucinante que hayan pasado dos años desde mi primer encuentro con Lara y casi uno de nuestra llegada a Filadelfia.

Me despido de mis alumnos hasta finales de agosto y observo el aula con un sentimiento agridulce. En dos días estaré en España con Lara; tenemos previsto pasar diez en la granja de sus padres y una semana en Barcelona, donde redescubriremos la ciudad. Le he preparado un par de rutas desconocidas, aunque también pretendo recorrer todos esos lugares que nos unieron como un recordatorio a nuestra historia, a unos momentos perfectos, a cómo mi visión del amor cambió rotundamente al encontrarla.

Quiero recobrar parte de la armonía perdida estos últimos meses por culpa de la sombra de los celos, volver a ser nosotros sin que la presencia de Susan en nuestras vidas nos lleve a discusiones constantes. Empezaron tras volver de la luna de miel, cuando nos reencontramos con la familia en una fiesta en casa de mis padres. Me cuesta entender la actitud de Lara, su odio irracional hacia una mujer que solo está rota y lucha cada día para dejar atrás a la persona que fue y construir una mejorada versión de ella misma. Creo que todo es fruto de su frustración al haber renunciado a sus sueños por mí.

Tengo tantas esperanzas en el viaje a Barcelona… Incluso he encontrado un destino especial para sorprenderla. Hay un edificio precioso en el Raval, uno al que es muy difícil acceder, pero he hablado con el director y he logrado arreglar una visita guiada por ese recinto cargado de historia, donde se encuentran los primeros grafitis

de los que hay constancia. Se trata del Institut d'Estudis Catalans. En su inicio fue una casa de convalecencia y por eso en las paredes se encuentran grabados los nombres de algunas de las personas que se recuperaron allí tras ser atendidos en el hospital, con fechas y algunas citas. Han sobrevivido al transcurso del tiempo, se han quedado asidos a esos muros para mostrar su paso por allí y han contribuido a convertir el edificio en un lugar casi místico. En el último piso hay un jardín muy cuidado con enredaderas que crean un gran pasillo entre los árboles. Quiero llevar a Lara a esa azotea, caminar en medio de las flores, despertar ese brillo tan especial en su mirada.

Ensancho la sonrisa al descubrir a mi mujer apoyada en la puerta de entrada al aula. Está tan guapa… En momentos así, cuando no hay rastro de la mácula de las discusiones entre nosotros, mi corazón rebosa de alegría. Me acerco a ella, la abrazo y la beso mientras la elevo en brazos un poquito para mostrarle cómo de feliz soy de tenerla conmigo, que quiero superar los escollos, no pensar en los malos momentos. A veces siento su melancolía, como si le faltara algo y no lograra desprenderse del todo de sus sueños de siempre, como si al haber renunciado a ellos por mí la hubiera internado en un proceso que marchita sus alegrías, y creo que es la culpable de ese halo tensional que aparece cuando Susan está cerca. Ojalá la viera como yo, porque ella intenta con insistencia convertirse en su amiga, demostrar cuánto ha cambiado y la admira, pero Lara la rehúye e insiste en desprestigiarla ante mí. No entiendo por qué la acusa de querer separarnos cuando Susan solo busca recuperar nuestra amistad y le brinda siempre su mano para conseguirlo.

—¿Cómo ha ido tu última clase? —pregunta cuando nos encaminamos abrazados hacia mi despacho—. Tengo tantas ganas de pasar las vacaciones en España… —Su entusiasmo se palpa en el tono y eso solo acrecienta mis temores, porque es una clara muestra de que ambos hemos puesto muchas esperanzas en esta visita a nuestro antiguo hogar—. Quiero llevarte a un sitio que he descubierto gracias a tu abuela. Y ni se te ocurra chafarme la sorpresa porque no te voy a dar ninguna pista hasta que lo visitemos.

—Eres mala. —La beso con ganas y me deshago de los pensamientos

turbios—. Ya has despertado mi curiosidad. Además, ¿no soy yo el que prepara las rutas?

—¡Venga ya, Stan! —Suelta una carcajada—. ¿De dónde te vienen esos celos? —Se apoya en mi pecho—. Esta vez me toca a mí sorprenderte y lo pienso disfrutar muchísimo.

Asiento a modo de respuesta y por fin me relajo; está feliz, brilla, no hay rastro de amargura. Ojalá siga así para siempre… Caminamos abrazados por los pasillos de la universidad, donde los alumnos acaban de recoger sus cosas para abandonarla durante unos meses. Los hay que ya no volverán a las aulas porque han conseguido su título y legarán su recuerdo al edificio, a nuestros corazones, a la historia de esta facultad. Otros llegarán para ocupar su lugar en un par de meses. Como profesor disfruto de la posibilidad de conocer a chicos entrañables, a futuros genios de mi profesión, a algunos menos cualificados, a jóvenes de todas las condiciones, y eso me reconforta.

—Adelántate tú. —Lara se detiene frente a la puerta del servicio y la señala con la cabeza—. No tardaré nada.

Le doy un beso en la punta de la nariz, sonrío y la veo entrar en el lavabo de mujeres antes de seguir mi camino. Entro en el despacho que ocupo en la universidad desde finales de agosto y respiro el olor a la madera antigua, a esa historia que retiene, a la majestuosidad del edificio. No es muy grande; sin embargo, los ventanales con vistas al exterior le confieren una luz increíble para dejar patente la regia decoración, tan acorde con esta institución. Me coloco frente a mi mesa, de espaldas a la puerta, para empezar a recoger los papeles que alberga y guardar varios de ellos en mi maletín. Quiero repasar algunos datos en los aviones y en los ratos muertos durante la visita a España.

Enseguida me encuentro con una de las libretas de Lara sobre la mesa y mis labios no logran contener una ancha sonrisa. Desde que mi madre le ofreció la tarea de ocuparse de la obra de mi abuela, Lara ha mostrado un constante entusiasmo y se ha llevado esos cuadernos a todas partes, con anotaciones referentes a los cuadros, los posibles compradores, las galerías de arte, los contactos que consigue… Entre las páginas hay esbozos de las obras de mi abuela, pequeños escritos

acerca de sus significados, ideas para llenar las redes y atraer a personas interesadas en adquirirlas.

Mi abuela era una mujer de bandera, de esas que acuñan un gran recuerdo y un vacío en el corazón de las personas que la quisieron y la vivieron, porque era especial. Margarita Miles fue una mujer adelantada a su época, con una sensibilidad muy alejada de los cánones habituales y el don de la creación pictórica. Nacer en el seno de una familia conservadora hasta la médula, adinerada y colmada de prejuicios le impidió compartir su arte durante muchos años, aunque buscó maneras de darle alas y sus hermanos la ayudaron. Conocer a mi abuelo a los dieciséis años fue su liberación. A veces las circunstancias moldean un futuro inimaginable. Es posible cambiar un destino con solo un encuentro fortuito.

Mi bisabuelo paterno había decidido recorrer algunas ciudades de Europa para aumentar sus conocimientos. Era el decano de la Universidad de Pensilvania, con especialidad en Historia. Un apasionado de los vestigios que tanto adoraba de ese pasado en los monumentos, en las calles, en las fachadas… Como yo. Por eso ahorró para llevar a los suyos a descubrir el continente europeo y uno de sus destinos fue Barcelona, donde mi abuelo conoció al amor de su vida, alguien muy parecido a Lara en muchos aspectos, una mujer que le cambió la visión de todo. Mi abuela, con la complicidad de sus hermanos, pasaba muchas horas en una academia de pintura que ellos le pagaban situada cerca del paseo de Gràcia. El primer día que se vieron, mi abuelo estaba paseando por ese enclave de Barcelona para admirar la obra de Gaudí y, como en una película romántica, chocaron. En ese instante, bastó una mirada para sellar un destino.

No fue un noviazgo fácil ni rápido. En esa época no existían los móviles, internet, las redes sociales ni una manera ágil de comunicarse entre continentes, pero ellos hallaron el modo de seguir en contacto. Otra vez fue la intervención de sus hermanos la que logró el milagro de mantener la llama encendida gracias a una correspondencia secreta que ellos propiciaban. Durante tres años se cartearon, se contaron sus vidas, se enamoraron gracias a sus palabras. Mi abuelo tenía cuatro años más que ella. Cuando se graduó en la universidad y entró a

trabajar, pasó un par de años ahorrando hasta que pudo declararse. Por carta. Y ella, tras una gran pelea con sus padres y apoyada una vez más por sus hermanos, se subió a un avión para embarcarse en la mayor aventura de su existencia. Se casó con mi abuelo, construyó una pareja sólida y se dedicó a desarrollar sus habilidades pictóricas en una obra enorme.

Mientras vivió, mi abuela consiguió exponer y vender muchísimos de sus cuadros. No logró cumplir su sueño de tener una familia numerosa por culpa de una complicación tras el parto de mi madre. Sin embargo, suplió la ausencia de más descendencia con su amor por los cuadros que pintaba. Tienen su fuerza, su ímpetu, su luz. Con mis hermanas y conmigo siempre extendió su cariño y, a pesar de tener una personalidad un poco excéntrica, se hacía querer tanto que se convirtió en una luz incandescente capaz de iluminar nuestras vidas.

Las heridas por su muerte todavía son profundas, apenas han pasado ocho años desde que se fue y sigue muy presente en nuestros corazones. Siempre he creído que murió de tristeza al perder al abuelo. Era envidiable verlos juntos, sus sentimientos seguían en flor y eran más que evidentes, se profesaban una adoración que traspasaba cualquier frontera conocida. En febrero, en la celebración de su cumpleaños, mi madre expresó su deseo de empezar a mover los cuadros de la abuela que llenan su estudio, esos que nos legó en herencia y necesitan ver la luz. Son muchos, era una mujer prolífica, y más desde que le diagnosticaron a mi abuelo la enfermedad que en pocos años se lo llevó. Mientras se dedicó a cuidarlo se negó a seguir exponiendo o a vender nada; concentró toda su energía en su marido y en pintar para dejar una huella de su dolor. Unos meses atrás, mi madre decidió que había llegado el momento de darle salida a su obra, de ver cómo los cuadros volvían a traerle un pedacito de esa maravillosa mujer que le había dado la vida, pero le costaba tanto dar el paso… Lara mostró interés en ocuparse de ello al instante, fue como un amor a primera vista, un flechazo, una chispa de ilusión. Y desde entonces se ha implicado al máximo en ello.

—Hola. —La voz de Susan me sorprende y me devuelve a mi despacho, a esa libreta que sujetan mis manos, a la realidad. Me doy

la vuelta para observarla. Está apoyada en el marco de la puerta con uno de sus mohínes más tristes, como si no acabara de superar la ruptura sentimental con Keith del año pasado—. He venido a despedirme. Te echaré de menos por aquí.

He recuperado a esa chica de antaño, a la que tanto quería y admiraba cuando éramos niños y vivíamos cargados de ilusiones mientras nos pasábamos el día juntos, charlando de mil cosas, compartiendo momentos, agotando risas. Muchas veces me pregunto por qué cambió al crecer y se volvió manipuladora y taimada. Es cierto que siempre tuvo un punto de ese carácter, pero de niños jamás lo exploró conmigo o con Nick; solo lo usaba con los demás para conseguir sus objetivos, muchos de ellos comunes. Unos días después de llegar a Filadelfia, mantuve una larga y sincera conversación con ella acerca de nuestro matrimonio, de por qué se rompió, de cómo me trató, y escuchar su sentida disculpa mientras redescubría lo sucedido me permitió perdonarla.

La entiendo, a pesar del dolor que me causó su forma de actuar, comprendo que lo nuestro se había roto mucho antes de la aparición de Keith, que ella se había perdido en sus ansias de conquistar el pódium de la cátedra cuanto antes, de publicar al máximo, de medrar en su trabajo para alcanzar su puesto soñado, y que en el camino olvidamos cuidar el amor que nos profesábamos. Me despreció sin darse cuenta porque yo era un obstáculo en su camino. Se fue separando de mí, alejándose mientras luchaba por conseguir su sitio y en ese periplo conoció a Keith, se enamoró perdidamente de él y se enfrentó a su rechazo en muchas ocasiones. Eso la convirtió en la peor versión de sí misma, por eso actuó sin pensar, se acostó con Nick para herirme y demostrarle a Keith cuán despiadada podía ser, para asegurarle que yo no era importante. Al final él la reclamó y Susan acabó metida en una relación tóxica de la que huyó hace un año, cuando él la abandonó por otra chica más joven. Estar con Keith le demostró cómo se había comportado conmigo y decidió darle un giro a su vida. Lo ha logrado. Ahora es una mujer nueva y no entiendo la obsesión enfermiza de Lara por buscar en ella rastros de la antigua Susan.

—No estarás aquí para echarme de menos. —Me arrimo a ella para darle un beso en la mejilla. Susan recuperará su puesto en la universidad el curso que viene; hoy ha ultimado los trámites y me gustará tenerla otra vez por estos pasillos—. Te vas a pasar el verano a California con tus hermanas y después volverás aquí. ¡Todo irá genial!

—Veremos. —No parece muy convencida—. Keith tiene nueva novia, también ha dejado a Eve…

Veo más allá de su fachada, su vulnerabilidad, y me adentro en su verdadero dolor. Al pasar el tiempo he ido ubicando cada certeza y cada sentimiento en su lugar. Encontrar a Lara me mostró las diferentes clases de amor, cómo se pueden matizar, cómo calan de una manera muy distinta en cada situación. Amé a Susan con locura en el pasado; sin embargo, ese sentimiento nunca me arrasó por dentro como me sucede con mi mujer. Y reconozco el mismo amor en ella hacia Keith, el hombre que la abandonó, que la vilipendió, que la denigró. Cierro la mano en un puño con deseos de golpearlo. Me centro en que ahora entre Susan y yo queda calidez, cariño y un pasado precioso.

Me da un beso casto en la mejilla y se estrecha más contra mi pecho.

—Eres mi mejor persona en el mundo —susurra entre lágrimas—. Si supieras cuánto me arrepiento de haberte alejado de mí…

—Rehará tu vida, ya lo verás.

—Ojalá. —Me abraza más fuerte—. Y tú no sigas dándoles vueltas a esos miedos absurdos. Lara te quiere y, aunque a veces se arrepienta de haberte elegido a ti en vez de a sus sueños, lo superará. —Hemos hablado muchas veces de ello. Le he contado mis inseguridades, la sensación de que en ocasiones presiento que mi mujer no es feliz con nuestra vida, como si haber renunciado a todo cuanto deseaba en el pasado estuviera matando lentamente nuestro futuro—. Tú vales la pena, Stan.

Cuando se separa de mí, veo a Lara apoyada en el marco de la puerta con una de sus expresiones más furiosas, signo de que lleva más rato del deseado ahí parada. Susan me recorre la mejilla con un dedo, sonríe y se da la vuelta despacio.

—Nos vemos a la vuelta —anuncia de camino a la puerta—. ¡Pasadlo bien!

Al cruzar la mirada con Susan, Lara se enfurece todavía más. Le brillan los ojos con odio, aprieta la mandíbula e inspira con fuerza, agarrada con ímpetu a la falda con los dedos crispados.

—Prefiero no tener ese placer —responde con desprecio.

Me acerco a ella para reprenderla. No estoy dispuesto a consentirle que siga por el sendero del resentimiento irracional hacia alguien que no pretende dañarla. Ha de entender que hay espacio para las dos en mi vida y en mi corazón, que mis sentimientos por Susan distan mucho de los que experimento por ella.

—Ya basta, Lara —le espeto—. No puedes continuar tratando así a Susan. Ella solo quiere nuestra felicidad.

—¿No ves cómo te manipula? —escupe con voz ponzoñosa—. Es una serpiente venenosa. Quiere separarnos.

—¡Estás loca! —rujo—. ¡Olvídate de canalizar tus frustraciones en Susan! —Ella resopla ante mi ofuscación—. Querías conocer mundo, vivir libre y acabaste aquí conmigo. ¡Eso es todo! ¡Prefieres culpar a Susan que aceptar la verdad! Si no me hubieras conocido, estarías por ahí disfrutando de tus sueños.

Chasca la lengua y me desafía con una mirada dolida.

—No quieres ver cómo es de verdad Susan. —Me apunta con el índice de la mano derecha—. Prefieres dejarte manejar por ella a escucharme. ¡Solo quiere separarnos para volver a ocupar su lugar a tu lado! ¿De verdad no eres capaz ni de intuirlo?

—¡Mírate, Lara! —Sacudo la cabeza con decepción—. ¡Pareces una loba en celo! ¿Cómo puedes hablar así de ella? ¿No te das cuenta de que estás sacando las cosas de quicio? Susan solo quiere ser tu amiga. —Resoplo—. Lo está pasando mal por lo de Keith, su último año ha sido una mierda. ¿Por qué no abandonas tus celos y admites de una vez que no soy suficiente para ti? ¡Si quieres largarte a recorrer mundo, no te cortes! ¡Haz las maletas y vete!

Sus ojos se vuelven acuosos y destilan ira, dolor, desengaño. No entiendo qué nos está pasando, por qué se empeña en vilipendiar a Susan en vez de aceptar que lo único de lo que se arrepiente es de

haberme elegido a mí. Ojalá fuera suficiente para ella.

—¡Que te den! —Sale por la puerta con un portazo.

Dudo unos segundos, pero al final echo a correr tras ella a toda velocidad, dispuesto a todo para solucionar el encontronazo. La alcanzo y la abrazo con fuerza, frustrado por haber llegado a este punto, por tener que enfrentarnos a estos momentos tan tristes. Escucho su llanto desbordado y la estrecho con fuerza, necesitado de sus besos, sus caricias, su cercanía.

—Lo siento —susurro con un deseo inmenso de vibrar de nuevo con ella, de abandonar las discusiones, de volver a ser la pareja de Barcelona, esa que surcaba las olas unida, feliz, cargada de ilusión—. No discutamos más, Lara. Te quiero demasiado para seguir así. —Se da la vuelta para mirarme a la cara y asiente.

—Yo también te quiero. —Junta nuestros labios y acallamos con un beso los últimos sucesos, su forma de comportarse, nuestros problemas.

27

Els 4 Gats

Lara

La visita a casa de mis padres, a mi granja, a mis orígenes, se ha llenado de momentos mágicos, de recuerdos, de sueños revividos y otros asomando la cabeza por en medio, con ganas de atraparme para entrever cómo mi mente teje unos nuevos. Se ha llevado las discusiones, la amargura, lo que la presencia de Susan dispara en mí. Durante diez días hemos dormido en mi antigua habitación, esa que ocupaba cuando era una niña repleta de sueños, y hemos vuelto a ser nosotros sin esa sombra que aparece en Filadelfia, como si regresáramos a la pareja feliz e ilusionada que se conoció en Barcelona. Stan se ha interesado por los objetos capaces de contarle algo de mi pasado, hemos reído juntos al escuchar alguna anécdota divertida de labios de mis padres, hemos paseado por mi pueblo, conversado hasta agotar la saliva, cenado a la luz de las velas, preparado un pícnic cerca del río… Y he recuperado a mi Stan, al que no deseo perder. Quizá por eso intento ver a Susan desde otra perspectiva.

Nunca imaginé que ahora estaría frente a una cantidad inmensa de metas muy alejadas de todas aquellas que tracé de niña, y mucho menos fui capaz de conjeturar un presente tan diferente y emocionante en muchos sentidos: ocuparme de la obra de Margarita, dar clases de español, descubrir mi ciudad de acogida de la mano de Stan, el club de lectura, la familia, los amigos, las mil opciones para encontrar nuevos y excitantes retos en Filadelfia…

Me despierto cuando todavía está oscuro y le doy vueltas una vez más a los sueños de Stan. Hace un par de meses empezó a hablarme de aumentar la familia, de crear una vida, de dar un paso adelante. Pero he rehuido la conversación demasiadas veces, atacada por la idea

de atarme todavía más, de acabar de matar esas quimeras de libertad, por la situación viciada entre nosotros por culpa de Susan. Sin embargo, ahora me pregunto de qué tengo tanto miedo. Quizá ha llegado la hora de dar un giro absoluto a mi visión del futuro, de apostar por nosotros, de olvidar todo cuanto me frena a la hora de abrazar mi destino. Tal vez Stan tiene razón y solo busco excusas para no desligarme del todo de mis antiguos deseos.

Necesito erradicar mi angustia por culpa de Susan, aplacar los celos, la rabia de verla acercarse a él. Stan me ama, debo aferrarme a esa realidad, a cómo me demuestra sus sentimientos, a lo nuestro. Confiar en él. Anoche hablamos largo y tendido de nuestras constantes discusiones, y Stan reivindicó su amor por mí. Fue como si mi mundo se abriera para dejar pasar la luz, como si corroborara la acertada opción que tomé al casarme con él, al abandonar mis sueños para construir unos nuevos a su lado. Quizá lo necesitaba para alejar la melancolía, eso y enfrentarme a los objetos con los que me he reencontrado en la granja: mi libreta de «destinos deseados», las mil postales que me enviaron mis amigos desde paraísos lejanos, mi álbum de fotografías de «lugares pendientes de visitar», la colección de guías de viaje y el corcho con citas de libros que señalaban alguna ubicación que me había despertado la curiosidad por conocer en algún momento de mi pasado.

No volveré a sentirme triste por echar de menos una vida capaz de sorprenderme en todo momento porque me he dado cuenta de que la actual también tiene esa capacidad. Al lado de Stan puedo encontrar mil instantes perfectos, incluso descubrir ideas temerarias e inauditas que me llevan a aventuras cargadas de risas, felicidad e ilusión. Solo necesito apartar a Susan de mi pensamiento, no seguir aferrada a la idea de que conseguirá quitármelo.

Me levanto de la cama para caminar por la habitación de este alucinante hotel en el paseo de Gràcia de Barcelona, donde pasaremos nuestras últimas horas antes de regresar a casa. Con un jersey sobre el pijama de verano voy hasta el mueblebar para servirme un vaso de agua. Tengo la boca seca por la impaciencia. En cuanto el día despierte seré la artífice de una grandísima sorpresa para mi marido,

conseguiré otorgarle una visita a un lugar especial que lo acercará al pasado de alguien a quien adoraba. Puedo ofrecerle un billete a su mente, a su corazón, a un instante álgido de su vida, a otros muchos recuerdos junto con un relato pormenorizado de sus desvelos, de sus sentimientos, de sus dolores y de sus alegrías. Estoy tan ansiosa y emocionada por ver su expresión cuando se lo cuente… Porque revelar los misterios de las personas que nos marcaron nos concede un pedacito de cielo, una centella de luz en el universo de nuestra oscuridad, una emoción plagada de ilusiones. Y quiero regalarle a mi marido una ola perfecta.

Me encaramo al alféizar de la ventana y miro las estrellas que titilan en un cielo despejado. No hay atisbo de nubes, se augura un día brillante con el sol luciendo sobre un fondo azul tan parecido a los ojos de Arnau. Sonrío al recordar a mi amigo. Nos hemos visto estos días en el pueblo y por fin ha logrado superar de una vez por todas la traición de Olalla, que lo está acosando para instarlo a retomar su relación —aunque él le ha repetido hasta la saciedad que no hay redención posible porque lo hirió demasiado—. Ahora ha reemprendido su vida con la idea de cambiarla en unos días, de asentarse al fin en Filadelfia; ha tomado una iniciativa capaz de convertirlo en quien quiere ser. Ese es el verdadero quid de la cuestión: delinear qué deseas para luchar por ello. Y da igual si se asemeja a tu idea inicial, a esa preconcebida que trazaste cuando no habías asomado la nariz al mundo. Lo importante es no cerrarse a nada, mantener la mente abierta y sentir esas corrientes de aire que aparecen en momentos puntuales para azotarte y mostrarte un camino inexplorado.

Durante una eternidad me quedo sentada, con la atención puesta en las estrellas, la inmensidad de un universo plagado de posibilidades. Mis recuerdos son como esos astros que nos iluminan las noches, extinguidos en realidad, pero brillantes en el firmamento de la memoria. La nostalgia positiva es mi fuente de inspiración todos estos minutos dedicados a la contemplación, a evocar mi sendero del pasado para recrear un presente imbatible y un futuro que se abre ante mí con un arcoíris de ilusiones.

Cuando las primeras luces del alba se apoderan de la habitación, hay algunas lágrimas de emoción prendidas en mis ojos junto con una decisión clara acerca de cuáles son mis deseos más profundos, esos a los que aferrarme para no abandonar las olas y mi firme determinación a luchar por ser feliz al lado de Stan. De joven solo ansiaba la libertad, no poseer ataduras capaces de retenerme para abrazar cualquier oportunidad, pero en este instante, tras estos días a la vera de mis pensamientos, de una introspección intensa, me doy cuenta de que eso también era una cadena autoimpuesta, porque la libertad de elección radica en no estar condicionada por nada, ni siquiera por tus ganas de optar por la mejor alternativa en cada instante.

Me seco la humedad de las mejillas, sonrío con sentimiento, uno de esos arraigados, fuertes, radiantes, capaces de iluminar toda una ciudad, y miro a Stan. Sigue dormido, sin camiseta, solo con los bóxer. Está boca abajo, con un brazo doblado bajo la almohada y la pierna a juego en idéntica posición. La sábana apenas le tapa un poco el otro lado. Recorro su espalda con los ojos, llego a su perfil, a su cabello rizado, a su respiración pausada. El corazón me desborda, late desenfrenado, se calienta, se expande, se carga de un amor que rebosa. Porque si algo tengo claro es cuánto lo quiero y hasta dónde estoy dispuesta a arriesgar por encontrar la felicidad a su lado. Y entonces sus intenciones de tener hijos, esas que me ha repetido con insistencia estos últimos dos meses, cobran otra dimensión. Se presentan como únicas, me conmueven, me agitan, despiertan mi yo más salvaje. Porque ya basta de tener miedo a las ataduras, a Susan, al futuro; ya está bien de echar de menos una opción de vida que no tomé. Ha llegado el momento de centrarme en la mía, por la que me decidí a apostar. En Stan. En nuestra familia. En un futuro perfecto.

Se mueve despacio en la cama, casi aletargado. Primero alarga un brazo para buscarme entre las sábanas. Identifico el instante exacto en el que se percata de su frialdad y de mi ausencia. Después sube su mano hasta el pelo para recolocárselo mientras parpadea para recuperar del todo la consciencia. Y, al enfocarme, sus labios recorren la distancia con timidez para enarcarse en una sonrisa preciosa. No le

dejo demasiado rato para despejarse. Me levanto, me meto corriendo en mi lado de la cama y le doy un beso rápido.

—Estoy lista —susurro.

—¿Lista? —pregunta, todavía confuso por el sueño—. ¿Para salir?

—Bueno, para eso también. —Le acaricio la mejilla con lentitud—. Aunque todavía no han puesto las calles y no me voy a perder el bufet del desayuno ni loca. Así que podemos quedarnos un poquito más en la cama.

Se da la vuelta hasta colocarse completamente de lado, de cara a mí, imitando mi posición pero enfrente, como si nos miráramos en un espejo. Se frota los ojos para acabar de despejarse o, como mínimo, para intentarlo. Stan sin café por la mañana no es persona, lo sé perfectamente. Así que me muerdo la lengua y espero con paciencia —joder, ¿dónde se compra eso?— a que encuentre el significado oculto en mi afirmación. Para avivar mi deseo de concederle tiempo, revivo esa conversación que ha intentado mantener en tantas ocasiones, una que hasta hace un instante me daba pavor. Y ahora, sin embargo, me ilusiona. Es una nueva cresta de la ola —la cresta de las crestas—, esa por la que te comprometes de por vida, un para siempre del que nunca te desligas porque una vez tomas ese camino, nada puede desviarte de él. ¿Asustada? ¡Muchísimo! La Lara del pasado odiaba comprometerse, asumir una responsabilidad tan a largo plazo. ¿La de ahora? ¡Esa se ha vuelto loca! Porque sí quiere, incluso le emociona la idea. Y ni siquiera la sombra de Susan la asusta…

—¿Para qué estás lista, Lara? —inquiere mi marido con una voz más firme.

—Para todo —respondo—. Quiero el pack completo: una familia, un mundo donde mis hijos me necesiten, una rutina de lloros, pañales y noches sin dormir. —Siento su alegría penetrar en mi cuerpo. Me abraza con fuerza y yo sigo hablando, como si no bastara con haberle declarado mi voluntad y necesitara explicárselo todavía más claro—: Cochecitos, chupetes, biberones, papillas, no dormir…

Apoya su barbilla en mi hombro para encaramarse a mi oído.

—Te quiero —susurra en él—. Te quiero tanto que a veces hasta se me desborda el corazón. Vas a ser una madre maravillosa.

—Contigo como padre, nuestros hijos serán muy afortunados.

No es necesario hablar de mis miedos, de esos que acabo de relegar. Si algo nos ha concedido nuestra relación ha sido tiempo para conocernos, para abrirnos en canal el uno al otro, para descubrir cómo somos y cuáles son nuestros defectos, nuestros frenos, nuestras virtudes, esas palancas capaces de impulsarnos a caminar hacia un lugar concreto. Y quizá Stan tiene razón y con Susan solo estoy atacada por la inseguridad. Así que estoy dispuesta a todo para cambiar nuestro comportamiento de los últimos meses, incluso intentaré acercarme a ella para entablar una amistad.

Stan me abraza muy fuerte, me arrima a su cuerpo y me da un par de besos suaves en el lóbulo de la oreja antes de susurrar:

—No veo el momento de empezar a practicar.

Suelto una carcajada. Ambos conocemos las limitaciones de la situación. Llevo tiempo tomándome la píldora y todavía está en mi organismo la de anoche. No basta con «practicar» para lograr nuestra nueva meta, pero tampoco me voy a negar unos cuantos arrumacos, ¿no?

—¿A qué estás esperando? —lo incito. Y él no se hace de rogar. En menos de un minuto ya no me queda ni rastro de ropa y estoy inmersa en la tarea.

Un par de horas después bajamos a desayunar. Mi sonrisa no se rebaja en ningún instante. Mi decisión ha logrado llenarme de una luz especial, la de una esperanza sin precedentes, la de entender cuánto lo deseo y cómo de resuelta estoy a no dejarme intimidar más por Susan. Porque confío en el amor de Stan y con eso me basta. Como no podía ser de otra manera, me lleno el plato hasta los topes y también me hago con una cantidad insana de chocolate caliente y zumo. Stan se ríe en alto al descubrir mis reservas nada saludables de bollería junto a un huevo frito con beicon y un poco de pan recién hecho.

—¿Qué? —pregunto al sentarme a su lado—. ¡Ahora tendré que comer por dos!

—Y me machacarás con tus carreras matutinas más de lo normal —se queja, burlón—. Hoy hemos hecho novillos.

A nuestra llegada a Filadelfia no perdimos esa costumbre de correr

juntos al amanecer hiciera frío, calor, nieve, lluvia o sol. Es una actividad revitalizante para empezar el día y me encanta compartirla con él.

—Sip. —Le guiño un ojo—. Lo hemos reemplazado por un ejercicio a la altura. Me ha abierto el hambre en canal.

—¡Ya lo veo! —Suelta una carcajada—. Después de tomarte todo eso no podrás moverte con agilidad.

—¡Más te gustaría! —Lo acompaño en las risas—. Voy a llevarte a tu sorpresa, aunque sea arrastrándome. O en taxi.

Desayunamos inmersos en una de nuestras dinámicas más bonitas. Él intenta tirarme de la lengua y yo me hago la remolona. Esta vez es por una buena causa porque cuando descubra mis pretensiones se le van a llenar los ojos de lágrimas, lo tengo clarísimo. No se lo espera. Y eso es lo mejor de las sorpresas, que sean desconcertantes.

Salimos a comernos la ciudad de la mano bajo un sol de justicia de mediados de junio. Llevo una mochila a la espalda como bolso cargada con uno de mis descubrimientos más asombrosos de los últimos meses. Hay algo en él que me ha llevado a tomar varias decisiones, a desligarme de ideas absurdas y a dibujar mi futuro de una manera muy diferente a la que pensaba. Incluso me ha ayudado en el camino de la introspección, tan alejado de mi natural impulsividad… aunque no he renunciado a ella. ¡Eso jamás!

—¿Necesitamos algún medio de transporte? —indaga en un nuevo asalto para descubrir mis planes antes de tiempo.

—Vamos a ir con el coche de san Fernando —respondo picajosa en castellano—. Un ratito a pie y otro ratito andando.

Consigo mi propósito de hacerlo reír a lo grande. Me abraza y me deposita un beso en la mejilla antes de acribillarme a preguntas que ignoro con la ley del silencio mientras lo conduzco paseo abajo hasta llegar al portal de l'Àngel. Nos detenemos unos instantes fugaces en los sitios más emblemáticos de nuestros recuerdos, pero solo son paradas técnicas, de esas en las que la nostalgia nos arranca un suspiro.

Antes de internarme en la calle de Montsió para alcanzar nuestro destino, me detengo y me coloco frente a él un poco nerviosa, porque

ha llegado el momento de la primera revelación.

—Conoces la historia de tus abuelos —comento mordiéndome el labio con impaciencia—. Que se encontraron por casualidad una tarde de octubre cerca de nuestro hotel y a partir de ese choque a lo *Notting Hill*, todo se precipitó entre ellos. Después vinieron las cartas plagadas de emociones que poco a poco se convirtieron en una gran historia de amor.

—¡Claro que lo sé! Las he leído un millón de veces —afirma—. Y tú también has podido descubrir cómo por un topetazo acabaron contándose su vida y enamorándose por correspondencia. Son parte del legado de mis abuelos, las guardaron durante años en un cajón de la cómoda de su casa y las encontramos cuando la abuela murió. Le dejó la casa en herencia a mi madre, igual que el estudio y casi toda su obra. A mis hermanas y a mí nos legó unos cuantos cuadros y algo de dinero —me cuenta, pero me conozco la historia al dedillo—. Al vaciar la casa para alquilarla, mi madre encontró las cartas. ¡Anda que no nos han hecho llorar! Leerlas es como tenerla de nuevo entre nosotros.

Sonrío con emoción.

—Margarita no solo escribió las cartas. —Me descuelgo la mochila de la espalda para rebuscar en su interior—. También guardaba diarios donde dejaba constancia de sus sentimientos y de los acontecimientos más relevantes de su vida. Como conocer a tu abuelo, sus encuentros secretos mientras él seguía en Barcelona y la única vez que regresó para encontrarse con ella y llevársela a Filadelfia.

—¿De qué estás hablando? —Noto confusión en su expresión—. Mi abuela viajó a Estados Unidos sola. Fueron mis tíos quienes le pagaron el billete y la ayudaron a escaparse. —Sacude la cabeza—. A ver, ella nunca nos contó esa parte de lo sucedido, lo hemos supuesto porque es lo más lógico. Tampoco hay fotos de la boda ni de nada relacionado con esa época. Por no tener, ni siquiera guardaba el certificado de matrimonio.

Mi sonrisa se acentúa.

—Él la vino a buscar —explico, desvelando uno de los secretos más bonitos de Margarita—. Llevaba un anillo en el dedo y dos billetes de

vuelta. Se casaron en España, pero luego ratificaron el matrimonio en Estados Unidos.

—¿Cómo…? —Me mira con estupefacción—. ¿Cómo sabes eso?

—Lo escribió en sus diarios, donde escondió el certificado de matrimonio original. —Ha llegado la hora de la verdad. Le tiendo la libreta que acabo de sacar de la mochila con una alteración palpable de mi respiración, ansiosa por descubrir su reacción. Es vieja, con las cubiertas de piel, las hojas un poco amarillentas y una caligrafía a pluma muy cuidada—. Este es uno de ellos, los encontré por casualidad en su estudio y no he podido abandonar la lectura desde ese instante. Estaban junto a una caja que contenía algunos documentos importantes. —Suspiro con una amplia sonrisa—. Tu abuela era una mujer increíble, su sensibilidad me parece mágica. Algún día escribiré su historia, le daré forma hasta que quede impresa, la iluminaré para el mundo entero porque es maravillosa.

Coge el diario con las manos temblorosas y la mirada un poco turbia por la humedad. Siempre ha venerado a Margarita, la adoraba, la sentía muy cerca de él, y poder descifrar su pasado a través de sus palabras será una gran aventura, sobre todo a nivel emocional. Le acaricio las manos con las que sujeta el cuaderno. Le tiemblan, pero el resto de su cuerpo permanece inmóvil, preso del shock.

—¿Cómo los encontraste? —pregunta casi sin voz.

—Ningún miembro de tu familia ha querido entrar en su estudio estos últimos años —cuento con tiento de no herirlo—. Cuando tu madre me pidió ayuda para poner los cuadros en circulación, todavía no estaba preparada para enfrentarse al lugar de trabajo de Margarita, era demasiado doloroso para ella. Lo ha mantenido a salvo, pero nadie había entrado ahí hasta ese instante. Las arañas y el polvo habían hecho de las suyas, lo habían dejado lleno de sus huellas por todas partes sin ningún tipo de pudor. Por suerte las obras estaban bien protegidas, porque de lo contrario no se hubieran podido salvar. —Me invaden los recuerdos de la primera vez que entré en ese *loft* en la calle South, un lugar bohemio, con historia y un interés turístico que la llena de curiosos en muchas horas. Margarita explica en su diario cómo era cuando ella la descubrió, cómo le robó el corazón y se

convirtió en el enclave perfecto para que su inspiración floreciese… A mí también me parece un barrio idílico, pero quizá conocerlo a través de ella me ha influido—. Si no llego a limpiar tan a fondo, quizá no habría encontrado su escondite secreto. —Levanto las cejas un par de veces para enfatizar el misterio, pero Stan sigue en shock. Sacudo la cabeza y suspiro—. En fin, para resumir, tu abuela guardó todos esos diarios y los documentos en un agujero oculto en el conducto de ventilación. Y lo localicé gracias a una infame telaraña…

—¿Y no se te ocurrió contármelo? —inquiere con un poco más de brusquedad de la necesaria—. ¡Es importante, Lara! ¡Se trata de mi abuela!

—Bueno, antes de eso quería prepararte una sorpresa. —Sonrío y tiro de él hacia la calle de Montsió—. A tu madre sí se lo conté, le entregué los diarios y los documentos. Ella también los ha leído y ha aprobado mi plan para hoy. —Me muerdo el labio—. Porque puedo llevarte al lugar exacto donde tu abuelo hincó la rodilla en el suelo y le pidió matrimonio a Margarita gracias a la complicidad de sus hermanos. Fue importante para ellos, significó un inicio para la mejor vida imaginada para toda la familia.

—Els 4 Gats —susurra. Se detiene frente a la entrada con el corazón aporreando fuerte su caja torácica. Lo sé por cómo respira entre jadeos —. ¡Lo he visto en muchos de sus cuadros! ¡Hay una colección completa dedicada a este lugar! Pero en su obra aparece como en ruinas, solo con pinceladas de la entrada, como si hubiera perdido su esplendor.

—Está ubicado en los bajos de un edificio neogótico que se construyó a las órdenes del arquitecto Josep Puig i Cadafalch. —Me siento tan feliz de ser yo quien le dé unas pinceladas de historia que no dejo de sonreír como una posesa—. A los dos años, en 1897, se abrió este bar en los bajos. Al principio era una cervecería, que con bastante rapidez se convirtió en un centro de referencia del modernismo catalán. Lo frecuentaban personajes ilustres como Picasso, Ramón Casas, Nonell, Antoni Gaudí, Miguel Utrillo, Santiago Rusiñol, Granados, Carles Casagemas… —Le guiño un ojo ante su gesto interesado—. Se cerró seis años después para resurgir en la

década de los setenta…

—Pero ¡si mis abuelos se fueron a Estados Unidos en los años cincuenta! —se queja, tal como había previsto—. ¡No pudieron haber entrado en un local cerrado!

—Y no lo hicieron. Antes de la Guerra Civil se había convertido en el Círculo Artístico de San Lluc. —Lo sitúo a unos centímetros de la entrada—. Pero cuando ellos se prometieron, estaba cerrado. Por eso Margarita nunca lo pintó tal como es ahora, a pesar de que poseía una colección nada desdeñable de fotos de su reapertura, regalo de tus tíos abuelos. Su interés por este lugar estaba claro.

—Picasso… —susurra—. Mi abuela admiraba a ese pintor muchísimo, era uno de sus ídolos; lo estudiaba, le apasionaba todo lo referente a él. Tenía libros sobre su vida, litografías, incluso en algunos momentos imitó su estilo, aunque no era para nada el suyo y acabó por abandonarlo. A ella le encantaba la vida del pintor, adoraba muchos de sus cuadros y era una gran entusiasta de su obra.

—Exacto. —Asiento—. Tu abuelo eligió un lugar emblemático para ella. Quería ser romántico, darle una ilusión para recordar el resto de su vida. Y en este local Picasso comenzó sus andaduras en las tertulias a los diecisiete años. Aquí conoció a Pere Romeu, el responsable de Els 4 Gats, quien se fijó en la joven promesa y le pidió algunos trabajos gráficos que tu abuela ha reflejado en muchos de sus cuadros.

—Es como si acabaras de traérmela de nuevo. —Acaricia el diario de Margarita y luego lo hojea con lentitud, casi perdido en el pasado.

—Justo donde estamos ahora, a las puertas del local, tu abuelo se arrodilló para pedirle matrimonio a una joven dispuesta a todo por estar con él. A finales de los cincuenta una mujer de veinte años no podía tomar según qué decisiones sin la autoridad de su padre, pero tus tíos abuelos estaban de su parte y orquestaron la boda ese mismo día, incluso falsificaron la autorización. Lo tenían todo preparado para que tus bisabuelos no pudieran retener a Margarita. Porque en la España de aquel entonces ninguna mujer podía obtener el pasaporte sin permiso paterno o estar casada. Pero si tu marido era extranjero, perdías la nacionalidad española y él decidía sobre tus viajes.

—Mis tíos abuelos eran cojonudos. —Sonríe—. Si no llega a ser por

ellos… ¡Les debo un montón! Aunque la historia oficial no habla de una boda en España…

—Lee lo que cuenta ella. —Le guiño un ojo y le señalo el diario—. Cuando llegaron a Filadelfia, tus abuelos volvieron a casarse con una ceremonia y un banquete tradicional. Para ellos esa era la boda que contaba, la de verdad. Aunque Margarita nunca olvidó la que tuvo al lado de sus hermanos.

—Imagino cómo se pusieron sus padres… —Silba—. Debieron de entrar en cólera.

—Según el diario, por aquella época los negocios de la familia ya empezaban a resentirse, el dinero no abundaba en la fábrica y tus tíos abuelos aprovecharon la marcha de Margarita para iniciar negocios en Estados Unidos con vistas a acompañarla cuanto antes. Ella fue quien impulsó su empresa gracias a varias gestiones, muchas de ellas avaladas por tu padre. Margarita era una de las accionistas.

—Esa parte me la sé —corrobora Stan—. Tres años después mis tíos abuelos se instalaron en Filadelfia con nosotros para tomar las riendas de su creciente imperio. Mi madre heredó las acciones y sigue recibiendo los dividendos, aunque ella prefirió la vida académica.

—En los diarios podrás leer la historia completa. —Lo abrazo y le doy un beso fugaz en los labios—. Da para escribir un libro, te lo digo yo.

Sus carcajadas me hacen sonreír con ganas. No necesito nada más para sentirme en la cúspide de la felicidad. Stan, sus risas, el lugar, el momento… Sé que mi futuro está a su lado. No voy a permitir que Susan lo enturbie de nuevo.

28

Casa Batlló

Lara

Los sueños alcanzados son pequeñas olas de luz en un universo negruzco que lo iluminan, le dan una razón para seguir expandiéndose, para llenarse de astros ardientes. A veces hay que aferrarse a ellos, aunque sean recientes y apenas hayas tenido tiempo de delinearlos con detalles. Miro a la profesora de cocina y me doy cuenta de que la felicidad está en esos pequeños instantes inesperados, en impregnarse de cada uno de ellos como se merecen, en descubrir su aura multicolor, chispeante, brillante.

Septiembre llena las calles con su temperatura cálida, pero sin asfixiar. Stan regresó a las clases hace tres semanas, después de un verano increíble donde resurgió la armonía rota por mi obsesión con Susan.

¿Puede la vida darme más? A veces me cuesta imaginarla de otra manera y otras echo la vista atrás para descubrirme en una existencia paralela. Por extraño que me parezca, me siento pletórica. Acaricio mi vientre con una sonrisa muy emocionada. Al regresar de Barcelona fuimos de ruta por la Costa Oeste sin rumbo fijo, dejándonos seducir por el deseo impulsivo de cada instante, siguiendo la estela de mis deseos. Y fue mágico, brutal, impresionante. Volvimos a ser el Stan y la Lara del principio, plagados de sonrisas, conversaciones, caricias, ardor.

Me quedé embarazada al poco de dejar las pastillas y descubrirlo junto a Stan una noche en un motel de carretera a pocos kilómetros de casa fue una escalada al monte de la ilusión con fuegos artificiales, arcoíris de colores y purpurina. A pesar de las náuseas, el malestar y los mareos, me pareció como si acabara de culminar la mayor de las hazañas.

—¿Tenéis todos los ingredientes? —pregunta Marie, nuestra profe —. Vamos a preparar el mejor suflé de la historia.

Es una mujer muy entusiasta, respira comida francesa, como si el acento claro que exudan sus palabras nos transportara a un bistró de París para trabajar en su cocina. Arnau la observa con aires de depredador; mi amigo se ha vuelto un mujeriego capaz de coquetear hasta con las menos avezadas. Marie es joven, apasionada, divertida y guapa, todos los ingredientes que suelen llamar la atención del casanova que me convenció de acompañarlo a las clases para formarse. Han pasado tres meses desde que decidió echar raíces cerca de sus amigos más asentados —o sea, Nick, Stan y yo— y se instaló en Filadelfia en un pequeño piso. Encontró trabajo de pinche de cocina y le entró el gusanillo de convertirse en chef. Por eso estamos aquí, en plena lección, cargados hasta los topes de energía positiva y con muchos deseos de caminar rumbo a excitantes y nuevas experiencias.

Mientras seguimos las instrucciones de Marie, mi pensamiento vuela a estas últimas tres semanas, a cómo Stan y yo hemos navegado por la marejada de Susan sin venirnos abajo. Me he esforzado en verla de otra manera, en acercarme algo a ella, en luchar contra el recelo que me embarga en su presencia. Y ella ha actuado en consecuencia. Me consta que mi marido mantuvo una larga conversación referente a nosotras con su exmujer al reincorporarse al trabajo. Desde ese instante me trata con dulzura, aunque solo cuando Stan está delante. Sin embargo, no consigo desprenderme de la sensación de estar frente a una víbora con dos caras, una de esas personas que te miran con una sonrisa pero en cuyo interior solo sobrevive el veneno, una que está al acecho de la oportunidad de clavar sus colmillos para conquistar sus metas. Y eso me produce un resquemor angustiante, porque se ha convertido en una parte muy fija en nuestras rutinas y presiento que tarde o temprano esparcirá su toxina.

Vuelvo a acariciarme el vientre para deshacerme de esos recuerdos. Debo seguir confiando en Stan, no darle demasiada importancia a cómo esos dos establecen una conexión cada vez mayor, a que pasan tantas horas juntos en el trabajo y quedan fuera de él para tomar algo y conversar, cómo le brillan los ojos a mi marido cuando ella aparece

en escena, como si el haber recuperado a su amiga de la infancia lo llenara de alguna manera que no logro comprender. Quizá Stan tenía razón y hablan los celos cuando me estremezco en su presencia, con un augurio claro de su lengua bífida a punto de lanzar ponzoña. La mayoría del tiempo logro esconder esas sensaciones, pero a veces retornan y la sombra de una nueva discusión planea sobre Stan y yo. Por eso he aprendido a disfrutar del embarazo, a centrarme en él para caminar por la senda de la serenidad y no ponernos las cosas difíciles. Porque mi familia será siempre lo primero.

Todavía no hemos comunicado mi estado de buena esperanza a nuestro núcleo cercano, solo se lo hemos confiado a Arnau, a Amber y a Nick —imagino que Susan también lo sabe, pero de eso Stan no habla conmigo—. Esta tarde acudiremos a una visita de control con la ginecóloga y el domingo haremos el anuncio a lo grande, en la barbacoa semanal, esta vez en casa de mis suegros. Espero abrazos, gritos de emoción, una fiesta loca. He invitado a Laia también para ver su cara al descubrirlo. No he querido explicárselo por teléfono, Nueva York no está lejos de Filadelfia y prefiero verla cuando lo sepa. Abrazarla será una grandísima celebración.

Cuando ponemos los suflés de queso en el horno, me limpio las manos en el trapo que cuelga de mi delantal y observo entretenida el diálogo subidito de tono entre Marie y Arnau. Ambos están a punto de pasar al siguiente nivel. Me alegro tanto de verlo recuperado. Hubo un tiempo en el que no levantaba cabeza por culpa de la arpía de Olalla. Ojalá algún día encuentre a una mujer a su medida y el amor le salga bien.

Media hora después salimos del restaurante con nuestros suflés en una bolsa, bien colocados dentro de una cajita a medida. El día es precioso, con un cielo azul sin mácula de nubes. El sol calienta el asfalto y puedo oler el estallido del calor en el ambiente. Me arrimo al brazo de Arnau, me acerco a su mejilla y le doy un beso casto e ilusionado. Tenerlo conmigo, compartir el sueño americano, encontrar las estrellas de mi nueva afición a su lado es un regalo. Porque Arnau es fuego, energía, vitalidad, y a mí me nutre de ella. Me pasa el brazo libre por la cintura, me atrae mucho a él y me devuelve el gesto con

atrevimiento, ya que en vez de alcanzar mi mejilla se decide por los labios. Es un beso de amistad; entre nosotros el amor romántico pasó de largo cuando apenas éramos unos críos.

—Como me vea Stan… —bromea—. Nunca imaginé que te vería tan enamorada. Es bonito, Lara. Te brillan los ojos cuando él está cerca.

—Lo quiero muchísimo. —Me acaricio de nuevo el vientre—. Es mi persona favorita y el mejor con quien vivir nuestra nueva aventura.

Caminamos juntos hasta los coches, donde nos despedimos con un abrazo. La anticipación de descubrir la cara de Stan ante el suflé guía el volante hasta la casa donde vivimos. Desde que empecé las clases hace tres semanas le traigo la comida cada día y nos pasamos un buen rato diseccionando los sabores. Al llegar pongo la mesa en la cocina mientras canturreo una canción latina y bailo a su son. La emoción de ver en unas horas la vida que crece en mi interior me llena de felicidad en estado puro. Es un sueño reciente, pero se colma de luminiscencia y se ha convertido en mi mayor meta.

Escucho las voces antes de verlos aparecer y mi ánimo cae en picado. No debería molestarme la presencia de Susan en casa; sin embargo, me mosquea. Y más este día tan esperado justo antes de ir a la ginecóloga para la ecografía de control y ver a nuestro pequeño milagro. Entran conversando con mucho entusiasmo y otra vez mi estómago recibe el impacto de siempre, ese retortijón de clara animadversión que me provoca la mirada taimada de Susan. Entre ellos hay una corriente de confianza que me pone en guardia, no lo puedo evitar.

—Hola, cariño. —Stan me besa en la mejilla—. Pon un cubierto más. Cuando me has hablado del suflé, he invitado a Susan. ¡Es su plato preferido! Y hoy tenía un día debilucho… —Le dedica una mirada triste—. Tu creación la animará.

Ahogo el deseo de resoplar y fuerzo una sonrisa. No comprendo por qué Stan sigue intentando consolarla. ¡Hace un año y tres meses que Keith la dejó! ¡Ya debería haberlo superado y no pasarse el día llorando en el hombro de mi marido! En vez de seguir con el curso de mis nefastos pensamientos, coloco un servicio más en absoluto silencio. Ellos ya lo llenan con su charla acerca de cuestiones

académicas que me dejan al margen —y sí, vuelvo a darle vueltas a esa sensación de estar ante un león con piel de cordero, pero mi marido no se entera—. La comida no varía esa interacción ni Stan se percata de cómo su tema de conversación me aísla. Apenas presta atención al sabor del suflé. No hace los comentarios de siempre, ni las críticas constructivas ni las alabanzas. Solo existen Susan y su problema con una parte del temario que mi santo marido ha decidido aclararle.

Cuando por fin se marcha, mi estado de ánimo no es muy halagüeño, pero empujo el malestar al fondo de mi corazón para darle paso a la ilusión del momento.

Stan conduce sin percatarse de cómo me ha afectado la comida acompañados por una música suave y decido no ahondar en la cuestión; no me apetece discutir cuando estamos a punto de conocer a nuestro futuro hijo. Sonrío al pensarlo, como si esa criatura que se está formando en mi interior fuera suficiente para derrotar cualquier obstáculo.

—Si es niña podríamos llamarla Leila —comento tras aparcar y entrar en la consulta—. Y si es chico, Samuel. Ambos nombres se escriben igual en nuestros idiomas.

—Una L para niña y una S para niño… —Me guiña un ojo, como si no le costara entender mi juego con las iniciales—. Interesante.

Su sonrisa desbanca todos mis pensamientos funestos del mediodía. Las hormonas disparadas del embarazo se ocupan de arrastrarme entre las arenas movedizas de emociones demasiado extremas. Lo de Susan no debería afectarme hasta ese punto, es absurdo; Stan me quiere a mí, lo ha demostrado de mil maneras diferentes. Entrelazo mis dedos con los suyos, me aproximo a su mejilla y le deposito un beso suave, cariñoso, plagado de promesas. Porque estamos gestando una familia. En unos meses tendremos a un bebé en los brazos, lo acunaremos, le daremos amor y se convertirá en el centro de nuestras vidas. No voy a complicarlas con celos irracionales.

Nos sentamos en la sala de espera sin soltarnos de la mano. Hay bastante gente aguardando a ser atendidos. Parejas ilusionadas, chicas con sus madres, señoras ya más maduras, matrimonios de todas las

edades… Me fijo en un par de barrigas de embarazos avanzados y no puedo evitar la explosión de sentimientos que se desencadenan en mi alma. Sonrío y la imaginación me bombardea con instantáneas de una vida feliz junto a él o a ella, descubriendo juntos el mundo a través de sus ojos. La vida se mide en sueños… El mío crece en mi interior y justo en este instante me percato de que es la estrella más brillante en el firmamento de mis esperanzas.

—¿Recuerdas cuando hace un mes vinimos a la primera visita para corroborar que estaba embarazada? —le pregunto a Stan con una expresión de ilusión elevada a la máxima potencia. Él asiente y yo me muerdo el labio, me deshago un segundo de su mano y rescato mi móvil para buscar una foto en concreto—. Me recordó a este momento.

—La Casa Batlló en Sant Jordi —comenta un poco confundido.

En la pantalla se nos ve envueltos entre la masa de turistas que copaba las calles de Barcelona ese día tan señalado, enfrente de una de las construcciones más emblemáticas de Gaudí engalanada para celebrarlo. Me fijo en las sonrisas que traspasan el tiempo que ha transcurrido y me devuelven la emoción de nuestra vida en Barcelona, a cómo cada instante era una brizna de ilusiones mágicas donde solo cabían las risas, el entusiasmo, la perspectiva de ver salir el sol en nuestros corazones a cada segundo.

—Fuimos muy felices allí —susurro con la voz tomada por la nostalgia. Vuelvo a enlazar los dedos con los suyos y acaricio la pantalla con la mirada—. Esta foto la tomamos un 23 de abril frente a la «casa del dragón». ¿Recuerdas que me contaste las referencias que esconde acerca de la leyenda de Sant Jordi? —Observo sus ojos chispeantes y no hay necesidad de explicar por qué relaciono esta foto con mi embarazo. El día previsto para el parto es el 23 de abril, la *diada* de Sant Jordi para los catalanes y el día del Libro para el resto del mundo—. Las tejas de la azotea representan el lomo del dragón, la Sala de Arcos Catenarios del desván sería su caja torácica, el balcón del último piso es el de la princesa, las columnas de la tribuna con forma de huesos y los balcones que se asemejan a calaveras son todas las víctimas del dragón y la cruz de cuatro brazos de la azotea nos

enseña la espada de Sant Jordi.

—Cuando fuimos a visitarla, la vimos repleta de flores, con las banderas catalanas en los balcones y rodeada de la marabunta que suele llenar Barcelona durante esa celebración tan señalada. —Me suelta la mano para pasarme el brazo por los hombros y atraerme hacia su pecho—. Siempre me ha gustado la leyenda. El joven y valeroso Sant Jordi logra salvar a la doncella de las garras del temible dragón. Es un gran día para nacer. Samuel o Lena será afortunado o afortunada.

Me muerdo el labio con una sonrisa que se desborda. Estoy en un momento vibrante, álgido, feliz. Quiero absorber hasta la última mota de júbilo, llenar mis reservas de euforia, satisfacción, goce…, abrazar la inmensa sensación de estar ante las puertas de un futuro perfecto. Porque esta criatura es un regalo del destino, una pieza clave para encauzar mis redefinidos sueños, saborearlos, disfrutarlos.

—¿Señores Harrison? —nos llama la enfermera.

Caminamos juntos en dirección a la consulta con las manos unidas de nuevo. Hoy se cumple un mes de nuestra primera visita, esa que nos despertó el delirio de la ilusión, el anhelo de conocer, cuidar y abrazar a nuestro bebé, de acompañarlo en su periplo por la vida, de amarlo para siempre. Acabábamos de llegar de nuestro viaje por la Costa Oeste, hacía dos días que había visto el sí en un palito y todavía no me lo creía.

La doctora Brown nos recibe como esa primera vez, tras su escritorio. Pasamos unos instantes repasando mi pauta de vitaminas, los mareos matutinos, la marcha del embarazo, y después entramos en la sala de consulta. Me estiro en la camilla con la mirada puesta en la pantalla ennegrecida del ecógrafo y una mano asida a la de Stan. No hablamos, la expectación nos cierra las cuerdas vocales. La doctora nos explica cómo procederá, porque al estar solo de dos meses ha de realizar la prueba de forma transvaginal.

Con rapidez, la pantalla se llena de manchas blancas sobre un fondo negro mientras la incomodidad entre mis piernas muestra cómo nuestra ginecóloga busca la pequeña sombra del feto.

Tardo pocos segundos en sentir su rigidez. No es algo claro, solo

una sensación, pero lo suficientemente potente como para acelerar mis latidos. La doctora Brown mueve el ecógrafo demasiado, escucho una respiración un poco más brusca de lo normal y entonces miro su expresión, porque me percato de la ausencia de sonidos. Tiene los labios un poco apretados, la mandíbula en tensión y la atención puesta en la pantalla. Es como si el mundo se desplomara sobre mí, como si de repente comprendiera las palabras que están a punto de salir de su boca, como si no pudiera contener el dolor.

—No hay latido —anuncia—. Lo siento, hay que practicar un legrado cuanto antes.

29

Gran Teatre del Liceu

Stan

Salgo de mi despacho en la universidad con lentitud, sin demasiadas ganas de llegar a casa y enfrentarme a otra discusión. Hace tres meses que perdimos a nuestro bebé, del instante que supuso un nuevo punto de inflexión en mi relación con Lara. Se volvió irascible, reservada, triste. Toda su energía positiva se fundió de repente en una nube negra y sus sonrisas se convirtieron en tensión, tristeza, sufrimiento. En un intento de confortarla, me tragué mi dolor, lo mantuve en silencio y solo me permití sacarlo a la luz en la intimidad de esta estancia. Fue Susan la que me encontró aquí encerrado tres días después, con las lágrimas resbalando por mis mejillas y el corazón herido. Me habló con suavidad, me consoló, pronunció las palabras idóneas para darme calidez y me apoyé en ella. Pero Lara no lo entiende, le echa la culpa de todo cuanto nos pasa, se empeña en reprocharme las horas que paso con mi amiga, en reclamarme que lo hable con ella, que no me guarde mis sentimientos, que los compartamos. Sin embargo, no sé cómo conseguirlo, cómo llegar a ella, cómo volver a ser ese nosotros, ahora anclado en el pasado.

Las clases en la universidad acabaron la semana pasada por las vacaciones de invierno, pero sigo pasando muchas horas aquí, un lugar donde encuentro la paz y el sosiego requeridos para olvidar mi situación en casa, el deterioro irreparable de mi matrimonio.

Mientras preparo las lecciones y recibo a algunos alumnos a los que hago de tutor de tesis consigo postergar lo irremediable y dejar de pensar en los problemas que me acechan. Además, una parte de mi investigación está dando más frutos de los esperados y si me concentro en redactar los *papers*, el desasosiego desaparece.

—Stan. —Levanto la cabeza del escritorio y descubro a Susan frente

a la puerta. Mis labios no tardan en elevarse por inercia hasta esbozar una sonrisa. Se ha convertido en mi ancla, en mi amiga, en la persona capaz de eclipsar mi pena. Su forma de actuar ha dado un vuelco enorme y ahora se muestra paciente, agradable, cariñosa y cercana; no queda nada de esa mujer egoísta y dominante con la que conviví—. ¿Me puedes llevar a casa? Esta mañana se me ha estropeado el coche y he venido en taxi.

—Claro. —Su simple compañía me inyecta la capacidad de abandonar mis funestos pensamientos. Una de las marcas del pasado que sigue presente en ella es su adicción al trabajo. Ese fue uno de los grandes hándicaps en nuestra relación, aunque mientras estábamos casados su ambición era el motor más importante de su existencia y ahora la veo feliz con lo que tiene. Ojalá siga igual, porque esta Susan me gusta muchísimo—. Vámonos un poco antes, hoy Lara ha preparado una comida especial y no quiero llegar tarde.

—Tu mujer es sorprendente. —Esta es la mejor parte de su nueva faceta con nosotros; tiene a Lara en alta estima y lo ha intentado todo para integrarla en el círculo. Pero mi mujer apenas se esfuerza por reconocerlo—. Ha descubierto su pasión por la cocina y ahora comes de película.

—Lo hace de narices —admito. A pesar de su melancolía, Lara se ha mantenido muy ocupada. Se ha refugiado en una obsesión casi enfermiza por pasar las horas en el estudio de mi abuela, en la academia de español, leyendo, en el club de lectura y en mil clases de cocina que no necesita. Su cercanía con Arnau me llena de recelos por cómo se ha apoyado en él para afrontar la depresión. Salimos a la calle blanquecina debido a la abundante nevada de esta mañana. Los copos se han empecinado en cuajar en las aceras y dejar un paisaje precioso para celebrar la Navidad en tres días—. Arnau dice que le pisa los talones en su idea de convertirse en chef.

—Arnau… —Su tono afectado me pone en guardia. Nos calamos las gorras y caminamos con soltura con destino al coche gracias a las botas con suela resistente a las inclemencias climáticas de Filadelfia. Desde hace unos meses la relación entre Arnau y Lara me provoca unos celos desgarradores y solo me falta el tonillo de Susan para

dispararlos de nuevo—. Deberías atar en corto a Lara con él. —Tuerce la boca—. El tío está muy interesado en ella. Demasiado.

Detecto más palabras de las que pronuncia. Arnau se ha convertido en un habitual en nuestra familia, en uno más. Su amistad con Nick y con Amber es sólida y se ha integrado en la ciudad, pero está demasiado cerca de Lara, es el hombro en el que llora… ¿Acaso mis inquietudes tienen fundamento? Miro a Susan antes de entrar en el coche con una taquicardia potente. Su expresión muestra que oculta algo.

—¿Qué pasa? —pregunto intrigado y preocupado a la vez.

—Nada. —Sacude la cabeza y noto enseguida su incomodidad—. No te preocupes, solo estaba pensando en voz alta.

Ocupo el asiento frente al volante, arranco el coche y una música suave se cuela por los altavoces. Susan se queda callada, demasiado para cómo es ella. La observo con creciente ansiedad y una sensación extraña en el estómago. ¿Qué se guarda? No se comporta así a menos que le ronde por la cabeza algo importante pero no esté segura de compartirlo. ¿Hay algo entre mi mujer y su ex? ¡No! ¡Se me va la cabeza! Confío en Lara, es una persona transparente, no se guarda las cosas para ella, no me engaña y nunca se le ocurriría clavarme ese tipo de puñal por la espalda. ¿Verdad? Aunque llevo unos meses con la mosca detrás de la oreja, mosqueado con su cercanía…

—Susan —digo con un suspiro, angustiado por mi necesidad de saber—. Suéltalo. No puedes dejarme así. ¿Qué pasa?

Ella espira con fuerza. Retuerce las manos en el regazo, incómoda. Y rechina los dientes con inquietud, como si le costara un mundo dar el paso para sincerarse.

—Quizá no es nada… —susurra, indecisa—. ¿Y si estoy paranoica? ¿Y si te lo explico y es una tontería? —Sacude la cabeza—. No puedo sacar conclusiones precipitadas, Stan. En realidad, no vi nada incriminatorio, solo me lo pareció.

—Ahora no vas a guardártelo —aseguro con un nudo en el vientre. Esta nueva versión de Susan es más real que la anterior, me gusta su indecisión, cómo se piensa las cosas antes de lanzarlas y ya no intenta moldearme a su antojo ni manipularme. Por eso sé que sus sospechas

quizá sí tienen fundamento, también han calado en mí estos últimos meses—. Cuéntamelo.

—Bueno… —Titubea. Vuelven sus gestos nerviosos, incluso desvía un par de veces la mirada para encontrar valor. Y esa forma de comportarse me angustia porque me anuncia un golpe—. Uf, ¡qué difícil es esto!

Pasamos un par de minutos en silencio. La conozco lo suficiente para entender que necesita tiempo y no la atosigo. Susan siempre es segura de sí misma, pero ahora le cuesta encontrar las palabras. Esta espera me estruja el corazón. ¿Qué me va a contar? ¿Estoy preparado para escucharlo?

—Fue la semana pasada —empieza a hablar con un tono afectado—. Los vi por casualidad saliendo de su clase de cocina. Yo estaba por el barrio porque tengo el gimnasio cerca del restaurante, es de una amiga y tiene unas instalaciones impresionantes. Ellos no repararon en mi presencia, pero yo sí los vi. —Hace una pausa—. Caminaban muy juntos, casi como una pareja. Sonreían, cuchicheaban, mostraban una actitud muy cariñosa. —Exhala un suspiro profundo—. Había algo entre ellos, algo potente, Stan. Y hablaban de escaparse juntos a ver mundo, de recorrerlo con una mochila a la espalda, de abandonarlo todo para subirse a no sé qué cresta de la ola. Lara no cesaba de lanzar exclamaciones muy emocionadas, como si estuviera dispuesta a todo por seguir sus sueños con él. —Vuelve a callarse unos segundos—. No sé, quizá es una paranoia, pero me parecieron más una pareja de amantes que de amigos.

La explicación de Susan me impacta de una manera fulminante. Sus palabras se clavan en mí para internarme en la desconfianza, una que jamás habría imaginado con respecto a Lara pero que ha ido afianzándose en los últimos meses, y la declaración de Susan la vuelve real. No la interrogo, permito que la música ahogue la conversación mientras mi mente mastica cada una de las connotaciones de lo que acaba de compartir conmigo. Ella respeta mi silencio y, al llegar a su casa, me mira con una sonrisa tensa.

—Lo siento. —Agarra el tirador para abrir la puerta—. Quizá no debería haberte contado nada…

—No, está bien. —La reconforto con una sonrisa—. Gracias por confiar en mí. Prefiero saberlo.

—Me alegro de haber recuperado tu amistad. —Se acerca para darme un casto beso en la mejilla y sale del coche—. Te veo mañana.

Conduzco hasta mi hogar con el corazón encogido en el pecho. ¿Es posible que Lara haya vuelto a fantasear con sus antiguos sueños? ¿Se está acostando con Arnau? ¿De verdad tiene algo con él? Se compenetran bien, se entienden, pero no hay más que una amistad, ¿verdad?

Una vez en casa me doy una ducha para calmarme, pero media hora después sigo igual de inquieto, a la espera de la llegada de Lara. Me sirvo un vaso de burbon con hielo en el salón, donde la música suave me acompaña en un intento desesperado de serenar mis nervios. Mi cabeza es una máquina letal de imágenes desbocadas en las que Lara y Arnau se convierten en amantes temerarios. Apuro el licor de un trago y me sirvo otro con la ansiedad comprimiéndome el estómago. Susan no habría hablado si no fuera nada…

Media hora después me he bebido casi la mitad de la botella.

Escucho las llaves en la cerradura de la entrada, la puerta abrirse despacio, los pasos de mi mujer, cómo se despoja del abrigo y el bolso, cómo entra en el recibidor y camina hasta aquí, su «hola, estoy en casa» en un tono vacío, sin rastro de la emoción de antaño. Huelo su aroma unos segundos antes de verla irrumpir en la estancia con uno de sus guisos entre las manos. El mes pasado terminaron el curso de comida francesa y se han apuntado a uno de italiana. Mis ojos se desploman al ver su aspecto: un vestido ceñido a sus curvas, sexy, provocativo, pensado para mostrar su cuerpo perfecto. ¿Acaso se lo ha puesto para seducir a Arnau? Tiene el pelo revuelto, como si se lo hubiera arreglado a marchas forzadas. Apenas lleva maquillaje, pero el pintalabios rojo, marca de la casa, parece un poco corrido, como si hubiera utilizado los labios para besar…

—¿Qué tal es Arnau en la cama? —espeto con la ebriedad emponzoñándome los sentidos—. ¿Folla bien?

Su expresión desconcertada me desinfla un poco. Al fijarme bien, veo sus ojos llorosos con rastros de humedad en las mejillas. Y

empiezo a cuestionarme las conclusiones precipitadas a las que he llegado.

—Hace muchos años que no me acuesto con él —anuncia conteniendo la furia—. No tengo ni idea de cómo folla ahora. —Señala la botella de burbon—. ¿Estás borracho a las doce y media del mediodía?

—Susan me ha hablado de tus coqueteos con Arnau —insisto. El alcohol habla por mí, desata la tormenta que arrecia en mi corazón, susurra las palabras no pronunciadas de mi amiga y las magnifica, pero en este instante no estoy convencido de la veracidad de mi alegato y la expresión desgarrada en el rostro de mi mujer me hace dudar—. Con él eres capaz de reír y a mí ni siquiera me miras.

—Susan… —Arruga la nariz con odio y resopla—. La vimos frente a la academia el miércoles con un grupito de amigas. ¿Qué chisme te ha contado? Porque deberías tener cuidado con ella, solo busca llevarte a la cama.

—¡No desvíes la conversación! —grito, cada vez más inseguro—. ¡Estoy harto de tu manía persecutoria con Susan! ¡Ella solo quiere ser nuestra amiga! ¿Por qué no le das una oportunidad?

—Te está manipulando otra vez —suelta con dolor—. Y lo peor es que estás ciego. —Niega con la cabeza—. Entre Arnau y yo solo hay una amistad. Lo sabes. Nunca te he ocultado nada. No imaginas cómo me afecta que desconfíes así de mí.

Su expresión, la manera en que su cuerpo se apoca, las lágrimas que asoman a sus ojos… Es Lara. Mi Lara. No puedo ceder a las imágenes proyectadas en mi mente a causa de las sospechas de Susan, se me está yendo la cabeza. Quiero a mi mujer, hemos perdido a un bebé, pero podemos reconstruir nuestra relación, solo necesitamos recuperar la confianza. Susan se equivoca.

—Él podría ofrecerte tus sueños… —Las dudas se apoderan de mi voz.

—A veces fantaseamos y recuperamos a esos jóvenes con ideas locas en la cabeza, las hablamos, las ponemos en perspectiva. Él me relata sus viajes por países lejanos y sí, hay pequeños instantes en los que me seduce la idea de ser ciudadana del mundo y no de mi casa —admite

acercándose a mí y, poco a poco, las sospechas se relativizan—. Pero eso solo son microsegundos porque al minuto me emociona pensar en cómo soy ahora, en ti, en esta vida que hemos creado juntos. —Sus facciones corroboran la sinceridad de sus palabras—. Tú eres mi única ola, Stan. Te quiero, no deberías dudar de eso. Y sé que he estado un poco ausente estos meses, el aborto fue un mazazo, pero te prometo darlo todo para volver a ser la de antes. —Sus ojos emiten destellos de ansiedad—. Por favor, aléjate un poco de Susan.

Escucharla hablar así me tranquiliza; sin embargo, un molesto runrún me susurra al oído como si fuera uno de esos demonios que se dedican a meter líos mentales en mentes ajenas. Lara, sus sueños, Arnau, la idea de retenerla en un lugar y no dejarla libre, la sensación de ser su carcelero, ese resquemor sin fundamento hacia Susan… ¿Y si no es feliz de verdad? ¿Y si solo se conforma? ¿Y si se arrepiente de haber cambiado su vida por mí? ¿Y si de verdad se ha acostado con él? ¿Y si ataca a Susan porque la ciega la culpa?

—¿Eres feliz? —inquiero con una extraña sensación en la boca del estómago—. Cuando te conocí, ansiabas unas metas muy diferentes y conmigo las has abandonado todas.

—Nunca me he arrepentido de mis decisiones —asegura—. Querer aprovechar cualquier oportunidad también incluye la de amar, la de asentarse, la de tener niños, la de formar una familia con la persona a la que quiero. —Se sienta en el sofá, a mi lado—. Me costó un poco aceptarlo, es cierto. Sin embargo, al lograrlo, toda reticencia murió porque tú eres mi único sueño. Tú, nuestra familia, nuestro futuro juntos. Nosotros. Porque esa palabra, ese posesivo, ese «nosotros» engloba una vida perfecta. —Entrelaza sus dedos con los míos—. Nos está costando un poquito pasar al siguiente nivel. Perder al bebé fue muy duro; aunque solo estaba de dos meses, ya lo sentía muy mío. —Se muerde el labio—. Pero, Stan, vamos a seguir adelante, no nos rendiremos, porque al final saldremos victoriosos. Quiero hijos contigo, llenar la casa de risas y lloros, ampliar el jardín, estar juntos hasta el fin de los tiempos. Y necesito que no te apoyes en Susan, que no la creas cuando te insinúa que me acuesto con Arnau, ni lo imagines siquiera. Te quiero a ti, siempre te he sido fiel y no tengo

intención de cambiar eso. —Las lágrimas vuelven a arreciar en sus ojos—. Por favor, no permitas que nos destruya.

Se me funden las neuronas, se me calienta el cuerpo, se me expande el corazón y las dudas sembradas por la conversación con Susan se esfuman con rapidez, como si las llamas se hubieran convertido en humo. Abrazo a mi mujer, la beso, la toco, la siento. Acabo haciéndole el amor de manera salvaje en el sofá, no había tiempo para llegar a la habitación, ansioso por entrar en ella. Repetimos un par de horas después, ya en nuestra cama.

Durante los dos días siguientes me olvido del todo de Susan, de sus sospechas, de sus palabras e incluso de su amistad. Desconozco por qué me parecieron factibles las suposiciones de mi exmujer cuando en realidad se trataban de conclusiones precipitadas, quizá propiciadas por cómo actuaría ella. Hemos limado asperezas, he logrado perdonarla por su desliz y me cuesta colgarle la etiqueta de «creadora de problemas». Sin embargo, su intervención no acabó de gustarme. Aunque tal vez solo fuera un comentario inocente y su visión del asunto puede comprenderse. Además, Susan ha estado a mi lado en los momentos importantes. Lara se equivoca con ella, no quiere separarnos, solo ser parte de nuestras vidas.

La mañana de Navidad la nieve sigue con su caída imparable de los últimos tres días. Las calles están blancas; los escaparates, saturados de colores y luces, y las viviendas resplandecen preciosas con tantísimos adornos. Este año toca celebrar la gran cena en casa de los padres de Nick. Desde siempre este día ha sido un motivo de festejos en familia, entendiendo la nuestra como un grupo de personas que llevan juntas la vida entera. Durante los años que pasé en Barcelona hablábamos por videollamada para compartir la noche más bonita del año, me cantaban villancicos y me mantenían despierto hasta altas horas de la madrugada porque se negaban a no compartir estos momentos conmigo. Desde mi regreso he recuperado esta tradición y no me puede alegrar más.

La calefacción y la chimenea caldean el ambiente. La casa de los

padres de Nick, al igual que la nuestra, es amplia, con un salón comedor con muchos metros cuadrados y una decoración cálida y hogareña con una mezcla antigua y moderna que la convierte en acogedora. El árbol preside el lugar. Grande, potente, iluminado, repleto de rojo. Han dispuesto una enorme mesa que recorre el espacio hasta casi asfixiarlo. Somos demasiados. Pero, por primera vez desde mi divorcio, estamos al completo, sin rencores, y se palpa la ilusión en el ambiente.

Cenamos entre risas, algunos chistes, anécdotas y villancicos. Como solemos hacer, cada uno de nosotros cuenta un suceso bonito del año y los demás lo vitorean. Nos lo pasamos genial, pero no dejo de observar a mi mujer y a su ex y mi cabeza analiza cada una de sus interacciones, busca señales de complicidad, indaga en ellas con ansiedad, como si la desconfianza hubiera resurgido. Brindamos con champán, degustamos un menú de cinco tenedores, planeamos nuevas cenas y disfrutamos de la compañía con esa sensación de pertenecernos. Aunque la insistente vocecita en mi mente me machaca. ¿Y si de verdad hay algo entre Lara y Arnau? ¿Y si mi exmujer tiene razón? ¿Y si me la vuelven a meter doblada? ¿Y si Lara me mintió?

Susan me lanza alguna que otra mirada interrogativa. No hemos hablado desde ese día en el coche y no tengo ni idea de por qué siento la necesidad de aclararle las cosas. Antes de sentarnos frente al árbol, recogemos entre todos y desmontamos la mesa. Ella se acerca con sigilo, se coloca a mi lado y me susurra para preguntarme cómo está todo. Sonrío al encararla.

—Se quieren un montón como amigos —expongo, menos seguro de lo que me gustaría—. Me fue bien hablarlo con Lara porque me he quedado más tranquilo. No hay nada que temer.

—Me alegro, Stan —dice con una sonrisa que dispara una nueva alarma silenciosa en mi mente. La conozco y puedo intuir su poca fe en mis palabras—. Te mereces ser feliz.

Sacudo la cabeza para quitarme esa sensación del cuerpo. Quizá solo estoy viendo demasiadas cosas por culpa del pasado. En muchas ocasiones tener una historia con alguien nos condiciona y nos lleva

por los caminos equivocados. Sonrío, me quito esa espinita del corazón y termino de colaborar para adecentar el salón, aunque no consigo arrancarla del todo.

Amber se aproxima un instante para susurrarme al oído. Mi hermana suele ser la voz de mi conciencia cuando la pierdo. Su amistad con Nick se ha estrechado con el paso de los años y ahora la ha extendido a mi mujer y a Arnau.

—Ve con cuidado con Susan —susurra—. No entiendo cómo puedes tolerarle entrar de nuevo en tu vida.

—¿Por qué debería perdonar a Nick y no a ella? —respondo, molesto por sus palabras—. Ha cambiado, es una persona nueva. Todos tenemos derecho a una segunda oportunidad. Quiere recuperar mi amistad.

—Está buscando más que eso. —Se separa de mí y veo su expresión sincera—. No te dejes engañar por ella. Lara es perfecta para ti. Te adora.

Cuando nos sentamos frente al árbol para la tradición de los regalos unos minutos después, intento rebajar la inquietud que han despertado los comentarios de Amber. Como siempre, la edad es la que manda en el orden de entrega. Cuando le llega el turno a Lara para recibir sus presentes, a mí se me acumulan en un lado. Me han regalado un montón de cosas: ropa, colonia, libros y una escapada de una semana en California con mi mujer —es de su parte y no me puede gustar más la idea—. Ella sonríe con ganas cuando yo le muestro un paquetito.

—¿Qué me has comprado? —pregunta con emoción.

—Ábrelo y lo sabrás. —Le guiño un ojo.

Sonríe con su habitual entusiasmo. Rasga el papel, abre la caja que encuentra y sus ojos se agrandan con ese brillo tan particular de ella.

—¿Entradas para el Gran Teatre del Liceu? —pregunta sosteniéndolas en sus manos, junto a la colección nada desdeñable de fotos que he reunido para ella—. ¿Para Semana Santa? —Se lanza a mis brazos envuelta en las risotadas de todos los presentes, que con rapidez se convierten en silbidos y abucheos cuando mi mujer se sienta en mi regazo y empieza a darme besos sonoros por toda la cara

—. ¡Es el mejor regalo de la historia de los regalos! No solo me ofreces un trocito de Barcelona que todavía no había disfrutado, sino que ¡nos vamos a ver a mis padres! ¡Te quiero!

Es como si volviera a ser mi Lara y todo lo demás se desvaneciera. ¡Adoro a esta Lara! Es efusiva, cálida, mía…

—¿Conoces la fatídica historia del Liceu? —pregunto riendo a carcajadas, feliz y liberado de las dudas—. Porque si algo tiene ese teatro es un cúmulo de desgracias en su haber que lo transforman en una tragedia andante.

—¡Cuéntame más! —Se acurruca en mi regazo sin regresar a su asiento. Es como si el resto de los asistentes a la cena acabara de borrarse y solo estuviéramos ella y yo. Y eso consigue lo impensable; aniquila de un plumazo el mal rollo para despertar de nuevo la esperanza. Parezco una peonza…—. Quiero conocer todos y cada uno de los datos acerca de ese lugar de Barcelona.

Se ha convertido en una costumbre. Le busco emplazamientos de la ciudad y le cuento su historia, como si estuviéramos allí, como si nuestras antiguas rutas cobraran vida en Filadelfia y pudiéremos retomar esa rutina. Ella acaricia una de las fotos del Liceu y me mira, expectante. Mi sonrisa se eleva hasta el infinito.

—Abrió sus puertas en 1847, gracias a una iniciativa de la Sociedad Dramática de Aficionados —cuento—. Se construyó en el edificio del convento de los trinitarios descalzos, se quemó en una disputa y se convirtió en el lugar perfecto para albergar el nuevo teatro. Por su escenario han pasado grandes artistas mundialmente conocidos y no ha dejado de albergar a un público en su mayoría elitista. Pero sobre él pesa una escalofriante profecía.

Hay un rumor en el salón, se escucha con claridad cómo todos agudizan el oído y muestran su interés con algún sonido.

—Profecía… —susurra Lara, muy interesada.

—La leyenda cuenta que, en los carnavales de 1861, alguien oculto tras una máscara prendió fuego al teatro y que entre los escombros se encontró un papel donde rezaba una frase. —Se escucha un profundo silencio y con voz tétrica añado—: «Soy un búho y voy a solas, si lo volvéis a levantar, lo volveré a quemar».

—O sea, que nada de profecía o maldición —expone mi hermana mayor—. Solo fue cosa de un capullo con ganas de fastidiar.

—Lo reconstruyeron —sigo con mi narración—. Y, mientras lo hacían, cayó una tromba de agua. Inundó las Ramblas y detuvo las obras durante un tiempo.

—¡De eso no se puede culpar al búho! —replica mi madre—. ¡Es una inclemencia del tiempo!

—Cierto —admito—. Pero ¿y las bombas que tiró un anarquista al escenario en 1893? —Les guiño un ojo—. Eso sí pudo ser obra de nuestro buhito. Aunque después pasaron cien años hasta el nuevo y misterioso incendio que en 1994 destruyó otra vez el Liceu…

30

Calle de la Baixada de Santa Eulàlia

Lara

Las vacaciones de Pascua están a la vuelta de la esquina; tengo unas ganas locas de volar a casa, pasar unos días con mis padres, caminar por Barcelona con mi marido y relajarnos un poco. Llevamos unos meses bastante tensos, con una repetitiva y machacona angustia envolviéndonos por culpa de las absurdas sospechas de Stan. No sé cómo redirigir la situación, cómo digerir esa desconfianza que lleva mostrando desde Navidad. Hay instantes perfectos en los que nada nos enturbia y parece creerme, y otros en los que discutimos después de unas acusaciones cada vez más insistentes por su parte. Espero que estos días en España logren acercarnos de nuevo porque siento que se ha abierto una grieta profunda entre los dos. Todavía no me explico qué nos está pasando, por qué se cree los constantes chismes de la arpía de Susan. No se ha alejado de ella y mi instinto me grita a voces que lo está manipulando.

Mi hermana nos visita muy a menudo. Por suerte, Nueva York y Filadelfia están a menos de dos horas en coche y también propicia que nosotros vayamos allí. Últimamente he pasado los fines de semana a solas con ella porque necesitaba escapar de la densa opresión de vivir al lado de Stan, de esas peleas propiciadas por sus preguntas malintencionadas, como si lo hubiera traicionado y él intentara descubrirme en una mentira. Laia se ha adaptado muy bien a la vida en Estados Unidos, a su trabajo. Y sí, tenerla tan cerca es perfecto, pero sigo echando en falta a mis padres. En algunas visitas se ha acoplado Amber, a quien cada vez aprecio más. Entre ella y Laia también ha surgido la chispa de la amistad. Es una chica fácil de querer, con una positividad de serie que conforta a cualquiera.

Hoy acudiré a mi última clase de cocina hasta después de las

vacaciones. Me encantan estas lecciones y son el lugar perfecto para evadirme y no pensar tanto en Stan y en su conducta. Nunca imaginé que encontraría emocionante pasarme horas frente a los fogones en vez de dedicarme a viajar. Pero es perfecto. Existen un sinfín de posibilidades para comerme el mundo sin salir de aquí. Puedo aprender a preparar las especialidades de lugares exóticos, los bailes de cada país, cerámica, manualidades, artesanía, artes marciales, charlas, historia, libros… Son infinitas opciones para conocer otras culturas de una manera lúdica, divertida y sin necesidad de subirme a un avión, y estoy dispuesta a indagarlas, a buscar esa felicidad escondida en cada una de ellas y a superar este escollo en el camino.

La calle está preciosa con los primeros colores de la primavera. Me encanta caminar por ella rumbo al restaurante donde nos están enseñando los sabores de Tailandia. Es mi quinto taller; el primero fue menos específico porque debía empezar por lo básico, descubrir algunos truquillos, prepararme para explorar otras artes culinarias más exóticas. La comida tailandesa me interesa desde hace mucho tiempo y por eso la elegí tras un curso monográfico de pastas italianas. Me está encantando, a pesar de lo laboriosos que han resultado sus platos.

Ruedo mi alianza en el dedo con una sensación de angustia en el pecho. ¿Quién me iba a decir que estaría en un lugar como este? ¿Con un proyecto de vida tan increíble y a la vez tan triste, apagada, afligida por culpa de las constantes riñas con Stan? Adoro mis clases en la academia, enseñar mi lengua es gratificante y no solo por los avances de los alumnos; también agradezco conocerlos, descubrir sus vidas, internarme en ellas a través de sus anécdotas, de todo aquello que desean compartir conmigo. Me reconforta escucharlos narrar historias capaces de delinear sus existencias e incentivar mi imaginación. Hace unos años pensaba que la única posibilidad para impregnarme de la esencia de las personas más variopintas era convertirme en nómada y, sin embargo, la experiencia en la enseñanza me ha aportado mucho sin moverme demasiado. Y sí, es una vocación que me ha venido sin esperarla. Y ojalá nada lo estropee.

Suspiro para obligarme a no pensar en Stan otra vez. Repaso mis

logros y me emociono al recordar cómo llevar la obra de Margarita me ha proporcionado una grandísima satisfacción. Gracias a esa ocupación he aprendido un montón de cosas nuevas, he conocido a gente muy interesante, he logrado exponer muchos de sus cuadros, vender una cantidad importante y elevar su nombre a las esferas de una pintora conocida. El mundo del arte, de las galerías, de las ventas y de los coleccionistas es un terreno minado de buenos momentos. Y estoy dispuesta a arrasar en esa faceta, a convertirme en el mejor activo para catapultar a la abuela de Stan al estrellato. Porque sus cuadros me arrebatan el alma, sus diarios me inspiran y su vida es una fuente inagotable de ideas en mi cabeza.

Lo mejor de todo es que hace unos meses, tras volver de Barcelona y hablarlo con mi suegra, me decidí a emprender un nuevo proyecto. La emoción fue mi única aliada a la hora de plantearlo, pero desde que empecé no he podido detenerme. La rueda ha girado sin fin, me ha llevado a un estado de exaltación constante y ha traspasado las páginas que estoy llenando con la vida de Margarita en forma de novela. Todo cuanto llevo años atesorando, esas ganas locas de escribir, de crear, de explorar mis capacidades literarias, ha estallado en el ordenador y me ha tenido muchas horas absorbida aporreando las teclas mientras la historia se formaba en mi mente como si tuviera vida propia. He creado un tablero en Pinterest con algunas fotos de mi protagonista, de los personajes más relevantes, de su Barcelona, su Filadelfia, su familia. Y luego he buscado la banda sonora en Spotify donde he reunido todas las canciones que menciona en sus diarios como sus preferidas.

Margarita no solo poseía una sensibilidad especial para pintar, sino que su prosa es capaz de transportar a cualquiera a un lugar, de llenarte de sensaciones, de tocarte el corazón. Aunque no estructuraba demasiado los escritos; solo son trocitos, instantes, pensamientos fugaces, como si se tratara de un cuadro a retazos que deben contemplarse como un todo para darle consistencia.

Encontrar mi voz para plasmar la realidad de Margarita en el papel fue fácil, mucho más de lo esperado. Solo necesité conectar mis sentimientos con las palabras tras mi tercera lectura de los diarios y

una investigación a la altura para alentar a las musas. Mientras avanzo en la escritura la imagino, la veo en mi mente, la siento abrazarme, enamorarse, llorar, reír, disfrutar, sufrir… Es como si formara parte de mí, como si se hubiera plantado en mi interior para ocuparlo y desbancar la sensación de caer en un pozo sin fondo con Stan. Muchas veces me planteo si mi inspiración no es fruto de la situación, de la forma en la que agita mis emociones. Es Margarita quien marca los ritmos, crece en los capítulos, decide dar un giro u otro, describir una escena en concreto, darle bombo a un asunto, destacar algo por encima de lo demás. Todos mis años de lecturas desenfrenadas, de querer escribir pero no ser capaz han eclosionado en esta maravillosa experiencia, otorgándome la potestad de disfrutar como nunca imaginé.

Acumulo un sinfín de ilusiones. Podría añadir esa coletilla tan trillada de «¿qué más se puede pedir?». Pero hay sombras planeando sobre mi cabeza, unas que de momento no tapan del todo el sol, aunque presiento que podrían cubrirlo en breve y dejarme en la más absoluta oscuridad. No quiero engañarme, es absurdo no afrontar los problemas, porque si caigo en esa trampa, tarde o temprano me explotarán en la cara. Desde Navidad Stan está pasando una extraña fase de celos bastante absurdos e infundados. Me interroga a menudo respecto a Arnau, a mis antiguos sueños de viajar, a mis salidas. Aparece mil veces por sorpresa para recogerme al salir de clase de cocina, de la academia o del antiguo estudio de Margarita, que ahora se ha convertido en el mío. Cuando me escabullo de la cama por las noches, asaltada por una inspiración repentina y me instalo en el despacho de casa para trasladarla al papel, él siempre se asoma al cabo de unos minutos, se apoya en el marco de la puerta un rato, me observa y vuelve a la cama. Lo repite dos o tres veces más, sin dar demasiadas explicaciones ni contestar a mis dudas. Incluso me revisa el móvil cuando cree que no lo veo y hace lo mismo con mi ordenador. Su conducta está convirtiendo nuestra convivencia en un lugar minado, rodeado de una tensión innecesaria, y no puedo continuar así.

Lo peor es ser testigo de cómo cada día estrecha más sus lazos con

Susan. Trabajar juntos los ha unido, pasan muchas horas juntos y la conducta de mi marido se ha visto afectada por su presencia. Mi sexto sentido recela de ella de una manera bastante dolorosa. Pero solo son sospechas sutiles y nada concretas; no puedo ponerles nombre porque no dejan de ser meras sensaciones. Miradas fugaces de odio para mí y de amor infinito para Stan; expresiones momentáneas de dureza, como si estuviera dispuesta a todo para conseguir sus metas a cualquier precio; sus comentarios con doble sentido a pesar de que nadie más los interpreta como yo… Me incomoda, me pone los pelos de punta y me da mala espina… Me gustaría no notar cómo su sombra es la que enturbia el sol, pero algo en mi interior la señala como la culpable de mi situación con Stan. Porque siento cómo sus garras afiladas lo están atrapando de nuevo, cómo tiene dominada su capacidad para envolver a mi marido entre sus fauces y convencerlo para bailar a su son sin que él sea consciente de ello. Aunque desde Navidad evito discutir con él sobre ese tema y prefiero disimular mi animadversión para no enturbiar todavía más la convivencia.

Llego al restaurante donde recibiré la clase de cocina de hoy con el corazón derruido, como cada vez que le doy vueltas a la situación. Por eso busco la manera de positivizar y me convenzo de que mi vida va bien, de que lo de Stan pasará, de que mis aprensiones acerca de Susan solo son celos… Meneo la cabeza, abandono la línea negativista de pensamiento y vuelvo a las mil razones para sentirme plena. Porque mi máxima es la de agarrarse a lo bueno para vivir a tope y no la voy a cambiar ahora. Solo la aparté un tiempo después del aborto y fue un grandísimo error.

Arnau me espera en la puerta con la emoción pintada en la cara. Ha conseguido un trabajo mejor en un restaurante gracias a los cursos de cocina y a la recomendación del profesor. Es tan gracioso verlo entusiasmarse por algo así. ¡Hace años no habría dado ni un céntimo por él como cocinero! ¡Y míralo! ¡Pletórico por trabajar en una cocina! ¡Ver para creer! Lo abrazo con fuerza para felicitarlo y él me envuelve en el calor de su amistad, me reconforta y me recuerda que no estoy sola. Desde su divorcio le cuesta un poco más de lo normal aceptar las buenas noticias. Sé que a pesar del tiempo transcurrido, las heridas de

Olalla todavía no han cicatrizado del todo. Sale por ahí con Nick y con Amber, pero bajo su apariencia de mujeriego despreocupado, divertido y sonriente descubro rasgos de tristeza en sus ojos alguna que otra vez. Si te parten el corazón en mil pedazos, cuesta reconstruirlo.

—¿Cuándo empiezas? —pregunto separándome de él para darle un beso en la mejilla—. ¡Es tan apasionante! ¡Tú de subchef! Guauuuuuu.

Antes de que tenga tiempo de contestar, noto una presencia a mi espalda. Me vuelvo con un encogimiento en el estómago al presentir los nubarrones. Stan me mira con desconfianza, otra vez. Está con una Susan que muestra una sonrisa muy falsa. Mi marido aprieta la mandíbula con fuerza, como si contuviera un arranque de rabia, y fulmina a Arnau con la mirada.

—¡Stan! —Me separo de mi amigo para besar a mi marido, pero él se queda bastante rígido y no responde al gesto—. ¿Qué haces aquí? Pensaba que hoy tenías trabajo en la universidad. ¿Ya has acabado?

Gruñe con una rabia inmerecida. Estoy un poco cansada de estas reacciones. Esta noche hablaré con él, no podemos continuar así. Nos queremos, pero el amor no lo es todo; hay que cultivarlo, mimarlo, disfrutarlo. Una mirada rápida a Susan me hiela la sangre. Juraría apreciar la satisfacción brillando en sus ojos, como si la reacción de Stan cumpliera alguna de sus expectativas. ¿No estaré exagerando? ¿Se me está yendo la olla? Suelto un suspiro exasperado y retrocedo.

—Ya veo que no me esperabas —suelta a bocajarro, en un tono duro y acusador.

—¿Quieres venir a la clase? —propongo, conciliadora—. Hoy vamos a preparar *pad tai*. Podrías ser mi pinche. ¡Seguro que nos lo pasamos de cine!

—¡Y ahora debería creerme tu actuación! —Sacude la cabeza para negar—. Se te nota muy contenta con la compañía, no me necesitas.

Seco, frío, letal. ¿Qué le pasa? Otra vez percibo triunfo en Susan. ¿Acaso disfruta torturándonos? Un largo y profundo suspiro se escapa de mi boca. Stan se da la vuelta decidido, sin siquiera despedirse, y se va acompañado de su exmujer. Entro con pasos indecisos al restaurante, me deshago de las lágrimas que quieren deslizarse

impunes por mis mejillas y me prometo no alargar ni un minuto más la conversación con Stan. Arnau me interroga durante la lección, pero le quito importancia porque no necesito meter a más personas en esto y menos sin hablarlo con mi marido ni darle la posibilidad de expresarse, de explicarme qué le pasa. No lo entiendo, la verdad. ¿Cómo lo está manejando Susan? ¿Qué le cuenta? ¿Qué se cree él? ¿Por qué se deja manipular por ella? ¿Qué lo lleva a desconfiar de mí?

Llego a casa con mi táper de pad tai un par de horas después, dispuesta a aclarar las cosas con mi marido y a deleitarnos juntos con mi creación culinaria de hoy. Porque no pienso ni valorar la posibilidad de no reconducir nuestra relación, esto no puede ser más que una mala fase. No tardará en darse cuenta de que Susan lo está contaminando. Dejo la bolsa en la cocina y me dirijo al salón, donde lo encuentro sentado en el sofá con un vaso de whisky en la mano. Su mirada es sombría, no parece relajado. Tampoco está haciendo nada. Ni escucha música ni lee ni mira la tele. Su postura emite unas vibraciones negativas escalofriantes.

—¿Sabes? Estaba preparándote uno de nuestros lugares en Barcelona —dice y señala unas fotos colocadas en la mesilla de centro —. Hay una calle cerca de la catedral que se llama Baixada de Santa Eulàlia porque es donde, según la leyenda, lanzaron a la patrona de Barcelona en aquel entonces rodando dentro de un tonel con clavos. —Le da un sorbo a la bebida—. En esa misma calle hay una imagen de la santa junto a unos versos escritos por Jacint Verdaguer donde se habla de su tormento.

—Me conozco la historia. —Camino hasta ocupar un asiento a su lado—. Tenía trece años cuando se escapó de casa para recriminarle a Daciano, el gobernador de Barcino, su manera de reprimir a los cristianos, y él intentó por todos los medios que renegara de su fe. La sometió a trece tormentos, uno de ellos fue el que acabas de describir, y como la niña no se rindió, la decapitó.

Asiente sin mirarme, con los ojos perdidos en el líquido de su vaso.

—Te has olvidado la parte que la convierte en santa. —Mi corazón se rompe al escuchar ese tono tan poco cariñoso. Este no es mi Stan y me gustaría saber qué está pasando, porque no quiero continuar

negando la evidencia de que lo nuestro está entrando en un callejón sin salida—. Enterraron sus restos en Santa Maria de les Arenes, la actual Santa Maria del Mar, pero en el 878 trasladaron sus restos a lo que hoy es nuestra catedral. Cuando se acercaban a la puerta de la ciudad, cargando con el arca que contenía sus restos, esta empezó a pesar y apareció un ángel para señalar a uno de los canónigos con un dedo acusador. El hombre admitió haber robado un dedo del pie de la santa como reliquia y el arca dejó de pesar en cuanto lo devolvió a su lugar.

Se hace el silencio absoluto. Stan vuelve a beber y yo trago saliva, preparándome para una discusión dolorosa. Porque todos los indicios nos llevan ahí y todavía no comprendo cómo hemos llegado a este punto. Es tan extraño, tan poco lógico… Hace tan solo unos meses todo era perfecto, ¿cómo se puede romper la armonía en un chasquido de dedos? Inspiro para llenar mis pulmones y calmar mi respiración trabajosa. Él se toma su tiempo, como si quisiera ordenar las ideas, aunque ya me haya condenado de antemano.

—¿Qué hay entre Arnau y tú? —pregunta de sopetón, sin mirarme.

—Amistad —digo con sinceridad, cansada de la acusación de su voz —. No te entiendo, Stan. ¿Qué te pasa? ¿Por qué desconfías de mí?

—Te he visto esta tarde —expone, como si bastara eso para entenderlo—. Lo has abrazado de verdad, Lara. Eres feliz con él, teníais muchos sueños juntos.

Suelto una larga y profunda espiración, bastante hastiada.

—¿Por qué insistes en eso? —inquiero con dolor—. ¿Qué te está pasando? No lo comprendo, Stan. Por mucho que lo intente, me es imposible darle un sentido a los últimos meses, a tus recelos cada vez más infundados, a tu desconfianza. —Me siento en su regazo y lo obligo a mirarme—. Soy feliz contigo, nunca te engañaría. Nuestra vida es perfecta para mí. Mi sueño es formar una familia a tu lado.

—Susan también decía eso —suelta sin más—. Y acabó marchándose con otro.

—No soy Susan —murmuro—. Nunca te haría algo así.

—Eso dices, pero… —Deja la frase en el aire y me basta esa inflexión en su tono para romper mi contención. Me levanto, cansada

de regresar a la misma situación sin ninguna razón lógica.

—¿Cómo puedes hablarme así? —inquiero colocándome frente a él —. Me conoces, te casaste conmigo, todo nos iba bien hasta que ella apareció. —Las lágrimas me humedecen los ojos—. No sé qué te ha hecho, Stan, pero no podemos continuar así. No es sano.

—¡Lo que no es sano es tu relación con Arnau y tu odio absurdo contra Susan! —grita con una voz afilada, preparada para clavarse en mi alma—. ¿Por qué me mientes? ¿Por qué no admites de una vez por todas que quieres largarte con él a conocer mundo? ¿Que yo ya no soy suficiente?

Cuando ya no puedo reprimir más el llanto, cierro los ojos, aprieto los puños y aguanto la respiración. Al abrirlos, los fijo en los suyos y me hago pedazos.

—Te quiero —susurro—. Lo eres todo para mí, no haría nada para romper lo que tenemos.

—¿Por eso lo has besado? —Su acusación es más dolorosa que una paliza—. ¿Ya te has metido en la cama con él?

Acaba de rebasar mi límite, de romper mi moderación, de desbordar el dolor que llevo acumulando desde Navidad. ¿De verdad ha sido capaz de preguntarme eso otra vez? ¿Es así como me ve? ¿Duda de mí hasta ese punto?

—No puedo más —musito con un desgarro en el pecho imposible de sanar con rapidez—. Si no eres capaz de confiar en mí, lo nuestro no vale la pena. Me niego a seguir así porque no es sano ni bonito.

—Pues lárgate con él —brama—. Total, ya te lo estás tirando, ¿no?

El impacto es tan brutal que me desestabilizo. Me doy la vuelta y me dirijo hacia la puerta del salón. Una parte de mí desea que me hable e intente retenerme; la otra está herida y enfadada. No sé cuál de las dos gana, lo único que tengo claro es mi deseo de dejar atrás esta mierda, de volver a ser Stan y Lara, la pareja feliz, compenetrada, cargada de ilusión, pero él no me lo pone fácil y mi única opción es salir de aquí, alejarme, contar con tiempo para asimilar sus acusaciones. No pronuncia ni una sola palabra. Decir que mi corazón se rompe sería demasiado suave. Se hace añicos, se convierte en polvo, se desintegra.

Continúo el camino hasta el recibidor. Mi respiración está a punto de alcanzar un punto crítico, al igual que mis latidos. Hay demasiados sentimientos en mi interior, hierven con una fuerza inusitada. Y si de algo estoy convencida es de mi decisión de no permitir que Stan me destruya, de conservar mi fortaleza intacta. Soy una mujer optimista, fuerte, capaz de surcar el mar con mi energía positiva, alguien que jamás se ha rendido a la hora de agarrar la felicidad mientras metía en saco roto cualquier *input* que me hundiera en la tristeza. Y por mucho que ame a Stan, no le permitiré arrebatarme eso, cambiarme hasta un punto de no retorno, denigrarme con sus sospechas. Y menos conociendo su cercanía con Susan, que yo podría recriminarle lo mismo, pero no lo hago porque confío en él.

La esperanza me detiene unos segundos frente a la puerta principal de la casa. Escucho mi corazón bombear a toda potencia, mis jadeos ansiosos. Las lágrimas me invaden. Cierro los ojos para contenerlas mientras me insto a serenarme. No puedo dejarme vencer por el dolor, pero el silencio se incrusta en mi pecho; no hay movimientos en el salón, ni voces ni un mísero resquicio de luz en la oscuridad. Asiento con el dolor desgarrándome, cojo las llaves, el bolso, la chaqueta y alargo el brazo hacia el pomo de la puerta. Muy despacio. Casi a cámara lenta. Me vuelvo un segundo, con la ilusión de verlo aparecer para pelear por nosotros. Porque sigo sin comprender qué ha pasado, cómo hemos llegado aquí, desde cuándo nuestra perfecta pareja se desmorona. No hay nadie. Stan no da señales de vida y ha llegado la hora de escapar de la opresión de estas paredes, de respirar.

Giro el pomo de la puerta, la abro, la empujo, todavía expectante. Me muevo despacio, arrastro el primer paso por el suelo con la respiración en pausa y sintiendo las pulsaciones en la garganta y en los oídos, atronando con una fiereza implacable. Es el más difícil, pero si avanzo, los demás se precipitarán. De repente el dolor se convierte en rabia, una que escala posiciones con rapidez. No he propiciado sus recelos, no me he comportado de una manera traicionera, no me merezco esta reacción por su parte, las recriminaciones, la desconfianza. Y sí, quizá me afecta como jamás me había sacudido una situación, pero no le consentiré hundirme. Si Stan no quiere

batallar por nosotros, encontraré un camino para recomponerme y seguir avanzado.

31

Santa Maria del Pi

Stan

Me acabo la copa de un solo trago y suelto una bocanada de aire mientras mis dedos aprietan el vaso con fiereza. Los pasos de Lara se alejan a una velocidad demasiado rápida para calmar mis nervios encendidos y la furia me invade de forma implacable, como si acabara de prender en un lugar de mi cuerpo para arrasarlo. Levanto el brazo para lanzar el vaso de cristal tallado contra la pared con un grito rabioso al escuchar su coche perderse hacia no tengo ni idea de dónde. ¿Cómo hemos llegado hasta este extremo? ¿Cómo es posible estar en este punto con alguien que prometía ser parte de mi vida para siempre? ¿Se puede romper la felicidad en un segundo? ¿Quebrarla tanto que es imposible volver a encontrarla?

Un dolor palpitante me atraviesa el pecho y me deja un instante sin respiración. Sigo enamorado de ella, completa e irremediablemente. Lara es mi principio, mi nudo y mi final. Mi todo. ¡Y me está destrozando! No entiendo por qué extraña razón me imaginé capaz de retenerla a mi lado cuando su mundo está ahí fuera. Susan tiene razón, estar con ella es como enjaular a un pájaro y quitarle la inmensidad del cielo. Solo ha necesitado un tiempo en esta casa para sentirse atrapada y ha acabado en brazos de otro hombre. Susan me ha abierto los ojos estos últimos meses. Sin pretenderlo, me ha ayudado a ver lo que mi mente se negaba a procesar: Lara está demasiado cerca de Arnau porque él es el único capaz de concederle sus sueños. Y, joder, duele una barbaridad.

Repaso con ansiedad la conversación, su constante negativa, sus «te quiero», y me hundo en la miseria de la ira mezclada con la desesperación. Vivir sin ella se me atoja imposible, pero no consentiré que me engañe, juegue conmigo y disfrute de otros labios mientras los

míos claman a gritos un beso suyo. Porque eso es lo que está pasando, ¿verdad? Afirmo con contundencia al comprender mi ceguera. ¡No hay más necio que quien se niega a ver! Lo he comprobado esta tarde frente al restaurante, tras seguir un presentimiento de Susan… Ese abrazo de Lara, su cariño, la familiaridad con la que Arnau ha aceptado sus brazos, la expresión de su cara… ¿Por qué me empeño en no aceptarlo? ¿Acaso me ofusca el amor?

En Navidad me negué a escuchar a mi amiga, ella solo había visto una actitud cariñosa entre mi mujer y Arnau y las explicaciones de Lara me parecieron reales, aunque entonces empecé a fijarme en su cercanía, en sus gestos, sus miradas, sus conversaciones en susurros, su complicidad, sus risas… Entre ellos siempre hay un halo demasiado denso como para achacarlo solo a la amistad. Esa misma noche Susan se acercó a mí después de que abriéramos los regalos y me interrogó sobre la situación. Fue increíble cómo me apoyó cuando le aseguré que confiaba en Lara. Se alegró, incluso me dedicó una sonrisa radiante, contenta por mí. Lejos queda la mujer que me traicionó; parece otra persona, una capaz de estar a mi lado para demostrarme su aprecio en todo momento. Como esa amiga con la que crecí.

Desde ese día ella no ha cuestionado ni una sola vez mi decisión de creer a Lara, ha aceptado cada una de las excusas que he hilado para no atender a la realidad, se ha limitado a acompañarme mientras me ofrecía su comprensión y yo le contaba mis mentiras, esas que me inventaba para no admitir los celos y las sospechas. Y aprecio mucho su sustento. Igual que le agradezco su sinceridad. Sigue acudiendo al gimnasio cercano al restaurante un par de veces a la semana y los ha visto mil veces caminar por la calle abrazados, sonrientes, cómplices. No me lo ha contado de forma voluntaria; ha sido muy prudente, sin deseos de ponerme en una situación complicada, pero cuando la pincho, acaba hablando a regañadientes, incluso les ha tomado alguna fotografía ante mis súplicas y todas ellas me han partido el corazón en mil pedazos. La alegría de Lara, la ilusión, las risas, los abrazos, algún que otro beso en los labios…

¿Por qué lo niega? ¿Qué tortuoso placer encuentra en no admitir la verdad y librarse de una vez por todas de las cadenas que la retienen a

mi lado? Llevo tres meses en espera, al borde de la locura, casi rozando el abismo. La espío, me presento donde está, la miro, la observo, la acecho. Quiero acabar con el tormento y, a la vez, mantenerla conmigo. Y necesito tener la seguridad aplastante de que me engaña antes de tomar esa decisión que se me resiste. ¿Y si me equivoco? ¿Y si mi mente me está jugando una mala pasada?

Cada noche, cuando se escabulle de las sábanas para escribir en su estudio, bajo a cerciorarme de que no se ha largado a serme infiel. Pero siempre está aporreando las teclas con el pelo recogido con un bolígrafo en un moño mal hecho.

A veces, demasiadas, accedo a su ordenador a hurtadillas si estoy solo en casa. Lo reviso, al igual que su móvil, sus cajones, los bolsillos y cualquier cosa que pueda darme una pista sobre si mi imaginación se ha desbocado o si de verdad se acuesta con Arnau.

Quizá mi comportamiento roza una obsesión enfermiza. Comenté con Nick y con Amber mis sospechas en un par de ocasiones, pero ambos desmintieron enseguida la posibilidad de que Arnau y Lara estén liados, incluso se mostraron bastante alucinados con mis recelos. Hace un mes de nuestra última conversación y me reprendieron con tanta severidad por mis pensamientos que decidí no volver a comentarles nada parecido. En cambio, Susan me escucha, me anima a cerciorarme de la inocencia de Lara, entiende mi deseo de liberarme de la incertidumbre y no ve ningún indicio de traición en mis incursiones ilícitas a la privacidad de mi esposa, incluso me anima a seguir indagando hasta encontrar una respuesta contundente.

Me levanto para caminar en círculos por el salón. La rabia fluye por mis venas como un veneno letal. La última conversación con Lara se reproduce en mi cerebro y enciende todavía más mi furia. Parecía dolida, como si fuera la víctima en vez del verdugo. ¿Y qué hay de mí? ¿De su infidelidad? ¿De su delito? ¿De su pérfida manera de traicionar mi confianza? ¡La he visto con Arnau esta tarde! ¿En serio se cree que me chupo el dedo? Susan me lo ha advertido de manera sutil estos últimos meses, lo sé. En mi fuero interno tengo clarísima la verdad, pero cuesta tanto dar el paso definitivo…

Suena el teléfono y corro a rescatarlo de la mesilla para descubrir

que no es ella, sino Susan. El idiota de mi corazón ha imaginado por un instante que Lara se arrepentía de haberme mentido y que quería arreglar las cosas. Mi exmujer está contenta, la universidad le ha dado una buena noticia respecto a su investigación, por eso me llama, para contármela. Pero de repente se detiene y suspira.

—¿Estás bien? —¡Menuda pregunta más absurda! Se nota a la legua que no, pero reprimo las ganas de gritar y me concentro en Susan. Ella no tiene la culpa de la situación y no debo pagarla con ella.

—He discutido con Lara —explico—. ¡Es incapaz de reconocerlo! ¡Y estoy harto de sus mentiras!

Una sombra se proyecta sobre mis palabras, una alargada y capaz de ocultar la luz para siempre. Me indica con insistencia que quizá me equivoco y, si lo hago, puedo perderlo todo por un arrebato. Sin embargo, sigo despotricando, me desquito mientras le cuento a Susan la última discusión con pelos y señales sin dejarme nada. Ella me escucha con atención, es mi gran aliada.

—Deberías hablar con ella un poco más calmado —propone—. Estás demasiado ofuscado y no piensas con claridad. Espera a que vuelva a casa, aprovecha el tiempo para poner las cosas en perspectiva. No puede tardar mucho, ¿no crees?

Suspiro con exasperación y acabo por claudicar. Tiene razón, ya son las seis de la tarde y no puede retrasarse demasiado si quiere cenar a una hora decente. Debo aprovechar el tiempo para repasar lo sucedido de la manera más serena posible antes de cometer una locura de la que después me arrepienta. Paso cerca de cuatro horas dando vueltas por el salón, esperando su regreso, obligándome a pensar con más tranquilidad, buscando una calma que se niega a florecer. El teléfono está mudo; la casa, vacía; mi habitación, en silencio.

La ira se queda asida a mí, ensombrece cada uno de mis pensamientos, me crea un sabor metálico en la garganta. ¿Dónde se ha metido Lara? ¿Por qué no vuelve? ¿Está con él? Las preguntas desfilan por mi mente como una potente toxina capaz de infectar cada uno de mis sistemas. Es la primera vez que discutimos de esta manera y nunca había desaparecido así, durante una eternidad.

Me siento en el sofá, donde descansan las fotografías de Barcelona

junto a mi portátil cerrado. Levanto la tapa con la necesidad extrema de distraerme con algo; la última página web consultada me muestra mi investigación sobre la leyenda del diablo de Santa Maria del Pi, una iglesia del barrio Gòtic de Barcelona. Se cuenta que su torre fue construida por tres arquitectos distintos. En la Edad Media creían que las torres se erigían con la ayuda de Lucifer, con el que se debía cerrar un pacto a partir del escalón número cien si se quería finalizar la obra. Por eso cada uno de los arquitectos abandonó en el noventa y nueve para burlarse de Satán y este, enfadado, dejó la marca de una de sus patas en el escalón número cien. A la iglesia acudió tal marabunta de feligreses para ver la huella que decidieron eliminar la marca del peldaño, pero la historia continuó asida a esa torre. Es fácil ver marcas en la parte inferior de la fachada, a pie de tierra; pertenecen a los masones operativos, quienes firmaban las piedras para que la gente supiera quién había sido el «artista».

Ni estudiar durante un rato largo esa fábula me ayuda a olvidar la situación. Los minutos atentan contra mi cordura, me abocan a sentirme a punto de estallar de ansiedad. Cierro la tapa del portátil con más fuerza de la debida, miro la pantalla vacía del móvil y me levanto para dar una patada al aire. Son cerca de las once de la noche cuando me rindo. ¿Dónde está? ¿Por qué no vuelve? ¡Lleva más de cinco horas fuera! Marco su número en el móvil, con la necesidad acuciante de encontrarla al otro lado. Si puedo increparla, tendré una base para construir nuevas excusas, para no sentir cómo mi corazón se desgarra en busca de aire, de una forma de superar cualquier atisbo de duda. Pero el tono se alarga en el silencio.

Ya no estoy borracho. La última copa la he tomado hace horas. El efecto del alcohol en la sangre ya no me espesa los pensamientos ni los abotarga y enfrentarme a la verdad, esa que clarea con una potencia cegadora en mi mente, es la peor de las torturas. Lara no ha vuelto. ¿Y si está con él? ¿Y si ahora mismo está riéndose de mí entre sus brazos? ¿Y si Susan tenía razón cada una de las veces que ha dudado en silencio de mis argumentos? Ha intentado acercarme a los hechos sin presionar, siempre retrocediendo cuando yo me he dedicado a darles la vuelta a las evidencias. ¡Cómo ha cambiado todo!

Lara lleva años siendo mi salvadora, la persona en la que más confiaba, mientras Susan solo era una mancha negra en mi pasado.

Sin embargo, ahora…

Vuelvo a marcar el número de mi mujer. Una vez, otra, otra y una docena más. El teléfono solo me devuelve tonos alargados en la quietud más densa de mi vida, una pesada, compacta, dolorosa. Mi corazón se desboca como un caballo espantado, me cuesta respirar con normalidad, las lágrimas me humedecen los ojos. Una grumosa rabia se arremolina en mi cuerpo, lo exalta, lo convierte en una masa deforme de ira que gorgotea por cada poro. Clama venganza. Porque a pesar de mis deseos más feroces de justificarla, tengo la certeza absoluta de que está con él.

Grito. Con una voz cargada de dolor, de rabia, de impotencia. La pantalla de mi móvil sigue sin noticias, no hay un resquicio de piedad para mi alma herida. No me reconozco en esta bestia a punto de echar fuego por la boca, no quiero ser desconfiado, perder la esperanza, condenarla sin pruebas. Pero ella no está, no me contesta, no regresa… Y los he visto tantas veces juntos, cómplices, felices…

De repente el teléfono vibra en mis manos. La ansiedad me oprime la tráquea los pocos segundos que tardo en descubrir el remitente del mensaje: Susan.

«¿Todo bien? ¿Solucionado?».

Suelto un gruñido de frustración. ¡No, joder! ¡Todo se está yendo a la mierda! Golpeo el sofá con un puño, con fuerza, imprimiendo todo mi desespero en el gesto. ¿Por qué no me rindo de una vez a las evidencias? ¿Por qué sigo esperando noticias? ¿Una explicación? ¿Una redención? ¡Lara se ha largado! ¡Me ha engañado! Sin embargo, mi corazón se niega a aceptarlo hasta poseer la prueba definitiva frente a mis ojos.

¿Seré capaz?

Debería haberme vestido con el valor necesario hace horas. He preferido encerrarme, esperar, ofrecerle al tiempo la posibilidad de hallar una nueva evasiva a su comportamiento para permanecer a su lado, aunque en el fondo comprenda demasiado bien que su cuerpo, su corazón y su mente ya no me pertenecen. Porque aunque me resista

a creerlo, está con Arnau en este instante. Y ha llegado la hora de actuar, de dar el paso, de acatarlo.

«No», respondo en un mensaje. Y sin darle tiempo a escribir, agrego: «¿Me acompañas a casa de Arnau?». No necesito añadir nada más, con esta pequeña frase ella entenderá lo demás. Es reconfortante saberlo, descubrir su apoyo incondicional. Susan se equivocó en el pasado y me destrozó con sus actos. Me costó mucho perdonarla y lo he logrado por su cambio de actitud. Mi amiga ha regresado, la misma con la que crecí y compartí la mayor parte de mi vida. Quizá por eso me siento reconfortado al solicitar su compañía para caminar rumbo a un momento decisivo. Durante nuestra separación eché mucho en falta a esa persona, a mi confidente, a la chica que me sostenía cuando me caía.

«No están en casa de Arnau». Ese plural me despierta la taquicardia. Tardo unos segundos en procesar el sentido de la frase. «¿Cómo lo sabes?», respondo. «Lo he llamado hace unas horas. Estaba de camino al estudio de tu abuela. Había quedado con ella».

Pum.

Mi corazón explota, se desmigaja en mil trocitos que me abrasan el cuerpo. Es como si de repente todos mis miedos tomaran solidez y se materializaran frente a mí de una manera brutal. Me zarandean, me apuñalan, me hieren. No tardo ni dos segundos en escribir mi sentencia de muerte: «Voy para allá». Y cuando ella se ofrece a acompañarme, no lo dudo.

Armado con las llaves del estudio, salgo de casa a esperar a Susan. En mi estado es mejor que conduzca ella.

Jamás imaginé tocar fondo como ahora. Los muros de mi serenidad se han derrumbado por completo y dejan libres el dolor, la decepción, la rabia, la desolación. Es como si flotara, como si todo pasara a mi alrededor sin poder retenerlo, de manera etérea, sin consistencia. Subo al coche cuando se detiene a mi lado, pero no hablo ni doy muestras de estar entero. La ansiedad me agita la respiración a medida que me aproximo a mi objetivo. Es como una locomotora que me despierta del trance, aunque no del todo. Mi estado mental es muy preocupante.

Susan camina a mi lado y respeta mi silencio. Entrelaza sus dedos

con los míos para darme fuerzas y no los rechazo, porque ese contacto me concede un foco de realidad, un resquicio de luz en mi pesadez. Me detengo un segundo frente a la puerta con las llaves escondidas entre mis dedos temblorosos, a punto de encajarlas en la cerradura. No sé si puedo abrirla, entrar en uno de mis lugares más sagrados para descubrir que lo han mancillado. Es Susan quien toma la iniciativa. Me coge las llaves, mete la correcta en la cerradura, la gira y empuja la madera. Mis latidos se descontrolan, pulsan en mi garganta, me ahogan.

—Vamos. —Susan tira de mí.

Doy un paso tembloroso, casi tambaleándome.

El estudio es una planta diáfana con cuadros por todos lados, los caballetes de mi abuela, las acuarelas, los utensilios, la mesa larga donde se arremolinan sus cosas y el sofá a un lado. Un puñetazo de traición me golpea el estómago al encontrarme con sus cuerpos desnudos en él. Enredados. Medio tapados con una sábana blanca. Rujo como un animal herido, destrozado, con la ira fluyendo en mis venas. Llego hasta ellos con rapidez, impulsado por la furia más bestial de mi vida. ¡Lara, mi Lara! ¿Cómo ha podido? ¿Cómo ha sido capaz de mentirme así a la cara? ¿Cómo me he dejado engañar?

—¡Puta! —grito agarrándola con fuerza por un brazo y zarandeándola mientras la obligo a levantarse, a separarse de él, a mirarme a la cara.

Parpadea. Despacio, casi al ralentí. Enfoca sus ojos hacia mí, somnolientos, desubicados, confundidos, como si no lograra despertar del todo. Vuelve a agitar las pestañas, traga saliva, como si tuviera la boca seca, y luego estudia la situación a cámara lenta, con movimientos pesados. Noto el segundo exacto en el que repara en su desnudez, en la presencia de Arnau en el sofá, en Susan, en mi expresión furibunda. Sus ojos entonces se llenan de lágrimas.

—No es lo que parece —susurra, aunque con mucha desesperación. Su mirada se dirige un segundo a Susan con una rabia y un dolor insoportables. Luego regresa a la mía—. No ha pasado nada. Te quiero, Stan. —Señala a Susan—. Fue ella.

Su tono me desmonta, consigue alcanzar mi alma y perforarla,

despertar mis dudas durante un segundo. Me sobrecoge un ahogo, lo noto oprimirme la tráquea y los pulmones. Pero Susan me aprieta un poco la mano para ayudarme a reaccionar. La rabia se diluye entre el dolor y la sensación de acabar de perderlo todo. Y la fulmino con la mirada con deseos de destrozarla.

—¿Cómo te atreves a insultar mi inteligencia así? —espeto con odio —. ¡Eres una zorra adúltera!

Arnau se mueve en el sofá, abre los ojos de golpe al percatarse de la situación. Sus pupilas recorren el lugar, a nosotros, a Lara, a su falta de ropa. Percibo el instante en el que sus neuronas se iluminan para unir los trazos y recuperar la conciencia de la situación. Quizá debería reparar en su mueca de odio dirigida a Susan, pero solo puedo sentir el mío y cómo una sustancia metálica inunda mi boca. Suelto a Lara para acercarme al hombre con el que me ha mancillado, junto mis dedos con una furia latente, los preparo, los impulso y le asesto un puñetazo en la cara. El sonido de la nariz al partirse precede a la sangre saliendo a borbotones. Escucho el grito de Lara, pero no le hago caso, no quiero permanecer aquí ni un segundo más. Necesito largarme, escapar, correr a algún lugar donde pueda lamerme las heridas sin sentir cómo el mundo se hunde a mis pies.

—Stan —susurra Lara—. Nunca te engañaría. Y no lo he hecho, créeme. —Le lanza una mirada a Susan—. Ella te está manipulando otra vez.

No quiero escucharla, no me interesan sus excusas, sus palabras vacuas, su tentativa de retenerme en un matrimonio roto. Porque para mí ya no existe. Acabo de ver su verdadera cara, de enfrentarme a ella, de pillarla en su peor traición. Nada puede redimirla, no hay futuro para nosotros y no me rebajaré a gritar ni a suplicar. Me detengo en la puerta, la encaro con ira en los ojos y pronuncio la sentencia final:

—No quiero volver a verte. Recoge todas tus cosas de mi casa y lárgate. Te mandaré los papeles del divorcio.

Ella solloza, se revela, me lanza palabras que intentan traspasar mi coraza, acusa a Susan de haberles tendido una trampa, habla de cosas sin sentido, se agarra a un clavo ardiendo como una arpía sin corazón.

¿Cómo he podido casarme con semejante persona? ¿Por qué nunca la he visto tal y como es? Mi única opción de sobrevivir es largarme, dejarla atrás, romper con todo y empezar a respirar de nuevo.

32

Cementerio de Sarrià

Lara

El calor arrecia, se pega a mi ropa, me ahoga un poco y me llena el cuerpo de sudor. Miro un segundo al cielo despejado antes de entrar en mi portería, una pequeña, silenciosa y perfecta en el barrio de Sarrià que se ha convertido en la entrada a mi hogar. Hace un poco más de cuatro meses que partí de Estados Unidos sin la menor intención de regresar, pero sigo afligida y desamparada. Desde la noche aciaga en la que mi mundo saltó en pedazos mi corazón se ha llenado de dolor, de instantes desesperados, de roturas incurables.

Suspiro, no debería pensar en Stan, no cuando fue incapaz de darme voz, de escucharme, de apelar a nuestro tiempo juntos para como mínimo concederme el resquicio de la duda. «Lo nuestro se terminó». Me lo digo muy a menudo, demasiado. Sin embargo, sigo añorándolo. Su recuerdo asalta mi pensamiento a todas horas y su ausencia resquebraja mi alma.

Subo las escaleras con lentitud.

Volé a Barcelona tres días después de que apareciese en el estudio de su abuela, con el corazón hecho pedazos y mi vida destruida. Aproveché el billete que habíamos comprado para visitar a mis padres, incluso acudí sola al Liceu el día de las entradas, aunque apenas fui capaz de escuchar el concierto ni de percatarme de la realidad. Todavía estaba en shock, perdida en el mundo de la desesperación sin levantar cabeza. Me pasé la mitad de la actuación llorando desconsolada con la mente anclada en una bruma lejana donde se repetía en bucle lo sucedido… Dolía como si me hubieran tirado ácido ardiente en la piel. Mis grietas se hacían más profundas a cada segundo. Y lo peor es que siguen ahí, punzantes, hondas, latentes.

Pasé un mes en la granja con mis padres, dedicando mis horas a las labores que antaño constituían mi día a día. Me refugié en un mundo conocido. No quería dedicarme a nada, solo dejar avanzar el tiempo en busca de que el dicho se hiciera realidad y que este me curara el dolor lacerante que me acompañaba. La rutina me ayudó a mantener mi mente en pausa durante horas, pero, al caer la noche, las pesadillas funestas tras una larga y amarga llorera me traían de nuevo cada uno de los sucesos, de sus desprecios, de sus acusaciones, de la traición de Susan.

En parte entiendo a Stan. Si yo lo hubiera encontrado desnudo junto a ella en un sofá, me habría costado perdonarlo. Pero le habría dado la oportunidad de explicarse, de razonarlo conmigo, de entenderlo. No me acosté con Arnau, no lo quiero de esa manera, ni él a mí. Jamás engañaría a Stan. A pesar de sus duras palabras de despedida, de los meses que llevamos separados, de no haber vuelto a hablar con él desde que lo intenté al día siguiente y acabó largándose de casa para que pudiera recoger mis cosas sin escucharme, sigo queriéndolo con la misma fuerza del primer día. Y esa es mi peor condena, porque cuando alguien nos decepciona, deberíamos ser capaces de pasar página, de abrazar el olvido.

Mientras abro la puerta de mi pequeño apartamento revivo algunas de las frases de nuestro último encuentro y se clavan de nuevo en mi pecho para cortarme la respiración. Fue cuando lo abordé en el salón de casa, tras encontrar muchas de mis cosas en la entrada, colocadas de mala manera en las maletas. Mi desespero no lo ablandó, se limitó a agarrarme fuerte del brazo antes de marcharse por la puerta de entrada haciendo oídos sordos a mis palabras. Y entonces pronunció la sentencia definitiva a lo nuestro: «Claro que perdiste el bebé, ¡hasta él se dio cuenta de la clase de persona que era su madre! ¡Se habría pasado la vida dudando de la identidad de su padre!». Me atravesó el corazón. Fue como si de verdad me hundieran una lanza en él y se desangrara.

Hay palabras capaces de cerrar completamente un capítulo, de romperte de verdad, de hundirte en la constatación de que ya no hay un futuro al lado de alguien. Esas fueron las nuestras, las que

quebraron el hilo de unión y la esperanza de reconstruir una relación maltrecha y en ruinas. Por eso mantuve las pruebas de lo sucedido en el bolso, unas que había llevado conmigo para abrirle los ojos, y me marché de esa casa para siempre.

Conozco a la pérfida mujer que tiró de los hilos para arrebatarme a mi marido; solo necesito recordar la expresión triunfal de Susan cuando nos sorprendieron en el estudio para reconocer sus artimañas. Se mostró feliz ante mis ojos mientras Stan me zarandeaba en el sofá, me increpaba, me acusaba de haberlo traicionado. Su gesto de posesión al acercarse a él unos minutos después para reconfortarlo, entrelazando sus dedos con los de él, fue como si me ungieran en ácido. Ella fue la artífice de todo. No entiendo cómo no me di cuenta a tiempo, cómo pude darle la potestad de salirse con la suya. Aunque mi mayor dolor no radica en ella ni en su trampa mortal, sino en Stan. Su reacción me reveló a un hombre muy distinto al que yo amaba…

Apenas un par de semanas después recibí un sobre certificado de Estados Unidos en la granja de mis padres con los papeles del divorcio y entendí que debía encauzar mi vida, olvidar, perdonar y continuar caminando sin él. Porque lo nuestro era historia.

El piso que he alquilado no es gran cosa, pero sí acogedor. Lo pagué con una parte de la compensación que Stan me ofreció a través de su abogado para disolver nuestra unión con la mayor rapidez posible. Fue generoso, me pagó una cantidad suficiente para establecerme un tiempo aquí mientras decido qué haré con mi vida tras ese divorcio exprés, aséptico y desgarrador. No había nada personal en él, ni siquiera atendió a mi llamada cuando intenté hablar con él. Me bloqueó y lo nuestro pasó a ser una firma en unos folios llenos de palabrería legal.

Me deshago del bolso para adentrarme en el baño. La decoración es sencilla, pero muy agradable a la vista. Tapizados y cortinas en tonos pasteles, muebles claritos y bajos de líneas suaves, paredes blancas, mucha luz procedente de las ventanas y un silencio apenas empañado por los latidos erráticos de mi corazón. Ojalá existiera una manera de acallar mis sentimientos, de apagarlos, de aplastarlos con la misma facilidad con la que él me ha dado la espalda. Pero el amor no

funciona así; no desaparece porque te hieran, no se desvanece solo por nuestra intención de olvidar. Es indomable. Una muesca permanente en el corazón hasta que decide deslucirse. Cierro los ojos solo un segundo, respiro con fuerza, sacudo la cabeza y me niego a llorar otra vez. ¿Cuántos llantos seré capaz de derramar por él? ¿Hasta cuándo le permitiré perforarme el alma?

Entro en la ducha con la mirada vidriosa por culpa de las lágrimas, esas ingratas decididas a brotar sin previo aviso en cualquier momento. El agua fresquita se lleva el sudor, la suciedad tras unas horas de trabajo intenso en la cocina de un restaurante de la zona, el cansancio por no dormir y concentrarme en mis labores con la viveza requerida para borrar las huellas del dolor durante unas horas. Me instalé aquí un mes después de mi llegada a mi país natal, encontré un empleo a media jornada en la cocina de un restaurante de barrio, de esos que sirven menús solo a mediodía para los trabajadores de la zona y cierran en verano, y me dediqué a escribir de manera compulsiva el resto del tiempo con una necesidad imperiosa de hacerlo, como si mi mente y mi corazón lo requirieran para sanar, sangrar, sentir…

Durante los primeros dos meses me convertí en una ermitaña; lloraba a todas horas, no lograba controlar mis emociones disparadas ni lidiar con la inspiración inagotable que me proporcionaba ese sentimentalismo asfixiante. Hasta que comprendí la absurdidad de mi comportamiento y un día me desperté con la convicción de que debía darle un giro a mi vida. Por eso abrí un perfil de Instagram llamado como la historia que tejen mis dedos: *La ciudad de tus ojos*. Fue mi forma de cambiar la percepción triste de caminar por mi ciudad de acogida. Y sí, quizá es retorcida, pero necesito exorcizar el pasado, admirar los lugares donde fui feliz con él desde otra perspectiva sin que nuestra separación enturbie mis recuerdos. Por eso me fotografío allí la espalda, un brazo, mi cabello, una parte ínfima de mí. Después las cuelgo en la red social con un texto: «Tú me enseñaste que… —Y pongo sus palabras, las que recuerdo—. Ahora lo redescubro y…», explico cómo me siento, cuáles son mis percepciones tanto tiempo después, dónde queda en mi novela, qué parte de nuestra historia

representa. Es extraño, pero funciona como catalizador de mi mejoría. Día a día mi sonrisa asoma con menos timidez y la presión en mi corazón se rebaja.

Un par de semanas después de regresar a España terminé el libro sobre Margarita. Mi primer impulso fue publicarlo, pero no soy nadie para darle voz al pasado de otros, así que se lo mandé a Magdalena, mi exsuegra, en un correo electrónico junto a unas palabras muy sinceras acerca de la situación. No compartí con ella la culpabilidad de Susan, pero sí le aseguré que jamás le había sido infiel a Stan. Ella no se había pronunciado en mi contra y se lo agradezco de todo corazón. Sin embargo, tampoco había salido en mi defensa cuando me fui a despedir de ella antes de abandonar Filadelfia. Se limitó a abrazarme y desearme buena suerte.

Quince días después de enviarle el e-mail me llamó con una emoción palpable en su voz. Le había encantado la novela y quería verla impresa. Los contactos de su marido abarcan un sinfín de sectores y me preguntó si me parecía bien cederle la opción de buscarle una editorial, tanto en España como para traducirla. Fue bonito aceptar, aunque ha pasado el tiempo y no he recibido ninguna propuesta.

Hablar con la madre de Stan fue una forma de cerrar uno de los capítulos de mi pasado con él. Me preguntó muchas cosas, incluso me interrogó de manera un poco incisiva. Cuando pronunció el nombre de Susan, estuve a punto de derrumbarme y más al escuchar sus sospechas, pero me contuve porque no quiero destruir la amistad que la une a su familia. No sé si al final fui convincente, le contesté con evasivas, pero el rencor se coló en mi voz.

Solo unos pocos conocen lo sucedido de verdad esa tarde aciaga en la que mi vida marital llegó a su fin. Laia, Arnau, Amber y Nick; a los dos últimos se lo conté antes de marcharme a Nueva York con mi hermana a esperar mi vuelo, cuando Arnau se empeñó en obligarme a salir por ahí para emborracharme y olvidar durante unas horas mi dolor. Les supliqué que callaran la verdad, esa que me redime por completo y señala a la única persona malvada en la historia. A los dos les costó entender mis razones, pero tras una larga perorata,

claudicaron. A veces no se trata de perdonar la afrenta, sino la reacción a ella. Nick y Amber aceptaron mi razonamiento, incluso cuando les insinué que debía ser Stan quien descubriera la verdadera cara de Susan. Sigue muy unido a ella y a veces me pregunto si la muy arpía ha logrado su propósito, si al fin lo ha conquistado y se acuesta a su lado cada noche.

No soy de las que se ocultan o se niegan a escuchar la verdad para no enfrentarse a ella. El conocimiento es poder, y en este caso me concede el de encontrar la vía capaz de arrancármelo del alma. No solo me traicionó al no confiar en mí, sino que siguió creyéndola cuando lo nuestro todavía crepitaba, a pesar de mis palabras cuando nos encontró. Decidió confiar en ella tras meses de toxicidad, de desconfianza, de no creer en mí. Perdonar me costará, pero es la única vía para recuperarme, asumir la situación y continuar respirando en busca de una nueva cresta de la ola, un nuevo rumbo sin sentir su peso aplastarme los pulmones.

No hay hombres en mi vida, ni los he buscado ni soy capaz de acercarme a ellos todavía. Sin embargo, espero alcanzar la paz en algún momento para reedificar mi vida sentimental. Y entonces volveré a abrazar la felicidad completa. Porque me niego a renegar del amor por culpa de un bache en el camino.

Me envuelvo en una toalla para ir a mi habitación. Respiro el aroma del incienso que compré hace dos días en una pequeña tiendecilla del Born y lo enciendo antes de vestirme. Huele muy bien. Es reconfortante toparme con estos pequeños detalles, con ilusiones capaces de borrar las huellas de un mal día. Hoy ha sido mi último turno en el restaurante hasta dentro de tres semanas. Los primeros veintidós días de agosto cierra sus puertas por la bajada de clientes. El barrio se vacía durante este mes y muchos comercios y oficinas bajan la persiana por vacaciones. Es el momento perfecto para descansar. Tengo la intención de pasar quince días con mis padres y visitar alguna playa el resto del tiempo. No he decidido cuál ni si iré en coche, en tren o en autobús… Las opciones son ilimitadas y, la verdad, lo mejor es soñar de nuevo, improvisar, dejarme seducir por las ideas repentinas.

Me visto con unos *shorts* muy cortitos y una camiseta de tirantes. El calor aprieta y el piso carece de aire acondicionado. Por suerte se crea una agradable corriente de aire si abro todas las ventanas. Camino hacia el salón comedor, donde tengo instalado mi «despacho». En realidad, solo he colocado un portátil encima de una mesa de dimensiones bastante reducidas y lo he conectado a una pantalla y a un teclado para no destrozarme las cervicales mientras escribo sentada en una silla ergonómica. Pero estoy muy orgullosa de mi rinconcito. Es perfecto para sumergirme durante horas en un mundo paralelo donde la realidad cruza el puente para enredarse en la imaginación.

Enciendo el ordenador con una sonrisa feliz. Ayer di un paseo por Major de Sarrià, la calle central del barrio donde me he instalado. Es peatonal y esconde un sinfín de lugares mágicos. Descendí por ella, me detuve en muchos de sus rincones para llenarme con la energía positiva que transmite. Hice una parada técnica en el famoso bar Tomás, donde las patatas bravas son protagonistas y, según se dice, las mejores de Barcelona. Era su último día de apertura antes de las vacaciones, así que me senté a una de las mesas exteriores casi en solitario, porque el éxodo de los veraneantes ya ha tenido lugar, y me tomé una de esas bravas junto con una cerveza mientras leía un libro. Fue uno de los momentos más perfectos de mi día. Tras pagar la cuenta, exhalé con fuerza para llenarme de valentía. Subí un poco la calle central hasta girar por Hort de la Vila. Como en cada una de mis incursiones por la Barcelona compartida con Stan, mi corazón bombeaba sangre a toda velocidad y me ahogaba. Pero no me acobardé. Llegué a la calle Anglí, la subí hasta Dalmases y, justo en el cruce con Doctor Roux, me encontré de frente con la entrada del cementerio municipal de Sarrià.

El rostro sonriente de Stan surca el tiempo para irrumpir en mi mente al mirar las fotos que tomé allí. En esta ocasión decidí dejar una huella de mi cabello ondeando al viento, porque mis ojos se llenaron de lágrimas y me costaba enfocar. Reuní valor, me abracé por la cintura y entré con el sobrecogimiento de cada vez que regreso a uno de nuestros lugares. Ojalá con el paso de los meses duela menos, o quizá en una segunda o tercera visita ya no me impacte tanto.

Caminé entre las lápidas, saqué las fotos que ahora estoy subiendo a Instagram, incluso hice un vídeo para preparar un *reel* en algún momento. Respiré con la mayor tranquilidad posible, vagué con la intención de crear nuevos recuerdos alejados de él y me atuve al simbolismo del cementerio para enterrar algunos de mis sentimientos. Porque quiero olvidar esa Barcelona de sus ojos para escribir algún día la de los míos.

Escribo el texto sin dudar demasiado. En mi historia, el capítulo que lleve este nombre recorrerá la decisión de superar el pasado. ¿Y quién sabe si no será un nuevo principio? La novela no va a tener un final feliz corriente, porque a veces confundimos la felicidad con juntarnos con nuestro amor; eso no es siempre posible y la única manera de repudiar la infelicidad, de superarla, es pasar página.

> laciudaddetusojos Tú me enseñaste que este cementerio guarda muchos secretos nunca descifrados por culpa de un incendio que lo quemó junto con el archivo parroquial, y eso lo ha dotado de un halo de misterio; incluso ha inspirado a uno de los mayores novelistas del siglo XX: Carlos Ruiz Zafón, con su libro *Marina*. El primer documento escrito con el que se cuenta es de 1922, aunque su construcción data de 1835, cuando Sarrià todavía era un pueblo cercano a Barcelona donde veraneaban las personas más pudientes de la ciudad. A finales del siglo XVIII el rey Carlos III de Borbón proclamó la prohibición de enterrar en los cementerios parroquiales, pero costó mucho imponerlo en la población. Es un cementerio apartado, de esos difíciles de encontrar, envuelto por torres en medio del barrio residencial de Tres Torres, que alberga a muchos personajes ilustres como J. V. Foix, Nicolau Rubió i Tudurí, Josep Obiols, Jaume Mercader, Emilia Coranty y Francesc Guasch.
>
> Ahora lo redescubro y puedo sentir la presencia del pasado, de las almas que moran en las tumbas erigidas en la soledad de este paraje casi aislado, donde pocas personas aparecen para recorrer sus lápidas bajo el sol de verano. Mientras ayer caminaba entre las pruebas fehacientes del fin de muchas vidas, sentí cómo en mí renacía la esperanza, la ilusión, la imbatibilidad de la quimera de abrazar de nuevo la felicidad. Te fuiste, te desluciste en un mar de desengaño como los cuerpos que desafían al destino bajo esa tierra. Nuestra historia también ha de descansar en paz, quedarse en el olvido del pasado, enterrada bajo alguna lápida. Mis ojos han conseguido darle una luz distinta al cementerio, brillar, sentir, soñar. Es el primer paso para renacer.

#LaCiudadDeTusOjos #Barcelona #LaBarcelonaSecreta #PaseosPorBarcelona #LaCrestaDeLaOla #TodosMisSueños #Olvidar #LaBarcelonaMisteriosa #CementiriDeSarria

Observo la entrada con el corazón compungido. En la descripción de mi Instagram pone: «La vida se mide en sueños. Tus ojos me trajeron unos maravillosos y también los derrumbaron. Ahora los redescubro con la renacida luz de la esperanza». Un poco poético y todo eso, incluso triste, dijo mi hermana cuando abrí la cuenta y lo leyó. Pero así es como me siento, el tono de mi novela, ese sentimentalismo doloroso que está armando un drama. El dicho es claro: «Si no tiene un final feliz, no es romántica, es drama romántico». Y es exactamente lo que estoy escribiendo. Tiene el toque justo de amor, decepción, sufrimiento, felicidad, emoción… Porque la vida no deja de ser un sinfín de instantes donde todo cuenta. A veces la mejor de las historias termina de forma diferente a nuestras expectativas, pero nunca debemos renegar de todo cuanto vivimos hasta llegar ahí, sino que forma parte de nuestro bagaje, de la construcción de la felicidad, aunque sea efímera.

Me paso las siguientes dos horas dando vida a la novela. Es tan reconfortante avanzar en el redescubrimiento de las vivencias con Stan. Imprimirlas en el Word me produce una sensación extraña de conciliación, como si, al contarlas, consiguiera reparar de alguna manera mi alma maltrecha. Lloro en instantes, en otros río o se me encoge el corazón, incluso puedo palpar la tensión entre ambos cuando vivimos esa escena, una que durante meses palpitó a nuestro alrededor. Narrarlo desde mi punto de vista como novelista es purificante. Me permite descubrir perspectivas antes invisibles, disfrutar de cada una de las experiencias como una espectadora capaz de quedarse solo con la parte positiva. Y sí, mi corazón y mi alma siguen resentidos, pero la liberación va llegando al avanzar en la historia, se expande, me invade, me ayuda a despertarme cada mañana con una pizquita más de esperanza.

El timbre de la puerta me arranca un gritito. No espero a nadie y estaba muy concentrada en el capítulo, quizá por eso me he sobresaltado de esta manera. Con el corazón a mil, me acerco al

recibidor. Son las ocho de la tarde, se me han ido las horas sin darme tiempo a retenerlas. Me detengo frente a la puerta, con una agitación impropia de la situación; escribir sobre nuestra historia dispara de una manera irracional mis deseos de encontrármelo al otro lado, de abrazarlo, de besarlo, de… «Basta ya, Lara! No te creyó, no confía en ti, prefirió la versión de Susan. Hace un momento te decías que estabas en el camino correcto para quedarte solo con lo bueno y seguir adelante…».

Quien esté en el rellano de mi piso insiste y vuelve a llamar. Resoplo, me deshago de esos pensamientos improductivos y me aclaro la voz.

—¿Sí? —Solo pronuncio esas dos letras en un tono ansioso.

—¡Abre de una vez! —Es Laia. Escucharla consigue plasmar una sonrisa enorme en mis labios—. ¡Venga ya, Lara! ¡Sé que estás ahí!

Mis movimientos son rápidos. No veo a mi hermana desde mi huida de Estados Unidos, cuando pasé las últimas dos noches en su casa de Nueva York, abrazada a un cojín, llorando con desconsuelo tras explicarle la verdad de lo sucedido, todas y cada una de las heridas infligidas por Stan, la culpabilidad de Susan y cómo su plan macabro había acabado bien para ella y mal para mi matrimonio. Echo tanto en falta sus abrazos… Mis ojos se agrandan al acabar de abrir y entonces unas molestas lágrimas de emoción los ocupan por completo. ¡Nick, Arnau y Amber acompañan a Laia!

Mi naturaleza salvaje regresa con fiereza, arrasa cualquier vestigio de dolor para encender una ilusión sin límites. Me lanzo encima de ellos con unos cuantos gritos y responden a mi gesto con la misma efusividad. Lloro y río a la vez. Es en este instante cuando me percato de cómo de sola me he sentido los últimos meses, de mi necesidad imperiosa de compartir los minutos con mis personas favoritas.

El abrazo se prolonga demasiado, hasta que la voz de la razón de Nick se impone. Amber se lanza sobre mí con su efusividad de siempre.

—Mi hermano es un idiota de manual —anuncia—. Echaba de menos abrazarte.

—¿No vas a invitarnos a entrar? —dice Nick con la voz fatigosa—.

Estoy deseando descansar de una vez. ¡Venimos directos desde el aeropuerto! —Me percato entonces de las maletas y las mochilas colocadas en el suelo—. El vuelo ha sido una tortura y llevamos muchas horas sin dormir.

—¡Claro! —Me separo de ellos para ponerme a un lado y franquearles el acceso—. Bienvenidos a mi humilde morada —recito con socarronería mezclada con gratitud. Ellos recogen el equipaje y se adentran en el recibidor—. ¿Qué hacéis aquí? —Cierro y los invito a seguirme al salón comedor.

—¡Vaya! —Arnau chasca la lengua mientras dejan las bolsas en un rincón—. ¡Pareces molesta por nuestra presencia aquí!

—Ni de coña —replico—. Acabáis de hacerme la mujer más feliz de la Tierra. Pero tengo curiosidad, ¿por qué no me habéis avisado? —Les señalo el sofá para que lo ocupen y yo me quedo el sillón.

—Era una sorpresa. —Laia me guiña un ojo—. No tenía gracia decírtelo. Además, ha valido la pena al ver tu reacción. Te mereces esto y mucho más.

—Tu cara al abrir la puerta ha merecido el esfuerzo —la secunda Amber.

Examinan mi hogar actual. No tardo en reconocer sus gestos de aprecio hacia el mobiliario y la atmósfera que he creado con algunos objetos personales. Hablamos un poco de cosas triviales, del viaje, de sus últimos días en Estados Unidos, de sus planes para pasar quince días en España. Mi hermana me cuenta que en su caso van a ser cuatro meses. Su empresa ha aceptado una colaboración con una compañía con sede en Barcelona y la han enviado a ella. Escucho con atención sus futuras funciones, pero no me quedo con los detalles; lo más importante de su discurso es que va a acompañarme durante ese tiempo.

Nick y Amber explican que la situación en Filadelfia es delicada desde mi marcha. Las reuniones entre las familias, que siempre han sido un clan bien avenido, se han vuelto tensas por la división entre las personas que lo componen. Él ha acabado por no acudir; no soporta conocer la verdad y ver cómo su antigua amiga de la infancia, con la que acabó engañando a su mejor amigo y perdiendo una parte

importante de él, es la vencedora en su juego despiadado. Tengo un poco de remordimientos por mi parte de culpa en la situación, pero aprecio sin medida su apoyo.

Los abrazo otras mil veces, los agasajo con anécdotas y acabamos saliendo a cenar todos juntos, recomponiendo esta familia de amigos maltrecha. Sonrío unas horas después al meterme en la cama, llena de esperanzas de superar la desazón, de conseguir avanzar sin más dolor. Porque la compañía siempre diluye las penas.

33

El castillo de Montjuïc

Stan

laciudaddetusojos Tú me enseñaste que en este castillo hay miles de historias plasmadas en las paredes de las celdas que hay bajo las salas de la parte sudeste del patio de armas. El edificio data del siglo XVIII y tiene mucho que ofrecer a los visitantes, pero cuando nosotros vinimos, nos dedicamos a recorrer los lúgubres pasillos que albergaron a presos durante muchas épocas, de diferentes bandos e ideologías que dejaron constancia de su paso por ahí gracias a los grafitis en las paredes de todo el sótano. Se han contado un total de seiscientos cincuenta hasta ahora e incluso se han catalogado en la página web del castillo para consultas. Hay de todo, desde dibujos hasta textos autobiográficos o reivindicativos en diversos idiomas: catalán, castellano, inglés, francés, italiano, gallego, alemán, ruso, sánscrito…

Ahora lo redescubro y me veo envuelta en un mundo donde las personas se convierten en una unidad a pesar de sus creencias, porque cuando se cohabita en reclusión, cuando lo único importante es mantenerte cuerdo, vivo y esperanzado, da igual quién te acompañe, qué piensa o cuáles son sus raíces. He vuelto a repasar las esvásticas, la hoz y el martillo, la cabeza de Mickey Mouse, la cara de Hitler, los mil dibujos que nos presentan un mundo de ideologías que conviven en una misma pared. Mi familia es quien me cobija, quien me da la mano cuando me caigo, quien me invita a explicarme si alguna vez se siente traicionada. Da igual de dónde venga o cómo ha llegado a mí, lo único válido es su interés por escuchar, valorar y no condenar sin apelar a la confianza o a las palabras, y mucho menos si la persona a quien decides creer no está a la altura y te manipula. Un trocito de mi alma acaba de encontrar la redención a través de mi paseo y en la compañía inestimable de quienes me quieren con todas las consecuencias. La verdad te hará libre.

#LaCiudadDeTusOjos #Barcelona #LaBarcelonaSecreta #PaseosPorBarcelona #LaCrestaDeLaOla #TodosMisSueños #Olvidar #LaBarcelonaMisteriosa #CastilloDeMontjuïc

Alejo un instante la mirada de la pantalla, sentado a oscuras en el salón de mi casa con la sensación de estar cayendo en un profundo pozo. Este post en el Instagram de Lara es un atentado contra mi alma, me parte en mil pedazos y me impide respirar con serenidad.

Descubrí el perfil por casualidad una tarde de finales de agosto que intenté hablar con Nick para ver si todavía había esperanza para recuperar una pizquita de nuestra malograda amistad y observé sin querer qué estaba consultando en el móvil. Fue en una de nuestras reuniones familiares. Lleva mucho tiempo sin acudir de manera regular y cuando viene, me rehúye. Al principio me cabreaba su comportamiento; no soportaba que se pusiera del lado de Lara, su actitud cada vez más agresiva con Susan ni el efecto que nuestra última conversación había tenido en mí. ¡Él se tiró a mi mujer hace años! ¡Joder! ¡Si eso acabó entonces con mi matrimonio! ¿A qué viene esta conducta ahora? ¿Sus hirientes palabras cuando le pedí que me apoyara y me acabó echando mierda encima?

Mi vida es muy oscura desde el divorcio. No consigo acariciar la felicidad, se me resiste, se escurre entre mis dedos y me muestra una realidad dolorosa. Y esa copa que me tomé con Nick tres días después de la marcha de Lara, sus afirmaciones, la posibilidad de vislumbrar una sombra de realidad en ellas…

El silencio de la noche solo se ve empañado por el silbido del viento en el exterior. Anuncia una tormenta inminente, una de esas de octubre en las que la humedad se ocupa de llenar el espacio después. Mi mirada se desplaza un segundo a la ventana. La negrura es completa, la única luz proviene de una farola bastante alejada. Imagino las hojas marrones alfombrando el suelo, mecidas por el aire enfurecido, preparadas para recibir la lluvia, y las asemejo a mi corazón, ese órgano desmigajado por un pasado cargado de ilusión, la traición despiadada y mis decisiones posteriores.

Tras descubrir la existencia de *La ciudad de tus ojos*, me pasé horas leyendo y visualizando los posts con un ahogo en el pecho y los latidos desbocados. Lo que empezó con cuatro «me gusta» ahora lo siguen más de medio millón de personas y se llena de comentarios. A veces me recreo en ellos, en las respuestas de Lara, y la imagino

escribiéndolas tras la pantalla de un ordenador. Mi primera reacción a sus fotos, a esas frases que intentan reescribir nuestros recuerdos, fue la furia más exaltada. Odié todo cuanto ella publicaba, sus escritos hirientes, su intención de hacerse la víctima para exorcizar su papel de verdugo. Pasé muchas noches despierto, repleto de cólera, sin poder conciliar el sueño capaz de silenciar mi enfado. Pero poco a poco la nostalgia se fue imponiendo. Mi añoranza, mi amor infinito, la sensación de estar en el lugar equivocado, de haber tomado el camino erróneo…

«La verdad te hará libre». No es la primera vez que publica esa frase, ni mucho menos que suelta una referencia velada a la supuesta manipulación de Susan a la que se aferró tras su traición. Debería mosquearme y, sin embargo, enciende una luz en mi cerebro, una de esas palpitantes, de alarma. La rabia me cegó durante meses, no me permitía ver más allá de la escena del estudio de mi abuela, de cómo los encontré, de la presencia de Susan a mi lado. A pesar de las duras palabras de Nick referentes a ella en nuestra última salida como amigos y la insistencia de Amber en que todo fue una artimaña de mi amiga, me negué a escucharlos. Y por eso, cuando Susan se acercó a consolarme, le abrí las puertas de par en par, me apoyé en ella, me sumergí en el desahogo que me proporcionaban sus brazos y sus palabras.

Me sentía tan solo… Ella me apoyaba; en cambio, el resto de mi entorno se quedó muy tocado tras la separación y los lazos fuertes de siempre se partieron un poco. Mis padres me arroparon, pero las dudas sobre lo sucedido y sus reservas con respecto a mi amistad con Susan no dejaron espacio a abrirme a ellos. Regina, mi hermana mayor, nunca ha sido demasiado cercana y siguió en su línea. Nick y Amber no abandonaron su amistad con Arnau, los tres siguen saliendo por ahí muy a menudo y me sentí traicionado por ellos. No podía pensar ni enfrentarme de verdad a la pérdida de Lara. Si lo hacía, corría el riesgo de morir en el intento y preferí tirar por la vía fácil, permitirle a Susan llevar las riendas y seguirla, consentir que llenara mi soledad. Incluso acepté tener un par de citas con ella, pero cuando sus labios intentaron besarme, la frené. Solo somos amigos; mi amor

ya tiene dueña. Y ese no beso empezó a resquebrajar nuestra relación.

El Instagram de Lara me ha abierto los ojos en muchos sentidos, me ha obligado a encarar la separación, a darme cuenta de lo que significa vivir sin ella. Y ese «Da igual de dónde venga o cómo ha llegado a mí, lo único válido es su interés en escuchar, valorar y no condenar sin apelar a la confianza o a las palabras» es un puñal clavado en mi alma. ¿Y si nada es lo que parece? ¿Y si es cierto que existe una explicación? ¿Y si Arnau y ella jamás se acostaron juntos? Sacudo la cabeza con furia, enfadado con mis pensamientos. ¡Lo vi con mis propios ojos!

«¿Y qué viste exactamente, Stan?».

Esa pregunta me atormenta desde hace semanas, me aguijonea la cabeza en demasiadas ocasiones, se presenta como una constatación de mi estupidez, y más con la actitud de Susan tras rechazarle el beso. ¡Debería mandar a Lara al cuerno! ¡No volver a leer ni uno de sus posts envenenados! Y mírame, joder, a las tres de la madrugada, sentado en la soledad de mi salón con la atención puesta en su perfil de una red social, imaginándola en Barcelona, a punto de salir a vivir otro día más tras dejar esta nueva huella impresa en el mundo digital. Cierro los ojos un segundo para rememorar nuestras salidas matutinas a correr, las visitas juntos por la ciudad que cobijó nuestros inicios, su entusiasmo contagioso.

Mi mente funciona como un reproductor de vídeo a cámara lenta. Vuelvo a entrar en el estudio esa maldita noche, palpo los dedos de Susan, entrelazados con los míos, y los siento anómalos, fríos, inadecuados. Hay un completo silencio cuando empujo la puerta para adentrarme en el santuario de mi abuela. El corazón me retumba en la garganta, me invade el oído. Hay vasos de chupito encima de la mesilla de centro. Uno de ellos está manchado con pintalabios rosa y todavía tiene bebida en él. Esa es la primera extrañeza porque Lara nunca se pinta los labios de ese color, ella es más de tonos rojos, de pintalabios de sabores. En cambio, Susan… La segunda está en los ojos de Susan abriéndose al seguir mi mirada cuando descubro tres copas sobre la mesa de centro, en su postura rígida, en su reacción, como si se estuviera fustigando en silencio por haber cometido un error. Pero

solo fue un fugaz segundo, porque enseguida reparé en los dos cuerpos colocados en el sofá. Estaban juntos, aunque, al repasarlo, descubro la lasitud de sus brazos, la ausencia de un abrazo real, la postura un poco forzada de ambos. Y luego están los signos de aturdimiento al levantar a Lara, su incapacidad para centrarse o sostenerme la mirada, como si estuviera drogada. Un destello me obliga a desplazar mi atención a Susan, a esa sonrisa despiadada de triunfo que borró al instante cuando mis ojos se posaron en ella.

Ya no sé qué parte de esa película es un recuerdo y cuál la pinta mi imaginación en busca de una excusa para perdonar a Lara. Sus constantes insinuaciones a mi incapacidad para confiar en ella son la base de estas alucinaciones, estoy convencido. Juegan conmigo, me desestabilizan, convierten mi mente en un mecanismo de defensa porque necesito tanto a mi Lara… Me bebo una cantidad ingente de alcohol, como cada noche desde que leí por primera vez sus posts. Es básico para conciliar el sueño, aunque solo sea durante unas horas. Sé que mañana me arrastraré igual que los últimos días, que nada me ayudará a tranquilizarme o a hallar la paz.

Desde que pretendió besarme, Susan se ha pasado los días intentado meterse en mi cama y ya no me siento bien a su lado. Su forma tan agresiva de reaccionar a mis palabras cuando le aseguré que entre nosotros solo podía existir una amistad abrió una grieta en mi confianza, una capaz de hacerme cuestionar su comportamiento y su posible implicación en mi separación. Y luego están las palabras de mi hermana Amber en cada encuentro, la dureza con la que habla de Susan al decirme que ha vuelto a manipularme con sus artimañas. ¿Y si tiene razón? ¿Y si caí en una trampa?

Ya en la cama, mis sueños se convierten en pesadillas donde la figura de Lara se escapa entre la niebla, se aleja, se convierte en un punto indefinido en la distancia y acaba fundiéndose con el paisaje. Si no se acostó con Arnau, si existe una explicación a su conducta, si me equivoqué… Nunca volverá a mis brazos porque la repudié y creí a Susan sin darle a ella ni una oportunidad… Y me comporté como un demente durante demasiados meses.

Me despierto empapado en sudor, con las imágenes vívidas y la

sensación de estar al borde del abismo. Golpeo con fuerza el colchón, me maldigo por esas ideas absurdas, por mi necesidad de justificar a una capulla arrogante sin corazón. A alguien como Lara. Las imágenes de ese Instagram me sacuden. Son las culpables de mi estado, queda clarísimo. Y debería aparcar mi obsesión, no es saludable. Hace siete meses de su marcha y ya es hora de superarla, de no permitirle que me hiera más.

En cuatro movimientos rápidos me levanto para arreglarme. Hoy tengo una larga jornada de clases por delante y no me gustaría dar una imagen equivocada a mis alumnos. Además, he aceptado tutorizar a dos estudiantes de doctorado y justo esta tarde vienen a departir conmigo algunos de sus avances. Ambos forman parte de mi grupo de investigación, son muy buenos a la hora de recabar datos y entre todos seguro que acabaremos por publicar una serie de artículos muy interesantes.

El día se alarga demasiado. No soy capaz de disfrutarlo como antes, me es impersonal, mustio, ajeno. Susan sigue presentándose de manera imperturbable en mi despacho varias veces al día para tentarme a probar su cuerpo, pero yo continúo con mi negativa y le explico con paciencia que solo podemos ser amigos, cada vez más agobiado. Ella no se lo toma bien, sus reacciones se vuelven más descontroladas y desesperadas a medida que avanza el día, como si no fuera capaz de asumir la derrota. ¿Cómo pude pensar que había cambiado? ¿Por qué le di tanta confianza? A cada minuto estoy más harto de ella, a punto de cortar todos nuestros lazos para siempre y mandarla a tomar viento fresco. Me agota la paciencia.

—Hola, guapo. —Levanto la vista de la pantalla del móvil, donde he vuelto a leer el último post de Lara. Susan me mira con aire seductor y no entiendo qué vi en ella en el pasado ni cómo pude no percatarme de su interés en ser algo más que mi amiga. Tuerzo los labios con irritación, sin ganas de enfrentarme a otro asalto. Hoy se ha pasado de la raya y no puedo más—. ¿Salimos a tomar una copa esta noche? —Se acerca posando sus ojos de depredadora en mí—. Podríamos acabar en mi casa.

Ya está otra vez con esa obsesión por llevar las cosas demasiado

lejos. No entiende mi negativa y se lanza de cabeza con estrategias diferentes cada vez. Quizá la diferencia es que ahora lo veo y antes me tenía engañado.

—Susan, por favor, ya te lo he explicado. —Retrocedo para marcar distancia entre nosotros—. No he superado a Lara, todavía estoy enamorado de ella.

—¡Deberías olvidarla! —Su cuerpo entero muestra ira; es como si no pudiera aceptar mis palabras y se rebelara contra ellas—. ¡Venga ya, Stan! Después de todo cuanto he hecho por ti, ¿no crees que merezco una oportunidad? —Se detiene frente a la mesa, apoya los codos en ella y avanza hasta colocar su cara muy cerca de la mía—. ¿No me deseas ni un poquito? —Posa sus labios en los míos, pero los retiro con rapidez.

—No. —Me levanto dispuesto a acabar con esta situación—. ¡Ya basta! Llevamos meses con este juego y no puedo más. Si sigues por ese camino, te cargarás nuestra amistad.

—¡Eres mío, Stan! —se descontrola. Nunca ha sido capaz de aceptar un rechazo con dignidad, eso le ha quitado la careta y me ha permitido descubrir que en realidad no ha cambiado. Y en este momento se rompe de cuajo el último hilo que nos unía.

—Era tu amigo —afirmo tras tomar una decisión firme. Esta situación es desquiciante y no quiero seguir inmerso en ella—. Pero no te basta —sentencio con convicción y hastío—. Por favor, Susan, haznos un favor y no vuelvas a intentarlo. No necesito a alguien a quien amar. Porque esa persona siempre será Lara.

Salgo al pasillo con rapidez y me dirijo hacia la salida sin mirar atrás ni cerrar el despacho con llave. Una vez en mi coche, la sensación de estar al borde del abismo me sobrecoge. ¿Cómo me he dejado engañar así por Susan? Llamo a Nick y le ruego que salga conmigo a tomar una copa. Necesito a mi amigo, desahogarme con él, volver a recomponer mi vida de una manera coherente. Remolonea un poco con el vívido recuerdo de cómo lo increpé la última vez que intentó ofrecerme su punto de vista, pero, tras mucho insistir, acaba aceptando.

La lluvia no nos ha dado tregua. Sigue empeñada en caer con una

deslucida intensidad mientras me encamino al bar donde me está esperando. Bajo el paraguas, intento tranquilizar mi agitada respiración. Han pasado meses desde la última vez que salí con Nick. Él ha defendido a Lara a capa y espada desde el principio mientras atacaba a Susan con una ferocidad implacable, y eso resintió nuestra amistad. ¿Podremos retomarla? ¿Seré valiente para preguntarle mis dudas? ¿Las aclarará? ¿Me apoyará? ¡Qué solo me siento! Incluso he pasado el verano impartiendo un par de cursos para llenar mis horas con alguna actividad. Es injusto que me condenen cuando en realidad soy la víctima, el cornudo apaleado otra vez… ¿o no lo soy? ¿Acaso fue una treta de Susan? ¿Debería haber escuchado a Lara? Me detengo frente al bar donde hemos quedado, bajo el toldo que me protege de la lluvia, y nuestra última conversación se cuela por los recovecos de mi memoria…

—No te das cuenta, ¿verdad? —Habían pasado tres días desde la escena del estudio. Estábamos en este mismo local, frente a un vaso del mejor whisky de malta de su bodega. Nick me habló con un poco de dureza tras escucharme despotricar sobre Lara durante al menos una hora para acabar alabando a Susan, la paciencia que había tenido conmigo, su compañía y su cariño—. Está jugando contigo otra vez.

Ese último comentario me cabreó. ¿De qué narices iba? Desde la infidelidad manifiesta de Lara, él me había animado a mantener una conversación con mi segunda exmujer, a pedirle explicaciones y escucharla. Estaba de su parte y en contra de Susan. No acababa de entenderlo porque Nick fue el primero en traicionarme con Susan. Habíamos crecido los tres juntos, éramos una piña, ¡un maldito equipo! No podía atacar a uno de nosotros para defender a una adúltera.

—¿Qué coño, Nick? —Mi carácter sufrió un cambio notable ese día. Culparía a la ira, pero en realidad se debía al dolor, a la impotencia, a la incomprensión y a la rotura total de mi corazón y mis esquemas—. ¿Cómo puedes ponerte de parte de Lara? ¡La encontré desnuda con otro tío en un sofá!

—A veces las apariencias engañan —contestó enigmático—. Quería a Susan como a una hermana, creía conocerla e incluso hubo un momento en el que me dejé convencer para seguirle el juego. —Esa confesión me tocó la fibra sensible y mi cólera aumentó—. Sí, amigo. —Asintió y le dio un trago a la bebida—. Sé que nunca te lo he contado, era más fácil para ti pensar que la culpa de lo sucedido fue mía. Sin embargo… —Suspiró en busca de fuerza para soltar el resto de las palabras—. Ella me persiguió, fue detrás de mí durante meses, me sedujo, me llevó al límite. Y caí. ¡Joder! ¡La carne es débil! —Una sonrisa amarga ocupó sus labios—. ¿Quieres saber lo peor? —Asentí con una mezcla extraña de sentimientos encontrados—. Ella había citado a ese estudiante aposta para que presenciara nuestro *affaire*. Lo tenía planeado, quería «hacer reaccionar a Keith». Eso es lo que me gritó cuando fui a confrontarla por lo sucedido con Lara poco después de su marcha. Y consiguió lo que quería: demostrarle a su chico que era despiadada y capaz de joderte, que ya no te amaba, que por él era capaz de todo. —Entrecerró los ojos un segundo y a mí me invadió un enfado monumental—. El muy capullo te tenía unos celos acojonantes. —Su expresión se convirtió en una de sufrimiento extremo que me revolvió las entrañas—. Dijo que follar conmigo fue su retorcida manera de conseguir a Keith.

—¿Y tú por qué lo hiciste? —espeté con rabia—. Ahora no puedes venirme con cuentos sobre ella porque te sientas culpable.

—No tiene nada que ver con la culpa, Stan, sino con Susan —insistió con rabia—. Te está manipulando, solo intenta recuperar a su marido y no la mueve el amor, puedes estar seguro. Me incitó a meterme entre sus piernas para conseguir una plaza en Harvard y ahora solo Dios sabe qué persigue tentándote a volver a ser tu pareja, pero no es nada bueno y deberías pasar de lamerle el culo.

Me levanté con un movimiento brusco, me terminé la copa de un trago, golpeé la mesa con el vaso y lo miré con odio.

—Eres un hijo de la gran puta. —Me di la vuelta para alejarme de él y no hemos vuelto a tener contacto directo hasta que lo he llamado hace un rato. Él me ha rehuido, yo lo he esquivado. Nada entre nosotros ha vuelto a la normalidad, pero ahora…

Cierro el paraguas. Todavía visto con el atuendo de profesor de historia: un traje gris bastante favorecedor con una camisa blanca. Lara solía burlarse cuando me lo ponía; ella me prefería con vaqueros, camisetas sencillas, incluso con unas zapatillas típicas de Cataluña llamadas *espardenyes*. Solía refutar mis afirmaciones de que un profesor de la Penn debía vestir como un *gentleman*. Su risa traspasa las barreras del tiempo para estallar en mi mente y casi la puedo oír de verdad, oler su aroma a flores silvestres, escuchar su voz a través de esas palabras del post, saborear uno de sus múltiples pintalabios... los adoraba tanto que nunca se decidía por uno. A veces me arrastraba a la tienda para mostrarme la gran variedad existente y su entusiasmo la hacía probar varios. Entonces me pedía que la besara y lo catara para conocer mi opinión…

Algunos de mis compañeros de la universidad siguen los preceptos de Lara —la mayoría, en realidad—. El traje ya no es un requisito indispensable para dar una clase seria. Supongo que mi padre y su estricta manera de ver la Penn me ha dejado huella. Si Lara estuviera aquí, replicaría con una de esas sonrisas suyas tan alucinantes: «¡Tu padre ahora viste con vaqueros a menudo! Te has quedado en la era de los dinosaurios». La habría besado después de escucharla, porque a su lado todo era perfecto. ¿Por qué se lo cargó? ¿Qué le pasó por la cabeza para derruir una relación como la nuestra?

¿O acaso no lo hizo?

Nick está sentado a una mesa cuando entro. Lo veo mientras deposito el paraguas en el recipiente dispuesto para ello y sacudo un poco mi gabardina antes de caminar hasta él. Tiene un vaso enfrente junto con un bol de frutos secos. Su sonrisa es bastante cauta, como si no acabara de tenerlas todas consigo. En agosto, tras ver lo que consultaba en su teléfono, lo insulté en medio de la celebración familiar. Me dolió saber que seguía en contacto con Lara de alguna manera y que mantiene la amistad con Arnau, quien sigue en la ciudad y ha ocupado mi lugar en las juergas nocturnas. Susan me aconsejó entonces que me olvidara de él. ¿Por qué le hice caso? Eso fue una de las gotas que colmó el vaso y nos distanció cada día más, lo suficiente como para no digerir las confesiones de Nick hace meses.

Pero ahora estoy aquí, dispuesto a afrontarlas.

Pido un whisky doble y ocupo una silla enfrente de mi amigo. Por su mirada, parece que no está cómodo. No lo culpo, nuestra relación ha pasado por mucho últimamente y mi agresividad hacia él ha sido evidente en todo momento. Le da un trago a su bebida, deposita el vaso encima de la mesa y se aclara la garganta.

—¿A qué ha venido tu llamada? —No hay provocación en su tono, ni rencor ni nada parecido; transmite más bien derrota, como si estuviera hastiado de la situación entre ambos—. La última vez que vinimos aquí… —Exhala con profundidad—. Mira, Stan, entiendo que estés cabreado, pero no voy a cambiar de opinión ni de versión. Susan está jugando contigo, siempre lo ha hecho en realidad. Me costó muchos años descubrir su doble cara y eso que crecí a su lado. Quizá nuestro pasado es lo que en realidad me cegaba, porque me negaba a ver más allá de mi amiga. Pero he descubierto su verdadero rostro y no me gusta ni un pelo. Así que ahórratelo si solo quieres echarme en cara mis lealtades.

Extenuación. Esa es exactamente la sensación que me comunica su voz. Como si se hubiera rendido en la lucha por conservar nuestra amistad. Como Lara. ¿Por qué todos a mi alrededor se unen en mi contra? Arnau sigue presente en la vida de Nick y de Amber, Lara tiene algún tipo de conexión con ellos, incluso Nick pasaba algún que otro fin de semana en Nueva York con Laia antes de que se instalara en España hace unos meses. Lo sé por sus padres. Y mientras él sigue adelante, acompañado por un enjambre de personas venenosas, yo me conformo con mi soledad. ¡Si hasta mi madre se niega a elegir un bando definitivo! Y mi padre es muy escéptico respecto a mis explicaciones acerca de lo sucedido con Lara. Hay una máxima común en todos ellos: están convencidos de que debería escuchar su versión. ¿Acaso saben algo más que yo? ¿Tienen alguna certeza que se me escapa?

Mi familia al completo está bastante molesta con Susan, no tengo ni idea de por qué. En las reuniones familiares la miran con recelo, incluso la rehúyen bastante. Y lo más extraño de todo es cómo se comportan sus padres y su hermano con ella: mantienen las distancias

y le hablan solo en caso de absoluta necesidad.

—Quiero respuestas —admito con sinceridad.

—¿De qué tipo? —indaga sin perder el desaliento por la situación—. Porque no pienso mentir, Stan. Estoy harto de andar con pies de plomo contigo. Te intenté abrir los ojos cuando echaste a Lara y me trataste como a un apestado. ¿Y sabes una cosa? La has cagado tanto que ya no hay redención posible. Has perdido a Lara para siempre.

Resoplo con mucha rabia contenida. ¡Estoy hasta los mismísimos de su condescendencia! ¡Joder!

—¡Lara se metió en la cama con Arnau! —sentencio con un tono demasiado elevado—. ¿Cómo puedes hablarme así?

—Porque ella nunca te ha engañado —suelta, y esa afirmación me estalla en las sienes—. No se acostó con Arnau, ni esa vez ni ninguna otra. Te quería a ti, renunció a todas sus ilusiones porque conseguiste darle unas mil veces mejores. Y era feliz con su decisión. Hasta que apareció Susan con sus deseos de salirse con la suya.

—¡Mentira! —grito un poco más de la cuenta. Sé que solo habla mi ofuscación, pero insisto en rechazarlo—. La vi, Nick. ¡Me cago en todo! ¡No puedes negarme eso!

Su sonrisa se convierte en una fina línea cargada de decepción.

—Piénsalo con detenimiento —me provoca con una expresión profunda—. Venga, amigo, repasa lo que viste, con quién estabas y las horas previas. —Ese comentario me golpea en el pecho—. Quizá deberías retroceder la película de tu vida hasta recordar cada interacción pasada con Susan, cuántas veces se ha comportado como alguien en quien no confiar, su juego sucio para conseguir siempre lo que quiere. Y, ¿sabes? ¡Te quiere a ti! —Baja un poco el tono—. Tenías miedo de que alguna vez Lara se arrepintiera de haberse quedado contigo en vez de seguir su plan de recorrer el mundo, pero ¿acaso lo ha hecho?

Sacudo la cabeza, molesto. Me acaba de revelar mis mismas conclusiones y mi orgullo me impide admitirlo.

—Estaba desnuda en ese sofá, abrazada a Arnau… —repito para enfatizar la situación—. No hay nada equívoco en eso.

—Vale. —Asiente—. No voy a pasar por eso otra vez. No quieres

conocer la versión de Lara o la de Arnau. ¡Bien! ¡Joder, tío! ¡Que te aproveche! —Se levanta, tira un billete sobre la mesa y me mira con pena—. Ojalá abras los ojos algún día y te des cuenta de lo que has perdido por no escuchar. Se merecía eso, ¿sabes? Pero preferiste aferrarte a la versión de Susan, a sus insinuaciones durante meses sobre la supuesta infidelidad de Lara, a esas fotos que te mostraba, a sus comentarios incisivos. Entiendo tu reacción ante lo que viste, incluso me habría puesto de tu lado si no te hubieras negado a hablar con Lara de ello y a evaluar tu comportamiento desde que Susan volvió a arrimarse a ti y a envenenarte. —Resopla y se pasa una mano por el pelo—. Una historia no es válida si no se conocen todos los puntos de vista. Tú la condenaste sin más, escuchaste la voz equivocada y te cerraste en banda. —Niega con la cabeza y se da la vuelta para marcharse—. Deberías plantearte por qué la única que baila a tu son es Susan.

—Espera. —Le agarro del brazo y él me dedica una mirada desencantada—. Lo siento. Tienes razón. No estoy seguro de nada ni quiero volver a confiar en Susan. —Señalo el asiento—. ¿Podemos hablar de cualquier otra cosa? Por favor.

Tengo los músculos laxos, un dolor penetrante en el pecho y la certeza de que hay un mundo de incertidumbre en lo sucedido. ¿Pueden las palabras de Nick contener una verdad capaz de hacerme pedazos? Tiemblo. Si Lara no me engañó, si todo fue una mentira, si lo sucedido tenía otra explicación… No puedo respirar, me falta el aliento, me ahogo… Él asiente y pasamos la hora siguiente tomando una copa. Al principio nos cuesta, pero poco a poco rompemos el hielo y vamos afianzando nuestra conversación sin tocar temas complicados.

Al salir rumbo a mi coche, la necesidad imperiosa de escuchar su voz me lleva a llamarla. Había bloqueado su número, pero lo pongo operativo de nuevo y lo marco. El corazón me retumba en el pecho, respiro en resuellos y casi no me sostengo. Los pitidos se alargan en el silencio hasta que dejan de sonar. Lo intento de nuevo, pero ella me ha bloqueado y mi llanto se desborda.

34

Observatorio Fabra

Lara

laciudaddetusojos Tú me enseñaste que este observatorio es uno de los más antiguos del mundo que están en activo. En él se estudian desde hace años el clima, la actividad sísmica y la astronomía. Lo inauguró el rey Alfonso XIII en 1904 y tomó el nombre del acaudalado marqués de Alella, quien donó una parte de su fortuna para construirlo. ¡Me contaste tantas curiosidades mientras cenábamos bajo las estrellas! Pertenece a la Reial Acadèmia de Ciències i Arts de Barcelona, es de estilo neoclásico y en su construcción se incluyó una vivienda en la planta baja. En la cúpula se encuentra el impresionante telescopio refractor Mailhat, de treinta y ocho centímetros de diámetro —es uno de los más antiguos y grandes de Europa—, aunque en otra sala encontramos el círculo mediano —un telescopio más pequeño, pero capaz de girar alrededor de un eje horizontal—. Fue el sexto observatorio clasificado en la lista de la EPS —si tenemos en cuenta que es el único en activo…—, en él se instaló durante la Guerra Civil un campo de refugiados para algunos miembros de la Reial Acadèmia de Ciències i Arts de Barcelona y sus jardines están sembrados de ciencia, con placas de cerámica donde podemos leer los nombres científicos de las plantas como un homenaje a la botánica.

Ahora lo redescubro y mi corazón se detiene al mirar un cielo plagado de estrellas brillantes que nos llegan con retraso. Muchos de esos astros están muertos en este espacio temporal, pero nosotros podemos gozar de su resplandor como una estela precedente a su desaparición completa. Mientras observaba Júpiter a través del telescopio, mi mente viajó a años luz de allí, se unió a esas estrellas que en algún momento tuvieron su máximo esplendor y acabaron extinguiéndose. Fue catártico porque lo asemejé a mis sentimientos, a ese amor convertido en grandes haces de luz que todavía coletean en el presente, aunque se van apagando con el paso de los días. Llegará el momento en el que se convertirán en ascuas, pero su resplandor no se desvanecerá, ya que forma parte de nuestro pasado.

#LaCiudadDeTusOjos #Barcelona #LaBarcelonaSecreta #PaseosPorBarcelona #LaCrestaDeLaOla #TodosMisSueños #Olvidar #LaBarcelonaMisteriosa

Paro de teclear y me seco las lágrimas que manan sin medida de mis ojos. Ayer fue un día difícil. Había dejado para más adelante mi visita al Fabra para evitarme unos recuerdos demasiado felices como para desdibujarlos; quizá por eso decidí conservarlos, permitirles irradiar su grandeza en mi memoria como esos astros apagados en el espacio, pero que todavía muestran su esencia en nuestras noches. Sonrío con timidez, casi sonrojada, con la sensación de estar por fin en el filo de la superación.

Terminar mi libro hace una semana ha conseguido darles un giro brutal a mis sentimientos. Es como si haberlos escrito en la hoja de Word me hubiera sanado el corazón, porque ahora me late menos pesado y empieza a verse capaz de dar un salto mortal para situarse en la cresta de una nueva y excitante ola. Tengo una colección nada desdeñable de fotos de otros lugares esperando en mi móvil, dispuestas a quedar plasmadas en Instagram durante los próximos meses. La experiencia ha resultado más productiva de lo que imaginaba, me ha ayudado a sonreír de nuevo, a ver Barcelona desde una perspectiva más entusiasta, como antes de Stan, como si su huella ya no quemara tanto y pudiera mirar otra vez la ciudad con mucho cariño.

Me llamó hace tres meses, una tarde cualquiera, mientras leía una novela policiaca. Recuerdo mirar el teléfono con ansiedad y anhelo, mis latidos acelerados, el cosquilleo en mis dedos deseosos de acariciar el móvil. El ansia. La necesidad. Entonces descubrí la intensidad de mis sentimientos, su fuerza, cómo seguían llameando. Y decidí bloquear su número, no hablar con él, no escuchar su voz. Porque había pasado el momento adecuado para hablar y todavía no me sentía fuerte para avanzar en ese sentido. Sigo sin estarlo. Y menos cuando me enfrento cada día a un comentario suyo en mis posts, siempre finalizado con una frase de una película o serie destinada al perdón. Empezó a dejarlos al día siguiente de su llamada y ha seguido haciéndolo desde entonces.

Observo con una ilusión inmensa los libros que se amontonan en mi

mesa de centro. Hay ocho, aunque la editorial me regaló diez. Desde su llegada los miro con una devoción descontrolada, incluso los acaricio como si fuera Gollum admirando el anillo y no cesara de repetir sus míticas palabras: «Mi tesoro». No he conseguido una gran editorial, ni siquiera sé las cifras de ventas de estos primeros quince días, pero me basta con abrir las principales plataformas digitales para deleitarme con la portada, la descripción de la sinopsis y el título en letras enormes: *El tesoro de Margarita*. Ponérselo fue la decisión más trascendental, ya que me costó muchos quebraderos de cabeza encontrarlo.

Pasó una tarde de principios de septiembre, cuando recibí la llamada del editor. El padre de Stan había movido algunos hilos hasta encontrar a la persona idónea en Barcelona que apreciara lo suficiente mi historia para publicarla. Es una editorial entrañable en la que el autor es importante y cuidar sus letras se convierte en su razón de ser. Mi editor, Israel, me ha acompañado en todo el proceso, me aconsejó cómo mejorar algunos pasajes, dónde recortar o ampliar, de qué manera podía pulir unas cuantas escenas… Y el resultado está encima de mi mesilla de centro, dispuesto para mi deleite personal. Le mandé uno de los diez ejemplares de regalo a Magdalena con una emotiva dedicatoria de mi puño y letra. Cuando recibí su llamada pocos días después de regresar de correos lloré como indica su nombre. Fue como si la contención natural que había mostrado ante ella hasta la fecha se rompiera de golpe y permitiera salir mi dolor a borbotones. Me preguntó, primero con timidez, luego con contundencia, dispuesta a conocer la verdadera historia tras mi divorcio.

Sus palabras me zarandearon, su curiosidad iba más allá de lo que me creía capaz de compartir, porque me transmitió una sospecha muy arraigada de que la mano de Susan fue crucial en el final de mi matrimonio. ¿Cómo le cuentas a tu exsuegra que caíste en una trampa de alguien tan cercano a ella? Al principio contesté con evasivas, pero insistió tanto que terminé por confesar y, aunque en ese instante me sentí sucia por haber desvelado el secreto sin habérselo contado a Stan, pasados unos días descubrí su efecto, porque me impulsó a poner el punto final a *La ciudad de tus ojos*, esa novela que Israel está

valorando en este momento y que acaba con la marcha de la protagonista a su país de origen tras ser engañada por la ex de su marido. En ese manuscrito lo conté todo, cada instante, cada palabra, cada muesca en mi corazón. Quizá sea una locura, pero necesitaba tanto darles voz a mis sentimientos que la historia fluyó sola hasta quedar plasmada en el papel.

Desde que terminé *La ciudad de tus ojos* he dejado vagar mi imaginación por mil lugares para encontrar una nueva idea y la he conseguido gracias a la intervención de Arnau, Sandra y Núria. Han pasado aquí las fiestas de Navidad con sus familiares antes de iniciar nuestra nueva aventura juntos. Fueron unos días tan duros al no tener a Stan a mi lado… Hay fechas que te destruyen cuando las pasas lejos de tus seres queridos, a pesar de estar convencida de querer permanecer alejada de ellos. Mis amigos me hicieron una propuesta irrechazable en noviembre y apenas tardé un segundo en exclamar un «sí» entusiasta. Magdalena me había mandado una cantidad nada desdeñable de dinero que había ganado gracias a las comisiones generadas de mover la obra de su madre. Al partir de Filadelfia, no me había desentendido de esa tarea, sino que la había continuado desde Barcelona hasta que encontraron a alguien para ocupar mi lugar allí. Me transfirió mi parte tan pronto la recibió y entonces supe que era un pellizco importante de mi billete al paraíso, a esos sueños de antaño, a descubrir otros mundos y atesorar sus maravillas para volver a deleitarme escribiendo.

Las maletas se amontonan en la entrada. Hace apenas veinticuatro horas que regresé de mi pueblo para terminar de llenarlas con un montón de ropa e ilusiones. El piso está pagado durante un año y mi hermana Laia ha decidido subarrendármelo. La colaboración con la empresa española fue todo un éxito y la han vuelto a destinar aquí durante diez meses para emprender un nuevo proyecto. Está emocionada, aunque la noto melancólica a veces, como si hubiera algo que no quisiera contarme. Ella cuidará de mis cosas a la vez que se forja un nombre en su profesión. Estoy convencida de su capacidad para ganarse el puesto sin problemas.

El timbre suena en la soledad del piso. Mi corazón empieza su

disparatada maratón hacia la meta, una lejana, a más de veinte horas de avión y repleta de novedades. Nuestra primera parada será Malasia, en unas islas casi desconocidas donde mis amigas han conseguido un puesto de instructoras de buceo. Arnau y yo vamos a trabajar durante un tiempo en la cocina del restaurante de un hotel situado en la misma playa, rodeado de arena y las típicas cabañas de juncos. Tenemos unas largas jornadas por delante, pero gozaremos de descansos de tres días y hemos anotado una lista impresionante de lugares por visitar.

—Voy —anuncio de camino al recibidor.

Suspiro al recorrer mi pisito con los ojos por última vez en un tiempo. He pasado buenos y malos momentos en él, pero nunca dejaré de verlo como un refugio perfecto para mis horas de dolor. Ojalá a mi regreso pueda vestirlo con una felicidad real, de esa que solo el tiempo y la distancia conceden. Porque si antes mis metas contemplaban quedarme años en el paraíso mientras exploraba distintos países sin fecha de caducidad, en estos instantes deseo poner límites a esa faceta para establecerme después. A veces los senderos elegidos nos llevan inevitablemente a un lugar alejado del que planeábamos cuando apenas habíamos asomado la nariz al mundo. Era tan feliz al imaginar mi vida repleta de aventuras… Pero si algo he aprendido de mis vivencias es que puedo disfrutar de la esencia de ellas sin buscarla de forma extrema, sin forzarla.

Los libros colocados sobre la mesilla de centro me ofrecen un matiz muy diferente, muestran un camino cargado de ilusión, de ideas locas, de sentimientos enjaulados entre las páginas dispuestos a volar rumbo a los corazones de los lectores. Y sé que quiero seguir esa carrera, aunque a un autor le es casi imposible ganarse la vida con ello a no ser que venda muchos libros al año. También me apasiona vivir dentro de una cocina para crear platos. Y, cómo no, después de dedicarme a mover la obra de Margarita, me entusiasma esa ocupación, por lo que a mi regreso a Barcelona dentro de unos ocho meses buscaré nuevos retos en ese sentido. Aunque también quiero volver a enseñar… ¿A quién le parecía imposible saltar entre mil quehaceres alucinantes sin salir de mi guarida?

Abro la puerta sin preguntar quién es. Sé de sobra que Laia está al otro lado, lo que no me imaginaba ni de lejos es su expresión destrozada. Las lágrimas le brotan de unos ojos rojos y cansados, no es capaz de retenerlas en su interior, las derrama sin tregua. Tan pronto me ve, se lanza a mis brazos para que la envuelva en ellos. La sostengo con fuerza hasta que la obligo a entrar en casa, junto con su equipaje, y cierro la puerta. La conduzco al salón comedor. Mi vuelo no sale hasta la noche, tenemos varias horas por delante para hablar y despedirnos como Dios manda. Aunque ahora ese plan me parece basura. Tal como está, no sé si podré largarme sin más.

—Suéltalo todo. —Nos sentamos en el sofá. Ella se acurruca contra mi pecho mientras recibe un abrazo de oso—. ¿Qué te pasa?

—El amor es una mierda —susurra entre lágrimas.

—¡Dímelo a mí! —ironizo—. Pero ¿quién es el afortunado? —Ella solloza en alto. No tengo ni idea de la identidad de su amado. Laia no me ha hablado de un chico, de una relación ni de nada parecido. Y suele ser un libro abierto para mí, como yo para ella. No acabo de comprender cómo me lo ha podido ocultar.

Se queda llorando sin hablar. Siento su dolor como el mío propio y me encantaría consolarla lo suficiente para conseguir una sonrisa genuina de sus labios.

—Te vas a enfadar. —Su tono está lleno de inquietud—. Pero… no fue aposta. Todo comenzó como una aventura. —Se endereza, se enjuga los ojos y esgrime una sonrisa triste—. Una de las tuyas, ¿sabes? Recurrí a esa máxima de: «Súbete a la cresta de la ola». Lo hice y, bueno, va a ser que el mar me ha engullido después de tirarme de la tabla. —Otra tentativa de humor positivo; no obstante, esta vez las lágrimas la acompañan—. Aunque ¡que me quiten lo bailao!

Laia no suele hablar de esta manera tan críptica. Es una mujer resolutiva, directa, fácil de entender. Y para nada es aventurera ni lanzada ni impulsiva. Ella siempre mide sus pasos, la mejor opción cuando está frente a una encrucijada, evalúa cualquier contingencia, se prepara para sobrevivir a ellas. No avanza sin tener un suelo firme bajo los pies. ¿Y se ha subido a una ola? Mi cabeza no lo digiere, ni mucho menos lo entiende. A ver, que es mi antítesis, una mujer

cuerda y lógica. Baja la mirada y vuelve a apoyarse en mí para permitir que la abrace.

—¿Me lo cuentas? —insisto—. Nunca me cabrearía contigo demasiado tiempo. Te quiero, tonta. Y me da igual de quién te hayas enamorado. Si te ha hecho daño, le retorceré el pescuezo, eso sí.

—¿Aunque sea Nick?

—¿Nick? —Vale, joder, eso no me lo esperaba y, es cierto, me hierve la sangre, pero está tan decaída que controlo mi arrebato y la abrazo más fuerte; ya tiene bastante con enamorarse de un mujeriego incapaz de cambiar o de amar a una mujer. Que lo quiero, ¡eh! Pero no como pareja de alguien como Laia por su forma de ver la vida—. Lo conoces lo suficiente. Sabes que jamás sentará la cabeza o querrá lo mismo que tú.

Una casa, una familia, estabilidad… Esas son las premisas con las que mi hermana sale al mercado sentimental. Ha tenido dos novios en su vida, ambos le han durado tres años y han mantenido con ella una relación sólida y formal, incluso ahora son amigos. Por eso cuando conoció a Nick intenté quitárselo de la cabeza. Es lo opuesto a sus requerimientos, una persona maravillosa como amigo, pero un desastre como pareja.

—No lo he podido controlar. —Sorbe por la nariz, muy apesadumbrada—. Empezó como una aventura, él me aclaró qué me ofrecía desde el minuto cero, trazó unas líneas rojas, incluso decidimos poner una serie de reglas a lo que íbamos a tener para evitar malentendidos. —Inspira con profundidad—. El sexo con él es…, era increíble. —Gimo al escucharla, no quiero pensar en mi hermana «haciéndolo»—. Lo nuestro era informal, íbamos al cine, a cenar, a pasar algún que otro fin de semana en un punto intermedio entre Filadelfia y Nueva York… O él venía a mi casa… Las sesiones en la cama eran épicas. ¡Si a veces ni salíamos de la habitación en días! —Hay intensidad en su tono, como si las emociones se arremolinaran en su voz para mostrar viveza—. El problema fue que lo conocí, descubrí su interior, su vena sensible, su parte tierna, sus pensamientos más íntimos. Y me fue gustando cada vez más. Hablábamos por mensaje cada noche antes de acostarnos, le escribía

cuando me pasaba algo interesante y él me respondía. Nos acercamos demasiado. Y entonces vino esa especie de obsesión, ese recordarlo a todas horas, evocar cada una de nuestras salidas, anhelar estar cerca de él en todo momento. Se convirtió en mi primera imagen del día y en la última, se apoderó de mis sueños, ocupó un espacio inmenso en mi corazón.

—Vaya —digo sin tener muy claro qué más aportar. Mi hermana nunca ha hablado así de sus otros novios; su discurso era más racional, menos cargado de sentimentalismo, como si explorara un precepto científico—. Estás completa e irremediablemente enamorada —sentencio—. Jamás imaginé que pudieras hablar así de un tío.

—Es él —musita anegada en el llanto—. Mi príncipe azul, el hombre de mi vida, mi media naranja, mi alma gemela…

—¡Eh! —La detengo con un grito—. ¡Ya vale! Y dime, cielo, si Nick es todo eso, ¿qué haces aquí? Porque no me lo explico. Deberías luchar con uñas y dientes por tus deseos. Estoy de acuerdo en que tú jamás has sido emocional, pero sí una guerrera hasta el final. No escatimas a la hora de conquistar tus metas. ¿Por qué esta vez es diferente?

No habla durante unos instantes, se queda abrazada a mí. Después se levanta con lentitud, se seca las lágrimas y me mira con la expresión más circunspecta de la historia de las muecas. Está derrotada antes de iniciar la batalla, no me cabe duda de que su corazón se ha partido en mil pedazos.

—Nick lo dejó claro, ¿sabes? —afirma con un dolor tan agudo que me lo traspasa—. Nada de sentimientos. Contárselo solo serviría para destrozar algo muy bonito, así que cuando en la empresa surgió la posibilidad de esta colaboración de diez meses con Barcelona, no me lo pensé. Le dije que me habían ofrecido el puesto y que no quería pasar tanto tiempo colgada de una relación informal. —Sonríe—. Una de mis reglas fue la monogamia mientras lo nuestro durara. —Ahora sus labios se tensan—. Esperaba… —Niega con la cabeza y suelta el aire—. No sé qué esperaba, la verdad. Él ha sido franco en todo momento, pero la estúpida esperanza que vive en mí deseaba que me retuviera.

—Lo superarás —aseguro. La abrazo muy fuerte y le acaricio el cabello con cariño. Ambas tenemos el corazón roto, por eso la entiendo muchísimo—. Cuando te vuelvas a Estados Unidos, ya te habrás olvidado de él.

—No quiero regresar —afirma, y me quedo de una pieza. Su meta durante toda la vida ha sido llegar donde está—. Pasaré los diez meses aquí, pero me buscaré algo en España para después. Quiero vivir cerca de la familia, ya no tiene sentido quedarme allí.

—Un tío no puede desviarte de tu camino, Laia.

—¿Sabes? —Me mira con profundidad—. Antes pensaba que el éxito profesional era lo único importante y luché con saña para alcanzarlo. El tema de las relaciones no era tan relevante, solo una parte de la vida, por eso mis parejas eran formales, anodinas, sin una pizca de emoción. Pero ya no lo veo así. Quiero el pack completo: la pasión, el amor, la felicidad de compartir mis logros con otra persona, el sexo alucinante, las risas, los sentimientos a flor de piel. —Cierra los ojos solo un segundo con una honda inspiración—. Lo he vivido, lo he sentido, lo he disfrutado, y no me conformaré con menos.

—¿Y qué hay del trabajo?

—Aquí hay oportunidades, también puedo conseguir un puesto acorde a mis capacidades, destacar, tener una posición buena. Y, a la vez, estaré cerca de los míos y lejos de la única persona que puede herirme demasiado. ¡Todo son ventajas!

Aparcamos el tema y pasamos el resto del día juntas. Vemos una peli de esas tontas acompañadas de una tarrina de helado de chocolate, comemos en un japonés con Arnau, Sandra y Núria, guardamos sus cosas en el armario de mi piso —durante los próximos meses, de ella— y charlamos de cosas intrascendentes. Su tristeza me destruye. Me gustaría tener más tiempo para dedicárselo, pero me he comprometido con el hotel de Malasia, mi vida me espera y Laia deberá aprender a lidiar con su pena lo mejor posible. Ojalá el tiempo cure de verdad las heridas… En mi caso, no parece ser efectivo, y es muy frustrante.

A la hora de encaminarme al aeropuerto, la abrazo durante tres largos minutos. Me cuesta mucho decirle adiós, así que le doy unas

indicaciones para cuidar de la casa y de ella. Nos prometemos mantener una comunicación fluida y constante, nos abrazamos varias veces antes de que salga de mi hogar de estos meses y me suba al taxi con mis compañeros de aventuras. Mientras Barcelona se queda atrás, recuerdo todas esas tardes de adolescente imaginando este momento; siempre estábamos los cuatro, fantaseábamos con recorrer el mundo con una mochila, con verlo a través de un prisma multicolor, con cada matiz ofreciendo una visión perfecta de cada instante. ¿Será la aventura soñada? ¿Lograré recuperar la sonrisa por entero? ¿Tocaré el cielo con las manos?

35

Plaza de la Vila de Gràcia

Stan

> laciudaddetusojos Tú me enseñaste, cuando visitamos esta plaza, el centro neurálgico del barrio de Gràcia, que las leyendas pueden ser el paradigma de un lugar. Sus calles han sido testigos de muchos hechos históricos, como la Revuelta de las Quintas en 1870, un acto de insurrección de los vecinos. La preside el Campanario de Gràcia o Torratxa de Gràcia —a veces incluso se conoce como la Torre del Rellotge—, una construcción levantada por Antoni Rovira i Trias, entre 1862 y 1864, con una leyenda muy interesante. Se dice que durante el alboroto de las Quintas, la campana sonó entre el 4 y el 9 de abril, impulsada por una cuerda hasta la azotea de una vecina. El general Gaminde ordenó en aquel momento el bombardeo de la ciudad para acallar ese molesto tañido. Desde entonces se puede escuchar su sonido agrietado.
>
> Ahora lo redescubro y lo veo tan parecido a mi corazón… También está herido, todavía sangra y es incapaz de latir a su ritmo normal, sin mostrar su dolor en algunos instantes. Sin embargo, tanto el campanario como él siguen en pie, dispuestos a resistir el paso del tiempo, a rehacerse, aunque sea con marcas de guerra, a seguir su imperturbable desafío a las adversidades, a subirse a las olas de la felicidad sin olvidarse de sentir la ilusión en cada paso del camino. Porque quizá el pasado nos marca, incluso puede dejarnos cicatrices muy profundas, pero en nosotros reside la potestad de abrazar la vida con la mayor sonrisa posible.
>
> #LaCiudadDeTusOjos #Barcelona #LaBarcelonaSecreta #PaseosPorBarcelona #LaCrestaDeLaOla #TodosMisSueños #Olvidar #LaBarcelonaMisteriosa #PlazaDeLaVilaDeGràcia #TorreDelRellotge

Todo se está desmoronando a mi alrededor; lo que hace un año sentía como algo real y tangible ahora no es más que un borrón negro, oscuro, sin ninguna posibilidad de que el color lo ilumine. No soy capaz de entender cómo pude renunciar a lo mejor de mi existencia, cómo me dejé cegar por las maquinaciones de una mujer sin alma,

cómo me quedé encerrado en mi burbuja de rabia y no luché por quien se lo merecía. Ahora no hay redención posible, nada puede rescatarme de un futuro aciago. Y me lo he buscado yo solito. Deposité mi confianza en Susan, en esa chica que había crecido a mi lado, con quien había descubierto el amor y la traición, quien llevaba demasiados años dirigiendo mis hilos. Y ahora es tarde para exculparme.

Acaricio las fotos de esa plaza tan perfecta y colmada de recuerdos con su torre, su campana herida, su historia y su viveza. Mi sonrisa triste y destrozada se plasma en un rostro enjuto, contraído por un dolor penetrante, muerto en vida. Lara ha abierto otra cuenta de Instagram donde expone fotos de su viaje, de esa aventura que llevaba una eternidad planeando junto a sus amigos del alma, y ahora está viviéndola. Se la ve tan alegre… Trabajó durante los tres primeros meses en Malasia y después cogió sus bártulos para iniciar un recorrido por el Sudeste Asiático con sus compañeros, sin un rumbo fijo, guiándose por el impulso del momento. Está morena, más delgada, ilusionada, con un brillo feliz en los ojos, y a mí me duele en el alma no ser parte de ella, no estar a su lado, no haberla escuchado cuando debía.

Es tarde, lo sé. La he perdido sin remedio, pero eso no quita que siga escribiéndole mensajes bajo sus posts en cada una de sus cuentas. Ambas tienen un montón indecente de seguidores, han impulsado las ventas del libro sobre mi abuela, la han acompañado en el anuncio de la nueva publicación de una novela que me ha partido en mil pedazos y la están llevando al estrellato. *La ciudad de tus ojos*. Un título idéntico al de esas fotografías que intentan mostrar cómo se siente ante nuestra historia de amor; o de desamor, en realidad. Hace apenas cinco horas que he leído el final, ese donde se revela cómo tiré mi vida a la basura por creer a quien no debía, y mi corazón se ha precipitado hacia el abismo de la desesperación. Llevo meses distanciado de Susan. Terminé nuestra amistad de forma contundente tres días después de mi copa de reconciliación con Nick, tras una conversación en la que me gritó, amenazó, se puso agresiva e incluso se atrevió a golpearme con ímpetu. Repitió una frase bastante

reveladora: «Después de todo lo que he hecho por ti, no puedes dejarme». Tras leer el libro de Lara sé a qué se refería, y una ponzoña tóxica me ha robado el aliento y las esperanzas.

Esta vez mi decisión de apartarla de mi vida impactó con fuerza en mi núcleo familiar y de amistad, y de una manera totalmente inesperada. Llevamos meses tocados, sin reunirnos, con dos bandos enfrentados y un mal rollo demasiado potente para sanar las heridas con rapidez. Mis padres, mis tíos, mis primos y la familia de Nick se pusieron de mi parte; la de Susan estaba dividida, pero han mostrado un frente común desde el inicio. Eso fue demoledor, una forma contundente de inclinar todas las balanzas, de separar a las personas que se han querido durante toda una vida. Pero cuando el libro de Lara vea la luz, descubran la verdad y se enfrenten a la mezquindad de Susan, nada podrá detener la bomba de relojería que ahora pulsa entre nosotros como una cuenta atrás.

Le doy un trago a mi bebida, muy alta en graduación alcohólica, y observo los folios impresos donde se cuenta mi historia con Lara y mi estupidez. ¿Cómo pude ser tan ingenuo para dejarme manipular por una bruja sin corazón? Mi mundo entero ha estallado en trocitos al leer ese último capítulo, justo antes del epílogo en el que la protagonista se vuelve a su país de origen con su vida hecha pedazos.

El manuscrito llegó a mi cuenta de correo electrónico anoche, tras pasarme meses escribiéndole mensajes a Lara bajo sus posts. No había ninguna nota, nunca me ha contestado a mis palabras ni ha dado señales de querer recomponer en algún punto nuestra relación, ni siquiera como amigos, tal como le he propuesto una y otra vez. He de admitir que sentí celos al descubrir su viaje junto a Arnau, esa aventura que emprendió hace cinco meses acompañada de la persona con la que creía que me había traicionado. Pero el tiempo y las evidencias desmontaron mis argumentos para tenerle inquina. Nunca han pasado de ser amigos; él ha tenido varias «chicas» en sus viajes mientras que Lara jamás ha mostrado algo más cercano a la amistad profunda en sus fotos, y la realidad escrita en su libro no ha hecho más que reforzar la sensación de fracaso que lleva incomodándome desde hace mucho tiempo.

Escribo mi comentario diario con los sentimientos a flor de piel, sobre todo por su post de hoy, por el significado oculto en esa declaración velada de intenciones tras mandarme un libro inédito que me ha destrozado de una manera fulminante. Nada podrá resarcirme, no hay esperanza para el perdón, no después de haber decidido creer en la verduga de nuestra relación y demostrar mi absoluta desconfianza a quien no se lo merecía. Y sí, quizá escribirle una súplica diaria bajo su entrada, junto a una de esas frases que un día nos unieron, no sea capaz de rebajar ni una milésima su decepción, pero necesito tanto explicarle lo que ha significado para mí leer nuestra historia, enfrentarme a ese capítulo final, al epílogo que zanja la posibilidad de una segunda oportunidad para el amor…

> stan_harrison Si tu corazón todavía sangra, quizá pueda concederle una oportunidad al perdón. Lo siento tanto… Ojalá pudiera retroceder en el tiempo, regresar a ese Stan capaz de perderse con esa facilidad, cambiar mi conducta y retenerte a mi lado. Mi corazón no ha resistido bien el paso de los meses, mi conciencia está dañada, triste, devastada. Me arrepiento tanto… Enfrentarme a la verdad ha demolido lo que quedaba en pie de mi alma, porque tú eres su custodia y sin tu sonrisa, se marchita. A veces somos una campana bombardeada y seguimos tañendo de forma agrietada, otras está tan destrozada que es incapaz de articular un sonido, aunque sea ahogado. Te quiero, Lara, con todo mi corazón hecho pedazos, con todo lo que tengo, por y para siempre. Y tras leer una historia preciosa que destrocé por mi estupidez, sé que jamás te olvidaré porque eres mi alma, mi espíritu y mi felicidad. Solo deseo que algún día puedas perdonarme y me concedas el privilegio de tu compañía, aunque sea solo en calidad de amigo. Mi amor por ti jamás se marchitará. Todavía eres mi ola, y lo seguir?s siendo el resto de mi vida.

> «El mejor tipo de amor es aquel que despierta el alma y nos hace aspirar a más, nos enciende el corazón y nos trae paz a la mente. Eso es lo que tú me has dado y lo que yo esperaba darte siempre». ¿Conoces el título de la película?

El diario de Noa…

Hay lágrimas en mis ojos, unas de pesar y desesperación. Me quedo mirando mis palabras en la pantalla del ordenador, todavía con los dedos temblorosos, sin ser capaz de darle a la tecla de «publicar». No hay nada en él que no quiera decirle y lo que me impide respirar con

normalidad por culpa de los latidos palpitantes en mi garganta no es eso, sino la posibilidad real de su silencio posterior. En este comentario he volcado mis sentimientos más profundos, pero ¿tendrán algún efecto en ella? ¿O me condenará de nuevo a la soledad? ¿Por qué me mandó el manuscrito? ¿Buscaba mi arrepentimiento o su rabia sigue latente en ella e intentaba castigarme?

El desaliento me invade, aumenta de forma contundente mi inquietud, la desborda, la agita. Detengo el dedo tembloroso a escasos milímetros de la tecla intro, esa capaz de cruzar el ciberespacio para darles voz a mis pensamientos. Cierro los ojos, inspiro, espiro con lentitud y los abro. Ahora el corazón me produce un sonido estridente en los oídos, aparte de tener su eco en mi garganta. Se me agarrotan los hombros, los músculos del cuerpo se contraen, la tensión es máxima. Grito para espantar los nervios, acabo de bajar el dedo y observo cómo mis frases quedan impresas bajo su foto con la entrada sobre la plaza de Gràcia. No soporto la sensación de estar en la cuerda floja, de vivir al borde de la aniquilación, de necesitar la paciencia para vencer mi incertidumbre y ese deseo imperioso de leer una respuesta.

Mis ojos se desplazan con demasiada asiduidad hacia la pantalla, donde mi dedo ansioso refresca la página una y otra vez para saber si ella ha contestado. Nunca había sentido la impaciencia desbordarse tanto en mi interior; es casi una necesidad palpable, como si me doliera cada parte de mi ser por la espera infructuosa. Mis manos agarran los folios donde mi felicidad se diluye por mi estupidez. Busco de nuevo el capítulo treinta y tres, ese llamado «La muralla romana de Barcelona», un paralelismo con las que a Lara le tocó erigir cuando mis acciones la quebraron de una forma desgarradora. Lo releo con el corazón en un puño, sangrante, apenas capaz de mantener un ritmo de bombeo normal. En el manuscrito final los nombres serán distintos a la realidad, pero ella me ha mandado una versión donde cada uno de nosotros conserva su verdadera identidad. ¿Acaso quería herirme como lo ha hecho? ¿Buscaba mi desolación? ¿Es su venganza?

33

La muralla romana de Barcelona

La discusión me ha dejado sin aliento, ha socavado mi capacidad para rehacerme, me ha dolido demasiado. No han sido solo sus palabras, sino esa desconfianza patente en cada una de sus acusaciones, la sensación de que se ha creído a pies juntillas mi capacidad para mantener una relación adúltera, como si no fuera más que una mujer malvada. ¿No me conoce? ¿Acaso no ha valido de nada todo cuanto hemos vivido? ¿Dónde está mi marido? Porque ese hombre despechado no lo es. Mi Stan sabe que soy incapaz de mentir y engañar con esa vileza, y que mi amor hacia él es infinito.

Llevo una media hora al volante de mi coche, dando tumbos por la ciudad sin rumbo fijo, y cuando me detengo unos minutos, veo a dónde me ha llevado mi subconsciente. Sonrío con una tristeza profunda. El estudio de Margarita está enfrente de mí. Es un lugar lleno de esperanza, de ilusión, de cuadros y de recuerdos perfectos. Entre sus paredes siempre me he sentido a salvo, quizá por eso he acabado aquí, donde encontraré la paz. En su interior hay un sofá grande y cómodo, quizá pueda descansar en él tras beber hasta quedarme inconsciente. Mañana ya regresaré a casa a enfrentarme con Stan, ver si hay alguna manera de arreglar lo nuestro o si está demasiado dañado para sobrevivir a la última discusión, pero esta noche voy a emborracharme hasta perder el conocimiento.

Miro un segundo el teléfono y descubro la ausencia de mensajes por su parte, lo que me provoca una nueva descarga de dolor. Sí tengo uno de Arnau preguntándome dónde estoy; por lo visto, Susan lo ha llamado para increparlo. Marco su número.

—¿Estás bien? —pregunta tras el primer timbrazo—. Tu marido está fuera de sí. Creo que ha bebido de más. Ni te imaginas lo que me ha

dicho Susan de su parte…

—Por desgracia, sí puedo suponerlo. —Sollozo, incapaz de reprimir el llanto, y le cuento la última discusión, cómo Susan nos ha puesto al uno en contra del otro y cómo lo ha inculpado—. Voy a quedarme un rato en el estudio. Una buena borrachera me ayudará a no pensar en nada. Ojalá arreglemos las cosas, aunque lo veo tan imposible…

—Estaré ahí en una media hora —anuncia—. No te pases con los tragos, Lara. Es mejor enfrentarte al dolor y tener la mete clara. Te lo digo por experiencia.

—Te veo en un rato. —Cuelgo sin despedirme. Tiene razón, lo sé, pero necesito tanto el poder anestésico del alcohol…

Estaciono el coche en el aparcamiento, paso por la tienda de la esquina a comprar una botella de whisky barato y subo al estudio. El silencio me saluda al entrar junto con la vivacidad de la obra de su abuela, esos cuadros repletos de luz y de pasado. Me acerco al equipo de música para poner una lista de baladas capaces de ayudarme a sortear las horas mientras su sensibilidad envuelve la atmósfera. Hay una pequeña nevera colocada en una esquina, saco de ella un refresco y lo ensucio con un chorro generoso de alcohol, anhelante de que me embote los sentidos. Media hora y cuatro copas después, suena el timbre. Mi esperanza se activa. Me imagino a Stan tras la puerta, esperando para abrazarme y creer en mí, pero me encuentro a Susan junto a mi amigo Arnau, al que a todas luces mi marido ha demonizado como mi «amante» y al que no he vuelto a tocar desde mi adolescencia. La insulto, alentada por la cantidad insana de alcohol que atesoran mis venas.

—Serás puta —suelto, y trato de cerrarles la puerta en las narices. ¿Qué hace Arnau con ella?—. Lárgate de aquí, ya has conseguido lo que querías.

—Vamos a brindar por ello. —Su sonrisa es malvada, como si estuviera disfrutando de mi derrota. Me muestra una botella de José Cuervo, vasos, limón y sal—. He traído tequila. Y no me pienso ir de aquí hasta que hablemos sobre tu vuelta a Barcelona.

—Me esperaba en la portería y ha insistido en subir. —Arnau tuerce los labios, como si supiera algo que a mí se me escapa—. Lo siento,

Lara. Antes le he explicado mi intención de venir.

—Susan, ya te estás pirando de aquí —le espeto.

—Si piensas que me iré sin hablar contigo, vas lista. —Ella abre la puerta del todo y da un paso al frente para entrar sin aguardar mi invitación—. Esta es tu última noche en Filadelfia, así que puedes disfrutarla o insultarme durante horas. No pienso dejarte en paz hasta ver cómo te subes a un avión rumbo a España.

La expresión de Arnau se muestra tensa. Tiene las manos escondidas en el bolsillo, la mirada acerada y los músculos faciales apretados, como si se sintiera tan molesto como yo.

—He intentado quitármela de encima —explica—. Pero la muy capulla no se rinde, joder.

—¡Lárgate! —le grito arrimándome mucho a ella—. No necesito tu tequila ni nada de ti. ¡Tengo mi whisky! —Se lo señalo sobre la mesa.

Sus carcajadas inundan el estudio. Camina hasta la botella barata, la golpea con la mano y se acomoda en el sofá.

—¡Esto es una mierda! Si te lo bebes, mañana tendrás una resaca del copón. —Señala su José Cuervo—. Es mucho mejor opción.

Corro a rescatar el líquido que se derrama sobre la alfombra mientras ella abre el tequila, llena los vasos, prepara el limón y la sal y me lanza una mirada altiva. Apenas logro salvar una pequeña cantidad de mi botella y resoplo airada.

—¿De qué vas? —le espeto acercándome mucho a ella—. ¿No tienes suficiente con cargarte mi matrimonio que ahora también me quitas el alcohol? —Agarro el whisky, lleno la copa con el culito que queda, me lo bebo de un trago y llevo ambas cosas al fregadero con rabia—. ¡Quería emborracharme! ¡Y ni eso me consientes! —Vuelvo a encararme a ella, muy cerca. Arnau se pone a mi lado—. Vete de aquí, déjame en paz.

—Puedes hacer las cosas fáciles o difíciles —anuncia con suficiencia y sin amilanarse ante mi tono ni mis brazos en jarras ni mi cabreo—. Pero el final será exactamente el mismo: tú, lejos de aquí, y Stan, en mi cama. Así que hazte un favor y no me des munición para destrozarte. —Señala los chupitos—. ¿Tequila?

—¿Y por qué debería obedecerte? —pregunto con rabia—. Has

convencido a Stan con tus mierdas, pero sigo casada con él.

—Por poco tiempo. —Esboza una sonrisa perversa—. ¿Quieres arriesgarte a pasar al siguiente nivel? Soy capaz de todo para recuperar a Stan. ¿Has visto cómo he conseguido mis propósitos sin despeinarme? Vamos a quitarnos las caretas de una vez por todas. ¿De verdad quieres retarme? Porque puedo ser muy creativa cuando me lo propongo. —Se repantinga en el sofá—. ¿Quieres beber? —Agarra uno de los chupitos y lo levanta—. ¡Pues brindemos!

Resoplo de nuevo, me echo sal en el dorso de la mano, la lamo, agarro uno de los vasos y lo vacío antes de meterme el limón en la boca sin dignarme a chocarlo con el de ella y con la necesidad extrema de atontar mis sentidos cuanto antes. Mi amigo copia mis movimientos, ninguno de los dos pierde el desafío en su mirada. Susan sonríe al ver cómo me sirvo un segundo chupito y tanto Arnau como yo apuramos el vaso mientras ella se lleva el suyo a la boca por primera vez.

—No me das miedo —aseguro, aunque en realidad no me siento tan fuerte como parezco. Y vuelvo a llenarme el vaso.

¿Por qué al tercer tequila empieza a darme todo igual? ¿Qué es ese calorcito que me sube por el cuerpo? ¿Y esa sensación de bienestar? ¡Joder! ¡Me fliiiiiipa este estudio! ¡Y tengo unas gaaaaaanas looooooocas de mandarlo todo a la mierda para ponerme a bailar! ¡Síií! ¡Bailar!

—Este tequila está que te cagas. —Arnau prepara otra ronda y me fijo en que el vaso de Susan está lleno. ¿Cuántos ha bebido? ¿Debería preocuparme? ¡Qué va! ¡Más para nosotros!—. ¿Otro? —Me guiña un ojo.

—¡Venga!

Sonrío, suelto una carcajada y me digo que me importa una soberana mierda qué haga esa capulla, la felicidad está de vuelta en mi cuerpo gracias al tequila. Tengo calor, mucho calor. Y ganas de bailaaaaaaaaar. Sonrío. Arnau cambia la canción de fondo por una latina de moda y no tarda ni un segundo en menear el cuerpo a su ritmo. Todo me da vueltas cuando me levanto para moverme de manera desenfrenada a su lado mientras me desnudo para no sentir

este ardor sofocante en mi piel. Y me la trae al pairo lo que haga Susan, mi relación con Stan o cualquier otra gilipollez parecida.

—¡Quiero bailaaaaaaaaar toda la noooooooooche! —grito con una euforia desmedida. Arnau ríe a carcajadas, como yo. Y él también debe de estar acalorado, porque se quita la camiseta a la velocidad de un rayo. Luego me pasa la mano por la cintura y se acopla a mis meneos de cadera. Ambos somos unos bailarines de narices.

Susan se queda sentada, pero aplaude. Mis ojos borrachos la observan con una extraña sensación que no acabo de cazar. Solo puedo sonreír como si fuera una boba, danzar, deshacerme de mi ropa. Reír a carcajadas, sentir una embriaguez álgida… Debería detenerme a evaluar lo que está sucediendo, por qué me mira con ese aire triunfal, qué oscura maldad la ronda, por qué parezco dopada de felicidad, pero me siento taaaaaan bien… Es como si todas las penas acabaran de esfumarse, como si el mundo se concentrara en este estudio, en la música, en la ilusión de no dejar de carcajearme.

—Acabad de desnudaros en plan estriptis —propone Susan con un tono desafiante—. A ver quién de los dos es más sexy.

—¡Gano yo de calle! —asegura Arnau—. Estoy más buenorro.

—¡Ya te gustaría! —acepto el desafío implícito en sus palabras y me contoneo como si fuera Elizabeth Berkley en la mítica película *Showgirls*. O, como mínimo, lo es para mí porque la crítica se cebó mucho con ella. En realidad era un dramón de cuidado, de esos de chica pobre de pueblo tiene un sueño y el sueño se la come… ¡Ay! ¡Eso ha dolido! Pero vamos a ver, mi sueño no era Stan ni Filadelfia ni una familia… ¡Mierda! Sí lo es ahora, y se me está merendando… Pero ¡qué más da! ¡La vida es beeeeeella! ¡Hay que disfrutarla!

—¡Soy la caña! —Arnau tiene los pantalones en la mano y los agita encima de su cabeza, descojonándose—. ¡Voy primero por goleada! —Solo lleva los calzoncillos. ¡Mierda! ¡Me va a ganar! Susan nos elogia con ganas y, joder, no pienso perder ni de coña sin luchar hasta el final. Me doy prisa en agitar mi cuerpo con sensualidad mientras me deshago de toda mi vestimenta.

En otro momento de mi vida estaría incómoda danzando al ritmo de «You Can Leave Your Hat On», de Joe Cocker, la canción por

excelencia para quitárselo todo. ¡Eh! ¿Cómo ha cambiado la música? ¿Quién ha quitado la canción de Rauw Alejandro? ¡Qué más da! Esta canción es perfecta para alzarme con la victoria. Es sexy, sensual, fascinaaaaaante… No en vano la utilizó Elizabeth McGraw, la mujer a la que daba vida Kim Basinger en *Nueve semanas y media.* Uooo, esa peli sí era ardiente… Erótica, lasciva, libidinosa… Recuerdo la escenita del hielo y me vengo arriba.

—¡A ver quién de los dos se atreve a acabar en pelota picada! —Otro reto maldito de la bruja. Y sí, estoy fatal de la cabeza, porque en vez de enfadarme, coloco los dedos en los laterales de mis braguitas para bajármelas con un estilo que ya le gustaría a Demi Moore en su querido *Striptease*—. ¡Estás que te sales, Lara! Ahora el sujetador.

¿Por qué narices sonrío como una tontorrona y llevo mis manos al cierre? ¡Si incluso le guiño un ojo y le lanzo un par de besos mientras me deshago de la prenda como una profesional! ¡Y después la agito sobre mi cabeza mientras creo sinuosas curvas con mi cadera! Arnau se pica, lo sé porque su bóxer desaparece con una rapidez escandalosa. Mis carcajadas inundan el estudio, lo llenan. Una mirada rápida a Susan me demuestra que está muy satisfecha y yo aplaudo con emoción por haber ganado el desafío. ¡Es tan gratificante! ¡Uooooooooo! ¡Todo es perfecto! ¡La felicidad me envuelve!

—Chicos, ahora viene el plato fuerte —nos anima la hechicera. ¿Por qué la odiaba hace un momento? ¡Si es lo más!—. Tenéis que estiraros en el sofá, muy abrazaditos, y dormir. Estáis los dos muertos de sueño, demasiado tequila…

¡Menuda idea! ¡Guauuu! ¡La tía está que se sale! Porque es cierto, se me cierran los ojitos y la idea de dormir arropadita es perfecta, aunque no la había contemplado hasta que Susan la ha planteado. Arnau se muestra igual de cansado y emocionado que yo con su propuesta, porque no tarda ni dos segundos en desperezarse en el sofá y levantar los brazos para animarme a acompañarlo.

—Ven aquí, pequeña surcadora de olas. —Bosteza—. Vamos a descansar juntitos, como cuando éramos críos.

Estoy tan cansada de beber, de bailar, de reír, de brincar, de cantar a viva voz… Un sopor intenso se apodera de mí, así que me coloco a

su lado en el sofá, permito que me abrace y me da igual todo lo demás, solo quiero cerrar los ojos y dejar que sea Morfeo quien decida dónde va mi imaginación dentro del mundo onírico. Lo último que noto es una sábana o algo parecido caer encima de nuestros cuerpos abrazados, unidos, inertes.

Cuando abro los ojos es obligada por alguien que me zarandea con una energía despiadada. Me duele la cabeza, estoy confundida, no recuerdo dónde estoy ni cómo he llegado aquí. ¿Quién ha encendido la luz? ¡Dios! ¡Me perfora el cráneo! Molesta un montón y aumenta de manera descontrolada mi dolor de cabeza. ¿Y esos gritos? ¡Es Stan! ¿Por qué me llama «puta» con esa rabia?

Tengo sed, mucha sed. Mis ojos no acaban de enfocar a mi marido ni consigo recordar la secuencia de hechos de las últimas horas, por mucho que me empeño en lograrlo. ¿Cómo ha llegado aquí? ¿Cuándo? ¿Por qué estoy des…? ¡Oh, joder! Mis recuerdos se despiertan en pequeños flashes al enfrentarme a mi desnudez y ver a Arnau en el mismo estado en el sofá. Es como un baño de realidad que me induce a temblar. ¡La bruja está al lado de Stan! ¿Por qué sonríe con esa malicia? ¿Nos drogó? Esa sería la única explicación lógica al espectáculo de anoche, pero no consigo carburar al cien por cien, mi mente está resacosa y embotada.

—No es lo que parece —susurro con la sensación de estar a punto de perderlo todo por culpa de Susan y sus maquinaciones. Sin acabar de comprenderlo del todo, pero con el dolor aguijoneándome el corazón. ¿Cómo pude seguirle el juego? ¿Qué le echó al tequila? ¿De verdad lo planeó todo? ¿Cómo pude ser tan tonta para no imaginarlo? Podría contarle la verdad a Stan, pero tal como me mira tengo claro que no me creerá, y menos si esa capulla está a su lado—. No ha pasado nada. Te quiero, Stan. —Señalo a Susan. Mi voz sale derrotada —. Fue ella.

—¿Cómo te atreves a insultar mi inteligencia así? —escupe mi marido con una rabia difícil de aplacar—. ¡Eres una zorra adúltera!

Arnau se mueve en el sofá y abre los ojos de golpe al percatarse de la situación. Sus pupilas recorren el lugar, a nosotros, y no tardo en comprobar que él también ha atado cabos. Poco a poco recobro una

lucidez absoluta. Es como si escuchara los engranajes de su cerebro deducir la única opción, la misma a la que yo he llegado hace un minuto: el tequila llevaba droga y Susan nos la ha jugado. Mi amigo contrae los músculos faciales en una expresión de odio dirigida a la arpía.

Stan me suelta y da dos zancadas rápidas hasta situarse frente a Arnau, quien está enderezándose y apenas tiene tiempo de percatarse de nada antes de que el puño de mi marido se estampe contra su cara. El sonido de la nariz al partirse precede a la sangre saliendo a borbotones. Corro a su lado con un grito ansioso y el dolor partiéndome en mil pedazos. Miro a mi hombre, al que hasta hace pocas horas ocupaba todo mi mundo, y sé que acabamos de tocar fondo, que no me escuchará, que es nuestro final. La desesperación se cuela en mi voz al intentarlo y más con la sonrisa de satisfacción que exhibe Susan.

—Stan —balbuceo—. Nunca te engañaría. Y no lo he hecho, créeme. —Mis ojos se dirigen a Susan y lo intento una vez más, aunque en el fondo tengo claro que no funcionará—. Ella te está manipulando otra vez.

Mi mundo entero se desploma cuando constato que no está dispuesto a escucharme, lo veo en su expresión, en su determinación al encaminarse hacia la puerta, en su ira cuando se da la vuelta antes de alcanzar el picaporte y enfrentarse a mí con una furia irracional en los ojos. Tiemblo, no solo por mi desnudez, sino también por la sensación de estar al borde de la devastación.

—No quiero volver a verte —ruge—. Recoge todas tus cosas de mi casa y lárgate. Te mandaré los papeles del divorcio.

El llanto irrumpe en mí. «Mi casa»… Me da igual taparme, rebajarme frente a la cabrona sin sentimientos que nos la ha jugado, hacer el ridículo. Suplico. Lanzo ruegos apelando al sentido común, a mi derecho a explicarme, a…

La puerta se cierra y me quedo destrozada sin ser capaz de levantarme, para recomponerme, para encontrar un resquicio de luz. Arnau se ha vestido con el bóxer y unos pantalones. Ya no le sangra tanto la nariz, pero está amoratada y no tiene muy buena pinta. Me

pasa la sábana por los hombros para taparme y me envuelve entre sus brazos para consolarme. Pero nada consigue levantar mi ánimo ni un ápice. Mi vida acaba de saltar por los aires por culpa de una mujer sin corazón. Y sé que no hay vuelta atrás. Nada puede devolverme los días bonitos a su lado. Porque a pesar de entender su enfado, es doloroso reconocer que no quiere ni pedirme una explicación, gritarme, hablarlo. ¿No me merezco al menos eso?

Unas horas después, tras pasar por el hospital para que le curasen la nariz a Arnau y someternos a unas analíticas que corroboren nuestras sospechas respecto a la mano de Susan en mi desgracia —las llevo en el bolso para defender mi honor ante Stan—, abro la puerta de casa y me encuentro con una parte de mis cosas colocadas de mala manera en un par de maletas, esperándome en la entrada, junto con una nota de mi marido ordenándome que le deje las llaves en el recibidor y desaparezca de su vida. Es como si acabaran de lanzarme un cubo de ácido encima. ¿Está con ella? ¿Es capaz de sustituirme así? ¿La cree por encima de mi derecho a defenderme? Entiendo su reacción, pero no que haya bloqueado mi número en el móvil, que insista en no responder a mis llamadas ni a mis intentos de contactar con él. Lo peor de esta situación es su negativa a aclararlo, así que me adentro en el salón dispuesta a defenderme, pero sus palabras me frenan.

Voy a salir adelante sin él. La vida es demasiado corta para permitirle atacarme con alevosía.

36

La Barceloneta

Lara

laciudaddetusojos Tú me enseñaste que este barrio no existía en la Edad Media y que, donde ahora está la estación de França, había un islote llamado la isla de Maians, un lugar formado por la acumulación de la tierra arrastrada por las corrientes marinas. Hasta el siglo XV no se construyó el primer espigón para dar más calado al puerto, y en el XVII los pescadores ocuparon la península de la Barceloneta, el primer barrio que se erigió fuera de las murallas de la ciudad. Una de las curiosidades que más me impactaron fue descubrir que el primer barco de hierro a vapor de España, el Delfín, se construyó aquí, en los Talleres Nuevo Vulcano, y enterarme de que el edificio ya no existe. Es triste perder esos referentes, aunque la historia no los borra, sino que los eleva hasta su merecido pedestal.

Ahora lo redescubro y no puedo olvidar cómo erigimos nuestra historia de amor entre estas calles, las risas que se han perdido en el pasado, pero que sobreviven en mi interior como un fugaz sentimiento imposible de borrar. Nuestras conversaciones, la felicidad implacable de caminar de la mano de alguien a quien amaba y quien, a pesar de amar todavía, ya no forma parte de mi vida… A veces no somos capaces de entender que estamos creando recuerdos imborrables, que una mirada, un beso o una caricia pueden permanecer en nosotros para siempre. ¿Que sigan brillando en el firmamento de nuestros corazones significa que puedan revivir hasta convertirse en una segunda oportunidad? Nunca se sabe cuál es nuestra capacidad real de perdón, y mucho menos si no nos arriesgamos.

«Y vuelves a atrapar mi tristeza para esconderla en tu bolsillo, para alejarla de mí. De nuevo has sembrado el jardín de mis pesadillas con nuevos sueños, con otras esperanzas». ¿Conoces el título de esta película?

#LaCiudadDeTusOjos #Barcelona #LaBarcelonaSecreta #PaseosPorBarcelona #LaCrestaDeLaOla #TodosMisSueños #Olvidar #LaBarcelonaMisteriosa #LaBarceloneta #Playa #Recuerdos #TusOjos #Esperanza #Quizá

Vuelvo a pasear por las calles de la Barceloneta, igual que ayer, anteayer y el día anterior, por ese barrio al que íbamos tan a menudo para perdernos entre las reminiscencias del pasado, comer una paella en alguno de sus concurridos restaurantes, tocar la arena con los pies descalzos, ver el mar y soñar con surcarlo más allá del horizonte. Los continuos mensajes de Stan a veces me duelen, igual que su juego de las películas, ese que olvidamos años atrás cuando nuestra relación se estabilizó. Por eso he estado a punto de bloquearlo en demasiadas ocasiones, pero también me animan, me llenan de esperanza, de ilusiones, de un sinfín de «quizá» demasiado tangibles para enviarlos a la papelera de reciclaje. ¿Podemos superarlo? ¿Ser felices de verdad? ¿Perdonar? ¿Reedificar? ¿Olvidar los malos momentos?

Estamos a mediados de septiembre, hace apenas dos semanas que he regresado de mi gran viaje. Todavía estoy aclimatándome a Barcelona tras pasar una semana con mis padres en el pueblo. Laia está conmigo, camina a mi lado en silencio e incluso hay instantes en los que exhala un gemido. Ambas sufrimos de un ataque de nostalgia, de amor, de recuerdos y anhelos. A pesar de nuestro empeño, ninguna de las dos ha podido mitigar sus sentimientos. Es como si el universo se hubiera confabulado para mantenerlos vivos, punzantes, vigorosos. La abrazo con fuerza porque mientras yo valoro la posibilidad real de absolver a Stan, mi hermana se hunde en una realidad mucho más cruel. Nick no ha vuelto a contactar con ella en los ocho meses que lleva en Barcelona, y es obvio que debería dejarlo atrás de una vez por todas. Pero el amor no entiende de razonamientos lógicos, se apodera de nuestras almas, las invade, las secuestra, y nuestra única opción es escondernos tras la rabia, el odio o el rencor. Aunque solo sea la respuesta a la frustración de no superar a una persona, de seguir amándola a pesar de sus desplantes, de la distancia, de sus acciones. Porque somos víctimas de las emociones, unas meras portadoras de ellas, y carecemos de potestad para dirigirlas.

Llegamos a la playa, nos descalzamos y caminamos hasta ocupar un lugar en la arena. Las últimas luces del atardecer nos acompañan cuando nos sentamos lo más cerca posible de la orilla y nos abrazamos en silencio. Todavía hay varias personas estiradas en sus toallas para

aprovechar el calor de la tarde. Este año está costando su retirada y las temperaturas son muy altas. Los murmullos se entremezclan con el sonido de las olas al romper en la arena y llenan el silencioso llanto de nuestros corazones. Es una despedida. Laia ha encontrado trabajo en Madrid, en la filial de una empresa norteamericana de renombre. Se va a última hora de la tarde para instalarse en su nuevo piso y prepararse mentalmente para asumir un cargo de semejante envergadura. Estoy muy orgullosa de ella. Va a dirigir una unidad de negocio y será la jefa de proyectos. Está preparada, tiene un bagaje adecuado para el cargo, su emoción es la mía y tengo absoluta fe en ella. Conseguirá darle un giro a su vida, seguro.

—Te echaré de menos —susurra apoyando su cabeza en mis hombros.

—¡No seas exagerada! —Suelto una carcajada para enmascarar mi tristeza. Ella no necesita más malos rollos—. Llevamos ocho meses separadas, no puedes añorar lo que no has tenido. Además, ¡ya estamos acostumbradas! Y para eso están internet y el AVE. ¿O acaso piensas que no te voy a incordiar con mi careto en la pantalla o con visitas constantes?

—Pobre de ti… —La voz le sale llorosa. Mira hacia el mar y siento cómo las primeras lágrimas brotan en sus ojos para recorrerle las mejillas—. No hagas como otros…

—Laia, no deberías pensar más en él. —Le acaricio el cabello—. Te ha dejado clarísima su postura desde el principio, lo vuestro solo fue lo que él te prometió. Y lo sé, es difícil olvidar cuando amas de verdad. Ojalá pudiéramos chasquear los dedos y pasar al siguiente capítulo, donde una página en blanco nos esperara. Pero ambas sabemos que no es tan fácil.

Suspira y se queda unos segundos muda. Después gira la cabeza con lentitud hasta enfocar su mirada en mí. Sus pupilas tristes me hablan de dolor y de esperanza. Está lista para luchar y seguir adelante, pase lo que pase. Y es una mujer fuerte, seguro que lo superará, lo olvidará y encontrará un nuevo rumbo tan emocionante como el anterior.

—Da un paso hacia tu felicidad, Lara. —Llevamos varios días analizando mi situación; ella insiste en que debo contestar a Stan, yo

creo que él debería dar un primer paso más contundente, dedicarme un gesto descabellado, una locura, demostrar cuánto significo para él —. Te escribe cada día, te pide perdón de mil formas, te abre su corazón… Y tú sigues sin decirle una palabra. Stan se arrepiente y estás siendo muy dura con él. ¿Cómo puedes quejarte de su incapacidad para escuchar tu verdad si ahora se la niegas a él? ¡Le mandaste el manuscrito! Sabe lo que pasó y debe de estar pasándolo de pena.

Tenso los labios en una mueca dolida. Tiene razón en su discurso, ese que lleva repitiéndome hasta la saciedad desde mi regreso. No estoy siendo justa del todo, pero el resentimiento es tan difícil de aplacar del todo, al igual que la decepción, el dolor de la toxicidad de aquellos meses, el rencor por cómo reaccionó, por no haberme creído… Sin embargo, necesito tanto perdonar, abrazarlo, escuchar su voz… Por eso esta mañana he abierto la puerta a la esperanza en mi post, he hablado de segundas oportunidades, incluso he buscado una frase de una película para seguirle el juego y he acabado paseando por la Barceloneta de nuevo, con la cabeza inmersa en nuestro pasado. Pero para avanzar requiero algo grande de su parte, imponente, una demostración más allá de las palabras. Ha pasado un año y siete meses desde nuestra separación y no ha habido un solo día en el que no haya pensado en él. Incluso viviendo mi sueño, me he percatado de que no lo era tanto sin Stan a mi lado, sin compartirlo, sin explicárselo todo.

Es duro aceptar la realidad porque eso significa admitir que sigo tan enamorada de Stan como el primer día. Sus constantes mensajes me han mantenido asida a ese sentimiento y a la idea de un reencuentro. Sus palabras, los sentimientos que exudan, las sensaciones, los recuerdos, esas frases de películas románticas cargadas de significados ocultos… Por eso le mandé el manuscrito inédito con los nombres reales, quería explicarle esa verdad que se negó a escuchar en su momento, hacérsela sentir, demostrársela. Y sí, desde ese día me pregunto demasiado a menudo cómo reaccionó al leerlo, qué piensa acerca de lo sucedido, si se maldice por haber creído en Susan en vez de en su mujer… Si se da cuenta de cómo destruyó una preciosa historia de amor con su desconfianza… Sus comentarios bajo los posts

suelen caminar en esa dirección. Lleva muchos meses hablándome a través de sus frases, explicándome cuánto me echa de menos, lo mucho que se arrepiente de cómo se comportó, su intención de luchar por mí. Pero…

—Le permitió a Susan manipularlo durante meses y pasó bastante tiempo con ella… Ni siquiera sé si se acostaron… —mascullo en voz alta. Mi exsuegra me aseguró que entre ellos no hay nada; Stan se alejó de Susan antes de que le mandara mi libro, pero nunca he averiguado si llegaron a intimar, si ella lo consiguió, si Stan intentó pasar página con ella—. ¿Qué diría sobre mí si se lo pongo tan fácil? Se ha limitado a hablarme con un mensaje diario lleno de frases muy bonitas, sí, pero ¿qué hay de arriesgarse? ¿De perseguirme? ¿De dar un salto al vacío? ¿De dejarlo todo por mí? —Sacudo la cabeza—. No quiero volver a sufrir, y si lo nuestro está destinado a ser, Stan es el responsable de desafiarme, de lanzarse en paracaídas, de gritar su amor en medio de la calle, de aparecer desnudo con una pancarta en la que anuncie sus sentimientos…

—¡Venga ya, Lara! ¡Te estás pasando! —Me corta y me lanza una mirada desafiante—. Porque te digo desde ya que si Nick pregonara a los cuatro vientos su amor por mí, como Stan demuestra una vez al día en esos comentarios tan románticos, no dudaría en plantarme en Filadelfia con las maletas, dispuesta a todo por estar a su lado. ¡Ya es suficiente declaración de intenciones! —Me coge la mano con ternura —. Si hasta tienes los nombres de las películas y las series de sus frases anotadas en una libreta… Y lees los comentarios varias veces al día.

Resoplo. El argumento de Laia me enerva, como en cada una de las ocasiones en las que la pesada de mi hermana lo ha puesto sobre la mesa.

—¡No puedes compararlo! —Ella ríe ante mi estallido habitual—. Nick fue sincero contigo, no te dio menos de lo que te prometió, no desconfió de ti ni creyó a una bruja hasta el punto de no escucharte. Si él te quisiera, es normal que lo intentaras. En cambio, Stan…

—¡Corta el rollo, Lara! —Chasca la lengua—. Hace mucho tiempo que no habla con Susan, lo sabes tan bien como yo. ¡Si incluso los padres están peleados! Te ha perseguido durante un montón de meses

y se ha disculpado mil veces. No se puede ser obtusa. El perdón sana el alma.

Suelto otro resoplido, me separo de ella y cruzo los brazos bajo el pecho.

—¿Has leído mi última entrada? —refunfuño—. ¡Le he dado una oportunidad! Ahora le toca arriesgar o no hay trato.

—He leído tu post, sí. Pero solo has abierto una puerta pequeñita…

—Suficiente para colocar la pelota en su tejado. —Sigo molesta con su insistencia—. Se ha pasado tres pueblos conmigo, ¡no se lo voy a dar todo mascadito!

—A ti lo que te pasa es que estás cagada de miedo. —Acierta de lleno, y eso me hace arrugar la nariz—. No puedes permitirte que te vuelva a partir el corazón. Pero no lo hará. Tú siempre has sido de arriesgarse.

Sacudo la cabeza, me levanto y caminamos de regreso a casa hablando de otras cosas. No quiero empañar nuestra despedida ni ahondar en la veracidad de su argumento… Ella no vuelve a mencionar a Stan en todo el día y se lo agradezco, porque tenemos formas distintas de ver la situación —vale, sí, quizá estoy un poco acojonada y atrancada en la negación, pero es lo mínimo, ¿no?—. Pasamos juntas las horas previas a su marcha, compartimos nervios, risas y confidencias. Cuando la acompaño a la estación de Sants en transporte público para subirse a un AVE con destino a la capital, disfrutamos de estos últimos momentos en la misma ciudad. Por suerte, Madrid está a menos de tres horas en tren y no nos separarán miles de kilómetros esta vez. ¡Estaremos en el mismo país! Nos prometemos pasar un sinfín de fines de semana juntas, nos abrazamos, lloramos como niñas y nos decimos adiós demasiadas veces.

—Volveré para tu presentación de la semana que viene —asegura—. Deberías centrarte en eso y decidir de una vez por todas qué harás ahora con tu vida.

Sonrío. Esa última parte ha sonado a la Laia sensata. Y me apetece escucharla ser ella misma, instarme a buscar más allá de la comodidad, a apartar un poco mi impulsividad para abrazar la rutina.

—De momento tengo dinero ahorrado —respondo—. Entre lo que

me queda de lo que cobré por vender la obra de Margarita y lo que Stan me dio por el divorcio exprés, más lo que he ganado con el primer libro y durante el viaje, puedo pasar un tiempo sin agobios mientras decido qué voy a hacer a continuación. —Me acerco a su oído—. Además, estoy inmersa en un nuevo manuscrito.

—¿En serio? —Me separa y me lanza una mirada enfadada—. ¿Y por qué lo has mantenido en secreto? ¡Ya estás tardando en mandármelo! Soy tu lectora beta oficial.

—Vale —acepto—. He esperado hasta ahora para decírtelo porque prefiero tenerte lejos cuando lo leas. Es la mejor manera de no inmiscuirme.

Ríe con ganas. Conoce de sobra mi impaciencia de serie. Si le hubiera permitido leer lo que llevo de la nueva novela en casa, no la habría dejado en paz ni un minuto. Me da un beso en la mejilla, me abraza por última vez, agarra el asa de su maleta y se encamina hacia el control de equipajes. Espero frente a la valla hasta ver cómo agita la mano antes de entrar en la zona reservada a los viajeros. Se me escapan algunas lágrimas de camino al metro. No estoy sola; Arnau, Sandra y Núria han vuelto conmigo a Barcelona y no tardaré en compartir las horas con ellos. Mi amigo quiere abrir un restaurante en la ciudad para explorar las recetas aprendidas durante nuestro periplo y me ha ofrecido un puesto a su lado en la cocina; Sandra y Núria han decidido casarse, asentarse y tener descendencia. No se quedarán en Barcelona, sino en el pueblo, donde encontrarán un trabajo a su medida, contarán con la ayuda de sus padres y una vida más asequible y pausada. He quedado con los tres para cenar y ahogar mis penas… si soy sincera, la razón principal de mi cita de esta noche es no consultar el móvil bajo ningún concepto. La entrada de esta mañana abre una puerta, y no estoy preparada para saber si Stan ha pasado por ella.

La noche se desmadra, acabamos bastante perjudicados cantando en mitad de la calle a las cuatro de la mañana, sin ningún pudor, entre risas y jolgorio. Como durante nuestro periplo por el mundo, aunque ahora toca asentarnos y no abarcar este tipo de locuras. Nos despedimos un poco después, frente a una boca de metro en la plaza de Catalunya, como si cerráramos un ciclo. El trayecto en transporte

público hasta Sarrià consigue despejarme bastante, aunque no lo suficiente para retener mis ansias de comprobar la ausencia de respuesta por parte de Stan. No hay ni un mísero mensaje bajo mis palabras…

Me meto en la cama dispuesta a dormir a pierna suelta hasta las tantas, alentada por el alcohol. Lo mejor de no tener responsabilidades es que puedo hacer lo que me venga en gana y quedarme metida entre las sábanas hasta que agote mi deseo de dormir. Además, la rutina de la granja ya ha quedado muy atrás.

A las doce del mediodía del día siguiente corro al baño. Si no llega a ser por una necesidad fisiológica importante, habría alargado más mi descanso nocturno. Estaba inquieta por el silencio de Stan —no había puesto comentario alguno—, pero conseguí quedarme traspuesta gracias a las copas de más. Tengo resaca, me duele la cabeza, siento la lengua pastosa y el estómago revuelto. Me arrastro hasta la cocina para prepararme un desayuno en condiciones y entonces veo el móvil encima de la mesa, llamándome. Me muerdo el labio, resoplo, me zarandeo. Sé que Stan me habrá escrito bajo el post de ayer y estoy atacada por descubrir sus frases, pero trato de ignorarlo. Sin embargo, tardo menos de medio segundo en colocar mi cara frente a la pantalla para desbloquearla.

Mi corazón alcanza su máximo apogeo cuando deslizo el dedo por los comentarios para leer el de Stan, pero no encuentro sus palabras en Instagram. Una decepción de colosales dimensiones me invade. ¿Le doy un hueso y no corre a por él? ¿Ha sido todo una pose? ¿No me quiere? Espiro con decepción y abro el correo electrónico para borrar los múltiples *spams* que lo abarrotan cada día, ansiosa, sin saber qué hacer a continuación. Y entonces lo veo. Un e-mail de Stan con el asunto: «Regálame tus ojos». El corazón me palpita con fuerza mientras lo abro y las reminiscencias de nuestro primer contacto me acompañan mientras lo leo. Las lágrimas abren mi corazón, lo llenan, lo sacuden y lo sumergen en un torbellino de emociones.

De: Stan Harrison
Para: Lara Ortiga
Asunto: Regálame tus ojos

Querida Lara, dueña del Instagram *La ciudad de tus ojos*:

Llevo meses siguiéndote en las redes y me he quedado flipado con tu perspicacia. *¡Joer!* Cada una de las fotos que has colgado de los paseos por nuestro pasado son impresionantes; tanto ellas como las palabras de los posts reflejan nuestra magnífica historia de amor. ¿Cómo una mujer tan alucinante —me sé de memoria cada una de tus perfecciones— puede transmitir tantísimo con poquito esfuerzo? Para mí lo nuestro era una relación llena de luz, color y momentos íntimos; estoy babeando por volver a vivirla a tu lado. Necesito desesperadamente tocarte otra vez, redescubrir los rincones más inéditos de tu cuerpo, tus besos, tu voz, tu compañía. Y no es solo un interés pasajero, es un deseo presente y futuro. ¿Te cuento un secreto? Quiero volar a tu lado, descubrir cómo reconstruir lo nuestro, vibrar contigo y crear una pareja sólida para toda la vida. Y cuando digo crear, significa que me he fijado un propósito: pasar el resto de mi existencia a tu lado y obligarte a escribir una segunda parte de tu libro para que termine con un final feliz. Como estoy tan decidido, lo conseguiré en un tiempo récord, ¿y sabes qué pasará después? ¡Pues que volveremos a casarnos y nos subiremos a una ola tras otra! Fijo. Y de eso a disfrutar del AMOR en mayúsculas solo hay un pequeño paso de nada… Así que, como te decía en el asunto de este mensaje, regálame tus ojos. Y tus labios, tu cuerpo, tu compañía, tu cariño, tu perdón, porque sin eso apenas avanzaremos. Y sé que quieres estar conmigo, ¿verdad? ¡Dejar escapar esta oportunidad sería una locura! Aunque… no tengo ni idea de qué nos espera… Llevo un tiempo pensando en ello, y por eso he volado a Barcelona sin ni siquiera buscar alojamiento. ¿Quedamos para hablarlo? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¡No me hagas esperar, que eso de la paciencia no es lo mío!

Con deseos de recibir un «sí» cuanto antes,

Stan

P. D.: Considero la plaza de Isidre Nonell, frente a la catedral, un lugar perfecto para el reencuentro, ¿te parece esta misma tarde a las 19.00? No veo el momento de verte. Casi puedo imaginarme tus ojitos haciendo chiribitas con las ganas que tienes de abrazarme. ¿A que sí?

P. D. 2: Me ha encantado la frase de *Los puentes de Madison*. Esa película habla

de la importancia de seguir nuestros sentimientos mientras nos arriesgamos por amor, aunque al hacerlo rompamos nuestras reglas y desbanquemos muchos de nuestros planes. ¿Sabes cómo me siento ahora mismo? *Moulin Rouge* te lo explicará mejor: «Eres la respuesta a todas mis oraciones. Eres una canción, un sueño, un susurro, y no sé cómo he vivido sin ti durante tanto tiempo».

37

El mundo nace en cada beso

Stan

A veces la vida te lleva a lugares insospechados, te muestra caminos intrincados y difíciles de seguir, te ofrece la felicidad absoluta y consiente que seas tú mismo quien la conserve o la deseche en un acto de gilipollez extrema. Como hice cuando la perdí, ese instante absurdo en el que la dejé escapar sin pensar en las consecuencias, en hasta dónde iba a dañarme esa decisión. Y ahora estoy aquí, con un nerviosismo extremo, frente a un fotomosaico enorme que ocupa toda una pared en una calle de Barcelona y que se ha convertido en un lugar turístico por excelencia. Muestra dos bocas besándose con una expresión de absoluta sensualidad. Mi imaginación les pone cara a esos labios, a ese beso, a ese acto de abnegación incondicional. Cierro un segundo los ojos para espantar al máximo mi ansiedad, ese anhelo de abrazarla, de tocarla, de no alejarme de ella nunca más. Estoy a punto de sufrir un ataque de nervios en toda regla. Si no viene, si no sale bien, si no hay redención posible…

Llevo un cúmulo de horas sin dormir a mis espaldas; solo he echado unas cabezaditas en el avión, pero muy poco fructíferas porque estaba tan inquieto que me despertaba cada pocos segundos. Hay demasiado en juego para no sentir esas cosquillas angustiosas en el estómago, los músculos en tensión, los nervios contraerse en espasmos cada cuatro segundos. No ceso de mirar el reloj, pero el muy traidor apenas avanza a una velocidad normal y se resiste a marcar las siete de la tarde —de acuerdo, la culpa es mía por llegar una hora antes, pero ¿de verdad pensabas que podría quedarme quieto en un lugar cualquiera a esperarla?—. Estoy como un maldito motor revolucionado, mi corazón parece una máquina pasada de vueltas y ni te cuento cómo resuello mientras muevo los ojos entre los turistas que

se acercan a admirar esta obra. Mi comportamiento desde que leí el post de Lara donde vi la luz al final del túnel no tiene una explicación racional. Tras meses de desesperación, sumido en la mayor de las tinieblas, me volví loco al descubrir esa puerta abierta a recuperarla, y no precisé de nada más para actuar por impulso y salir pitando en busca de mi único sueño. De ella. Sin pensar ni valorar otras opciones. Simplemente abrí Skyscanner en el PC, puse la fecha de ayer en el buscador con destino a Barcelona, solo ida, y… ¡compré el primer billete! —Caro de narices, pero ella lo vale—. Queda claro que Lara me ha contagiado su forma de ser y he acabado pareciéndome demasiado a ella, porque ha sido mi motor, el sueño capaz de cambiar mis neuronas controladoras por unas impetuosas. ¿Tiene sentido? No lo sé ni yo porque ahora, tras cincuenta minutos aquí plantado, aguardando que aparezca, ya no estoy preso de la euforia, sino más bien de un ansia extrema.

¿Y si no viene? Llevo tantos meses nadando a la deriva… Desde que leí el manuscrito he dado muchos pasos en la dirección correcta, he cambiado mi forma de ver muchas situaciones y he aclarado la realidad con la familia y con Susan. Por fin el clan tan bien avenido de siempre nos reunimos hace un par de meses para solucionar nuestras diferencias. Mi conversación previa con Susan no fue nada fácil; ella se niega a aceptar mi rabia, a entenderme, no ve hasta dónde me hirió con sus actos ni las consecuencias nefastas que han tenido para ella, pero ante las evidencias de que sigo enamorado de Lara y que la culpo de una parte importante de lo sucedido, acabó sucumbiendo a mi decisión irrevocable de echarla de nuestras vidas para siempre. Cuando expliqué la historia completa frente al grupo de amigos y familiares que considero mi núcleo más cercano, me enfrenté de nuevo a su envergadura, a cada una de mis malas decisiones, a cómo un segundo de desconfianza puede destruir un muro erigido sobre bases sólidas.

Esa tarde hubo de todo. Incredulidad, lloros, gritos, enfados, dolor, abrazos, incluso un puñetazo en mi mandíbula por parte de mi padre —todavía no me lo creo; él, que es un hombre racional y calmado, se enfadó tanto que no se controló al descubrir que había caído en las

trampas de alguien tan ruin como Susan y cómo había tratado a Lara —. Pasamos tres horas muy tensas, analizamos los hechos desde mil perspectivas y atravesamos varias fases, pero al final prevaleció el cariño y lo solucionamos. Los padres de Susan aceptaron la pérfida actuación de su hija tras una larga conversación con el corazón de todos en la mano y acataron mi decisión de vetarla en nuestras reuniones, a pesar de que seguirán en contacto con ella en la distancia. Porque una hija nunca desaparece de nuestras vidas, por mucho dolor que cause.

La gente me mira al pasar. En otro momento de mi vida me hubiera muerto de vergüenza —bueno, hay algo de eso también en este instante—, pero por Lara lo ignoro. La necesito, no voy a rendirme, haré cuanto sea necesario para demostrarle que ella es mi único destino y nada me impedirá volver a su lado. Me niego a aceptar un final para nosotros. La quiero. La amaré siempre. Y tras leer ese manuscrito mil veces hasta casi aprenderme de memoria cada palabra, sé que no descansaré hasta obtener su perdón. Si de algo estoy seguro es de la valía de Lara, de cuánta felicidad aporta a mi vida, de cómo caminar a su lado me ilumina, me engrandece, me convierte en una persona mil veces mejor. Y nada me disuadirá de luchar contra viento y marea para retenerla conmigo, aunque deba rebajarme hasta lo indecible.

Repiqueteo la pierna derecha contra el suelo una y otra vez. Me palpita una vena del cuello al ritmo de los latidos audibles en tantas partes del cuerpo que ya no sé ni contarlas. Mi párpado derecho me va a dejar ciego de tanto pestañear de manera espasmódica. Y tengo la piel empapada en sudor. Sigo consultando el reloj cada cinco segundos, y hasta mi cerebro, más sensato, me reprende con bastante regularidad por esa impaciencia. Ojalá pudiera calmarme y no percibir cómo de atacado me siento. Casi puedo escucharme en el pasado diciéndole a Lara: «Paciencia». Y a ella contestando: «¿Dónde se compra eso?». Si existiera una tienda donde adquirir un puñado, invertiría en ella casi todos mis ahorros para serenarme de una vez por todas.

Durante los últimos meses he trazado mil planes para reconquistar a

Lara, a cuál más irracional. Incluso estuve a punto de comprar un billete a Indonesia cuando se pasó allí el último mes antes de regresar. Me frenaron las palabras bajo sus fotos, sonaban demasiado afectadas todavía, sin atisbo de esperanza, enfadadas y con indicios de rencor. Nick me aconsejó que esperara el momento propicio, a leer un atisbo de cambio en sus frases. Mientras, me preparé a conciencia para sorprenderla y no abandoné ni un día mi cita diaria con sus posts, mis palabras, mi reconquista a través de los mensajes, de las películas. La conozco, si aspiro a obtener su perdón de verdad, no me puedo limitar a decírselo, debo sorprenderla con un espectáculo a la altura, explicarle mil veces mis intenciones, mostrarlas a través de mis actos.

Las siete en punto. Suspiro con un ansia del copón. Y entonces, de repente, todo se detiene. Lara surge por la esquina. Mi corazón se mete de lleno en una maratón contrarreloj. Está guapísima, con la piel bronceada, el cabello recogido en un moño mal hecho, marca de la casa, con mil mechones sin sujeción revoloteando en su nuca y en su cara. Ella sopla para espantarlos y a mí me produce un estremecimiento reconocer ese gesto tan suyo. Viste como de costumbre: sexy y perfecta, con unos *shorts* muy cortitos y un crop top muy escotado. Una parte de mi cuerpo reacciona al instante, y no es precisamente la más indicada. Pero hace tanto desde nuestro último beso… Reconozco el momento justo en el que me descubre parado frente al mural, con un traje de neopreno y una tabla de surf agarrada en el costado izquierdo. Sus ojos se abren con sorpresa y los labios se le curvan hacia arriba en una sonrisa luminosa, impresionante, sensual… ¡Joder! Ahora esa parte de mi anatomía tan rebelde se aplasta contra el traje de surf de forma visible. Mis reacciones son incontrolables. Y más cuando ella se aproxima tanto que puedo oler su aroma, su esencia, su presencia. Mis hormonas se ponen a bailar una samba.

—Hola —susurra al detenerse a pocos centímetros de mí, sin acercarse demasiado, casi con timidez. Sus pupilas me repasan con una miríada de palabras calladas. Entre nosotros crece la tensión de siempre, esa densidad capaz de unirnos más allá de la racionalidad.

—Has venido… —No es la respuesta más elocuente de nuestra

historia, pero nos vale como inicio, ¿no? Y tampoco encuentro más palabras, es como si me hubiera atragantado con ellas por la impresión de tenerla frente a mí después de tanto tiempo anhelándola.

—¿Qué haces así vestido y con una tabla? —pregunta sin ser capaz de dominar una carcajada que destensa un poco la situación. Mis ojos se desvían a su boca, la codician, la desean—. ¡No sabes surfear!

—La duda ofende. —Su risa me envalentona, por eso doy un diminuto paso para aproximarme al máximo, pero Lara retrocede al instante y esa pequeña demostración de nuestra distancia me duele demasiado. Con dificultad, me trago esa sensación y sigo adelante con mi plan, dispuesto a todo por derribar las barreras—. Me fui a California y me apunté a un curso, soy bastante bueno. Una chica me dijo una vez que la mejor manera de encontrar la felicidad era subiéndote a la cresta de la ola y solo quiero demostrarle hasta qué punto estoy dispuesto a seguir sus consejos. ¡Tengo vídeos de mis logros!

Sus ojos centellean con emoción. Sigue manteniendo una distancia prudente, sin muestras de querer acortarla, aunque ha relajado la postura corporal.

—De momento no vas mal. —Me guiña un ojo—. Has cometido varias locuras sin pensar. ¿No tendrás un Excel por ahí con puntuaciones para cada una de ellas?

—Bueno… —bromeo—. Algo hay… —Los dos nos reímos.

—Y has escogido este sitio por… —Lo señala mientras lo admira con una enorme sonrisa—. ¡Cuéntame tus razones ocultas!

—Se llama *El mundo nace en cada beso*. —Esta vez no se aparta cuando me coloco junto a ella, hombro con hombro, y le rodeo la cintura con el brazo libre para admirar la obra juntos, pegados, unidos —. Este fotomosaico fue realizado por el fotógrafo Joan Fontcuberta, con la colaboración de un ceramista llamado Antoni Cumella. —Me arrimo a su oído para hablarle casi en susurros—. Se inauguró el 11 de septiembre de 2014 para conmemorar el tricentenario de la derrota de Cataluña en la guerra de Sucesión, y está compuesto por más de cuatro mil fotos que los barceloneses enviaron al artista a través de Instagram bajo el lema: «Momentos de libertad». El fotógrafo lo

convirtió en un beso porque no quería un muro de lamentaciones, sino una propuesta optimista de un futuro que valía la pena vivir.

Se estremece entre mis brazos y me gusta la sensación, es como si me ofreciera una pequeña chispa de esperanza.

—¡Qué bonito! —Se queda unos instantes en silencio para mirar con detenimiento algunas de esas fotos que componen los labios del mural —. Nunca me habías traído aquí, es un lugar mágico. —Se vuelve para conectar sus ojos con los míos. Está tan cerca… Vuelvo a posar mis pupilas en sus labios, con anhelo, pero resisto la tentación—. ¿Por qué se llama *El mundo nace en cada beso*?

—Oliver Wendell Holmes decía: «El ruido de un beso no es tan ensordecedor como el de un cañón, pero su eco es más duradero» —contesto—. Esta frase está escrita en la placa conmemorativa —la señalo—, donde se explica parte de su historia e ilustra con facilidad el significado del nombre. —Dejo la tabla apoyada en la pared sin mural y regreso al lado de Lara. Me acerco a su oído otra vez para susurrarle. Recurro a toda mi energía positiva para hablar con firmeza —. Los besos son mágicos, Lara. Contienen la esencia del perdón, la esperanza del mañana, la posibilidad de rehacer las edificaciones que se derrumbaron. Un beso es el principio de la ilusión, la unión de dos corazones que laten a la vez. Un beso nunca se olvida. Un beso puede marcar una era. Un beso podría sellar un pacto de amor infinito. De ahora hasta la eternidad.

Me separo de su oído para quedarme a cuatro milímetros de su boca. Mi respiración sobrepasa con creces un ritmo normal; está desbocada, como mi latido cardíaco. Ella gime, cierra los ojos y se muerde el labio.

—¿Por qué dudaste de mí? —musita con dolor—. ¿Cómo fuiste capaz de romper algo tan bonito como nuestro matrimonio sin hablar conmigo, sin escucharme?

—Lo siento —admito, afligido—. Perdóname, Lara. Te quiero, lo eres todo para mí. Mi presente, mi futuro y mi pasado. Este tiempo separados me ha destrozado porque solo tú puedes hacerme feliz. Entiendo que te cueste encontrar la manera de redimirme por mi estupidez, que te cueste confiar de nuevo en mí, que tengas miedo.

Pero necesito tanto que me creas… —Abre los ojos y un par de lágrimas se deslizan por sus mejillas—. He comprendido todos y cada uno de mis errores, los he aceptado y me he fustigado por haber sido tan obtuso. Me arrepiento muchísimo de cómo me comporté y estoy decidido a pasarme el resto de la vida demostrándotelo. Por favor, Lara, perdóname. Eres mi todo, mi sueño, mi destino, mi quimera, mi ola, mi único foco de felicidad. Si he aprendido a surfear, ha sido para surcar las olas a tu lado, contigo; siempre contigo.

—Me partiste el corazón en mil pedazos, Stan —declara. Tiembla. Llora. Gime. Y su mirada está repleta de emociones encontradas; de miedo, de amor, de dolor, de esperanza. Aproximo mis labios hasta colocarlos sobre los suyos. Es un roce pequeño, un gesto, un inicio. Ella jadea y su llanto arrecia.

—Lo sé. —Asiento casi sin separarme de su boca.

—Me heriste tanto… No podía respirar sin ti, me costaba avanzar, reír, soñar…

—Lo sé.

—La creíste a ella, no me escuchaste, me llamaste cosas horribles… Y te deshiciste de mí sin mirar atrás. Me condenaste antes siquiera de saber qué había pasado.

—Lo sé, Lara. —Mi voz sale más furiosa—. Sé todo eso y no dejo de odiarme por ello, pero no puedo dar marcha atrás, solo buscar un mañana en el que demostrarte mi amor por ti, cuánto significas para mí, hasta dónde estoy dispuesto a arriesgar por recuperarte. —Suspiro contra sus labios—. Me comporté como un imbécil y llevo meses castigándome por ello. Por eso te suplico, una vez más, que me perdones. No puedo vivir sin ti. No quiero hacerlo. Y me da igual dónde acabemos, si quieres viajar, establecerte aquí, en Filadelfia o en el Polo Norte. Te seguiré hasta el fin del mundo si es necesario. —La abrazo más fuerte—. Porque, Lara, eres mi cresta de la ola, mi compañera, mi amor, mi alma y mi corazón. Y no me rendiré jamás, eres demasiado importante para tirar la toalla. Te amo ahora y para siempre.

Me besa. Esa es su respuesta, estrecharme contra ella y rendirse a mi necesidad de devorarla mientras ella me devora a mí. Su olor, su

sabor, sus gemidos casi sordos, su pasión… La echaba tanto de menos… ¿Cómo he podido vivir tanto tiempo sin ella? ¿Cómo fui capaz de cargarme algo tan perfecto? Sigo abrazándola con fiereza durante una eternidad, sin separar nuestras bocas ni abandonar mi intención de besarla hasta quedarnos sin aliento frente a un mural espectacular hecho con fotografías de ciudadanos en busca de su libertad. Cuando nos separamos, tenemos los labios rojos e hinchados, una sonrisa de esas que llenan el rostro, el corazón y el alma, y un futuro abriéndose paso entre la reciente oscuridad. Uno donde nada podrá destruirnos porque hemos aprendido la lección. El amor está por encima de todo, incluso de nuestra estupidez. No podemos subirnos a la cresta de una ola mejor, estar juntos, luchar por permanecer unidos, sentir cómo avanzamos el uno al lado del otro, porque esta es la única ola importante. Las demás serán un acompañamiento. Y sé que esta vez es la definitiva, que acabamos de sellar nuestro final feliz y que nada es tan importante como quererla. De aquí a la eternidad permaneceremos juntos.

Epílogo

Rambla de Catalunya

Lara

laciudaddetusojos Tú me enseñaste que la palabra «rambla» procede del árabe y significa «cauce del río arenoso», y que en la antigüedad esta parte de la ciudad era por donde discurría el caudal. En el plano del proyecto Cerdà, por alguna extraña razón, la Rambla de Catalunya no estaba numerada como el resto de las calles, sino que aparecía como «RC», y esa diferencia da que pensar… En el portal 34 se grabó una película mítica del cine español: *REC*. En el interior de la casa se encontró un misterioso conjunto arquitectónico que no figura en los planos. Me parece increíble conocer la historia de la jirafa y el toro, las dos esculturas que dan inicio y fin a la calle, obra de Josep Granyer, y que enseñan cómo la ciudadanía unida puede luchar contra un proyecto. Surgieron como reivindicación de los Amics de la Rambla de Catalunya a la iniciativa de convertirla en una arteria de circulación. Por suerte no lo hicieron y sigue siendo uno de los paseos más bonitos de la ciudad con una gran oferta comercial y vivacidad.

Hoy la redescubriré a tu lado, caminando entre las paraditas de Sant Jordi, rumbo a una de las librerías de la ciudad para la presentación de mi último libro, *Regálame tus ojos*, donde he dado vida al final feliz de nuestra historia y he abierto la puerta a un futuro incierto que espero pasar a tu lado. Colgaré alguna foto en directo y habrá algún que otro *reel*. ¡Espero llenar la sala! Barcelona es nuestro lugar, Stan. Nunca dejaremos de quererla, de admirarla ni de regresar a ella cada momento importante para rendirle un homenaje. Sé que no renunciaré jamás a aprender a tu lado, y más habiendo alcanzado la felicidad más perfecta posible.

#LaCiudadDeTusOjos #Barcelona #LaBarcelonaSecreta #PaseosPorBarcelona #LaCrestaDeLaOla #TodosMisSueños #Olvidar #LaBarcelonaMisteriosa #RamblaCatalunya #Amor #RegálameTusOjos #PresentaciónLibro #SoyFeliz #SantJordi #RegalaUnLibro #TeQuiero

La Rambla de Catalunya está llena hasta los topes, como cada año

cuando se celebra el día del Libro y de la rosa. Sant Jordi. Recuerdo haber pasado tantos años caminando por los puestos cogida de la mano de mis padres tras haberme pasado semanas suplicando venir a Barcelona a vivir este día, con las esperanzas en alto y la ilusión por estar algún día sentada frente a una larga cola de lectores dispuestos a pedirme una firma… Apoyo la cabeza en el hombro de Stan cuando me rodea el hombro con su brazo. Es curioso cómo la vida puede darte tanto tras pasarlo muy mal. Sonrío feliz de estar aquí, de poder disfrutar de mi marido, de cómo nuestro hijo esta vez se ha aferrado a mi útero y crece día a día, de la inminente presentación en una librería que me hacía mucha ilusión. Con la primera novela solicité realizarla ahí y me dijeron, con palabras un poco duras, que no era nadie y no podía. En vez de enfadarme y borrarlos del mapa, decidí que a mí los sueños no me los quita nadie, y por eso hoy entro en Casa del Libro para ocupar la sala del fondo llena hasta los topes, por cierto.

Abrazo a la familia. El grupo de Estados Unidos es enorme; han venido casi todos porque no querían perderse este momento histórico. Desde que Stan vino a buscarme el verano pasado, hemos estado muy unidos. Cometimos una locura, una de tantas. Queríamos casarnos, pero no repetir la boda —la idea de volver a celebrarla por todo lo alto no nos apasionaba demasiado—, así que le propuse montarnos en un avión para visitar una capilla de Las Vegas, con Elvis incluido en el pack y una reserva en alguna de las alucinantes suites nupciales que abundan en sus hoteles. Nunca me había planteado algo así, pero ¿qué narices? ¡Adoro a Elvis Presley! ¡Fue un genio! ¡Y los sueños se redefinen sobre la marcha!

Antes de marcharme de Barcelona rumbo a Las Vegas, arreglé mis asuntos, porque decidí en un milisegundo que mi futuro estaba al lado de Stan. No importa dónde vivas si es al lado de tu persona favorita, y jamás lo privaría de seguir ejerciendo una profesión que le entusiasma. Así que nos tomamos diez días para abarcar todo cuanto debía solucionar antes de cambiar de ciudad: acudí a la presentación de mi libro, dejé el piso —grrr, me obligaron a pagar un par de meses por haber avisado con tan poca antelación—, embalé mis cosas para

enviarlas a Filadelfia con un transportista, me despedí de mis padres en una visita relámpago al pueblo —sin decir ni mu acerca de nuestros planes de boda—, me detuve en Madrid para abrazar a mi hermana en el aeropuerto y puse rumbo a mi nueva aventura. ¡Que me casara un Elvis fue un flipe! Y lo que siguió… Lo repetiría una y mil veces.

Desde entonces he pasado los meses aporreando el teclado para crear mi última novela, la que ahora sostienen mis dedos y ha congregado a bastante gente, aparte de los norteamericanos. Mis padres me miran con una emoción palpable y a su lado están Laia —ojalá se olvidara de mirar a Nick con esa penita, ¿lo superará alguna vez? No han vuelto a hablar ni a verse hasta hoy y él no parece interesado en retomar ni siquiera una amistad—, Arnau, Sandra y Núria, con esas sonrisas tan arrebatadoras que solo el orgullo te concede. También han venido muchos de mis seguidores en redes. La cuenta de Instagram continúa creciendo, aunque ahora ya no atesora solo fotos de Barcelona, sino que se le han sumado las de Filadelfia, Las Vegas y cualquier lugar que visite. Quizá ha perdido su esencia inicial, pero me gusta compartir esos pedacitos de historia con mis «seguidores».

No faltan más de dos meses para traer al mundo a mi primer vástago. Se llamará Samuel y ya babeo cuando lo imagino en mis bracitos. ¡Dios! ¡Qué ganas! Eso de la paciencia no es para nada mi virtud porque me sorprendo muchas veces instándolo a salir, aunque todavía no sea el momento. Es tan emocionante… ¡Una aventura en toda regla! Ser madre será una pasada. Lo único malo es que deberé replantearme algunas de mis actividades, hago demasiadas cosas… —siempre con una sonrisa, ¿eh? Que me va la marcha, no quepa duda.

Hace meses convencí a Arnau de regresar a Filadelfia y abrir allí su restaurante para contar con mi ayuda como socia. Nos liamos con un proyecto a lo grande, contamos con la inestimable colaboración de toda la *troupe* de amigos y familiares —a veces, que tengan remordimientos es una bendición—, y ahora somos los propietarios de un próspero restaurante cerca del estudio de Margarita. Arnau se ocupa de la cocina; yo, de las redes, las reservas, la logística… —A ver, que me encanta cocinar, pero en la diversidad está el gusto y mi

trabajo en el restaurante es más dinámico.

Necesitaba tiempo libre para dedicarlo a otras cosas como escribir, ocuparme de la obra de Margarita, aprender *patchwork*, dar clases de castellano en mi antigua academia, buscar nuevos cursos interesantes, llevar mis cuentas de Instagram… ¡Hay demasiadas opciones para limitarme solo a una! También convencimos a Núria y Sandra para trasladarse a Filadelfia con nosotros. Ellas son el resto del *cuore* del restaurante. Se ocupan de un millar de cosas, trabajan con ilusión y se han instalado en una casita cercana a la de Arnau y de la mía para sumarse al clan de los «amigos catedráticos» —así los llamo yo—. Si echo la vista atrás y recuerdo esas ideas juveniles que teníamos los cuatro, me percato de que en realidad el sueño más importante era el de mantenernos unidos, y eso lo hemos conseguido.

Mi editor se acerca para abrazarme. Tras el éxito de *La ciudad de tus ojos* ha seguido apostando por mí con esta nueva novela. Me trata con cariño, me ayuda con los escritos y me reconforta contar con su apoyo constante. Es lo único importante —bueno, eso y tener lectores, que sin ellos mis libros morirían cogiendo polvo en las estanterías de la editorial—. Subo a la tarima junto a mi marido, mi presentador de esta tarde. La gente ocupa sus asientos y yo agarro con fuerza la novela donde he dado un final feliz a nuestra historia.

Le lanzo una mirada a Stan. Mis sentimientos se agitan, a punto de convertirse en fuegos artificiales. Soy feliz. La mayor aventura de mi vida es haber encontrado a una persona con la que surcar el futuro y construir un ahora. Ojalá de aquí a muchos años regresemos a esta librería un día de Sant Jordi, abrazados, acompañados de nuestros hijos ya adolescentes para explicarles la historia de la ciudad enredada con la nuestra, con mil recuerdos perfectos en la memoria y la ilusión de seguir viendo Barcelona con ojos brillantes.

Stan

Las paraditas de Sant Jordi están atestadas de personas deseosas de comprar libros y rosas. Hay un murmullo de conversaciones alegres, el

sol brilla en el cielo, Barcelona al completo ha salido a la calle a celebrar este día emblemático. En veinte minutos Lara empieza sus firmas de hoy, una maratón en toda regla, pero antes ha querido bajar por la Rambla de Catalunya junto a Leila y Samuel para contarles esa primera vez que lo hizo como escritora hace dieciocho años, cuando nuestro hijo mayor todavía crecía en su barriga. Dos años y medio después, le siguió Leila. Son perfectos, aunque se pelean un montón.

No es nuestra primera visita a Barcelona con ellos, ni mucho menos, pero sí una especial, ya que Samuel pidió hacer una ruta literaria por la ciudad a lo *La ciudad de tus ojos*. Ha salido a su madre en lo de escribir y leer, y a mi familia en su intención de estudiar Literatura en la Penn para engrosar algún día la lista de catedráticos. Es un chico despierto, organizado, listo, cariñoso y muy estructurado. En cambio Leila… ¡Ya lidiará Lara con ella! Porque son igualitas: inquietas, movidas, inteligentes, entusiastas, agotadoras… Pero los dos me hacen muy feliz porque, si algo hemos logrado estos años, es crear una familia bien avenida, disfrutar los unos de los otros, ser un frente unido y abrazar la ilusión juntos.

Entramos en la misma librería donde Lara suele realizar sus presentaciones para ocupar la sala del final. Hoy se publica en España su última novela y está deseando compartirla con los demás. La sorpresa es máxima al entrar y encontrarse con todas las personas importantes para ella. Nuestros amigos, su hermana, sus padres, nuestro clan al completo… No ha faltado nadie, porque todos sabíamos que este era uno de sus sueños, una de esas olas en las que siempre quiere montarse, y nunca dejaré de luchar para ofrecerle cuanto necesite para sonreír. Sube a la tarima junto a un escritor de renombre que se ha ofrecido a llevar la voz cantante de la presentación. Los escucho a medias; Samuel y Leila no paran de preguntarle cosas y de subir fotos a las redes. Sobre todo mi hija, la más interesada en el mundo digital. Hay bastante expectación por conocer algunos giros de la trama. Una mano se levanta al final en el turno de preguntas. Lara sonríe y le da paso a una de sus lectoras.

—¿Crees en los finales felices? —pregunta—. Porque a veces tus historias no lo tienen y no me parece justo. —La chica curva los labios

hacia arriba—. Aunque en algunas novelas has cumplido con todas mis expectativas.

—No todos vemos los finales felices de la misma manera —responde —. A veces la felicidad no está ligada a acabar con tu primer amor o con cumplir los sueños que tenías de niña. En realidad, esta radica en disfrutar de las oportunidades de la vida, en elegir las que te apetecen, en tomar un camino cuando se abre ante ti y emocionarte siempre por cualquier suceso, por nimio que sea.

—Pero el amor es importante —insiste la chica.

—Cierto. —Lara no pierde su sonrisa—. Y muchas veces, cuando leemos un libro o vemos una película, deseamos que una pareja en concreto acabe junta, pero no siempre es lo mejor para ellos. A veces la vida te separa, otras te reúne, y por eso cada historia de amor es única y diferente para ti. Has de mantener vivos los recuerdos bonitos, ponerlos en el pedestal de tu memoria que se merece y sonreír cuando pienses en ellos, siempre disfrutando de tu presente.

—¿Siempre en la cresta de una ola? —pregunta Laia con un guiño.

—Es donde se está mejor. —La mirada de Lara se posa en mis ojos y luego en nuestros hijos. Es el presente que hemos construido juntos, una existencia perfecta, una maravillosa familia—. La vida se mide en sueños, en la capacidad de dejarse llevar por ellos, en la ilusión que pones al buscar la forma de alcanzarlos. Pero no siempre son los que trazaste de niña, o en un momento concreto de tu vida, porque cuando caminamos por un sendero repleto de desvíos, hay giros inesperados, subidas, bajadas, curvas pronunciadas, encrucijadas… Todos esos imprevistos pueden llevarte a construir un nuevo rumbo, a desear un cambio, a rediseñar tus sueños. Aunque para mí lo más importante es no dejar nunca de soñar.

—¿Y cuál es tu sueño ahora? —inquiere una de las lectoras.

Mi mujer la observa con una expresión muy feliz, con su espontaneidad presente en ella, la que me enamoró. Luego dirige toda su atención a nosotros, al resto de nuestra familia y amigos, a cuanto hemos construido desde la primera vez que nos vimos, y su sonrisa se ensancha todavía más. Sus ojos se centran otra vez en la lectora para contestar a su pregunta con una emoción intensa.

—Durante años he ido recolectándolos, metiéndolos en una cajita de cristal traslúcida donde podía observarlos con la ilusión de poner una fecha para perseguirlos, con un corazón libre, salvaje, dispuesto a surcar las olas. —Suspira con una ilusión palpable—. Y gracias a mi familia y amigos, tengo mis sueños al alcance de la mano. Puedo sumergirme en ellos, disfrutarlos, estirarlos, saborearlos. —Nos señala con el dedo, a los tres—. Ellos son el principio y el final de los míos.

Nos levantamos para abrazarla y así, unidos, disfrutamos de todo cuanto hemos erigido con los ojos haciendo chiribitas al mirarnos. Ella es mi ola. Yo soy la suya. Nuestros hijos, la cresta.

Agradecimientos

A veces hay ideas que surgen sin darte tiempo a pensar. Son fogonazos, instantes, mechas que prenden con la necesidad de convertirse en una hoguera, de explosionar, de atraparte y meterte de lleno en una historia a pesar de estar inmersa en cualquier otra. Recuerdo el momento exacto en el que Lara y Stan aparecieron en mi horizonte, cómo Barcelona fue mi destino y el de mi inspiración para llenar las páginas de Word con sus misterios. Fue mágico.

Han pasado un año y ocho meses desde ese día, el 9 de junio de 2022, en una clase de mi curso en EADA sobre liderazgo en proyectos de innovación. Joan Albert García Moga era el profesor, uno con la capacidad de mantenerme atenta, incluso durante cuatro horas seguidas. Su forma de hablar, de explicar, de transmitir sus conocimientos era atrapante. Cuando nos hizo la siguiente pregunta: «¿Qué cuatro profesiones estarías dispuesto a realizar sin cobrar?», mi mente se quedó en blanco, como la del resto de mis compañeros. Y Joan Albert nos explicó las suyas. La primera era realizar tours por la Barcelona misteriosa. Recuerdo con absoluta precisión cómo mi maquinaria se puso en marcha en el mismo instante en el que contó con una efusividad emocionada cómo surgió el mosaico central de la plaza de Catalunya. De ahí mi inspiración empezó a crear un mundo nuevo, una idea, una pequeña centella capaz de incendiar mi cuerpo.

Al día siguiente le mandé una sinopsis inicial a mi amiga y compañera en mis ideas locas —*spoiler*: esas primeras líneas no se cumplieron porque soy como Lara, una escritora de brújula que se adapta a los giros inesperados que le lanza su mente—. Estaba en plena efervescencia de inspiración, luchando contra las ganas de dejar todo cuanto tenía entre manos para iniciar esta nueva aventura. Senda siempre me insta a escribir mucho en el chat y aporta cuatro datos capaces de hacerme recapacitar acerca de mis futuros argumentos. Cada escritor tiene sus métodos, el mío se dispara cuando le pongo un título a la historia. Y ese día lo hice…

El día 16 ya lo había escrito en una página en blanco y el 17 contacté con Joan Albert para solicitar su ayuda. ¡Fue tan emocionante! Incluso nos llevó a mi familia y a mí a uno de sus tours por la Barcelona secreta. Y se convirtió en un apoyo incondicional mientras me pasaba horas investigando en la web, desgranando la vida de Stan y de Lara, descubriendo cómo avanzaba lo suyo. Fue leyendo esa primera versión, aportando notas a los datos históricos, mejorando esa parte.

Mi primer agradecimiento es para Joan Albert. Por su paciencia, por su entusiasmo, por esa clase tan alucinante, por sembrar la semilla capaz de despertar mis inquietudes, por ese tour en familia el 14 de julio de 2022, un mes después de comenzar a escribir este libro, cuando necesitaba rellenar algunos huecos. ¡Gracias por todo! Es un lujo contar con personas así a la hora de crear un mundo, de desgranar los misterios escondidos en mi ciudad, de darles vida en el papel, de caminar de su mano para transmitirlos a los demás.

Senda, gracias por aguantar esas verborreas, los arrebatos cuando tengo una idea y mi cabeza se niega a dejarla marchar, por estar ahí, por ser capaz incluso de leer la última versión antes de la corrección definitiva incluso en el móvil, de vacaciones en la playa y sin tiempo. He releído los primeros títulos y la primera sinopsis y tenías razón, ¡ni de coña eran los definitivos! Suerte que me pinchas para buscar una mejor opción, para quitarme según qué ideas, para explorar hasta el infinito.

Uno de mis mayores agradecimientos es para Roca Editorial, para todo el equipo de Penguin, para todas las personas que han creído en esta historia, se han emocionado conmigo y han trabajado a mi lado para hacerla realidad. A Carol París por esa llamada tras un e-mail emocionante, por ayudarme a ver los pequeños defectos en el manuscrito, por alentarme a mejorarlo al máximo, por acompañarme en este proceso. Al equipo de diseño, de corrección, de marketing…

La primera lectura la hizo Carme Prats, una escritora maravillosa con la capacidad de darme algunas pistas muy necesarias para pulir algunos flecos. Sus consejos fueron perfectos para mí, me ayudaron a darle una nueva lectura más profunda, con ideas precisas de cómo

mejorar para sacarle brillo a algunas escenas. ¡Gracias!

Cristina, cuando te conté mis planes para esta idea, fuiste una gran aliada, me convenciste de cambiar algunas cosas, me diste alas para soñar en grande. ¡Gracias!

María José, mi corazón se expande al pensar en cómo creíste en la novela. Sin tu ayuda jamás hubiera llegado hasta aquí. Leíste el manuscrito, señalaste unos cambios necesarios, me diste unas pistas irrefutables de cómo atacar la última corrección antes de mandarlo a las editoriales y me diste el empujón real para pensar como Lara y apostar por Penguin Random House con una paciencia infinita —aunque sigo preguntándome dónde se compra eso—. No puedo cuantificar mi agradecimiento.

Sonia, ¿sabes la ilusión que me hizo tu lectura? En mi familia directa hay cero personas con el gusanillo de leer —me dicen que yo cumplo con todos los mínimos de lectura de la casa al devorar una media de ciento veinte libros anuales—, pero tú me dijiste: «Cuenta conmigo», y te viste envuelta en eso de ser la lectora beta de esta novela. Me ayudaste con algunos cambios, me hiciste una propaganda alucinante con el resto de nuestros familiares en la *calçotada* anual en ese lugar tan precioso de Tivissa, creíste en mí. Solo puedo decirte: gracias por tu entusiasmo.

Patricia, nunca acabaste de leerla por falta de medios, pero la empezaste y te gustó. Incluso me preguntaste cuándo saldría a la venta para acabarla. ¡¡¡Y aquí está!!! Un besazo enorme y muchísimas gracias por todo.

Gracias, Marina, por ayudarme a hacer realidad el plano de Barcelona con los puntos de la novela. Es muy bonito trabajar con personas tan profesionales e implicadas. ¡Ha quedado genial!

Mi familia siempre será mi motor. Mi marido ha oído hablar tanto de LCDTO estos últimos meses… ¡Gracias por no cansarte de mí! Es emocionante, entiéndelo. Mis hijos quizá no comprenden mi ilusión desmedida —Irene siempre me llama *drama queen* y charlatana, pero con cariño; Àlex es menos expresivo—. Sin embargo, están ahí, en mi vida, y eso es tan precioso… ¡Gracias por estar a mi lado! Y al resto de mis seres queridos, ¡gracias!

Cómo cuesta despedirse de ellos: Stan y Lara, Laia, Arnau, Nick, Amber… Uf, incluso de Susan. Chicos, sin vosotros nada de esto sería posible. Da penita decirles adiós, pero espero que vivan en vuestros corazones, en vuestras lecturas, en vuestras estanterías.

A ti, lector, que has llegado hasta aquí y has descubierto su mundo, ¡gracias por acompañarme en esta aventura! Ojalá la hayas disfrutado.

Un canto de amor a Barcelona
Un libro en ciernes
Un encuentro inesperado

Lara es espontánea, alocada y divertida, un alma libre con un corazón ardiente y un gran sueño: escribir un libro. ¿Sobre qué? Barcelona, sin duda. Pero no sabe cómo empezar. El hallazgo de una web llamada *La Barcelona desconocida* promete desvelarle los secretos escondidos entre sus calles. Cuando le envía un correo al administrador, Stan Harrison, un joven norteamericano afincado en la Ciutat Comtal, el mundo sosegado y estructurado del antiguo profesor de Historia empieza a tambalearse. Le presta sus ojos, su voz, sus conocimientos, y, a través de ella, descubre el misterio de los sentimientos.

Con una pluma precisa y emotiva, Pat Casalà nos regala una historia sobre el poder y la fuerza del amor, sobre cómo incluso la vida más tranquila se puede llenar de color.

Pat Casalà (Barcelona, 1972) es diplomada en Ciencias Empresariales por la Universidad de Barcelona. Trabajó en distintas entidades y medianas empresas hasta que, en el 2002, dio un salto hacia su verdadera pasión: la escritura. Desde entonces ha publicado más de treinta novelas. Ahora combina una larga trayectoria como directiva con su faceta como escritora. *La ciudad de tus ojos* es su primera novela en Roca.

Primera edición: febrero de 2024

© 2024, Patricia Casalà
© 2024, Roca Editorial de Libros, S. L. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: iStock

Roca Editorial de Libros, S.L.U., es una compañía del Grupo Penguin Random House Grupo Editorial que apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19965-70-7

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: PenguinLibros
X: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

[1] El Tramvia Blau dejó de prestar servicio en febrero de 2018, ya que es necesaria una reforma de las vías y la catenaria y una reurbanización del recorrido. Se espera que en algún momento se realicen las obras y el tranvía vuelva a funcionar.

[2] Investigador principal, abreviatura utilizada en ámbitos académicos y de investigación.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

La ciudad de tus ojos

1. Plaza de Catalunya
2. Café Zúrich
3. Portal de l'Àngel
4. Esquina de las calles de Mirallers y Carassa
5. Calle de Estruc
6. Plaza de Felip Neri
7. Monasterio de Pedralbes
8. Las Ramblas
9. Parque de Collserola
10. Tibidabo
11. Palacio del Lloctinent
12. Calle de Petritxol
13. Park Güell
14. La Boqueria
15. Calle del Bisbe
16. Poblenou
17. Sagrada Familia
18. Museo de la Xocolata
19. Pórticos d'en Xifré
20. Estaciones fantasma
21. Búnkeres del Carmel

22. Paseo del Born

23. Santa Maria del Mar

24. Parque del Laberint d'Horta

25. Plaza del Diamant

26. Institut d'Estudis Catalans

27. Els 4. Gats

28. Casa Batlló

29. Gran Teatre del Liceu

30. Calle de la Baixada de Santa Eulàlia

31. Santa Maria del Pi

32. Cementerio de Sarrià

33. El castillo de Montjuïc

34. Observatorio Fabra

35. Plaza de la Vila de Gràcia

33. La muralla romana de Barcelona

36. La Barceloneta

37. El mundo nace en cada beso

Epílogo Rambla de Catalunya

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Pat Casalà

Créditos

Notas